

DAD  
CIÓN

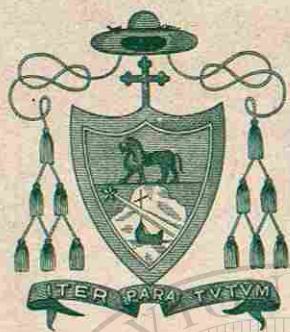


EL  
SACERDOCIO



BX1912  
S2  
v. 2  
c. 1

009438



1080021480

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SACERDOCIO

Y LA

# CIVILIZACION

6 SEA

VINDICACION DEL CLERO CATOLICO

OBRA ORIGINAL

COMPUESTA POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS

REVISADA, CORREGIDA Y CENSURADA

Por Don Atilano Melguizo

VICARIO GENERAL APOSTOLICO DEL ORDEN DE S. BERNARDO EN LA  
CONGREGACION DE CASTILLA Y LEON

**TOMO SEGUNDO**



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadena-número 13

1858

45942

BX1912

S2

v. 2

EL SACERDOTO

CIVILIZACIÓN



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

8681

### CAPITULO I.

LA RELIGION Y SUS MINISTROS SON LOS DEFENSORES  
DE LA HUMANIDAD, Y LOS QUE HAN CONSIGNADO  
SUS DERECHOS.

Hacia donde quiera que se vuelva la vista, vemos á la religion enjugando las lágrimas de la desgracia y siendo el escudo del oprimido, conteniendo los escesos del poder: una religion, toda caridad, no podia mirar con indiferencia los sufrimientos de la humanidad; una religion fundada por el Salvador del hombre no podia, seguramente, proteger la maldad, y los escesos debian horrorizarla, y así era; pero no podia concluir con los abusos de un golpe, y para extinguir en el mundo la horrosa costumbre de oprimirse unos á otros, era necesario caminar poco á poco, y poco á poco ir mo-

009438

ralizando las costumbres, amansando los corazones y civilizando las almas; en una palabra, era forzoso luchar, y la Iglesia se preparó al combate, sus hijos se armaron, y el campo se abrió.

En lucha continua con el pasado, en cuyos estandartes militaba el poder, el prestigio y la fuerza, cimentó sobre bases sólidas su triunfo, tanto mas fuerte, cuanto mas poderosos eran los elementos que tuvo que combatir. Desde el pesebre de Belem hasta el Gólgota, y desde aquí hasta el capitolio la hemos seguido, y en el trascurso de los siglos todos sus esfuerzos se han dirigido á defender la humanidad. Consignados estaban en los Libros santos, código fundamental de esta reina augusta, los derechos del hombre, la abolicion de la tiranía y la defensa de la humanidad; sus ministros debian, con todas sus fuerzas, consagrarse al sostén de tan caros objetos, y en todos sus discursos, en todos sus actos, en los púlpitos, como en las cátedras, en los consejos de los poderosos, como en los concilios, en todas partes se ve proclamada la doctrina humanizadora del Crucificado.

Empezaremos, pues, tomando las cosas desde el principio, y espondremos la doctrina de esta Iglesia *protectora de la tiranía*. Ya el Deuteronomio, en su capítulo 17, habia escrito: "No se eleve sobre sus hermanos el corazon del que sea elegido por rey;" ya en mil partes los profetas habian pre-

gonado los derechos del hombre, y esta doctrina admirable, sin embargo, permanecia casi olvidada, de muy pocos conocida y de todos despreciada: el pueblo hebreo, que tantas veces habia quebrantado la ley y vuelto la espalda al Señor, no fué con estas máximas mas observante que con las demas, las desatendió como á otras muchas, y aun las despreció; pero sin embargo, en todos sus libros las vemos repetidas y sancionadas; Dios las dió al hombre para que las observase, y el hombre las desconoció, y en este hecho se nos revela el origen de sus desgracias, el desacuerdo en que estaba su razon y las consecuencias de su miseria; en una palabra, los tristes efectos del pecado, sin los cuales el hombre hubiera vivido justo y nunca hubiera osado sobreponerse al hombre y hubiera respetado los derechos de la humanidad, sin jamas haberla oprimido ni insultado.

El tiempo prefijado por los profetas para la reparacion del hombre se acercaba, y de un rincon de Judea, de entre las lobregueces de unas ruinas sale una voz fuerte y poderosa que proclama los derechos del hombre, y se tremola un estandarte que da al viento el hermoso lema *humanidad*. Desde aquel dia aparece en el mundo un Legislador divino, que si no viene á destruir la ley, viene á cumplirla, y la nueva religion que se anuncia entre las lágrimas de un tierno Infante, combate y vence en el Gólgota entre las sombras

de un cadalso, triunfa por fin en el cielo entre las luces del Lábaro. Desde el establo de Belem hasta el bautisterio de Constantino han trascurrido siglos, ha sufrido la Iglesia calamidades, se ha derramado la sangre de sus hijos, pero la humanidad ha ganado mucho, y la sociedad va mejorándose; sin embargo, estas mejoras tienen que adelantar mucho mas, hoy que la hija de Sion no es la esclava sino la señora del capitolio, hoy que su nombre es invocado, hoy, en fin, que todo se fecundiza con su influjo benéfico, y así veremos los trabajos de la Iglesia y del sacerdocio, para borrar la inicua costumbre de oprimirse y afirmar los derechos de la humanidad, sobre la ley del mundo que mas respetan los hombres, la religiosa.

La Iglesia estiende su vista, y un campo inmenso que cultivar se le presenta por todas partes: el mundo está bajo su influjo; política, ciencias y artes, todo la pertenece, y en todo brillará su doctrina y admirará el mundo sus efectos: el porvenir es suyo, veamos cómo afianza su imperio; veamos si es para su provecho *egoista*, ó para el de la humanidad; si para libertar ó esclavizar el hombre; para embrutecerle ó civilizarle: la historia nos lo manifestará, sea ella nuestra brújula en el mar de las investigaciones que vamos á surcar.

La cruz, á costa de trabajos, por entre lagos de sangre, habia logrado sobreponerse á los ídolos y

escalar el alcázar de los Césares, tremolaba triunfante en el capitolio, habia consignado sus derechos y los del hombre, que habian permanecido olvidados durante el imperio de la idolatría. Con poco que reflexionemos, vemos la Iglesia en los primeros dias de su existencia, rechazando toda idea de privilegios; la contemplamos en su infancia, y vemos los fieles reunidos en una misma creencia, en unos mismos sentimientos, disfrutar juntos las mismas emociones, participar de iguales trabajos y congratularse en unos mismos consuelos, comunicándose los mismos dogmas, que eran la ley de su martirio y de su felicidad: habia, sin embargo, en aquella sociedad, hombres que rogaban por los demas, que instruian y gobernaban moralmente al pueblo; porque ciertamente, una sociedad sin un gobierno que la anime y dirija, es un cuerpo estenuado sin fuerza ni poder, próximo á sucumbir, un semi-cadáver que, á pasos de gigante, se dirige á la tumba.

A medida que el cristianismo fué ensanchando sus relaciones y se aumentó el número de los fieles, estos hombres eminentes en santidad y ciencia que le dirigian y gobernaban, adoptaron un cuerpo de doctrina, dictaron leyes, crearon magistrados; pero todos estos elementos los organizaron precisamente sobre la base fundamental, sobre el eje alrededor del cual gira su doctrina, que es el Evangelio, y como éste rechaza lo ini-

cuo y protege la humanidad, de aquí resultó que las leyes eclesiásticas se pronunciasen en favor de ésta y contra aquella: de aquí resultó que el clero fué el padre del mísero esclavo, y el tribuno que defendía al siervo de la ira de su señor y á la humanidad de su verdugo. La religion y sus ministros no podían ver con indiferencia los males del hombre desde que Jesucristo les había enseñado que eran todos hermanos; dogma que es la mejor defensa de la humanidad que puede hacerse, porque desde el momento que sentimos y sabemos que somos de un mismo origen, la caridad se desarrolla en nuestras almas, y los males del prójimo nos afectan, y el deseo ansioso de socorrerlos se apodera de nosotros, deseo hermoso que es el mejor escudo de la humanidad, el que hace al avaro triunfar de su pasión ambiciosa, al obsceno sobreponerse á la impureza, al soberbio deponer su saña, y concluye por abrir las puertas del corazón y dar asilo en él á la miseria, á la orfandad, á la desgracia con la esperanza del premio que el Señor promete á los que llenan estos deberes humanitarios en la tierra, y venciendo sus instintos malos practican la virtud.

Esta es la doctrina que predicaba el clero y había consignado el Evangelio; esta era la mina que si no hacía volar súbitamente el alcázar de la maldad, sordamente le iba deteriorando y destruyendo para librar á la humanidad de tantas miserias;

así fué que desde los evangelistas hasta nuestros días, el clero en todos sus escritos, en todos sus códigos ha consignado los derechos de la humanidad, creando cánones que pongan á cubierto los esclavos de la saña de sus opresores, que suavizan su condición, que garantizan su vida, hasta que por fin esta doctrina, infiltrándose en los códigos civiles, hizo que lo que antes era de conciencia fuese de justicia, y las leyes canónicas vinieron á ser el troquel donde se modelaron las civiles, el crisol donde se fundieron, y la ley de la humanidad sancionada en el Gólgota fué la ley de todos los pueblos donde se oyó la voz del Evangelio, y no una ley promulgada por los filósofos, sino inoculada en el corazón del hombre por los sacerdotes. Vamos, pues, á demostrarlo para honra del clero y confusión de los que retirados durante el combate y aun militando en las banderas contrarias, hoy vienen á disputarle los despojos y botín tan gloriosamente ganado, con tanto trabajo adquirido, y tan ruinmente arrebatado.

Con poco que se lea el Evangelio se ve difundida la humanidad, y esto es tan cierto, que si no supiéramos que todo él es un código santo de caridad, de esa caridad divina que nos manda hacer bien á nuestros más encarnizados enemigos y pedir á Dios por ellos, de esa caridad que no quiere tratemos á nuestros semejantes sino como quiéramos ser tratados, que nos manda ser benigno



nos, pacientes, comedidos, de esa caridad cuyas vivificadoras llamas jamas se extinguirán, y que si no supiéramos cuánto la encomian los Libros santos, bastaria hojearlos un poco y se veria que cada línea, cada palabra, cada letra contiene un anatema contra el opresor, y un alegato en pro de la humanidad; allí se ve al Señor diciendo á sus discípulos: "Hasta el dia se os ha dicho, amad á vuestros amigos y aborreced á los que os hacen mal; y yo os digo: amad á vuestros amigos, y haced bien á vuestros enemigos, á los que os aborrecen;" y otras mil y mil proposiciones tan terminantes y espresas como debia consignarlas el que vino á la tierra á establecer los derechos de la humanidad, y que seria enfadoso enumerar, puesto que nada conseguiriamos añadir á lo que nuestros mismos acusadores saben.

El clero fué el depositario, el predicador continuo de esta hermosa doctrina, la ha llevado en alas de su caridad por todas partes, y allí donde la voz del Evangelio ha penetrado, allí han resonado estas palabras de amor y fraternidad, allí han cundido estas ideas humanitarias, por ellas ha sufrido el clero, por esparcirlas no ha perdonado trabajo, y ellos figuran siempre como causales de las sentencias de tormentos y de muerte de sus mártires; los tiranos los condenaban porque argüian su dureza de corazon y condenaban su tiranía, el pueblo los abrazaba, el esclavo los

bendecia porque suavizaban su condicion y quebrantaban sus cadenas; los gentiles los acusaban porque se asociaban á los miserables, y el César los despedia de su presencia porque no hacian ostentacion de viejos pergaminos, de rancios patriados, de ilustres abolengos, y si los tenian, como sucedia en muchos de ellos, no los publicaban, y preferian caminar al suplicio, confundidos el siervo con el señor, el esclavo con el amo, porque sabian que en la mesa del Padre celestial se habian de sentar juntos á disfrutar unos mismos derechos, igualdad, felicidad, puesto que no es el siervo menor que su señor; por eso vemos que el apóstol S. Pablo escribe una carta á Filemon recomendándole un esclavo que se le habia fugado, y á quien habia convertido, y le devolvía bautizado, siendo dignas de notarse las siguientes palabras que entre otras le dirige: "No le recibas ya, le dice, como siervo, sino como hermano amadísimo, especialmente para mí, cuanto mas para tí, tanto en carne como en el Señor: si pues me tienes como socio, recíbele como á mí:" palabras admirables enteramente en consonancia con las del Salvador, y que prueban el espíritu del clero desde su cuna.

En tanto, los filósofos que hoy le motejan ¿obran lo mismo? ¿Tratan á sus criados, que no son esclavos, merced, no á la filosofia, sino al Evangelio, no á los publicistas, sino al clero que ha intro-

ducido en la legislación su espíritu de caridad y sus máximas humanitarias con este miramiento? ¿Se complacen en mejorar su suerte y nivelar sus hechos á sus palabras, y su conducta á sus escritos? De ninguna manera: entre los goces de una vida regalada, corrompida, viciosa, entre el vapor de los licores y las zambras de las orgías, ahogan los gritos del pobre, y con la indiferencia del orgullo ven las miserias de la humanidad sin conmoverse, y no lloran sus desgracias, están insensibles á sus infortunios y se gozan en los males del miserable que tiene día y noche que trabajar para el lujo y voluptuosidad de su opresor que le engaña proclamando los derechos del hombre que insulta, y grabando con la pluma *humanidad* para borrar con la espada y la revolución del panorama del mundo *civilización, pobre*.

Hemos dicho que el clero introdujo en la legislación su espíritu de caridad, y con él afianzó los derechos del hombre, y es tan cierto, que apenas daremos un solo paso en la historia de los códigos que no nos pruebe este aserto; mas no por esto se crea que el sacerdocio borró súbitamente los males que la idólatra filosofía había radicado en tantos siglos de dominio, ni era posible, porque no se arrancan raíces tan profundas de un golpe, y lo mas que se consigue es cortar el árbol cuando la fuerza ayuda, pero siempre queda en la tierra el germen que vuelve á reproducirle acaso

con mas frondosidad y pujanza; y como se querian exterminar para que jamas retoñasen estas semillas, el clero tomó el partido mas prudente, y poco á poco fué como mejoró la condición del hombre hasta llevar la civilización al estado en que hoy la tenemos, y consignar á la humanidad los derechos que hoy posee: por otra parte, el clero en su combate luchaba indefenso contra el poder armado, pobre contra el poderoso, proscrito contra el privilegiado, y sin mas armas que la palabra, tenia que combatir abusos inveterados, sostenidos por la fuerza, arraigados con los privilegios y disputados con el encarnizamiento del egoísmo que ve arrancar de sus manos el cetro de su imperio: en tal estado, precisado á combatir, se decidió á armarse de paciencia, y á minar poco á poco el coloso de tantos siglos, escogiendo por campo de batalla el corazón, y así tuvo necesidad de ir progresivamente adelantando y levantando paulatinamente el edificio que pensaba sustituir al orgulloso alcázar de la gentilidad; por eso habremos de anotar el modo con que el clero fué aboliendo los abusos y protegiendo la humanidad, y para ello como para todo nos servirán los hechos, y la historia será nuestro guía.

Mientras la Iglesia contaba pocos hijos y perseguidos, estendia su imperio á los estrechos límites de las catacumbas, y en aquellos subterráneos resonaban las voces de caridad que dulcificaban el

corazon del hombre; de allí salia una luz, si bien por entre las sombras de la persecucion que poco á poco iba adelantando su influencia é iluminando los corazones de los hombres; sin embargo, como podia estender poco su dominio, cada paso que adelantaba la costaba un combate, y así en todo aquel tiempo no pudo consignar en los códigos ni su moral ni sus dogmas, aunque sí fué constituyéndose y arraigando su constitucion: triunfante por fin de las persecuciones, trasladada desde las catacumbas al capitolio, tuvo acceso cerca del señor del imperio, y ya fué llamada á tomar participacion en los consejos; desde esta época data su influjo en la legislacion, y aquí empiezan los grandes hechos, que hacen al clero acreedor á la gratitud de los hombres. Las primeras ideas en defensa de la humanidad están consignadas en los cánones de los concilios, y á ellos habremos de acudir para demostrar si el clero es el protector ó el enemigo de estos sagrados objetos tan tenazmente por él defendidos como combatidos por sus contrarios, y en vista del resultado tendremos acaso lugar para dirigir algunos cargos á los filósofos de nuestros dias, y tal vez manifestaremos, que sin el clero la humanidad no hubiera jamas reconocido derechos, y si los reconocia, solo hubieran existido en teorías y no en la práctica, y la raza conquistadora y privilegiada hubiera continuado en su monopolio, como sucede aún en algunos

países de la *culta Europa*, donde no domina el clero.

Así es, que muy al principio del cristianismo, vemos ya al concilio de Elvira establecer cánones para proteger los esclavos y defender la humanidad de los desafueros del poderoso, cánones que los concilios siguientes fueron esclareciendo segun el influjo sacerdotal se estendia y el elemento religioso iba infiltrándose en la formacion de las leyes, ganando terreno filosófica y políticamente en los Estados, asistiendo al consejo de los príncipes y al lado de los prefectos: los cánones de los concilios, en particular despues de la paz de la Iglesia, nos prueban esa caridad que distingue al cristianismo, y que no pudieron quemar las hogueras ni aniquilar los tormentos. Desde el tiempo de Constantino empiezan ya los fieles á tener, no solo libertad, sino participacion en la administracion y gobierno de la sociedad; y á medida que pasa el tiempo, su influjo se arraiga, hasta que llega un dia en que prevalecen en la eleccion de los magistrados, y determinan ó reprobaban al par que la adopcion de puntos de dogma y disciplina, la sancion de las leyes que han de regir el Estado; este es el momento de su dominio; mas para llegar á este punto trascurrió tiempo, y tiempo marcado por fases y gradaciones diversas; infancia, juventud, virilidad, y á medida que se suceden estas gradaciones, la Iglesia se presenta mas es-

plícita en los concilios, y su doctrina es mas terminante y precisa en favor de la humanidad.

Para demostrar lo que acabamos de decir, bastará que espongamos literalmente los cánones que lo comprueban, y en esos documentos preciosos de la antigüedad, no podremos menos de reconocer la fuente del derecho moderno; y los filósofos de la moda, los acusadores de nuestros padres, los detractores del clero, por mas que cierren los ojos á la luz de la verdad, habrán de venir á estas fuentes y beber en ellas el ámbar hermoso de la caridad, y las doctrinas humanitarias que con tan descarada osadía quieren usurpar y que publican como propias, sin tener para ello otras razones que las del cinismo con que las pregonan y la desfachatez con que las proclaman, haciendo alarde de una ciencia que no tienen y de una virtud y abnegacion que están muy lejos de poseer: mas vengamos, que ya es tiempo, al fondo de la cuestion; presentemos documentos, que ellos mejor que nadie son los que han de combatir la impostura y proclamar la verdad; ellos mejor que nadie son los que nos han de llevar al origen de los derechos de la humanidad, y ellos solos, y solos ellos, son los que pueden descubrir su origen y manifestar sus autores para gloria de estos y vilipendio de los usurpadores que tan sin tino se los apropian, y que para cohonestar su robo no encuentran otro apoyo mejor que la calumnia.

Esto supuesto, el primer concilio despues del de Elvira, que se opuso á la esclavitud fué el Agatense, el cual, en su capítulo 20, dice: "Si hubiere necesidad la Iglesia defienda los libertos, los cuales, si alguno intentare llevar ante la audiencia, sea repelido por la Iglesia." El capítulo 6 del Arausicano los defiende con la autoridad de la Iglesia. El cánón 8 del de Lérida, prohíbe á los clérigos extraer de la Iglesia y castigar con azotes al siervo ó discípulo suyo, reduciendo á penitencia al que lo hiciere, mandándole separar del lugar que no honró. El capítulo 11 del primer concilio de Toledo, impone excomunion al poderoso que despoje al pobre de su propiedad hasta que la restituya. El 4 del tercer concilio toledano, previene á los obispos que defiendan los libertos. El cánón 12 del segundo Matisconense excomulga al juez que juzgase á las viudas y huérfanos sin estar presente el obispo, archidiácono ó presbítero, á quienes encarga mirar por ellos; y el cánón 16 excomulga al que injustamente despojase de sus bienes al pobre.

En los concilios que acabamos de anotar, aparece desde luego, y á primera vista, el modo como el clero ha ido estableciendo los derechos de la humanidad; en ellos vemos ya aquel esclavo sin porvenir, cuya vida era una existencia mercenaria de la que podia privarle cuándo y cómo quisiera el Señor, que no tenia una voz que se al-

zase en su defensa, un patrono que le protegiese, una ley que le amparase, ni un tribunal que le oyese: aquel esclavo, sin mas consuelo que las lágrimas, sin mas alma que para el dolor, ni mas cuerpo que para el látigo y el trabajo, no era ya una bestia que debia sufrir y callar, no era un hombre sin tribunales ni leyes; el cristianismo habia conseguido sus derechos, garantizaba su persona, y los sacerdotes, tan déspotas y orgullosos, no contentos con bajar á las mazmorras á consolarle en sus trabajos, no contentos con hacer ver á sus señores su injusticia, con argüir su crueldad y anatematizarla, á mas del freno de la conciencia con que paraban la ira del señor orgulloso é intratable, á mas de los consejos de caridad con que dulcificaban su condicion, á mas de las amenazas con que de parte del cielo los conminaban, en el momento en que las circunstancias les son propicias, en el instante en que aquella Iglesia, ya organizada, se reune para discutir los puntos dogmáticos y asegurar la fé, en el momento en que va á marcar reglas y bases para la estabilidad de su organizacion, cuando va á establecer cánones para su gobierno; y en una palabra, cuando pudiera haber mirado por intereses materiales que la diesen una preponderancia sobre todos los poderes, y sobre los cuales cimentase su orgullo y egoismo, sus ministros, como eran hijos de una religion de amor, y en la que la caridad es la principal y mas emi-

nente virtud, se olvidaron de sí mismos y atendieron á sus hermanos, desoyeron la voz del egoismo y del orgullo, y pensaron en la miseria y desgracia de los pobres, y desde entonces se propusieron aliviarla, mejorar su condicion y salvar así la humanidad de los trabajos, el abatimiento y la abyeccion. Bien convencido de esta verdad el pueblo confiaba al clero el cuidado de sus negocios mas amados, y ávido el sacerdocio del bien del pueblo, abrazaba el cuidado espinoso, pero grato á su corazon, de mirar por el pobre, por el huérfano y la viuda; y como sabia que en los tribunales no hallarian defensa, porque la justicia prostituida doblaba ante el poderoso la vara de la ley, y la balanza de Astrea se inclinaba allí, donde el oro y los títulos mundanos brillaban, y no donde la razon y la equidad resplandecian; por eso gravaron los concilios á los obispos, archidiáconos y presbíteros, con el especial encargo de asistir á los tribunales donde eran juzgados los pobres y mirar por ellos, y los pobres aceptaron el tribunado sacerdotal sin temer la tiranía clerical, porque confiaban mas en la virtud de aquellos prelados que predicaban la religion de la caridad y hacian brillar los derechos del hombre, que no en los corrompidos filósofos que, con su largo manto, su varilla en la mano y sus largos y desaliñados cabellos, proclamaban los privilegios de la cuna y de la conquista, y escarnecian la humanidad.

Cuanto acabamos de relatar, prueba de la manera mas terminante los desvelos de los ministros de la religion, por establecer los derechos del hombre hollados por la gentilidad, y por levantar la humanidad de la postracion en que yacia; y prueba que en ello no se alucinaron con el porvenir, ni consultaron para hacer el bien con la clase ó condicion del beneficiado, ni buscaron en el pobre, en la viuda y el huérfano, que era la clase que protegian y á quien consagraban sus desvelos, el patronato opulento y pingüe de gruesas pensiones ni cuantiosos regalos como los Sénecas, Cicerones, Catones y demas turba de parásitos, aduladores del poder, legisladores asalariados para encarecer injustos privilegios y mentidos oradores de la justicia, que en su sentir no era otra que la fuerza.

El sacerdocio, muy lejos de imitar á los decantados filósofos, siguió distinto rumbo; y como consideraba un vicio la adulacion y una virtud la verdad, y como esperaba en otro mundo la recompensa ó castigo de sus obras, se puso de parte de la justicia y arrostró las iras de los poderosos del mundo por defender los oprimidos; en ello, sin embargo, no se olvidó de obrar con prudencia, y así le vemos caminar á su fin con una constancia admirable: primero confundido con el comun de los fieles se defiende y los defiende, despues al lado de los soberanos, los protege con sus consejos;

y por último, formando ya un cuerpo separado con una gerarquía organizada, con una subsistencia independiente, con jurisdiccion y constitucion propia, cuando crea leyes que afirmen esta jurisdiccion y robustezcan esta constitucion, no se olvida de sus hijos predilectos los pobres y oprimidos, y los prepara con sabias y protectoras determinaciones el escudo que los ha de defender y salvar. El clero es una sociedad completa, provista de todos los medios de existencia independiente, sin contar ni necesitar para nada de la sociedad en cuyo seno vive, á cuyo servicio se consagra, y sobre la cual ejerce su influencia; lejos de encerrarse en un egoismo criminal como los sacerdotes paganos, los magos de la Persia ó los brazmanes de la India, quiere el bien para todos, depone sus privilegios y los comparte con sus hermanos, emplea su prestigio en protegerlos, y su ciencia en su defensa; y aunque dominante en todas partes, como único en quien el saber residia, no se vale de esta arma para esclavizar sino para ilustrar, y cuando afianza con ella sus derechos, no se olvida de los de sus hermanos, y proclama y sanciona los de la humanidad.

Poseedor de los primeros cargos municipales, se le ve figurar al frente de los pueblos; y lo que antes estaba á cargo de pretores, prefectos y prócsules avaros, ajenos de caridad, orgullosos y déspotas, hoy está á cargo del obispo, del archi-

diácono y del presbítero, que hijos de la escuela del amor que fundara su divino maestro Jesus, miran por sus hermanos y los protegen, cuidan del pobre y le defienden, celan por el bien del huérfano y la viuda, y enjugan sus lágrimas y hacen valer sus derechos. Y no se diga que esto fué una usurpacion por su parte, porque abriremos la historia y conoceremos que fué una necesidad del siglo, y que á ello fueron empujados por el torrente de las circunstancias é impelidos por la caridad. Los gigantescos escombros del imperio, fundado por Augusto, los restos de aquella Roma que fundaran los Camilos y Escipiones, el manto purpúreo del pueblo que avasallara el mundo conocido, habia sido despedazado por la discordia y dividido por el hacha implacable de los bárbaros; apenas quedaba de su magnificencia una sombra, de su grandeza un sueño, y de su poder un triste recuerdo; de su antiguo esplendor, que el huracan de la guerra fundara y habia destruido, solo quedaba el régimen municipal de las ciudades; y como el despotismo habia reducido á una triste decadencia aquellos municipios, aquellas colonias, aquellos conventos jurídicos con que se orgullician las naciones vencidas y olvidaban ante aquel oropel vano y estéril la dignidad hollada, la independencia perdida, acallando entre el bullicio del circo el triste crugir de sus cadenas, de aquí resultaba, que los curiales habian quedado reduci-

dos casi á la nada, y por lo mismo, como no los animaba la caridad, faltándoles el lucro que sostenia su lujo, cayeron en el mayor abandono y quedaron sumidos en una apatía inesplicable, y así los cargos concejiles vinieron á ser muy poco apetecibles, y quedaron á merced del primero que quiso apoderarse de ellos.

Entonces el clero, lleno de vida, de energía, de celo, y mas que todo de caridad, conociendo que en aquellos cargos podia ser útil á los pobres, al Estado, á la religion misma, á pesar de las muchas y espinosas obligaciones de su ministerio, como sabia que debia sacrificarse por sus hermanos y posponer su reposo al bien de la humanidad, no conducido por el egoismo como falsamente se le supone, sino en las alas del amor al bien de los hombres y de la sociedad, se ofreció sin repugnancia á vigilarlo y dirigirlo todo, y en esto no fué la usurpacion sino la caridad y curso de los sucesos quien los dirigió; el mundo era un árbol cuya savia era el clero, era un cuerpo cuya existencia animaba, era un cadáver que solo él con el fuego de su caridad, con la energía de su virtud y con la intrepidez de su fé podia dar vida. ¿Era un deber en el clero hacer este servicio? ¿Era ó no una usurpacion? No nos detendremos en afirmar que era un deber, y un deber tanto mas sagrado y digno del aprecio del mundo, cuanto que el mundo y la sociedad fueron los prime-

ros y principales beneficiados en esto, pues á no ser así la civilización hubiera sufrido un retraso espantoso, la humanidad hubiera padecido, y hasta la religión hubiera permanecido estacionaria; y como la sociedad estaba sin vigor y solo el clero se hallaba animado, solo él debía ser en todas partes emprendedor, dominador y poderoso, y lo fué efectivamente, y entonces empezó á manifestarse su benéfico influjo en favor de los derechos del hombre, y la humanidad se salvó.

Merced á estas circunstancias y al ascendiente del clero, vemos garantidos los derechos del hombre, y las primeras leyes que los garantizan son los cánones, las primeras voces que los proclaman son las del clero, las primeras asambleas bajo cuyas bóvedas se oyen son los concilios. Así vemos al concilio 4º Toledano determinar que los libertos no se separen de las iglesias; que se celebren anualmente concilios provinciales, y que conforme á la orden del rey asistan á él los jueces y colaboradores de los tributos para que los obispos examinen su conducta y vean si gravan demasiado á los pueblos: el 6º, que los grandes sean afables con los inferiores: el de Mérida ordena que si los siervos cometiesen algún crimen sean entregados por el obispo al juez secular, pero encargándole que interceda para que la pena á que fuese condenado se modere: el 2º Toledano manda tener en cuenta la regla de S. Leon, que previene que la

dulzura tiene mas poder que la severidad sobre los que deben corregirse; y por último, el concilio 12, tambien Toledano, establece el derecho de asilo á los que se refugiassen en las iglesias y treinta pasos alrededor de ellas, y se entreguen á los que los piden prestando antes juramento que no se les hará mal.

Tan sábias disposiciones en favor de la humanidad prueban que el clero hizo valer su influjo en pro de la desgracia, y que al elevarse no usó de su poder y prestigio con otras miras que las de poder ser útil á sus semejantes, y afianzar los derechos de la humanidad hasta entonces desconocidos y vilipendiados. ¿Y aun se le acusa de egoísmo? á él que sacrifica su reposo por sus hermanos, á él que agotó su saber por consolidar sus derechos y empleó su prestigio y su poder por conquistárselos? . . . ¡Ah! Yo quisiera que los que hoy le insultan y atacan, presentaran tan hermosos títulos al reconocimiento general, pero muy lejos de esto, llaman al pueblo soberano, y le esclavizan; ensalzan la libertad en los códigos, y la borran en la práctica; hablan del imperio de la ley, y cierran su libro sacrosanto al pobre, y lo olvidan para no oír sus clamores, y en tanto que gime se divierten en los teatros, y cuando vive sin pan y transita descalzo le atropellan con sus carruajes y . . . . Volvamos la vista al mundo; girémosla en torno nuestro y comparemos las cortesías



con los concilios, los obispos con los diputados, la dignidad de aquellos y la bajeza de éstos, la entereza y desprendimiento del sacerdocio, el interés y la adulación de los tribunos, y contemplando este cuadro simplemente sin los feos coloridos que aun podrian añadirse y que por demasiado conocidos se omiten, digan las gentes imparciales de quién está la razon y á quién debe mas la humanidad, al clero que estando en su mano deprimirla, ó no elevarla, la ensalzó, ó al filosofismo que encontrándola elevada la holló y sustituyó á los derechos con que el clero la fortaleció, el vilipendio con que el siglo presente la humilla, y la desfachatez con que se la escarnece.

Cuanto mas se consideran las historias, mas y mas se descubre la iniquidad de los que insultan al clero y la injusticia de los ataques que se le dirigen, porque bien considerado, en el momento que vemos á nuestros demagogos de hoy prosternarse ante el poder y doblar su cerviz á la mas leve sonrisa de un magnate, involuntariamente se nos presenta á la imaginacion aquel sacerdote del Señor que se presenta ante un poderoso de la tierra á interceder por la humanidad y á pedir perdón por sus hermanos, y no separarse de su lado sin haberlo conseguido: al momento que vemos al tribuno que ayer atacaba al poder, obtener un destino y enmudecer vendiendo cobarde é inicuaamente la confianza de sus comitentes, nos

viené á la imaginacion el obispo arrostrando las iras del poder, no por cumplir una comision á que por el pueblo fué enviado, sino por llenar un deber de caridad á que su ministerio le impele, y surca mares y atraviesa montañas, sufre calores y fríos, se fatiga y trabaja, y no descansa hasta conseguir el triunfo de su causa que es la del pobre, la del oprimido.

El clero lo hacia todo porque solo él era capaz de hacerlo, y solo él tenia conciencia y virtud para no prostituirse, y por eso los pueblos y los emperadores, en medio de la general corrupcion que todo lo dominaba, ponian en él los ojos y dirigian sus miradas como al único capaz de llenar sus deseos y realizar sus esperanzas: la legislacion de los emperadores demuestra del modo mas terminante esta verdad, y por donde quiera que se abran los códigos de Teodosio y Justiniano encontraremos edictos que ponen á cargo de los obispos y del clero, aun los asuntos mas triviales: ábrase la historia de los últimos emperadores, y desde la embajada hasta la tutoría del huérfano, y desde la ejecucion de los testamentos hasta las prefaturas de los municipios, todo veremos ponerlo bajo la inspeccion y salvaguardia del sacerdocio, y tanta autoridad, tanta confianza no fué correspondida sino con la mayor generosidad de tanto poder y de tanto influjo, no solamente para no arrogarse privilegios, sino para crear derechos al hom-

bre; no para ensancharse, sino para ensanchar á los demas; y si adquirió poder, y su poder fué con miras de engrandecimiento egoista, ¿por qué fué tan poco creído que dió derechos á quien queria abatir, privilegios á quien queria hollar, y libertad al que pensaba oprimir? Esto sí que no se concibe á menos que no digamos que la falta de conocimientos habia cerrado los ojos del alma para no ver que su conducta contrariaba sus deseos; pero tampoco podemos decir que el clero era ignorante porque vendrá la historia á desmentirnos, y nos demostrará hasta la evidencia su cultura, patentizándonos que las ciencias y la ilustracion residian en ellos, y que ellos nos las trasmitieron; vendrán los concilios, y sus providencias tan justas y acertadas publicarán lo infundado de nuestro aserto; vendrán los códigos, y esa confianza tan ilimitada de los emperadores y de los pueblos nos argüirán de precipitacion, y de todas partes se levantará un clamor general que envolverá y confundirá nuestras palabras para que no puedan percibirse, y la antigüedad que nos legó pueblos bien constituidos bajo la influencia del clero, escarnecerá nuestra torpeza, y la humanidad, que bajo el egoismo sacerdotal adquirió derechos, nos pedirá cuenta de ellos, y la civilizacion, que bajo los auspicios del clero ignorante progresó, nos argüirá de haberla separado de su centro, y los filósofos del dia bajarán su frente escarnecida, acu-

sada y humillada, y rehuirán el combate porque no tienen medios de defensa.

La Iglesia y sus ministros encontró, desde aquel momento seguramente, muy poderosos elementos, tanto en su constitucion interior, como en la influencia que ejercia sobre el pueblo y los emperadores, y en la parte que tomaba en los negocios civiles; pero ¿abusó de estos elementos? ¿Se engrandeció? ¿Fué egoista? ¡Ah! de ninguna manera; al contrario, dirigió sus esfuerzos á llenar su mision de progreso y de caridad; y si pensó en sí misma fué porque se convenció que sin poder no haria jamas triunfar la causa de la humanidad; si adquirió privilegios, honores y bienes, fué porque conocia que estos elementos adelantarian mucho la marcha de la ilustracion, la abrian el camino que la llevaba á la posesion de sus deseos, á la realizacion de sus esperanzas, al afianzamiento de los derechos del hombre y al protectorado del pobre.

Considérese despacio la historia del tiempo á que nos referimos, y se verá que solo la Iglesia podia asegurar la sociedad envilecida y aletargada, en medio de un marasmo asombroso, y del que no hubiera vuelto sin el vivificante fuego de caridad que abrasaba el clero y que le hacia precipitarse á todo, trabajar en todos los terrenos é inmiscuirse en todos los asuntos, y á esto que llaman sus acusadores usurpacion, es precisamente

á lo que la civilizaci6n debe muchas y muy grandes ventajas, imponderables beneficios: en medio de un mundo material hizo entonces nacer una fuerza moral, que se apoyaba en razones, en creencias, en sentimientos morales, y que con las armas de la convicci6n y del discurso, repelia y contrareataba los rudos ataques de la fuerza que amenazaban destruir y aniquilar la sociedad, y que sin duda hubiera concluido con la civilizaci6n, si en aquel Océano inmenso de barbarie la Iglesia, con sus doctrinas *antisociales*, no la hubiera preparado una tabla de salvaci6n en la virtud y ciencia de sus ministros toscos, egoistas y fanáticos, segun los apóstoles de este *siglo de luces y civilizaci6n*.

En aquellos días la Iglesia todo lo manejaba y era la única capaz de manejarlo, todo estaba en su mano, todo lo dominaba porque todo lo poseía, ella sola manejaba un poder que no podían destruir las legiones, un poder fuerte que ejercía su dominio sobre el alma que la sujetaba, que obraba sobre la parte más noble del hombre, poder invulnerable, moral, inmensamente superior á todos los vaivenes de la sociedad, á las vicisitudes de los tiempos, á las revoluciones de los Estados: ella sola era el único foco luminoso que, en medio de las tinieblas que todo lo absorbían, que celaban todas las almas y ofuscaban todos los entendimientos, podía derramar rayos esplendentes que

iluminasen el horrible caos que todo lo confundía, y en cuyos celajes envolvió la Europa aquel sacudimiento general, y lo hizo efectivamente; pero como no se contenta con poco, enarboló una bandera que en medio de aquella confusi6n, entre las tinieblas de aquel desórden, hizo brillar una antorcha de salvaci6n proclamando una regla, una ley más sublime que cuantas reglas se habían establecido, y que todas las leyes humanas con que el hombre se había propuesto fijar el edificio de su felicidad; ley hermosa, regla divina que había de garantir los derechos de la humanidad, y esta fué la ley de Dios y la regla de la propia conciencia; ley inmutable, independiente de los tiempos y de las costumbres, cuya fuerza inmensa abarca en un solo círculo todas las condiciones, todas las clases, todos los hombres.

Este dogma salvó la humanidad en medio de tan horrible cataclismo: dueña entonces la Iglesia del porvenir; teniendo en sus manos tan hermoso y fuerte elemento, se propuso realizar el gran pensamiento de la felicidad humana, de la garantía de todos los derechos, del afianzamiento de la libertad individual, y á esto encaminó todos sus pasos, dirigió todos sus esfuerzos y extendió todas sus miras: todos los pasos del clero desde aquel momento, todas las deliberaciones conciliares al par que aseguran la independencia de la Iglesia, garantizan los derechos de la humanidad;

y así vemos que la separacion de los dos poderes espiritual y temporal, no es mas que la mútua garantía de uno y otro, y la esplanacion del gran pensamiento de que la fuerza no tiene derecho alguno sobre los espíritus, sobre la conviccion y sobre la verdad; pensamiento que bien explicado manifiesta que el hombre tiene privilegios que nadie le puede arrebatár, que bien considerados son el foco de todos sus privilegios, pero que es preciso dirigir, porque sin una direccion buena se extravarian y serian el foco de todas sus desgracias, el origen de todos sus males y la sentina de donde emanarian los corrosivos miasmas que habian de inficionar la sociedad entera y convertir el mundo en una cloaca miserable de vicios é infelicidad: para evitar estos males y preservar la sociedad de estas desgracias está el poder espiritual, que refrenando las pasiones y proclamando la moralidad de los actos humanos, salva el mundo de los males anexos á la disolucion y á los vicios, por manera que la humanidad puede decirse que adquirió entonces sus verdaderos derechos, y que el clero se los concedió, ó mejor dicho, los hizo salir del cieno de la ignorancia al hermoso esplendor de la luz para dirigir con ellos los hombres, y hermanarlos bajo la ley de caridad que garantizaba todos los derechos. El poder de una influencia moral é interior, la proclamacion de una ley divina salvaron de la fuerza bruta la con-

ciencia, hicieron conocer al hombre su propio valor dándole una representacion propia de que estaba privado, y sin la cual no era posible que respetase á sus semejantes, porque no podia conceder á otro lo que en sí mismo no encontraba, y solo conocia superior en su opresor, y no en su gobernante, al par que éste solo conocia en sus súbditos esclavos y como tales los trataba, hasta que el clero hizo conocer la diferencia que hay entre el mundo del pensamiento y el mundo de la accion, el de los hechos exteriores y el de los interiores, diferencia que es la base sobre que se fundó y descansa el alcázar de los derechos de la humanidad.

En aquel tiempo en que cada pueblo, cada tribu, cada familia tenia su legislacion propia, y en que los conquistadores lo avasallaban todo, y todo lo hubieran arrollado y confundido, la Iglesia y sus ministros preservaron de su ruina la civilizacion y la humanidad: este timbre, este honor no se lo pueden arrebatár por mas que se empeñen los modernos filósofos, y habrán de confesar, mal que les pese, que solo el sacerdote que les habla en nombre del Señor, ponía freno á sus excesos, modificaba su barbarie, templaba su desenfreno y los hacia mirar en el vencido un hermano: hay mas; entre aquella mezcla de pueblos no habia uno cuyas leyes fuesen preponderantes en las demas, y bastaba que fueran leyes de uno para que otro no las recibiese por buenas que fuesen, por-

que el nacionalismo los hacia mirar con repugnancia todo lo que no era propio, y el orgullo los hacia resistir su introduccion hasta con las armas; á la Iglesia, pues, estaba reservado fundir tan heterogéneos elementos en un mismo crisol, y sola ella podia con este hecho unir bajo una ley tan distintas y bárbaras naciones, y esto fué lo que se propuso, porque conoció que si lo realizaba seria el mayor beneficio que pudiera hacer á la humanidad. Verdaderamente nadie estaba en mejor posicion para llevar á cabo tan útil reforma, porque nadie poseia mejores elementos, ni esgrimia tan fuertes armas. La Iglesia cristiana era una sociedad constituida sólidamente con sus principios, con sus reglas, con su disciplina, que ansiaba estender su influencia y vencer y humanizar los conquistadores: el dogma divino, sobre cuya base descansaba, era inmutable, y las ideas humanitarias que contiene el Evangelio prestaban á sus ministros y sacerdotes el arma mas poderosa: el respeto con que el hombre mira á los dispensadores de las gracias del Altísimo era un elemento poderosísimo, y la ilustracion del clero de entonces y su virtud contribuian en gran manera á la realizacion de tan útil pensamiento; todo, pues, estaba de parte del clero, y el triunfo debia ser seguro, porque necesariamente habian de sucumbir unas imaginations toscas á tantos y tan hermosos elementos puestos en juego diestra y oportunamente

para humanizarlas. Entre los eclesiásticos de aquella época habia hombres sabios y profundos que entregados al estudio y á la meditacion habian discurrido y pensado sobre todas las cuestiones morales y políticas, y en todas las materias tenian ideas fijas y bien sentadas; la virtud y la ciencia les inspiraban sentimientos enérgicos que deseaban comunicar y hacer prevalecer, y conocian por lo mismo la necesidad de unir á todos los hombres en unos mismos sentimientos, bajo una misma bandera, en una misma ley y en igual creencia, y así se propusieron reunir en torno suyo todas las tribus y pueblos; y cuidado que al hacerlo no fué con el deseo de despotizar, como al parecer asegura Mr. Guizot, sino con el deseo de hacer un bien inmenso á la sociedad, porque sabian que el hombre se irrita contra el hombre, que la division suscita rivalidades, las rivalidades odios, y éstos cuestiones que con facilidad se trasladan del gabinete al campo, y cuya solucion se encomienda mejor á la espada que á la pluma, y á la fuerza que á la razon.

El clero conocia muy bien que en tal estado la humanidad era siempre la mas perjudicada, que la civilizacion se atrasaba, que era menester poner coto á la bárbara ley de la fuerza, y en todas partes, pero con mas particularidad en España, se propuso el remedio. Yo quisiera en este momento que me dijieran los filósofos y políticos de nues-

nes y desvalos que era el hombre

tros dias si fué éste ó no un triunfo para la causa de la humanidad, y si fué alcanzado por el clero. Yo quisiera que me dijeran si al hacerlo consultó mas el sacerdocio sus derechos y prerogativas que los del desvalido y débil, y si merece por esta conducta ó no la gratitud de la Europa. Estoy seguro que no se atreverán á contestar, porque los hechos son siempre el mejor testigo y la mas revelante prueba que puede aducirse, y porque al fin vendriamos á parar en que el hombre solo por este hecho que cortó de raiz la cabeza á la hidra de la discordia, que acabó de una vez con la serpiente venenosa de la anarquía que todo lo trastornaba, debia y debe venerar al clero y proclamarle el mejor amigo del hombre, no su enemigo; su patrono, no su déspota; su defensor, no su tirano. Pero el clero no se contentó con este triunfo obtenido en pro de la humanidad; no se durmió sobre los laureles hermosos de su victoria, no dió por terminada su conquista, no: ávido de privilegios para el hombre, ansioso de acabar con el foco de todos sus males, quiso esterminar hasta las raices de la planta maléfica que emponzoñaba su existencia, quiso destruir la rémora de sus deseos y echar por tierra cuantos obstáculos se le oponian, si no de un solo golpe, poco á poco al menos, pero sólidamente y de modo que su trabajo jamas retroceda, y de él saque algun producto, alguna utilidad, el objeto predilecto de sus afanes y desvelos que era el hombre.

La Iglesia se propuso hacer entrar al pueblo en la senda de la civilizacion, y para ello empezó por amansar sus costumbres, en lo cual ya ganaba mucho la humanidad; los hombres pensadores del sacerdocio habian meditado profundamente sobre la legislacion que debia nivelar los derechos de los ciudadanos, que es su oficio, y no habian podido menos de conocer el triste desacuerdo en que estaba respecto del Evangelio: hombres religiosos, de piadosas ideas, de sentimientos caritativos, no podian menos de lamentar tan funesta oposicion, y se propusieron enmendarla; para ello debieron pensar, debieron meditar, debieron discutir; y por último, sacaron la consecuencia que era necesario que la ley civil se cimentase en la religiosa, y desde este momento la humanidad debia ganar mucho, porque al fin garantida por el Evangelio, tenia que serlo por las leyes, y el desenfreno y la fuerza dejarian de ser los dominadores y déspotas del mundo; pero entre todos los pueblos de Europa, entre todos los cleros, toca al español la gloria del trabajo, y es el que consigue mas privilegios para la humanidad, es el que mas trabaja en su defensa, y es el que en los concilios se pone al frente de la revolucion moral que tan buenos resultados habia de producir; así vemos que los concilios prevalecen en nuestra patria, y que en vez de asambleas, en que el poder legislaba, se congregan juntas eclesiásticas en que discuten la len-

gua y la pluma, y triunfa la razón y la justicia; porque aun cuando en ellas tienen entrada los legos, la sabiduría está en el clero y los obispos dominan, y el sacerdocio se lleva la gloria del triunfo que asegura á la civilización un porvenir, y al hombre un bien inmenso.

Abramos por un momento el código visogodo, y en sus páginas resplandece de un modo admirable la antorcha del saber que iluminaba el clero, que le confeccionó; en su mayor parte sus leyes son un modelo á que deben nivelarse cuantas se confeccionen en defensa de la humanidad; en ellas se ve el espíritu de dulzura y caridad del Evangelio, y siempre serán un energético mentís contra los acusadores del clero, y una elocuente apología de éste. En este código admirable se conoce la cristiana filosofía de sus autores, y á poco que se lea se comprende que no es un código bárbaro, compuesto por rudos conquistadores, escrito sobre los escombros de los pueblos avasallados con la punta de la espada y matizado de sangre, sino un libro compuesto por los filósofos de la época, redactado por obispos, discutido en los concilios, y en cuya confección entró como elemento principal la caridad.

Causa admiración, ciertamente, que en medio de la barbarie que dominaba la Europa, cuando la fuerza y solo la fuerza imperaba, en los días en que el pobre no tenía una ley protectora, el cle-

ro se levantase proclamándola, y á fuerza de desvelos y trabajos lograrse plantearla. Causa admiración que cuando la humanidad yacía á los pies del caballo del grosero hijo de Don, cuando nada perdonaba su furor, cuando la propiedad se arrebatada, la seguridad individual se desconocía, el pudor se vilipendiaba, y todo se escarnecía por el hombre de armas, por el señor feudal que desde su almenado palacio tendía la vista por el pueblo, que acataba sus caprichos y obedecía su ley tiránica é inicua sin osar resistirla, el sacerdote que regia la pequeña capilla de su castillo, sin otras armas que su paciencia y la doctrina del Señor, amansase el corazón del rudo guerrero que todo lo avasallaba, é inspirase á su alma sentimientos de piedad que poco á poco le habían de hacer deponer su fiereza: causa admiración ver al sacerdote de la ley del amor, visitando y consolando al pobre, haciéndole llevadero sus infortunios, dulcificando sus penas y llevando á su corazón el bálsamo del consuelo: causa admiración contemplar al ministro de Cristo frente á frente del opulento patricio, inculcando en su alma ideas de caridad, arrebatando víctimas á su encono, moralizando sus malos instintos y sus desenfrenadas pasiones, y haciendo triunfar la causa de la inocencia y de la justicia, preparando así el templo donde debía tremolar el estandarte victorioso de la humanidad.

Siempre que se abre la historia y se contempla tanto celo, tan heroica constancia, tantos sacrificios empleados por el sacerdocio para asegurar los derechos del hombre, y se oyen por otro lado los sarcasmos con que los filósofos responden á tantos beneficios, los insultos con que regalan á sus autores y las acusaciones que contra ellos fulminan, no puede el hombre menos de preguntarse, ¿qué títulos tienen estos á la gratitud de la humanidad? Pregunta que enjendra el deseo de averiguar la verdad y la curiosidad de analizar los hechos; entonces la imaginacion vuela por el inmenso espacio del pasado, recorre el presente y se lanza en el abismo del porvenir. ¿Y qué consigue? ¡Ah! que un movimiento de horror se apodere del alma. El pasado ofrece á la vista el egoismo de los filósofos, el presente lo cubren las cenizas de la revolucion, y el porvenir es un cielo lleno de nubes preñadas de electricidad, es una tormenta que amaga descargar sus furores sobre el hombre y borrar de sus almas toda idea humanitaria y civilizadora. ¡Vista horrible, perspectiva triste, pero que trae á la memoria la idea de que el filosofismo ataca, combate y amenaza al clero porque en él considera el amigo del hombre, el defensor de la humanidad, y por consiguiente el único muro donde sus ambiciones y su iniquidad pueden estrellarse!..... Por esto seguramente le hace guerra, exclama el hombre al contemplar

cuadro tan recargado, y cesa su inquietud y conoce que no es por mero capricho el ataque sino por cálculo; que no le produce la ignorancia, sino que le anima la malicia; en una palabra, que el egoismo filosófico nunca puede ser el aliado de la caridad cristiana.

Abramos las obras de los filósofos, y las veremos abundar en todo menos en lo que interesa al bien del hombre; allí veremos disputar, allí veremos palabras, pero poca caridad, y allí veremos cómo nuestros hombres humanitarios consignan en sus escritos bellas teorías, pero cuando las comparamos con sus obras no conocemos los autores, porque distan tanto de la práctica como la luz del medio día de las tinieblas: yo quisiera ver á los filósofos á los piés del trono, ante un conquistador irritado, en la antesala de sus magnates pidiendo por el oprimido, y pidiendo sin otras miras que salvarle, sin mas interés que hacer un beneficio por la humanidad y una obra grata á Dios, y entonces podia creer en sus palabras; pero muy lejos de esto le veo solo dispuesto á servir á su interés, y en sus obras consultando su egoismo, porque falta en su corazon la fé, porque no tiene caridad, ni espera la recompensa de la otra vida: al revés el sacerdote, donde sufre el hombre allí es su sitio, en la cabaña que inunda la miseria, en el lecho del moribundo, en los hospitales y en las cárceles, siempre se halla para compartir los in-



fortunios con el pobre, socorrérselos ó consolarle; asiste al palacio del poderoso de la tierra, y allí aboga por el proscripto; se presenta á los jueces, y ruega por el criminal; visita á los ricos y ablanda su corazón para con los pobres; no contento con llevar á sus almas el consuelo, le acompaña con el dulce aliciente de la limosna, reduciéndose cuando la necesidad lo exige á pedir por el desvalido, sin avergonzarse de convertirse en mendigo para socorrer á sus hermanos.

Por eso todos los códigos en que interviene el clero abundan en máximas y preceptos humanitarios, por eso vemos los concilios españoles que sustituyeron á las asambleas germanas llenos de cánones en que brilla en primer término la defensa de la humanidad, y al establecerse reglas de dogma y disciplina se establecen y consignan los derechos del hombre que la ponderada filosofía tenía olvidados: leamos esos documentos del egoísmo clerical, de la ignorancia sacerdotal, de su despotismo, y los veremos llenos de ideas generales, de teorías fecundas, de máximas humanitarias, de leyes basadas en el espíritu de caridad que preside siempre á las asambleas cristianas; máximas estrañas ciertamente á los tiempos en que se escribieron, pero que revelan su origen y conducen á la fuente de donde proceden, y donde bebieron sus máximas los que las enseñaron, que es el Evangelio: ellas descubren sus autores, que no son

otros que el clero, por mas que hoy se le llama ignorante y tirano.

Mas para apreciar en su justo valor estos preciosos monumentos de la antigüedad, este hermoso blason del sacerdocio, es bueno acudir á la historia y contemplar despacio el cuadro del pueblo para quienes se confeccionaron, analizar sus costumbres y sus leyes, y á vista de unas y otras se conocerán mejor los buenos oficios del clero y sus trabajos en defensa de la humanidad: voy, pues, con la brevedad posible á trazar este boceto, y espero que mis lectores no lo llevarán á mal, pues de su comparacion ha de resultar el argumento mas fuerte y convincente en pro de los ministros del Crucificado, de los hombres que tanto escarnece la impiedad disfrazada de filosofía y la maldad encapotada con el manto de la virtud, pero que por mas que digan son los únicos á quien el mundo debe su bienestar, la ilustracion verdadera sus progresos y la legislacion sus adelantos, y que la fuerza se eliminase de los códigos y la barbarie para reemplazarlas con la humanidad y la razon.

Con poco que leamos las historias, hallaremos que la legislacion de los bárbaros era personal, esto es, que una misma ley se aplicaba á los hombres de una misma raza; cada pueblo tenia su código, y aunque enclavado un pueblo en otro, cada uno era juzgado por su ley especial; el roma-

no por la romana, el godo por la gótica, el suevo por la sueva, &c., aun cuando estuviesen sujetos al mismo gobierno y habitasen el mismo territorio: tal es lo que se llama sistema de legislacion personal, en un todo contrario al de legislacion real, que comprendia bajo una ley todos los pueblos y personas que viven en el mismo pais; pero aun así habia diferencia entre el hombre y el hombre, entre el señor y el esclavo, y esta escepcion ominosa no habia cesado ni cesó hasta que el clero tomó parte en la formacion de las leyes é introdujo en los códigos el espíritu de caridad del Evangelio. Antes de este acontecimiento feliz, los hombres tenian un valor determinado, propio de su situacion y de sus circunstancias; el hombre libre, el feudatario, el esclavo, no eran estimados en el mismo precio, y las vidas tenian una tarifa determinada como si fueran un género comercial; pero el sacerdocio toma parte en la legislacion, el Evangelio le enseña que todos somos hermanos y la caridad que le anima se revela en sus decretos, consignando en las leyes el hermoso principio de la igualdad hasta entonces desconocida por los mas sabios legisladores: Roma y Esparta, con su cacareada libertad, no habian comprendido lo que el clero déspota y cruel enseñaba, no sabian aquellas ponderadas repúblicas que el persa y el egipcio, el godo y el africano eran hijos de un mismo Padre, y no lo habian comprendido porque en su

idólatra ceguedad creian que el Dios del capitolio y el de Solon, el Hércules Líbico y el Ermenul del Cáucaso eran rivales, implacables enemigos uno de otro, rivalidad que hacian trascendental á sus adoradores, y por esto trataban al vencido como un objeto de execracion del Dios del vencedor, y de aquí seguramente procedia la inicua costumbre de oprimirse, la bárbara complacencia de atormentarse. Al revés el cristianismo, proclamaba que no hay mas que un solo Dios, padre universal de todos, criador y conservador de todas las cosas, á quien todos debemos adorar, cuya providencia estiende sus cuidados á todos los mortales, y de este principio emana la ley de caridad, por medio de la cual debemos hacer bien á nuestros enemigos, en quienes debemos considerar otros tantos hermanos. Tal es la fuente de donde nacen los derechos de la humanidad, y la razon por qué el clero, y solo el clero católico, los ha proclamado, defendido y consignado en los códigos.

Yo quisiera que nuestros sabios investigadores me dijeran si la humanidad conoció derechos escritos antes del cristianismo; yo quisiera que me señalaran si el sublime Homero, el sabio Séneca, el virtuoso Sócrates, el justo Licurgo, hacen mencion siquiera en sus muchos escritos de la palabra humanidad; yo quisiera que antes del cristianismo se me señalasen leyes protectoras del esclavo

y del pobre, y si no las hay, si ningun sabio ni legislador se acordó de estos objetos predilectos del Evangelio, por fuerza habrán de convenir conmigo que su bienestar, su feliz cambio de posicion, es obra de la doctrina cristiana; y como ésta la propagó el clero, vendrá á resultar que este enemigo encarnizado de la sociedad, del hombre y de la civilizacion, es el único que ha puesto en la senda del progreso al hombre, á la sociedad y á la civilizacion; ha marcado derechos á la humanidad, ha constituido el mundo en las verdaderas bases de la justicia y de la equidad, y por decirlo de una vez, es el solo, el único que animado por la religion y la caridad ha creado una legislacion en un todo conforme con tan santos principios, y con ella ha amparado al hombre y ha garantizado su existencia y sancionado sus derechos.

Nadie ignora que antiguamente en los procedimientos se usaba de la purgacion canónica, del combate judicial, de las pruebas del fuego, el hierro y el agua, y yo pregunto: ¿á quién debe la humanidad que tan bárbara costumbre haya sido relevada con la prueba por testigos y el exámen razonado de los hechos? ¿Es á los filósofos, ó á los sacerdotes? Nadie me negará que á estos, porque solo ellos poseian esa filosofia cristiana y caritativa que busca en todo la verdad, y que la busca por medios justos, porque no se complace en los dolores del hombre, ni en sus aficciones, ni en

sus tormentos. El sacerdocio vió en esas pruebas, en esos desafíos judiciales, no el triunfo de la ley, sino un medio de eludirla, de oscurecer la verdad, de hacer infructuosa la justicia, y conoció que era una necesidad social poner remedio á tantos males, y entonces marcó reglas para esclarecer los antecedentes y hacer triunfar la justicia, y no encontró otras mas adecuadas que las pruebas por testigos y el exámen de los hechos, los sancionó y en los concilios toledanos están escritos, concilios que son una emanacion del clero, y el efecto de su trabajo, el reverbero de su sabiduría; y hé aquí otra victoria que debe la humanidad al clero, otro medio filosófico cristiano que puso al mundo en la senda del progreso intelectual, por medio del cual marchan los hombres á su perfeccion. En una palabra, los códigos en que ha tenido parte el clero, tienen un carácter sabio, sistemático, social; en ellos brilla la luz inestinguible de la caridad, la ciencia que se cimenta en el temor de Dios, la filosofia que se funda en la creencia, y que para todo, en todo y por todo busca á Dios, fuente de toda ciencia y origen de toda virtud.

Así los ministros de la religion que habian nacido entre las glorias del imperio romano, que habian visto su ruina, y que habian vivido entre su esplendor, cuando se hallaron rodeados de reyes bárbaros que habian dividido su púrpura, pensaron dulcificar sus instintos feroces y sanguina-

ríos, y humanizar sus hábitos guerreros: horrorizados de costumbres tan salvajes los sacerdotes á la presencia de unos hombres que ora errantes sobre sus carros, ora encerrados en sus castillos, tenían siempre su placer en destruir y esterminar; se propusieron conquistar y convertir á la fé del Crucificado estos nuevos señores para quienes no habia derechos, consideraciones ni otras leyes que las que imponia la fuerza y dictaba el capricho, y al efecto empezaron por herir sus imaginaciones dirigiéndose y halagando sus sentidos; de aquí fué que las ceremonias de la Iglesia se aumentaron considerablemente, la pompa y solemnidad del culto creció, y todo el aparato religioso se hizo con una ostentacion admirable, y á esto debió que aquellas tribus errantes, atraídas por tan sorprendentes ritos, y por medio de tan grandiosos espectáculos se fijaron por fin, se establecieron en ciudades, edificaron casas, y abrazando el cristianismo concluyeron por recibir los primeros gérmenes de civilizacion: de este modo el clero pudo estrechar mas y mas las relaciones que le unian á los nuevos gefes hasta que dominó su conciencia, tuvo entrada en sus consejos, fué escuchado en sus determinaciones, y así consiguió introducir en las leyes su espíritu de caridad, su filosofia, con lo cual levantó la humanidad al goce de sus derechos, por manera que cuantos hoy conoce todos se los debe, por mas que el espíritu

y amor propio de los nuevos filósofos se los dispute, de esos hombres que nada trabajaron ni trabajan por defenderlos, y que cuando el clero se esponia y luchaba por consignarlos, retirados en su gabinete permanecian curiosos espectadores del combate.

Sin embargo, no fué muy duradero el triunfo del clero sobre la ferocidad de los conquistadores; su brutal irreflexion era tal, que las nuevas creencias con sus dulces encantos y los sentimientos que con ellas les habia inspirado el clero, no fueron bastantes para contenerlos y civilizarlos. Acostumbrados á no reconocer mas ley que la de la fuerza, hasta la hermosa y suave ley del Evangelio les fué una carga insoportable, y tan luego como pasó la primera impresion que las ceremonias y aparato religioso produjo en sus almas, olvidaron aquella sumision y procuraron romper el freno que los contenia. Entonces el desenfreno produjo el desórden, volvió á reinar la violencia y ya no se vió mas principio ni se respetó otra ley que la de la fuerza bruta. Este nuevo desórden todo lo arrebató en su curso violento, y entre sus ondas apareció la Iglesia envuelta, y así como el Estado fué víctima de su bárbaro desenfreno: para subsistir y poder salvarse de aquel nuevo naufragio, y salvar tambien la sociedad, los ministros de la religion se agruparon en torno de su estandarte, y haciendo una justa separacion del poder

espiritual y del temporal, proclamaron que nada podía la fuerza bruta contra las creencias, que el poder temporal no podía intervenir en el espíritu, ni menos violentarle, que ninguna coacción podía ejercer sobre la voluntad, ni sobre las esperanzas, ni sobre las promesas de la religion; y así, reunido en torno de esta bandera y puesto bajo sus auspicios, acometió de nuevo, rechazó los bruscos ataques de la barbarie, y por fin triunfó, como no podía menos, de la fuerza la razon, de la violencia el discurso, y de lo material lo espiritual, y afianzó su triunfo, y con él el de la humanidad, publicando que un sistema de creencias religiosas no podía estar bajo el dominio de la fuerza, con lo que se proclamó la independendencia de la razon pública, que poco á poco habia de echar los cimientos y preparar la independendencia de la razon individual, que no es otra que el triunfo de la libertad conseguido por el hombre en su parte mas noble, y que nadie le puede arrebatarse desde el momento que se le considere como ser racional y pensador.

De este modo la Iglesia fué ensanchando su dominio, pero del simple relato aparece que á ello no la impulsó su codicia de mando sino el deseo de hacer un bien á la humanidad, fijar los derechos del hombre y hacerlos respetar por los gobernantes, y lo consiguió, introduciendo en la legislacion el espíritu de igualdad que brilla en el

Evangelio, haciendo conocer al hombre su dignidad, y obligando en nombre de Dios al señor, al magnate, al rey mismo, á respetar al súbdito, que aunque nacido en humilde cuna, y en la tierra inferior á él, está llamado al goce de la misma suprema felicidad y al convite del Padre celestial, en igualdad con él, y así llevaron la legislacion de uno en otro paso al estado en que hoy la admiramos.

De lo dicho aparece clara y terminantemente que el clero ha sido el protector de la humanidad, y creemos haberlo manifestado de modo que nadie puede dudarlo; hemos presentado los derechos del hombre introducidos en la legislacion por el sacerdocio, y creemos haber satisfecho la escrupulosidad de los enemigos del clero, y haber desvanecido completamente el cargo que le dirigen y la acusacion de declararle *enemigo de la humanidad y violador de sus derechos*; pero si aun hubiese alguno que no crea suficientes nuestras pruebas, que no crea por ellas bastante claros los hechos que corroboran la proposicion, nosotros le rogaremos que abra la historia y la examine, que compare el mundo antes y despues de la venida de Cristo, que reflexione sobre el cambio de ideas que este suceso operó en la sociedad, y responda si fué ó no obra suya y del clero la civilizacion que disfrutamos y los derechos que gozamos, si la humanidad ha ganado ó perdido con la religion

cristiana, y si al desarrollo de sus ideas ha contribuido ó no el clero.

Debiéramos concluir este capítulo; pero una fuerza irresistible nos mueve á no terminarle sin reseñar históricamente cuánto debe la humanidad al clero: un deseo vehemente nos pone á la vista aquellos niños abandonados por sus madres al momento de nacer, espuestos en las calles y caminos, víctimas arrebatadas á una muerte cierta por el clero; nosotros contemplamos al celoso sacerdote del Señor reprendiendo la mujer que, entregada sin freno al vicio, faltando á los deberes mas sagrados de la humanidad, abandona el fruto de su prostitucion añadiendo pecado á pecado, y maldad á maldad; nosotros vemos al estoico, al platónico, al peripatético, pasar junto á estos seres desgraciados sin tenderles una mirada de compasion, y sin que sus tiernas lágrimas y casi exánimes quejidos se fijen ni por un solo instante en su corazon; pero en cambio vemos al pobre sacerdote recogerle en sus brazos, estrecharle contra su corazon, volar por todas partes, pedir, suplicar, mendigar un poco de alimento con que atender á la vida de aquel niño desgraciado; nosotros le vemos exhortar á todos, fijar todas las miradas é interesar todos los corazones en su favor. Contemplamos á la Roma gentil llena de libertinaje rebosando su lubricidad y escándalo, poblada de baños, circos, anfiteatros y burdeles,

pero sin un asilo en que albergarse el peregrino, educarse y criarse el huérfano, ni acogerse la humanidad doliente; pero á poco tropezamos con la Roma cristiana, y ya vemos al sacerdote de Jesucristo convirtiendo los baños y teatros en hospicios, y los burdeles en asilo de beneficencia y hospitales: nosotros vemos la humanidad oprimida por el hierro y las cadenas, oimos sus lamentos, contemplamos á los sabios y legisladores con la risa de la indiferencia y del desprecio en los labios, sin procurar remedio á estas desgracias, sin consolar estas miserias; pero en cambio aparece luego el clero diciendo que todos somos hermanos, y al proclamar la igualdad evangélica rompe las cadenas y alivia la condicion del esclavo sin olvidarse moralizar sus costumbres y hacerle libre y obediente, y armonizando estas dos condiciones que la idolatría no supo poner de acuerdo: nosotros vemos el hierro y el fuego llevar el esterinio por todas partes, y el vencido, el débil, el pobre sin defensa, pero oimos luego esclamar al ministro del Señor: "Bienaventurados los pobres de espíritu, los tristes, los que padecen, los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos:" nosotros ojeamos un poco mas la historia, y en sus páginas hallamos con sombríos matices un cuadro de amargura y de dolor que nos presenta al pobre sufriendo bajo todas las escalas de la miseria, y al rico gozándose en los dolores del opri-

mido, pero continuamos y oímos los acentos del sacerdote que le exhorta á mirarle como hermano, que le promete castigos en el cielo, si no le tratase con caridad, ó recompensassi le mirase compasivo.

En vista de cuanto acabamos de manifestar, quisiéramos que los modernos filósofos nos dijieran francamente si han trabajado tanto como el clero, y si el sacerdocio es ó no enemigo de la humanidad y de la civilizacion; creemos que no llegarán á dudarlo, y que confesarán que la sociedad debe al clero católico su bienestar, la Europa su cultura, el mundo su felicidad, porque no contento con proclamar los derechos del hombre y la ley de la humanidad, por todas partes se propuso moralizar las costumbres y ensalzar una fuerza, un poder moral que habia de luchar con la fuerza bruta, amansarla, civilizarla y hacerla útil á la humanidad, preparando en ella el escudo que habia de defender la ilustracion y el estandarte que habia de llevar por lema la *civilizacion*; pero no esa civilizacion que proclaman los filósofos, y consiste en destruir y esterminar, sino la que incoó el Evangelio, propagaron los apóstoles y estiende el clero, que tiene por base el respeto á la ley, á las propiedades y á las personas, la equidad, la igualdad, la virtud y la justicia, que son la verdadera ley de la humanidad y la única con que pueden salvarse los individuos, florecer los Estados y engrandecerse los reinos, que sin el amor á la virtud solo experimentan desastres.

## CAPITULO II.

### INFLUENCIA CIVILIZADORA Y HUMANITARIA DEL SACERDOCIO EN LA LEGISLACION.

El orden de las materias pide que en el presente capítulo examinemos la parte que el clero ha tenido en la formacion de las leyes, y si empleó su ciencia y su valimiento en introducir en ellas el espíritu depresivo para unos y amplio para otros, despótico para los demas y libre para sí; en una palabra, el espíritu exclusivista que domina á los sacerdotes de los ídolos. Bien sé que no se puede sin una marcada intencion, sin una injusticia notable atribuir al clero tan feos borrones, pero ello es que no podemos menos de confesar que se le atribuyen, y así se hace indispensable que presentemos los hechos para desmentir la calumnia, y nos acojamos á la historia para es-

mido, pero continuamos y oímos los acentos del sacerdote que le exhorta á mirarle como hermano, que le promete castigos en el cielo, si no le tratase con caridad, ó recompensassi le mirase compasivo.

En vista de cuanto acabamos de manifestar, quisiéramos que los modernos filósofos nos dijieran francamente si han trabajado tanto como el clero, y si el sacerdocio es ó no enemigo de la humanidad y de la civilizacion; creemos que no llegarán á dudarlo, y que confesarán que la sociedad debe al clero católico su bienestar, la Europa su cultura, el mundo su felicidad, porque no contento con proclamar los derechos del hombre y la ley de la humanidad, por todas partes se propuso moralizar las costumbres y ensalzar una fuerza, un poder moral que habia de luchar con la fuerza bruta, amansarla, civilizarla y hacerla útil á la humanidad, preparando en ella el escudo que habia de defender la ilustracion y el estandarte que habia de llevar por lema la *civilizacion*; pero no esa civilizacion que proclaman los filósofos, y consiste en destruir y esterminar, sino la que incoó el Evangelio, propagaron los apóstoles y estiende el clero, que tiene por base el respeto á la ley, á las propiedades y á las personas, la equidad, la igualdad, la virtud y la justicia, que son la verdadera ley de la humanidad y la única con que pueden salvarse los individuos, florecer los Estados y engrandecerse los reinos, que sin el amor á la virtud solo experimentan desastres.

## CAPITULO II.

### INFLUENCIA CIVILIZADORA Y HUMANITARIA DEL SACERDOCIO EN LA LEGISLACION.

El orden de las materias pide que en el presente capítulo examinemos la parte que el clero ha tenido en la formacion de las leyes, y si empleó su ciencia y su valimiento en introducir en ellas el espíritu depresivo para unos y amplio para otros, despótico para los demas y libre para sí; en una palabra, el espíritu exclusivista que domina á los sacerdotes de los ídolos. Bien sé que no se puede sin una marcada intencion, sin una injusticia notable atribuir al clero tan feos borrones, pero ello es que no podemos menos de confesar que se le atribuyen, y así se hace indispensable que presentemos los hechos para desmentir la calumnia, y nos acojamos á la historia para es-



clarecer la verdad, pues ella sola es en esta ocasion, como lo ha sido en las demas cuestiones, el paladion que nos ha de salvar y que ha de poner en derrota nuestros enemigos; ella es la depositaria de los hechos, ella los suministrará á mi pluma, y de sus páginas se trasladarán á las mias y confundirán con la verdad á los detractores, contribuyendo así al triunfo de la justicia.

Como dejamos anotado en el capítulo precedente, la Iglesia habia trabajado mucho, habia luchado con teson, valentía y constancia por dulcificar las costumbres del viejo mundo, y por sancionar y hacer respetar los derechos del hombre; habia sin disputa adelantado mucho en su intento humanitario, y los dogmas de Jesucristo consignados en su Evangelio habian adquirido gran popularidad; pero aun faltaba mucho para llenarse la voluntad del Legislador divino, y para cumplirse sus preceptos civilizadores, aun faltaba mucho que hacer al sacerdocio para desarraigar añejas costumbres, que se apoyaban en la fuerza, en la conveniencia y hasta en los intereses de clases privilegiadas y poderosas, aun tenian mucho que luchar, y contra elementos fortísimos basados sobre el egoismo, y el placer y satisfaccion de las pasiones, y á este trabajo ímprobo encaminó todas sus fuerzas, contra tan fortísimo muro dirigió sus ataques, contra abusos tan inveterados su correccion: mas como quiera que, segun mas de

una vez en el curso de nuestra obra hemos anotado, no era su práctica, ni la aconsejaba la prudencia, ni las circunstancias lo permitian cortar de un golpe tanto mal del mundo; con el deseo de hacer estable su victoria y fructuoso su trabajo, fueron poco á poco y uno en pos de otro reparando los excesos de la fuerza y recogiendo los abusos; así hemos visto practicado desde la aparicion del cristianismo en todos los ramos en que la corrupcion y la injusticia habian fundamentado su negro trono y sobre los que ejercian su triste influjo, y regian con su ominoso cetro: práctica que siempre salió bien y produjo los mejores resultados.

Afanzados los sacerdotes con tan buenos antecedentes en su opinion, este mismo fué el método escogido para introducir en la legislacion los saludables, humanitarios y civilizadores principios del Evangelio. Ya hemos visto el modo cómo defendieron la humanidad en los concilios, y cómo ante los poderosos clamaron los obispos y los sacerdotes para asegurar los derechos del hombre: ya hemos visto que sus trabajos no fueron del todo inútiles, ni sus clamores enteramente desoidos, y cuánto ganó el pobre y el oprimido, y cuánto adelantó la humanidad, y cuánto, finalmente, consiguió y alcanzó la civilizacion: á no dudarlo, estaba herido de muerte el monstruo del despotismo, estaba vencida la crueldad, pero no tanto que

la humanidad y la civilizacion pudiesen entonar el himno de la victoria, no tanto que la caridad fuera sin contradicciones la reina del mundo, y que pudiera mandarle con la seguridad de ser siempre en todo y por todo obedecida. Verdad es que estaba muy mejorada la condicion del esclavo, garantidos en cierto punto los derechos del pobre, y respetada la miseria bajo la proteccion del que dijo: "Mis hermanos, mi padre y madre son los pobres," pero no dejaban de subsistir abusos, y aun no habia una ley que los pusiese á cubierto de la opresion, ni se habia borrado el axioma tan tristemente célebre, ¡desgraciados los vencidos! Verdad es que tenian los pobres, las viudas y los huérfanos, defensores en el clero que abogaba por ellos, pero tambien lo es que al par no podian conseguir todo lo que querian y necesitaba la humanidad; en una palabra, si se habian cortado abusos, aun quedaban muchos; si se habia mejorado la suerte del oprimido, faltaba que luchar y trabajar para conseguir el triunfo por completo.

Para obtener un feliz resultado en tan justa demanda era necesario introducir la reforma en la legislacion; y á esto se consagró el clero, como el que sabia que la legislacion humana debia estar en armonía con los preceptos divinos, y que ayudando á las máximas evangélicas el poder temporal, se conseguirá por completo el triunfo. A mo-

ralizar la legislacion encaminó todos sus esfuerzos; mucho tenia adelantado en verdad, y ya la humanidad y la civilizacion tenian grandes derechos adquiridos; mas sin embargo, continuaba la esclavitud doméstica y habia casas que contaban dos ó tres mil esclavos; todavía una dama rica mandaba atar á los piés de su cama la criada que tenia la desgracia de desagradarla, y hacia que la azotasen sin piedad. Habia mejorado poco la condicion de la mujer, y una doncella honrada no podia salir sola á la caida de la tarde; pero el clero ocurrió á remediar tantos males, se opuso al lujo que aun corrompia las costumbres, ensalzando la virginidad y recomendando el matrimonio, pintando la virtud con sus bellezas y el vicio con toda su deformidad, y aun así en Africa se arrastraban á los mas repugnantes escesos, y en Cartago una turba de mancebos disfrazados de ramerías discurrían por las calles insultando la dignidad del hombre y provocando con sus modales á inmundos placeres.

El clero veia con dolor estos escesos, contemplaba los males que producian en la sociedad, y pensaba seriamente en su remedio. La santidad del dogma, ofendido en tan bárbaras costumbres, pedía un remedio, y ellos se lanzaron á prepararle; y así el episcopado cargó entonces con funciones y deberes que antes no habian conocido, pero que el bien de la religion y de la humanidad los

hizo aceptar: al efecto, desde entonces, como censores, debían velar la pureza de las costumbres y corregirlas con una jurisprudencia canónica, que no conocía distinción de personas; y conociendo el poder temporal, los buenos servicios del clero, menos cruel y más justo que los modernos filósofos, formuló una ley, mandando que los magistrados ejecutaran las decisiones de los obispos <sup>1</sup>.

Al mismo tiempo los fieles, temiendo la parcialidad de los jueces y confiando en la virtud de los obispos, remitieron á ellos el cuidado de fallar en sus querellas, de donde resultó una jurisdicción á que prestó apoyo Constantino con sus decretos; pero luego que los jueces fueron cristianos cesó esta jurisdicción, que Constantino conservó á favor de los eclesiásticos, otorgándoles un fuero especial que Justiniano confirmó y aun amplió; mas con todo, no se nos podrá negar que, internándose el clero en los asuntos civiles, prestaba un gran beneficio á la humanidad, y que si dejaba sus pacíficas ocupaciones, era en alas del amor á los oprimidos y para bien de los desgraciados; y si alguno se atreviese á negarlo, le suplicamos que lea de espacio los edictos de Honorio, Valentiniano III y Justiniano en los años 398, 428 y 541; y si aun no fueren suficientes pruebas para satisfacer su deseo, si aun no quisiese tomarse el tra-

<sup>1</sup> Cod. Teod. IX, 45, IV.

bajo de buscarlos, nosotros nos le tomaremos de incluir á continuación las siguientes líneas del código Justiniano <sup>1</sup>, esperando que satisfarán sus deseos, pues en nuestro juicio prueban, que todo estaba encomendado á la justificación del sacerdote.

Dicen, pues, así: "Acerca de los negocios de la ciudad, ora se trate de sus rentas ordinarias, ó de los fondos procedentes de sus bienes, de mandas ó de otro origen cualquiera; ora de trabajos públicos, de almacenes de víveres, ó de acueductos, ó del sostenimiento de los baños, de puertos, ó de construcción de murallas, de torres, ó de reparación de puentes y caminos, ó de procesos en que la ciudad se halle empeñada por un interés de cualquiera especie, público ó privado, ordenamos lo siguiente: el piadosísimo obispo, y tres personas escogidas entre las principales de la ciudad, se congregarán y examinarán cada año los trabajos hechos: cuidarán de que los que los dirigen ó han dirigido los midan exactamente, den cuenta de ellos y demuestren que han llenado sus compromisos en la administración, ora de los monumentos públicos, ora de todo lo que se gasta para el sostén de los caminos ó acueductos, ó para otro cualquier objeto.

Dice la otra: "Tocante á la tutela de los pupi-

<sup>1</sup> Lib. <sup>o</sup>1, tít. *Episcopalis audientia* I. XXVI y XXX.

los de la primera y segunda edad, y de todos aquellos á quienes la ley dá curadores, si su fortuna no asciende á mas de quinientas monedas de oro, ordenamos que no se espere el nombramiento hecho por el prefecto de la provincia, lo cual ocasionaria cuantiosos gastos, y mucho mas todavía, si no reside en la misma ciudad donde conviene proveer á la curaduría. Entonces el nombramiento de los curadores deberá hacerse por el magistrado de la ciudad, de acuerdo con el piadosísimo obispo y con otras personas revestidas de cargos públicos, si la ciudad tiene muchas.”

Pero aun hay mas; en el mismo libro se halla otra ley, cuyo tenor es el siguiente: “Queremos que los abogados de la ciudad, bien instruidos en los santos Misterios de la fé ortodoxa, sean escogidos é instruidos por los venerables obispos, por el clero, por los notables propietarios y curiales. En cuanto á la trasmision del oficio se proveerá á ella por el glorioso poder del prefecto del pretorio, á fin de que puedan adquirir seguridad y vigor con las letras de admision de su munificencia <sup>1</sup>.”

El simple contenido de los documentos copiados, prueba mas que cuanto puedan decir nuestras débiles palabras, el apoyo que ha prestado á la humanidad el clero, introduciendo en los códigos civiles el espíritu evangélico de caridad que

1 Tit. 55. *De defensoribus*. I. VIII.

contiene nuestra sagrada religion; y la advertencia, el encargo que los emperadores hacen encomendando á los obispos la ejecucion ó participacion en ella de las leyes humanitarias, manifiestan que son á ellos debidas; y si nada convence aún á nuestros modernos críticos, por lo menos deberá convencerlos el contraste que forman las leyes de los emperadores municipios, ó repúblicas gentiles, en la que no se ve una sola cláusula protectora del pobre y del desvalido, con las de los emperadores cristianos, que apenas hay una que no se dirija á proteger tan santos objetos, y en vista de la comparacion, que digan terminantemente á quién, sino al clero, se debe este triunfo adquirido en favor de la humanidad. Sin embargo, con la irrupcion de los bárbaros tuvieron los obispos otra vez necesidad de luchar para proteger y amparar los débiles; tuvieron necesidad de empeñar segundo combate, pero al fin triunfaron tambien, y su jurisdiccion volvió á tener un excesivo ensanche; y así vemos que á su tribunal se remitian las partes en razon de arbitraje; segun el edicto de Constantino, adquirió jurisdiccion correccional sobre delitos secretos, fueron de su competencia el sortilegio y el maleficio, todas las causas eclesiásticas, y en particular lo concerniente al matrimonio y á los testamentos que se depositaban en las iglesias, como antiguamente lo fueron en poder de las vestales.

De la diferencia de religion y creencias nació la de leyes, y así fué que el cristianismo solo reconoció aquellas que estaban conformes con la principal de todas, que era la religiosa, y la justicia no dependió ya ni de las fórmulas legales, ni de la interpretacion de las palabras. El espíritu de caridad brilló en los códigos, y desaparecieron prácticas bárbaras abusivas del poder, con lo que la humanidad ganó mucho terreno; pero estaban tan arraigados en la sociedad los abusos y tan canonizada la ley de la fuerza, que el cristianismo y la civilizacion tuvieron que luchar por muchos siglos antes de conseguir su victoria; así es, que á pesar del espíritu benéfico del Evangelio, á pesar de su letra que condena la opresion, una ley de Constantino, enumerando las atrocidades de que eran víctimas los esclavos, prueba que eran tenidos como una segunda especie de hombres <sup>1</sup>. Justiniano establece que todo el que cesara de ser esclavo adquiriria inmediatamente los derechos de ciudadano. Suprimió las trabas inherentes á la emancipacion, y las antiguas formas de la manumision sancionando las emancipaciones consumadas en las iglesias, porque era justo, á sus ojos, quebrantar los hierros del esclavo al pié de aquella cruz desde la que el hombre habia sido rescatado de la servidumbre <sup>2</sup>.

1 Cod. Teod. IX. 12. I.

2 Id. Just. III. 38. 2.

Los padres tenian sobre sus hijos una autoridad ilimitada hasta abandonarlos ó darles muerte: ni la edad, ni la clase, ni las magistraturas públicas hacian cesar esta autoridad, sino por emancipacion ó mediante una venta simulada, y tambien proveyó á su remedio el cristianismo poniendo límites á la autoridad paterna, así como se los puso al infanticidio y al abandono de los recién nacidos; el clero clama en favor de aquellas débiles é inocentes criaturas, se dedica á recogerlos para salvar su vida material y espiritual, los defiende, acuden á los emperadores en busca del remedio de tan enorme maldad, Constantino decreta socorros para los que no podian mantener sus hijos, Valente y Graciano pronuncian penas contra los que los abandonaban, y por último, una *novela* de Justiniano, que reprodujo las amenazas de la ley y vino en ayuda de las censuras eclesiásticas, puso coto al delito <sup>1</sup>.

Las antiguas leyes estaban fundadas sobre las doctrinas emanadas de los santuarios de la Etruria y de la Grecia, pero una vez que los códigos se encabezaron "en el nombre de nuestro señor Jesucristo," debieron mostrarse modificados por una religion que proclamaba en oposicion con las creencias antiguas, que todos los hombres somos iguales, que el mundo debe ser regido por la ra-

1 Just., novela 91.

zon y la caridad, y no por la fuerza, concluyendo que cada uno tiene derecho al respeto de los demás, no como ciudadano, sino como hombre. Doctrina hermosa debida al Evangelio, predicada por el clero y consignada, por fin, en el código Justiniano que proclama la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, aboliendo así las orgullosas distinciones del gentilismo, de modo que para los mandos no se reconocia ya otro derecho que el mérito <sup>1</sup>.

Esta igualdad, introducida en la legislación por la religion de Jesucristo, esta libertad en oposicion con los antiguos privilegios predicada por el clero, hizo la revolucion moral y económica, que habia de dar por resultado el imperio de la justicia y de la razon y el triunfo de la humanidad: como el sacerdote poseia una filosofia moral, sublime; como era el predicador de la doctrina evangélica, tenia mas necesidad que otro alguno de saberla, y la caridad le ordenaba introducirla en las leyes, como lo hizo; de modo, que de conservadora que era antes la jurisprudencia, la hicieron progresiva, y así se perfeccionó en el momento en que empezaba la decadencia de las artes y las letras, y á esta perfeccion sin duda alguna debió Roma la supremacía que conservó sobre sus dominadores, y el derecho que tuvo de darles sus

1 Véanse lib. 4, cap. 10. V. cap. 2, 3, 46. II. VI. cap. 14

leyes; por manera, que si perdió el imperio en lo material, le conservó en lo moral, por lo que se dedicó á perpetuarle, y entonces empezó á sustituir á los ímpetus del genio la reflexion. A falta de tribuna y de aquella elocuencia que murió con la libertad, el sacerdocio animó á los hombres pensadores, y se dedicaron á la discusion templada y al escrupuloso exámen de los hechos, con el fin de asentar sobre bases mas sólidas la legislación, de modo que el imperio de la justicia se afirmase sobre las máximas de la religion, puesto que la astuta codicia que habia reemplazado á la energía y á la ambicion política, exigia leyes mejor combinadas para oponer un dique al creciente egoismo. De aquí nació esa reforma en los códigos que dió derecho á la mujer, personalidad al esclavo, y aseguró la vida á los niños; de aquí surgieron esas leyes, que coartaron los excesos del poder, pusieron término á las violencias de la fuerza y coto á la bárbara autoridad de los padres y á la crueldad de las desapiadadas madres é insensibles prostitutas. Estos son los trabajos del clero por la civilizacion, para esto intervino en las leyes y no para asegurar su despotismo, no para apagar las luces, sino para dirigir las por el camino recto de la virtud y de la caridad, único modo como puede ser útil á los hombres y afianzar sus derechos en la tierra, abriéndole el sendero que conduce al cielo.

El clero fué el que salvó de los bárbaros los derechos consignados en los códigos romanos; los eclesiásticos que eran hermanos, hijos y padres de los vencidos, apoyados en su inmunidad, les insinuaban los principios de orden que los concernian; y el bárbaro que no conocia las leyes del vencido, pero que respetaba la religion, le dejaba resolver sus diferencias ante las curias episcopales. El sacerdote entonces, viendo que el conquistador no cuidaba del conquistado, se constituyó en mediador de sus diferencias, que arregló equitativamente: conociendo que los bárbaros ponian trabas al comercio, estableció mercados en los pórticos de los templos para asegurarlos de toda violencia con la inmunidad de que disfrutaban: cuando la persecucion rugia y amagaba ensangrentarse, abrió los templos y dió en ellos asilo á los perseguidos; de este modo creció el poder de los obispos y sacerdotes, defensores natos del oprimido y del pobre, y así fueron introduciéndose en la legislacion de los bárbaros las máximas del Evangelio, primero como costumbres, para asegurar despues su propagacion como leyes, con arreglo á las cuales debian fallar los tribunales, y la humanidad seria menos oprimida y mas respetada. Esto hizo el clero usurpador.

Los templos de los cristianos protegieron á los perseguidos por la justicia, y el emperador Leon prohibió que fuera arrancado nadie de aquel asi-

lo, y no quiso que se inquietara á los obispos, porque hubiesen prestado amparo á los deudores; así el clero eliminó del mundo la bárbara é inhumana ley que condenaba á ser azotado ó servir como esclavo del acreedor al deudor que no solventase su crédito, en lo que prestó á la humanidad otro importante servicio que tal vez quisieran desvanecer los enemigos del clero; pero él fué así introduciendo su espíritu caritativo en la legislacion paulatinamente, y al fin consiguió un triunfo para la causa de la humanidad, y un adelanto grande para la civilizacion. Conquista hermosa que revela una verdad que nadie se atreverá á negarnos, y es que en toda asociacion siempre dominan los mas capaces; lo que insensiblemente y sin casi advertirnos de ello, nos prueba del modo mas concluyente, que no solo la virtud, sino tambien la ciencia, residian en el clero, y fué lo que le hizo triunfar de tantos óbices, y no como se quiere publicar para su provecho, sino para bien de la humanidad y de la civilizacion, por mas que sus enemigos digan hoy lo contrario.

Es no querer ver en medio del dia la luz del sol, querer negar que el clero ha sido siempre el amigo mas leal, el defensor mas constante de la humanidad; es negar la verdad histórica, pretender que en sus trabajos en favor de tan predilecto objeto, el sacerdote ha consultado solo su egoismo y no el bien de los afligidos; es querer tergiversar-

lo todo pretender que por conseguirlo no luchó, y negar el premio á esta victoria es la mayor de todas las injusticias y la falta de criterio y de buena intencion mas criminal: al revés, proclamar su triunfo es lo mas conforme con las ideas del siglo en que vivimos, que en este particular están de acuerdo con las del Evangelio, y consisten en establecer el imperio de las ciencias sobre el de la fuerza bruta, y el de las ideas sobre las armas, y esto fué lo que hizo el clero, proclamar un poder espiritual que al par que impelia á la civilización los corazones, prometia recompensas y castigos en la eternidad, con lo que amansó la agreste condicion de una raza bárbara, sin gobierno, sin leyes, sin costumbres, sin cultura ni creencias, al mismo tiempo que hacia ceder el puesto á la antigua sociedad romana llena de egoismo, y que se consumia en una prolongada decrepitud, entre la contradicción de las ideas y de las doctrinas. Así triunfó de la sociedad antigua y de la invasora, cubrió con el velo del olvido el pasado, y se apoderó del porvenir el sacerdocio, esa sociedad llena de lozanía y de juventud, entusiasmada con sus magníficas é imperecederas esperanzas con fuertes convicciones, y cuya actividad operaba en la vida entera estendiendo á todas partes su influjo, y haciendo sentir su poder y su virtud en todos los ramos del gobierno.

Así es que en tiempo de los bárbaros no ve-

mos por todas partes sino rastros de su dominio, y donde quiera que abramos la historia, allí está este clero hoy tan vilipendiado, y siempre para bien del pobre, para consuelo del afligido, para amparo del que sufre, y siendo, en una palabra, el escudo de la humanidad: en la legislación le contemplamos, y por poco que nos detengamos en considerarla, y comparemos la antigua con la que introdujo el sacerdocio, en aquella vemos nosotros despacharse en los juicios sin mas pruebas que la clase del acusado y del acusador; nosotros vemos al hombre con derecho de privar de la vida al hombre, y vemos á los sabios, segun la carne, verlo sin conmoverse, pero en cambio contemplamos los concilios y los sacerdotes poniendo tasa á tan cruel desenfreno, y marcando derechos á la humanidad; oimos la voz elocuente y enérgica del discípulo de Jesus clamando por cortar tan enormes abusos, y empeñando con los poderosos un cruel ataque sin mas que por obtener á favor del oprimido algunas ventajas, algunos derechos; y seguimos paso á paso el curso de sus gestiones, y le vemos, aunque poco á poco, adelantar y luchar, hasta que por fin hoy, abriendo las cloacas de los esclavos, mañana garantizando su vida, luego dándole personalidad y conciencia, rompe por fin sus cadenas y le da representación, un tribunal donde le oigan y derecho de queja ante la ley: contemplamos al hombre espuesto al juicio



de Dios, teniendo que probar su acusacion ó defender su inocencia por medio de las pruebas del hierro, el fuego y el agua, y tan bárbaras pruebas toleradas por los sabios del siglo hasta que los sacerdotes claman contra ellas, y los concilios las sustituyen con la prueba razonada, y por ante testigos. Entonces vienen de tropel á nuestra mente mil reflexiones consoladoras, y en medio de aquella barbarie y en el caos de tanta confusion no pueden menos de admirarnos los esplendrosos rayos que espiden el código de los visogodos, y aquellas leyes creadas por el sacerdocio destinadas á mejorar la legislacion civil y criminal que tan perjudicial era á la humanidad y tan repugnante al espíritu del cristianismo, y no puede menos de sorprendernos el interes del clero por afianzar los derechos del hombre, proteger su persona y sus propiedades; interes que se refleja en todas las leyes en cuya formacion ha intervenido, y en las que brillan del modo mas hermoso las ideas que mas pueden contribuir al esclarecimiento de la verdad, á la felicidad y á los destinos presentes y futuros del hombre.

Cuando queremos tratar del juramento, al instante se nos presenta á la vista la siguiente ley debida al clero que hoy se acusa de inhumano, y sin disputa es una prueba en contrario como lo demuestra su testo literal: dice así: "Para conocer mejor la causa, pregunte primero el juez á los

testigos y despues examine las escrituras, á fin de que se descubra con mas certeza la verdad, y no se tenga que acudir tan fácilmente al juramento. Requieran para la averiguacion de la verdad y de la justicia, que las escrituras de una y otra parte sean detenidamente examinadas, y que se presente muy de improviso la necesidad del juramento suspendida sobre la cabeza de las partes. El juramento solo debe usarse cuando no haya podido el juez tener á mano ninguna escritura, ninguna prueba, ni indicio cierto de la verdad <sup>1</sup>."

Al lado de esta ley brillan en el mismo código en materia criminal otras ideas no menos humanitarias que establecen una proporcion justa entre las penas y los delitos, que no consideran el crimen solamente por el daño causado, que no proveen solo á la reparacion material de él, sino que le consideran moralmente y en la intencion del que le comete; así vemos que allí tiene su diferencia el homicidio involuntario, el que se causa por inadvertencia, el que se comete con premeditacion ó sin ella; allí se analizan y marcan todos los grados de culpa, y las penas varian siempre en proporcion de las circunstancias que acompañan el delito; por manera que nada se echa menos de cuanto puede contribuir á la proporcion equitativa y al esplendor de la justicia: sin embargo,

<sup>1</sup> For. Jud. L. 3, tít. 1, lib. 21.

aquellas almas religiosas aun no estaban satisfechas, y se ve que no contentas con estos pasos que tanto bien causaban á la humanidad, y que tanto la protegian para elevarla á la altura en que el Evangelio la coloca, procuraron ir disminuyendo poco á poco las distancias, y preparando así el terreno para hacer desaparecer completamente la diferencia de valor que se daba entre los bárbaros á la vida del hombre, segun la raza á que pertenecia y el rango que ocupaba; valor inicuo, contrario al espíritu de caridad que nos enseña que todos somos hermanos, y que prueba la miseria y rusticidad de aquellos tiempos en que la condicion del hombre se consideraba por razas como hoy la bondad de los animales por castas; valor inicuo que se propuso el clero romper para privar á la humanidad de aquel baldon, y levantarla á su dignidad y al goce de sus derechos. Como prueba de esta verdad, no podemos resistirnos á transcribir la ley siguiente.

“Si no debe quedar impune ningun culpable ó cómplice, con tanta mayor razon debiera castigarse á aquel que ha cometido un homicidio con la mayor perversidad y ligereza. Así, pues, como acontece con frecuencia, que muchos dueños instigados por orgullo dan muerte á sus esclavos, sin que estos hayan cometido falta alguna, es muy del caso quitar de raiz semejante licencia, y al efecto crear una perpetua ley. Ningun dueño ni

dueña podrá, sin que preceda un juicio público, dar muerte á ninguno de sus esclavos varones ó hembras, ni á cualquiera otro dependiente suyo. Si un esclavo ó criado comete un crimen que le haga merecedor de sufrir la pena capital, su dueño ó acusador avisará en el acto al juez del lugar donde el delito se hubiese cometido, ó al conde ó al duque. Examinado el negocio, si el crimen sale probado, que sufra el culpado, ya sea por medios judiciales, ya por mano del mismo dueño, la pena de muerte que ha merecido; de tal suerte, sin embargo, que si el juez no quisiere ejecutarlo, dirigirá por escrito contra él una sentencia capital, y entonces quedará al libre arbitrio del dueño matarle ó salvarle la vida. Pero si resistiéndose el esclavo á su dueño le hiriese ó intentase herir con armas, piedras ó golpes de otra especie, y el dueño, queriendo defenderse le matase en medio de su cólera, no le alcanzará la pena de homicida. Mas entonces será preciso probar el hecho por el testimonio ó juramento de los esclavos varones ó hembras que se hubiesen hallado presentes, y por el juramento del mismo autor del hecho. El hombre libre, que por efecto de perversidad, ó por su propia mano, ó por medio de otro matase á su esclavo sin preceder juicio público, será declarado infame é incapaz de ser testigo, y condenado á pasar su vida en el destierro y en la penitencia, y sus bienes destinados á los

próximos parientes llamados á sucederle por la ley<sup>1</sup>."

Sin mas que la simple relacion de los sucesos, sin mas que el resultado favorable á la humanidad del influjo clerical en las leyes, queda desmentida la acusacion que contra el clero se lanza, pues él revela el origen de donde procede, porque comparado con los cánones, que tanto en éste como en otros capítulos anteriores dejamos anotados, se ve que contienen casi á la letra un mismo sistema, igual testo, las mismas máximas, y por consiguiente, que son unos y otros hijos del espíritu caritativo, civilizador y humanitario del sacerdocio; pero si á pesar de cuanto dejamos espuesto, aun no se quisiese conceder al clero el nombre de humanitario; si á pesar de las razones aducidas, se le sigue acusando de cruel y poco civilizador, nosotros aduciremos otro sistema penal que hoy quieren apropiarse los nuevos filósofos, nosotros marcaremos el origen del sistema penitenciario y haremos ver que Benthan lo tomó en su mayor parte de la Iglesia; y como la Iglesia es mas antigua que el jurisconsulto inglés, no tendrán nuestros enemigos la desfachatez de acusarla de plagiaria, puesto que caso que exista el plagio, deberá atribuirse al escritor moderno. El sistema penitenciario de la Iglesia es tal, que en sus

1 For. Jud. L. 6, tít. 5, l. 12.

principios y en su aplicacion se halla en perfecta armonía con las ideas y preceptos de la filosofia moderna, y esta sola circunstancia basta á probar que es su cuna, la fuente de donde emana, el origen de donde procede, por mas que nuestros hombres modernos quieran privarla de este timbre y despojarla de esta gloria.

La Iglesia y sus ministros, acostumbrados á mirar con piedad las faltas del prójimo, á juzgar con caridad al delincuente, á no ensañarse con el culpado; en una palabra, á hermanar la justicia y la misericordia, han tenido siempre á la vista en sus leyes, en sus castigos, en las penas y en los delitos, la flaqueza del hombre, su miseria, su debilidad; y este pensamiento, abogando siempre en defensa de la humanidad, ha introducido la caridad en sus códigos y ha humanizado los corazones de los jueces para que, al dar su fallo, no se olviden nunca que el hombre es su hermano digno de compasion, la imágen viva de Dios, que debemos no insultar, ni escarnecer, ni mortificar, por mas que el delito le afee y haga acreedor al castigo, sino compadecerle; y de aquí sin duda nace el espíritu de dulzura que se ve en los cánones, y la caridad evangélica que en ellos resplandece.

Así, pues, analizando la naturaleza de las penas consignadas en la legislacion de la Iglesia, y considerando y estudiando las penitencias públicas, que eran sus castigos mas comunes y usuales,

al momento se viene á la imaginacion la idea que son las verdaderas casas de correccion, el verdadero sistema penitenciario, puesto que su objeto principal es escitar el arrepentimiento en el alma del culpable, y el terror moral del ejemplo en los espectadores, mas sin mortificar al hombre, sin herir el cuerpo, sin debilitarle ni martirizarle. Dejando entrever la expiacion de la culpa, pero no el suplicio; hiriendo al hombre en su parte moral, para conducirle sin látigos ni violencias, sino por el convencimiento y la reflexion á la senda de la virtud que habia abandonado, y apartarle del camino del vicio y del crimen en que se habia precipitado; mirando así la Iglesia su blanco principal, que es el arrepentimiento y el ejemplo, puntos que se propone como temas de su legislacion penal, y que la nueva filosofia, la moderna legislacion quiere proclamar como suyos propios, y los políticos de nuestros dias colocan en el número de los adelantos civilizadores y humanitarios del siglo; siendo así que la Iglesia fué la primera en usarle; que siempre constantemente le usó; que es el mismo que usa hoy dia; que emana de la esencia de la organizacion misma, que sus ministros no pueden menos de enseñar y establecer, porque parte del Evangelio que enseña á procurar la enmienda y no la muerte del delincuente.

Por mas que los modernos detractores de las glorias del clero le acusen, por mas que discurran

para arrancar de su frente la hermosa diadema que la ciñe, por mas que pretendan arrebatarle el cetro con que ha librado la humanidad de los desórdenes y de las cadenas que la aprisionaban, jamas podrá conseguir que se arranquen de la historia estos hechos que de voz en grito publican los desvelos y trabajos del clero por la civilizacion y la humanidad, y nunca podrán ponerse en paralelo con el sacerdote que deprimen los filósofos que le envidian, censurando unas virtudes que no son capaces de imitar y poniendo en ridículo instituciones santas que no pueden reemplazar; pero continuemos nuestro análisis y sigamos los pasos del clero antisocial en su marcha progresiva y civilizadora, y añadamos un timbre mas á su escudo, y una guirnalda mas á su corona.

Todos sabemos que la ferocidad de los conquistadores no se saciaba sino en los campos de batalla, y que su corazon no se hallaba contento sino á la vista de ruinas, de escombros, de cenizas, de lagos de sangre; y esta vista no podia menos de herir profundamente el corazon del sacerdote, que ministro de un Dios de paz y de amor no podia gozarse sino entre las dulzuras de la fraternidad. En vano exhortaba, en vano conminaba, en vano ponía en juego todo su influjo, toda su elocuencia, todo su celo, aquellos hombres implacables hasta los envolvian en la ruina general; mas sin embargo, á fuerza de trabajos, de sufrimiento y

de constancia, logró por fin ganar algun terreno, reprimir algun tanto las violencias y hacer menos frecuentes las guerras que trabajaban los pueblos y affigian la humanidad. *Las treguas de Dios* se establecieron, y los combates tuvieron ya algun tiempo en que no debian provocarse ni aceptarse, y esto, unido con otras mil disposiciones humanitarias que todos saben, y en las que intervenia y luchaba la Iglesia contra el uso irracional de la fuerza, consiguió introducir en la sociedad algun orden, derramar alguna luz en medio de tanta oscuridad, y hacer algo mas dulces y apacibles las costumbres de los bárbaros.

Cuánto contribuyó esto á la ilustracion del mundo y al bien de la humanidad, no creemos que se puede poner en duda, como tampoco que es obra esclusivamente del clero esta hermosa trasformacion de los conquistadores que evitó el derramamiento de mucha sangre, la ruina de muchos pueblos, y fué un gran adelanto hácia la civilizacion, porque al fin se descubrió de un modo innegable, que el poder intelectual domina la fuerza bruta, y que el sabio puede muy bien encadenar á su voluntad el corazon del feroz guerrero á cuyo terrible acero nada se resistia, y que estaba acostumbrado á dormirse sobre montones de cadáveres, y al compas de los acentos tristes del moribundo. A vista de esto no podremos menos de convenir que la Iglesia ha ejercido una accion se-

gura, una influencia poderosa, aunque lenta, en las ideas, y sus progresos en la moderna civilizacion; así es que apenas vemos surgir una idea nueva, una utopia humanitaria, que si volvemos la vista á los anales de la Iglesia no la encontramos entre sus dogmas, ó predicada por el sacerdocio, de manera que todo nos prueba que las máximas emitidas y consignadas en los anales eclesiásticos, pero que al parecer no pudo plantear el clero, no fueron del todo inútiles, y poco á poco fueron arraigándose y su influjo estendiéndose hasta que insensiblemente se han inoculado en las ideas y formado los sentimientos de las costumbres públicas; en una palabra, la opinion, que es lo que se llama dominar.

No debe sorprendernos este aserto, pues bien considerado nadie tuvo ni tiene para ello mas elementos que la Iglesia católica: descendamos por un momento á los primeros tiempos del cristianismo; fijemos nuestra consideracion en aquellos dias en que en medio del caos general brilló la antorcha civilizadora de Belem; contemplemos á la Iglesia desde el momento en que para bien de la humanidad apareció en el mundo, y nos convenceremos de los bienes que ha proporcionado á los mortales, y al mismo tiempo no podremos menos de admirar ese orden comunicativo de ideas, esa mutua participacion de trabajos y felicidades que estableció entre todos sus hijos.

El primer pensamiento que asalta á la imaginacion es la admirable union que estableció entre sus adeptos; allí vemos al rico y al pobre juntos ante un mismo altar implorar la clemencia divina, postrarse ante el Dios de todos para darle gracias por los favores recibidos, levantar al cielo sus manos trémulas y suplicantes para demandar su proteccion: yo contemplo á los fieles en los subterráneos sentados á una misma mesa, oir juntos las lecciones del Evangelio, las actas del martirio de sus hermanos que habian ofrecido sus vidas en holocausto de su fé, robustecerse y prepararse á los tormentos con las exhortaciones del sacerdote, recibir su bendicion; yo contemplo aquellas ágapes ofrecidas por la caridad donde reinaba la paz mas envidiable; yo oigo aquellos cánticos de alabanza entonados en las sombras de las catacumbas, interrumpir el silencio de los sepulcros, y en medio de la noche elevarse al trono del Altísimo; yo medito aquella Eucaristía, distribuida á todos sin escepcion de personas, aquel ósculo de despedida, aquel pié levantado que indicaba la prontitud de ánimo con que estaban resueltos á abandonar un mundo que no merecia poseerlos; yo finalmente considero aquella fé tan sincera, aquella esperanza tan ciega, aquella obediencia tan pronta, aquella ardiente caridad con que el que tenia preparaba la mesa y compartia con el pobre su pan, sin otra razon que la fraternidad, sin otras

miras que practicar un precepto del Evangelio, y esta vista llena mi alma de entusiasmo y de santa admiracion; recorro con avidez la historia, y nada me presenta igual en sus anales, nada tan grande, tan hermoso, tan santo; entonces mi sorpresa se aumenta, y solo sé bendecir y alabar la Providencia divina, que ha proporcionado á los mortales tan dulce satisfaccion, al afligido tan suave consuelo, y al pobre y al oprimido bálsamo tan consolador.

A primera vista se conoce el fin á que tan bellas prácticas se encaminaban, y desde que se descubre ya no hay voluntad mas que para amar tan hermosa religion, en perspectiva contempla el alma los bienes que ha de derramar sobre la sociedad esta hija predilecta del Altísimo, y al momento siente el corazon que en el mundo todo ha cambiado, que la vieja sociedad toca á su fin, que el progreso civilizador ha empezado, y que el vetusto capitolio con sus once mil dioses va á caer á impulsos de la nueva religion, que llena de vida se presenta á combatir proclamando la unidad de Dios, la comunidad de origen de derechos, de creencias; dogma hermoso, principio motriz de todos los grandes adelantos sociales, aurora de la humanidad y cuna donde ha de nacer la verdadera civilizacion, que ha de afianzar las relaciones de los pueblos, sus intereses materiales, destruir todos los elementos de guerra y consolidar la paz de las naciones.

Mas dejemos filosóficas reflexiones y continuemos analizando la Iglesia, y la veremos reunida para nombrar sus obispos y elegir sus jueces y pastores, los hombres que la han de gobernar, los gefes que han de dirigir sus conciencias, y han de mandar sobre la parte mas noble del hombre, el alma; los que han de discutir sobre sus principales intereses, los de su vida futura, y han de cuidar, no de la felicidad temporal y material del hombre, sino sobre la espiritual y eterna: contemplemos este hermoso cuadro y veremos que no se elige pastor al mas rico, al de ilustre cuna, al de una raza privilegiada, ni de un pueblo determinado, sino al que su ciencia, su virtud y su santidad hacen mas á propósito: allí no hay otras distinciones que las obras, no hay otros títulos que los méritos personales; todos tienen el mismo derecho, reina una perfecta igualdad, y esta es otra diferencia que se encuentra entre la vieja y nueva religion, diferencia que está basada en el Evangelio, y que consiste en que gobernantes y gobernados respiran en una misma atmósfera de sentimientos y creencias, y cuando se desarrolla y domina esa comunidad de ideas, y el pueblo y el gobierno se inflaman con un mismo ardor intelectual, no podemos menos de confesar, que existe entre los dos un vínculo fuerte que no pueden romper los vicios de la organizacion social, vínculo que forma esa union indisoluble que siempre ha exis-

tido en la Iglesia, que no ha podido destruir el huracan desbordado de las herejías, que ha sido el muro inespugnable donde se han estrellado todos los tiros de sus enemigos y el camino que la ha conducido á la victoria.

Este espíritu de igualdad, esta rectitud de principios debian servir de ejemplo á la sociedad, y poco se tenia que inocular en las leyes civiles; porque clérigos y seglares estaban nutridos en los mismos sentimientos, empapados en las mismas máximas y educados en los mismos principios; así fué, puesto que no podemos dar un solo paso en la historia de los pueblos, sin que encontremos señales de esta influencia, influencia tal vez indirecta, pero que no por eso deja de ser mas eficaz para operar las grandes revoluciones de los Estados, las mas interesantes reformas en la civilizacion de los pueblos, y suelen ser, por lo general, mucho mas eficaces y saludables que lo que se cree comunmente. Yo bien conozco que los hombres anhelamos llegar á nuestro fin por un movimiento rápido y de visibles y prontos efectos; bien conozco que es propio de nuestra naturaleza miserable y seductible anhelar el goce pronto de los buenos resultados del poder, del triunfo; pero á mas de no ser esto siempre fácil, ni inútil, y que suele precipitarnos en el abismo que deseamos evitar, hay circunstancias y ocasiones en que las influencias indirectas, imperceptibles y lentas, son mas

seguras y realizables; porque sin estrépito, ruido ni revoluciones, operan cambios saludables y afianzan sobre bases sólidas, reformas que intentadas de frente, jamás tal vez se habrían conseguido, y si se hubieran logrado, quizás su imperio no hubiera sido duradero y estable. Así, pues, esta unión entre el clero y el pueblo, esta comunidad de sentimientos hizo, aunque indirectamente, que las máximas del Evangelio se introdujesen en la legislación, y que ésta se modelase según aquellas; promiscuidad que dió felices frutos á la civilización, y salvó la humanidad contribuyendo á establecer y afianzar sus derechos hasta entonces desconocidos y hollados.

La influencia del clero en el Estado, y la participación en los asuntos de los pueblos, tiene también otra causa que la historia nos demuestra, y es, además, muy digna de consideración, porque patentiza la gran diferencia que existe entre el cuerpo eclesiástico católico y los sacerdotes de los antiguos ritos, esta es el punto de contacto que existe entre el sacerdote y el seglar. Nadie ignora el aislamiento en que vivían respecto del pueblo los sacerdotes de los ídolos; todos sabemos el misterio y las ceremonias con que se presentaban en público, y es bien manifiesta la indiferencia con que trataban á los que no pertenecían al orden sacerdotal, circunstancias que los separaban del comun del pueblo, que los enajenaban su volun-

tad, y si los hacían respetables, la sumisión mataba el cariño y los hacían poco amados y queridos: al revés el clero cristiano, se hallaba desparamado por el mundo, residía en las aldeas, estaba en continuo roce con el pueblo en la adversidad, y en la desgracia se encontraba á su lado, juntos sufrían, juntos gozaban, en un mismo templo oraban, y desde el alimento hasta la plegaria, todo era comun, porque una misma había sido la sangre con que fueron redimidos, y uno mismo era el Viático que alimentaba su alma: el sacerdote gentil no tomaba parte en las desgracias de los pueblos, y el cristiano estaba siempre á su lado para mejorar su condición; aquel jamás se acercó al esclavo sino para afligirle, éste le buscaba en las cloacas para consolarle; el sacerdote de Júpiter ni de Saturno, el adorador de Baal nunca enjugaron el llanto del oprimido, ni socorrieron la miseria del pobre; el ministro de Cristo siempre está dispuesto á enjugar las lágrimas del desgraciado, y socorre si tiene, y si no pide para socorrer al indigente y al pobre; allí estaba el egoísmo y la petulancia, aquí la virtud y la afabilidad; ellos aislándose, estos comunicándose; el pueblo debía necesariamente querer más al que más trataba, estar de parte del que le favorecía y consolaba, mejor que del que le injuriaba y hería.

Muy poca duda creemos que admiten las líneas anteriores, y en los encontrados caracteres del pa-



ralelo confiamos que muy pocos habrá que no se decidan mejor por el cristiano que por el gentil, y si hubiese alguno, probará que su entendimiento está enfermo, su voluntad ofuscada, y su razon ciega, y por consiguiente que debe perdonársele en gracia á no saber lo que se hace ni lo que se quiere. Cuando una Iglesia se ha constituido independiente del pueblo que dirige y gobierna, cuyas conciencias nivela, y cuyas virtudes inspira, se ha concentrado casi siempre el cuerpo sacerdotal á una clase y se ha vinculado en un número de familias determinado; en una palabra, se ha encastrado en una sola posicion innaccesible á los profanos. Si han levantado entre ellos algunas desigualdades, muy grandes á veces, no ha dejado por ello de pertenecer el poder á los collegios sacerdotales que desde el fondo de los templos dictaban sus leyes al pueblo que obedecia con acatamiento sus inspiraciones. Si han consultado el oráculo, solo ellos eran árbitros de interpretar ó dar las contestaciones de la sibila, sin que nadie sobre ellas pudiese preguntar mas: si se consultaban las víctimas suyo era el vaticinio, si cantaba el gallo suya la inteligencia, si volaba el pájaro en esta ó en aquella direccion, nadie sino ellos eran dueños de la observacion, y en el santuario nadie podia entrar ni comunicar con ellos: este aislamiento, esta separacion petulante de la sociedad que debian dirigir y enseñar, los impo-

sibilitaba de lo uno y de lo otro, y los encastraba en los templos á manera de nuestras encantadas deidades de los romanos de la edad media, y allí no era permitido el ingreso sino al hombre privilegiado que con la lanza de su abolengo y de sus riquezas vencía al cancerbero que custodiaba el paladion de las preocupaciones del siglo de la mentira, y de los sacerdotes del error.

La Iglesia cristiana estaba organizada de distinta manera; los sacerdotes se comunicaban con todo el mundo, en todas partes se les veía, con todos se trataban y á todas las clases de la sociedad dirigian sus cuidados; desde el miserable albergue del colono, desde la choza asquerosa del esclavo encadenado al pié del muro aspillerado del orgulloso señor, en los palacios de los reyes, en la poblacion esparcida por los campos, y en el centro de las bulliciosas ciudades, como en el silencio de las selvas, en todas partes se hallaban. Allí, donde la necesidad urgía, como donde las riquezas abundaban, donde reinaba el lujo igualmente, que donde la miseria dominaba, distribuian en todas partes los consuelos de su mision divina, reprendian con evangélica libertad todos los vicios, consolaban todas las desgracias, animaban todos los buenos sentimientos, fortificaban todas las esperanzas y hacian sentir los acentos de su voz, inspirando caridad y obediencia, temor y resignacion el ungido del Señor, el sacerdote cristiano, un in-

dividuo de ese clero que hoy se escarnece y acusa de haber oprimido al hombre, de haber tiranizado la sociedad, de haber detenido el curso de la civilización.

El clero cristiano, á diferencia del sacerdocio gentil, no conocia privilegios, y el mas acreedor á sus cuidados era el que mas los necesitaba, cualquiera que fuera su condicion, su origen, su clase; á todos los estados y á todas las posiciones de la vida estaba el clero asociado. Ese desparramamiento de sacerdotes cristianos, esa participacion de todas las fortunas, fué un hermoso lazo que unió el clero con los seglares, un principio que cimentó su poder y estendió su influjo, un principio útilísimo á la humanidad que contribuyó poderosamente á su felicidad, principio que ha faltado á casi todas las religiones, que ha contribuido eficazmente á su ruina y minado las bases constitutivas de los Estados, porque ha emancipado al hombre de su fé y ha puesto en pugna el altar y el Estado, el adorador y su Dios.

Necesariamente el clero católico debia conocer todos los males de la sociedad, porque vivia en continuo roce con ella; como depositario de la ciencia debia saber remediarlos, como influyente en la legislacion debia precaver sus consecuencias, é intermediario entre el Criador y la criatura, tenia en su mano una arma poderosa para reprimirlos, arma que solo él podia esgrimir, y que á manera

de la espada de Alejandro debia desatar el nudo gordiano en que estaba envuelto el misterioso porvenir del mundo.

Los obispos y los grandes dignatarios de la Iglesia eran tambien señores temporales, y los gefes de la religion ocupaban su rango en la organizacion feudal, eran á un mismo tiempo miembros de la gerarquía civil y de la eclesiástica, de todo lo que, unido á cuanto dejamos espuesto, resultó entre el clero y el pueblo una comunidad de intereses, de hábitos y costumbres en un todo armonizadas con la igualdad, consignada en el Evangelio, y que contribuyó en gran parte á los adelantos de la civilizacion.

No ha faltado, sin embargo, alguno que haya criticado esta conducta del clero, y que se haya lamentado de verle mezclarse en todos los asuntos civiles y políticos, y yo quisiera que me dijese si esta circunstancia trajo bienes al mundo y al hombre, si dió derechos á la humanidad, en una palabra, si fué saludable al Estado y á la religion. La historia nos responde afirmativamente, y por consiguiente allí donde los críticos ven un mal, nosotros solo podemos ver un bien, y bien inapreciable, que mas que ninguna otra circunstancia, mas que ningun otro poder ha contribuido al desarrollo de las ideas y al progreso de la civilizacion: á no ser por esta comunicacion íntima, á no ser por tan estrechas relaciones, nunca se hu-

bieran realizado tan grandes y útiles reformas, ó al menos hubieran tardado muchos siglos en plantearse; pero ella produjo una paridad de destinos, una analogía de instituciones, que si no estinguíó del todo, disminuyó por lo menos los males que aquejaban la sociedad, y los que hubieran, á no dudarlo, producido un completo aislamiento entre gobernantes y gobernados.

El influjo religioso en la sociedad contribuyó mas que nada á civilizarla, y el clero, si hubiera permanecido incomunicado con el pueblo como los sacerdotes de Eleusis, y los pontífices de Júpiter ó las vestales, jamas hubiera conseguido, como no consiguieron aquellos, la entrada en los negocios del Estado, no hubieran podido moralizar las costumbres ni intervenir en la formación de las leyes, y por consiguiente no brillaria en éstas el espíritu de caridad encargado por el Salvador, ni las máximas humanitarias del Evangelio; pero al frente de los negocios tuvieron entrada en los parlamentos, fueron llamados á legislar con el pueblo, asistieron á los consejos del soberano, y así pudieron armonizar las leyes con las creencias, y salvar la humanidad de los males que la aquejaban.

En todas partes, con poco que estudiemos la historia encontramos los benéficos efectos de esta influencia, y sin ella no le hubiera sido posible contribuir al progreso y mejoras del estado social del mundo, y el caos, y la ignorancia, y la inhu-

manidad, y la esclavitud continuarían dominando los corazones y avasallando las almas. Nadie ignora cuánto ha trabajado el clero por mejorar la condición de la sociedad; nadie ignora el obstinado empeño con que combatió los grandes vicios de aquel estado; todos saben que las grandes ventajas que adquirió el mundo moral son debidas á las máximas del cristianismo, y yo pregunto: ¿quién las estendió por el mundo? el clero indudablemente. ¿Y entonces á quién se deben? al clero. ¿Y cómo hubiera podido conseguirlo viviendo aislado? Venimos, pues, á sacar en conclusion, que los que critican la íntima comunicacion del clero con el pueblo, y su participacion en los negocios, los que por ello le acusan, ó son unos solemnes ignorantes ó unos pícaros solapados, enemigos de la humanidad y de la civilizacion, que hubieran preferido que jamas hubiera salido de la barbarie, sin duda con el benévolo y caritativo objeto de haberla tiranizado á su capricho.

Hemos espuesto con nuestra habitual franqueza los trabajos del clero para variar la legislacion é introducir en ella los principios humanitarios y civilizadores del Evangelio, hemos reseñado y justificado los medios de que se valió para conseguir su fin, hemos desvanecido el infundado y pueril cargo que se hace al sacerdocio por haberse mezclado en los asuntos temporales, y hemos hecho ver que era de su inspeccion, puesto que si no hu-

biese asistido á la formacion de las leyes, no hubiera impreso en ellas el carácter benéfico del Evangelio, y la humanidad hubiera retrasado su progreso: el mundo moral, entonces como hoy, pertenecía al clero como juez, maestro y director de las conciencias; entonces como ahora, cuanto con esta tenga relacion le pertenece, y así hoy como antes son los jueces de las creencias, los que han de formarlas y dirigirlas, los que han de dar impulso á las ideas, y poner en movimiento y arreglar el mundo intelectual, el mundo moral.

No concluiré, sin embargo, este capítulo sin advertir de nuevo que la admirable trasformacion que se nota en las leyes antiguas, y la gradual perfeccion con que de reforma en reforma han llegado hasta nosotros, es la obra del cristianismo, y debido al influjo sacerdotal; que los adelantos consignados en ellas son la obra del clero; que los derechos que hoy conceden á la humanidad se les debe á sus trabajos, á su constancia, al espíritu de caridad que le anima y animó siempre; es pues falso que haya sostenido los abusos, protegido las usurpaciones y contribuido á encadenar los entendimientos, aprisionar las ideas y oprimir el mundo. La prueba razonada, el juramento, el sistema penitenciario desvanecerán la acusacion y condenarán los acusadores, y la súplica de San Agustin á Marcelino pidiendo la vida de los herejes con aquellas hermosas palabras que siempre

deben vivir en un pecho cristiano y humanitario, “*á fin, dice, de que sean conducidos de una actividad maléfica á una tarea útil, de la locura del delito á la razon y al arrepentimiento,*” serán la mejor apología y la mas completa refutacion de los detractores. El clero, por consiguiente, es indudable que estuvo y está en el progreso civilizador y humanitario, quiere las reformas legales porque sabe que la legislacion debe satisfacer los deseos de los pueblos, porque sabe que las ideas no se estacionan ni esclavizan, y que las leyes deben armonizarse con ellas; pero como no ignora que estos cambios deben hacerse con orden y método, por eso se opone á las revoluciones y refrena los movimientos violentos, que solo dan por resultado la anarquía y los vicios á ella consiguientes, que antes de obtener privilegios consignan violencias, y cuando proclaman los derechos de la humanidad é invocan la civilizacion, saquean, incendian, hieren, violentan y asesinan, reduciendo á escombros los pueblos para fijar sobre sus ruinas la decantada lápida *Aquí fué*. ¡Así humanizan y reforman el mundo!



dora y humanitaria, no perdonaron medio alguno para salvar y hacer cristiana la literatura, y á esto es á lo que el mundo debe seguramente no haber retrocedido á los dias de la barbarie.

Honra por demas al clero católico esta solicitud, y prueba hasta la evidencia, que al acusarle sus detractores de ignorante y enemigo de los progresos del entendimiento humano, lanzan sobre él una acusacion falsa y calumniosa, y es uno de tantos otros cargos gratuitamente injuriosos que se le hacen, y que las historias nos suministrarán pruebas en abundancia, mas de las que necesitamos para desvanecer y devolver la calumnia al rostro de los calumniadores; llenándolos de tan ignominiosa confusion, cuanto gloriosa, aparecerá la conducta de este clero que con incendiarios escritos quieren escarnecer y vilipendiar.

Para llenar debidamente nuestro intento, para hacer mas ostensible esta verdad, nos parece oportuno pintar el estado literario del mundo, la decadencia en que esta hermosa parte de la civilizacion habia quedado envuelta y la inaccion en que tan poderoso agente yacia, para que entre tantas sombras brille mas el esplendente sol que la desterró, y se conozca mejor la lucha de las dos civilizaciones. Ya hemos empezado por materias á esponer el empeñado combate en que oscilaba el mundo intelectual, la cruel lucha sostenida entre el mundo estacionario y el del progreso, entre

el pasado y el porvenir, entre el gentilismo y el Evangelio: hoy toca su turno á la literatura, que á no dudarlo, es el ramo que suministra mas recursos para hacer popular una idea, para hacerla provechosa y dominante, para enaltecerla, porque es la que tiene á su disposicion mas medios para llenar su objeto, puesto que cuenta con todos los adornos de la naturaleza, que se los suministra para embellecer sus cuadros, para hermosear sus pensamientos, para amenizar sus ideas, las flores de los prados, las cristalinas aguas de los límpidos arroyos, la frescura de las fuentes, los portentos del firmamento, el trino de las aves, el estudio, en fin, y las encantadoras bellezas de la creacion, imágenes lisonjeras, imágenes imponentes, el mar con sus borrascas, la atmósfera con sus truenos y sus rayos, los árboles con sus pámpanos y sus frutos, las plantas con el bello colorido de sus flores y la frescura de sus capullos; todo, en fin, viene á servir de ornamento y á contribuir á herir la imaginacion, sorprender el entendimiento y cautivar la voluntad. Tan poderoso elemento fué utilizado por el clero; las flores y las guirnaldas que contribuyeron al lujo y adorno de la musa gentil, pasaron de su frente prostituta á ornar las cándidas sienas de la musa cristiana, y á sus acentos dulces y melancólicos se adormeció el corazon de los mortales, prestó obediencia la barbarie y quedó cautivo de sus encantos el mundo:

sus ecos encantadores en el silencio del templo, anunciaron la majestad del Dios del Gólgota, pintaron los consuelos de la religion, y en contraposicion al estrepitoso ruido de las bacanales, á la lubricidad de los banquetes y de las orgías, hicieron sentir la hermosa sencillez de la religion, sus consuelos y su dignidad: tronando contra el vicio y el desórden y anunciando las verdades divinas entre la ambrosía de esperadas y eternas felicidades, inspiraron horror y espanto al crimen, á la crueldad y á la prostitucion, cuyos castigos y penas infinitas, espantosas y horribles, le aseguraban en el nombre de aquel Señor que, por redimir al hombre, entregó á la muerte su Hijo único. Tal fué el uso á que hizo servir el sacerdocio la literatura, tal fué el objeto que adornó con ella y á que la consagró, objeto de suyo grande, cuadro hermoso por sí, lleno de vida y animacion, y en cuyo lienzo debian campear sus matices y servir á la civilizacion del mundo cristiano, á su correccion, á su felicidad, al par que el mundo de las ideas y de la ilustracion, tendria un nuevo motivo de gratitud hácia un estado que tanto se ha desvelado por todo lo que puede contribuir á su felicidad y adelantamiento, á despejar su razon y engalanar su porvenir.

Pasemos, pues, al objeto, que ya es tiempo: entremos á recoger en el agostado campo de la gentilidad, las pocas flores que le dan frondosidad y

vida, comparemos éstas con las que brotaron de boca de los Virgilio, Sénecas, Horacios, Cicerones; y si nos trasladamos á aquel siglo llamado de oro y recorremos una por una las obras y los hombres que le enaltecieron, veremos, que si habian muerto los héroes que suministraban cantos á los poetas, y á los oradores arengas, tambien habian huido del suelo clásico del heroismo y de las letras los genios que las hicieron florecer, enalteciendo y cantando las proezas de los conquistadores del mundo; de modo, que al reducir á polvo con sus hachas los bárbaros el capitolio de los Césares orgullosos, parece borrar del campo del pensamiento el hermoso plantel de las ideas bellas, de las grandes concepciones, de las obras sublimes, arrebatando así á Roma el imperio del mundo material y del mundo moral, rompiendo su doble diadema de señora de las armas y de las letras. Seria dilatar demasiado el objeto de nuestro asunto haber de establecer la comparacion entre el pueblo de Augusto y el de Honorio, entre la literatura de aquel y la de éste, entre la grandeza de uno y la decadencia de otro; y como habrá muy pocos que no tengan noticia de los clásicos, bastará, para nuestro intento, pintar los hombres que el siglo á que nos referimos llamó y consideraba como maestros y príncipes de la literatura, y sus producciones serán el mejor panorama donde se refleje su mérito, que el hombre pensativo

sabrá apreciar en su nada respecto al pasado, y colocando este cuadro mezquino, orilla del grandioso que nos ofrece la incipiente literatura cristiana, apreciará el trabajo de aquel clero que así supo animar el cadáver de las musas del Elicon, del Pindo, del Parnaso y del capitolio, con la energía y vida de las musas del Gólgota, de Belem, de Getsemaní y de Nazaret.

Para mejor inteligencia y brillo del cuadro que vamos á iluminar, será muy oportuno calificar las ciudades que se disputaban la gloria del imperio de la ilustracion, y que por la fama de sus escuelas han llegado hasta nosotros adornadas con un nombre inmortal. Atenas era el palenque donde Aristóteles y Platon justaban, y gramáticos y retóricos vendian allí la elocuencia y la filosofia; allí iba á perfeccionarse el que aspiraba al título de sabio; allí una juventud impaciente y bullidora se afiliaba en las banderas de los diferentes maestros y los seguia en sus triunfos y rivalidades, y en sus derrotas; allí estudiaban confundidos los jóvenes del mundo conocido, y allí vivieron, en sus escuelas se educaron S. Basilio, S. Gregorio y el apóstata Juliano: en Berita florecia la jurisprudencia; en Edesa la gramática, la retórica, la filosofia y la medicina, y los jóvenes de las provincias orientales la preferian, porque en ella se hablaban los idiomas siriaco y griego. Antioquía, la ciudad del lujo y de los placeres, llevaba hasta el

extremo la disipacion y la austeridad; inundaban sus calles holgazanes de toda especie, ingenios frívolos y maliciosos para quienes la sátira y la difamacion era un placer, que satirizaban con agudos y punzantes epigramas á filósofos y reyes, á la virtud y al vicio, á la honestidad y á la prostitucion, mientras que sus alrededores estaban poblados de anacoretas, almas sencillas que huyendo del mundo y su disipacion buscaban su reposo en la muda poesía del silencio y en los goces de la virtud: allí tenian cabida todas las sectas, de todo se discutia tranquilamente; verdadera ciudad neutral en el campo literario; Libanio hacia el elogio de Juliano lisonjeándose de ver el renacimiento de la idolatría, mientras el Crisóstomo necesita mandar tender toldos para resguardar de los rayos del sol una muchedumbre que cautiva y encanta con su fervorosa palabra, que hace brillar á su vista premios inefables, hermosas esperanzas. Alejandría por el contrario, verdadero campo de Agramante, ve sus escuelas, sus calles y sus plazas continuamente alborotadas, y los puñales, las espadas, las cuchillas y hasta las teas brillan en las manos de los adoradores de Serapis, de los judíos, de los cristianos y de los donatistas que mutuamente se persiguen. Constantinopla era el refugio de los mas distinguidos talentos de todas las sectas que buscando un apoyo poderoso para afirmar el imperio de sus creencias,



venían á poner de su parte la corte, empleando para obtenerlo hasta los medios menos laudables y honestos. Sus escuelas eran consultadas por los emperadores que propendían á conservar lo pasado y se oponían á las innovaciones, exigiendo que se prestase fé á los libros que encomiaban.

A ella venían de todas partes los mejores maestros: Agustín fué llamado desde Africa para enseñar allí la elocuencia; allí hizo el elogio de Teodosio un retórico francés; Claudiano vino desde Alejandría; desde Egipto Manobio el maestro de Icherio, cuya reputación superó la de los demás retóricos. En tanto así eran atraídos á Constantinopla los hombres más ilustres, los maestros del saber: en Roma se hacía sentir un hambre espantosa, ya reina del mundo literario, cual desapiadada madrastra, arrojaba de su seno los hombres de letras para conservar tres mil bailarinas, otras tantas cantatrices, sus maestros, los coros y las personas que estaban á su servicio. . . . Así prostituída su púrpura, y envilecida la patria del dulce Ovidio, del elocuente Cicerón, del austero Fabricio, del ilustre Catón, cedía á su rival con el cetro del imperio el del saber, con el trono del mundo material, el del mundo intelectual.

Sin embargo, no por eso faltaban escuelas en su recinto, y en ellas estudió S. Gerónimo elocuencia y declamación; allí se ejercitaba en combates simulados y se preparaba para triunfos ver-

daderos; allí oía á los más elocuentes oradores discutir unos contra otros, y arrebatarse hasta el insulto; allí para preservar la juventud del libertinaje creó Valentiniano una ley <sup>1</sup>. En tanto la Galia hacía grandes progresos en las ciencias: Marsella, Arlés, Narbona, Viena, Tolosa, Burdeos, Clermont, tenían escuelas de jurisprudencia, filosofía, gramática y retórica, que suministraron á Roma muchos sofistas declamadores tanto en prosa como en verso, delatores en el siglo precedente y panegiristas en el actual; profesores que caminaban de una á otra ciudad sostenidos por pingües salarios, fabricando versos, panegíricos, cumplimientos y discusiones, sin cuidarse del imperio que caía, de la literatura que se prostituía, de las artes que se corrompían, ni del cristianismo que ganaba terreno; así se convirtieron las escuelas en focos de corrupción de estilo, de extravío de ideas, en planteles de mal gusto, que ponían en prensa los entendimientos para buscar frases amaneradas, conceptos afectados con un énfasis cada vez más exagerado y con una profusión de figuras espantosas llena de frases bastante nuevas y picantes, y demasiado falsas y forzadas.

De este modo y por estas razones se alteró la cultura intelectual, prevaleció el elemento popular, lo que era arte é imitación cedió á lo espon-

<sup>1</sup> Comm. in ep. ad Gálat., c. 2.

táneo y natural. Sin embargo, en medio de la decadencia en que se mostraba la lengua en los escritos de Macrobio y Apuleyo, los jurisconsultos sostenían el buen sentido, y la gravedad y varonil sencillez del latín contra el lujo corruptor que le enfermaba, y trascurrió mucho antes de llegar á la afectación y enredosas sentencias del código Teodosiano.

En decadencia el idioma, decayó la literatura y cupo al sacerdocio la gloria de elevarlas, y la Biblia puede proclamarse su regeneradora: ella, con su admirable y encantadora sencillez la rejuveneció; aquella simplicidad de expresión dió idea de una poesía más natural, enseñó á tratar los asuntos más elevados sin necesidad de recurrir á las abstracciones metafísicas, como los orientales y aun los griegos cuando su espíritu se entrega á la reflexión. Habla constantemente por símbolos, como si la imaginación hubiera adoptado aquella senda cuando vedaba la religión las representaciones en el hierro por medio del pincel: amestró con su ejemplo á los autores en el arte de explicarse con imágenes vivas, y entonces empezaron las invenciones simbólicas de que tanto abundó la edad media. Así el latín clásico fué modificándose por las ideas cristianas dando origen á un idioma nuevo, que fué el de los filósofos y que duró hasta que renació la lengua de Cicerón.

Hemos reseñado las escuelas, la decadencia del

idioma y sus causas, y como se deja inferir, la de la literatura; mas como quiera que nunca faltan en tiempos de decadencia talentos que la cultiven ó la empujen á su total ruina, réstanos ahora referir los que pulularon en este aciago periodo. Viene en primer lugar Servio, comentador de Virgilio, que nos resucitó tradiciones perdidas: Atico Tiron Delfico floreció en la Galia como poeta, abogado y retórico: Donato, maestro de S. Gerónimo, comentador de Terencio donde trató del barbarismo, del solecismo, los esquemas y los tropos, sin contar los elementos de gramática: otro Donato escribió una vida de Virgilio que parece destinó á servir de introducción á un comentario sobre las Bucólicas, y escogió la Eneida para hacer conocer las bellezas de que abunda: Nonio Marcelo de Tiber escribió una obra pedantesca, titulada: *Propiedad de los vocablos latinos*. Pomponio Festo compendió un trabajo de Verrio Flaco sobre la significación de las voces, y en tiempo de Carlo Magno fué el mismo vuelto á compendiar por Pablo Diácono. De Sosipatero Carisio tenemos cinco libros de observaciones gramaticales, y otros de Diomedes: siguen luego Furio Planciado, y Fulgencio (acaso fué africano) que dejó tres libros de *mitología*, uno de interpretaciones, y otro sobre Virgilio, cuya confusión de estilo es el mejor cuadro de la decadencia á que había llegado la literatura: y por último, Arusiano Meso

nos dejó una locucion alfabética de frases y locuciones de los Clásicos.

La oratoria, ese blason de Roma no disfrutaba mejor posicion y se hallaba tan decaida, que desde Plinio hasta Constantino, apenas se hallaba un orador digno de este nombre; y dá lástima despues de haber leído á Ciceron, Quintiliano, y demas hombres eminentes que la cultivaron, haber de leer á Calpurnio Flacco las adulaciones de Simmaco, por mas que le alaben Macrobio, Libanio y hasta el mismo Prudencio, los encomios tributados á Victorino hasta por el mismo Juliano, que todo no viene mas que á formar un cuadro sinóptico que á primera vista nos demuestra la inmensa distancia que hay entre la enérgica sencillez de la austera y republicana Roma, á la vil adulacion, á las serviles formas, á los vicios y disipacion que habian corrompido y enervado con la molicie y la prostitucion los corazones, enfermado los cuerpos y privado de energía y virtud los entendimientos.

Pero viene el cristianismo en auxilio de tanto mal; y si bien los que se dedicaban al púlpito y á la predicacion de la fé hubieran de aproximarse al lenguaje comun, puesto que se dirigian mas á las almas incultas y á las gentes vulgares que á los hombres de letras, y tenian que acomodar sus discursos á la condicion y cultura de su auditorio, escribiendo como S. Pablo, para gentes sencillas,

ó manifestando como el gran Padre S. Basilio, que platica habitualmente con Moisés, Elías y otros bienaventurados, cuyo lenguaje, aunque en desaliñada frase, espresa un sentimiento verdadero, conservó su energía la lengua á traves de numerosas vicisitudes en los himnos y en las salmodias, refugiándose y buscando en el templo de los cristianos la acogida que la corrupcion gentil le negara huyendo del bullicio del siglo y de las tinieblas de la ignorancia, como si se desdeseñase en galanar sus frases y enaltecer con sus bellos sonidos los mezquinos hechos de pequeños hombres que deseaban el nombre de héroes para encubrir su pequeñez, y que asalariaban aduladores que, con mentidas lisonjas, enalteciesen su nada. La literatura encontró en los templos cristianos su asilo, y el clero la conservó si no en toda su fuerza, al menos en bastante brillantez y de un modo y á una altura infinitamente mas elevada que el paganismo y sus secuaces como vamos á ver.

La Iglesia se propuso levantar á su altura las letras y dar diferente giro á la literatura y más adecuado al objeto que la destinaban, no buscando el arte en sí mismo sino haciendo servir la forma al pensamiento; en el instante en que la literatura antigua perdía su carácter, dieron uno nuevo á la literatura que empezaba y que habia de encumbrarse sobre las ruinas de la que moria disputando el imperio del mundo en esto como en

todo á la idolatría. Hasta la Iglesia no se habia pensado reunir el pueblo, señalar un sitio donde pudiera ser instruido en sus creencias, y desde el cual se le dictasen reglas sobre su adoracion y sobre su conducta: el conocimiento de las cosas sagradas, como todo lo demas, estaba monopolizado por el menor número, y jamas se le habia comunicado al vulgo; en esto, como en los demas ramos del saber, solo eran instruidos los privilegiados, ademas que no era posible enmendarlo, puesto que los mismos sacerdotes no estaban de acuerdo en punto á las doctrinas, diferian en el dogma, y la moral era segun la de la escuela á que estaban afiliados, y por lo tanto la elocuencia antigua se limitaba á los intereses materiales de un individuo ó de una ciudad, al elogio del particular, y cuando mas á la discusion entre un maestro y sus discípulos; pero aun así giraba sobre doctrinas especiales, desprovistas de un carácter público y universal; pero desde el instante en que el Señor dijo: *Id y predicad á las naciones*, la verdad aceptada en comun debia ser espuesta á todos los fieles, y el sacerdote tenia que esplicar desde el púlpito lo que interesaba no á un individuo ni á una nacion, sino á todo el mundo, la fé y la salvacion; y como ésta es una para todos, y para conseguir-la todos debian saber una misma cosa, así fué que la elocuencia tuvo un objeto fijo á que consagrarse, que todos debian saber y á todos incumbia, y

por consiguiente, que á todos debia esponerse. El sacerdote con ayuda del catecismo instruia al niño desde sus primeros años en las verdades mas sublimes, y desde el pecho de su madre que nutria su cuerpo, pasaba á los brazos del sacerdote que alimentaba su espíritu y formaba su corazon, y de este modo hasta el hombre mas tosco, el esclavo mas miserable y la mujer mas sencilla, sabian y podian responder acerca de lo que Platon y Aristóteles ignoraban: esta admirable enseñanza era continua, duraba tanto como la vida y se tenia en continuo ejercicio, bien para confirmar en la fé á los que creian, ó para volver á su sendero á los que se estraviaban, ó para convertir á los incrédulos.

Al principio fué auxiliada la predicacion por los milagros, y el Espíritu Santo que hablaba por boca de los apóstoles, no necesitaba de las persuasiones de la sabiduría humana; mas despues de la religion se estendió por la sociedad, se inculcó en ella, se mezcló en todo, y para combatir el error, tuvo que apoderarse de sus mismas armas; y de este modo, y con este motivo, pasó la elocuencia de la tribuna al púlpito, de la política á la moral, de los intereses del mundo á los del cielo: entonces, como era tan grandioso su objeto, la elocuencia cristiana levantó rápidamente su vuelo sobre la gentil, y se encumbró á una altura, cual no estuvo en los mejores dias de la república; desde el

momento en que pudo dejarse oír desde el púlpito, fué un continuo progreso que puso en mas ejercicio la lucha con los herejes, elevándose á una admirable sublimidad en boca de hombres ilustres que esceden en muchos quilates á sus contemporáneos y disputan la palma del triunfo á la antigüedad. Ellos saben hacer que se plegue á las inspiraciones sagradas el arte y el idioma para explicar las nuevas ideas de la fé; y sin embargo, este idioma en los Padres griegos, es el mismo que en Oriente tronaba con Demóstenes y encantaba con Isócrates, y en Occidente, entre los latinos, acomodan la lengua de Ciceron y sus bellezas, á las verdades de la religion; era una melodía antigua que se habia adaptado á una letra nueva; y así en uno y otro pais ganaban á la fé las gentes instruidas, y los retóricos que se habian ejercitado en las luchas de la escuela. Triunfante luego la Iglesia, así como se habia adornado con las pompas y solemnidades brillantes, se rodeó del prestigio de la elocuencia y suplió con su auxilio la falta de la fé que se habia entibiado.

En la elocuencia tuvo sus maestros, que pulsaron hábilmente todas sus cuerdas y explotaron en todas direcciones tan hermosa y rica mina, y de quienes vamos á ocuparnos: S. Atanasio no nos ha dejado ninguno de aquellos admirables discursos, con cuyo auxilio trastornó el mundo cristiano, y

en sus controversias dedicadas mas bien al dogma que á la moral, desdeña las galas y las formas de la retórica, y estrecha el argumento sin pulsar jamas una cuerda patética, acreditando así la admirable energía de su voluntad, la conviccion y la inteligencia. Por el contrario, S. Gregorio y S. Basilio, se engalanan con todos los adornos del arte, aplicando no á segregar como Atanasio todos los miembros infestados de un cuerpo vigoroso, sino á conciliarlos con el amor, se ocupan menos en discutir el dogma que en mejorar las costumbres, y sus exhortaciones, animadas por un lenguaje castizo, respiran el entusiasmo de la conviccion. Sus discursos están á nuestro alcance, porque la causa de la humanidad que defendian es mas universal y vital que la de la república; y así es, que despues de tantos años, aun nos ofrecen el interesante cuadro de las luchas interiores, de las incertidumbres, de las esperanzas que acompañan al hombre en el corto espacio que recorre desde la cuna al sepulcro, y por lo mismo el pueblo, desde los talleres en que ganaba su alimento, acudia presuroso á nutrir su alma en aquella escuela, que ocultaba los primores del arte, bajo el hermoso manto de una sencillez popular, elegante y persuasiva.

Estos dos campeones de la elocuencia sagrada, aunque hermanados en el fondo, aun se diferencian en los accidentes, y las descripciones de Ba-

silio tienen un fondo de verdad, un encanto en las formas que sorprenden. "Cuántas veces, esclama pintando la naturaleza, en medio de la serenidad de la noche habeis pensado en el Criador de todas las cosas, fijando vuestros ojos en la inesplicable hermosura de los astros; si os habeis preguntado quién es el que ha sembrado el cielo con tantas flores; si algunas veces habeis estudiado durante el dia las maravillas de la luz, y si os habeis elevado por conducto de las cosas visibles al Ser invisible; en su caso sois oyentes perfectamente preparados, y podeis ocupar un puesto en este magnífico anfiteatro; venid á semejanza del que coge por la mano á los que no conocen una ciudad, y les hace recorrer sus calles: así os voy á llevar como extranjeros á traves de las maravillas de esta gran ciudad del universo." Sus homilías están llenas de unción evangélica, y en todas brilla en primer término la caridad: pinta la fragilidad de la vida y de todas las cosas humanas con los bellos colores de la Biblia, tan diferentes de los de Simonidas y Stesichoro, haciéndola palpable con imágenes, siempre vivas, siempre hermosas, siempre insinuantes, y causa admiracion leer en sus escritos: "De la misma manera que los que duermen dentro de un barco, son empujados y llevados al puerto sin saberlo, así en la rapidez de nuestra vida fugitiva vamos arrastrados á nuestro último término, por un movimiento insensible y

continuo. Duermes, y el tiempo huye; velas y meditas, no por eso deja de correr tu existencia. Somos como los corredores obligados á dar cima á una carrera. Pasas delante de todo, nada dejas en pos de tí: en el camino has visto árboles, prados, aguas y cuanto puede recrear la vista. Has experimentado un instante de embeleso, y has pasado adelante; pero has caido sobre piedras, en precipicios, por rocas, entre fieras, reptiles venenosos y otras plagas. . . . Despues de haber padecido un poco los has dejado detras de tus huellas. Tal es la vida: no son durables sus penas, ni sus placeres."

Tambien elevaba el mismo asunto el alma de S. Gregorio á la meditacion: inferior en ingenio á Basilio, estaba adornado de mas brillante y graciosa imaginacion. A fin de sustituir á los clásicos latinos, compuso versos, que si son inferiores á los de éstos en el arte, están llenos de un sentimiento admirable de verdad, enteramente nuevo y desconocido hasta entonces. Reflexionando sobre el enigma de nuestra existencia se le ve discurrir. "¿Qué soy? dice. ¿Qué seré? lo ignoro. Uno mas sabio que yo tampoco lo sabe. Envuelto en nubes ando errante de un lado á otro, sin tener nada, ni aun siquiera el sueño de lo que deseo: pues somos caidos, y estamos estraviados, y mientras la nube de los sentidos pesa sobre nosotros, parece mas sabio que yo aquel que por la menti-

ra de su corazón vive más engañado. Yo soy, ¿decid qué soy? porque ha desaparecido de mí lo que era, y ahora soy otra cosa. ¿Qué seré mañana si soy todavía? Nada duradero. Paso, y me precipito á semejanza del curso de un río. Dime á qué me parezco más, y parándote en este punto, contéplame antes de que me oculte á tus ojos. No se vuelven á pasar ya las ondas que se han pasado, no se vuelve á ver el mismo hombre que se ha visto."

La elocuencia de este santo padre se nutre con esta poesía ideal y meditativa; en sus escritos se asocia la osadía oriental al aticismo, la delicadeza de un lenguaje lleno de elegancia á los desordenados vuelos del entusiasmo, la austeridad del apóstol al refinado gusto del retórico. Si llora sobre los sepulcros, nos parece oír los trenos de Jeremías; si truena contra el apóstata parece un Isaías; su elocuencia, siempre noble, se sostiene con ayuda de hábiles giros, de pensamientos ingeniosos á los que siempre se mezclan en amoroso enlace de ideas de ternura y felicidad. Nunca el hombre parecía á sus ojos eminente por sus dignidades ni por su nacimiento, sino por sus escritos y por sus méritos, y así empleaba su elocuencia en elogiar hombres de sencillas virtudes á quienes la muerte había sujetado al juicio de Dios; y sin embargo, el sepulcro no inspira á los cristianos ideas de pesadumbre y de tristeza, y el san-

to veía en él un provechoso y saludable aviso: en los elogios fúnebres de sus hermanos y de su padre hace sentir las más bellas emociones, explicándose en el de este último con el dolor de un hijo y el afecto de un amigo: allí, dirigiéndose á S. Basilio, se le oye exclamar: "Si por nosotros vienes, ¡ah! nos hallas apenas con vida, y heridos por la muerte en la más cara parte de nosotros mismos." Allí, dirigiéndose á su madre: "Aunque te parezcan, dice, en oposición la muerte y la vida, están en relación entre sí, y la una hace las veces de la otra. No sé si la esperanza que nos libra de los presentes males para conducirnos á una vida celestial puede denominarse muerte. Solo es verdadera muerte el pecado. ¡Oh madre! te falta alguno que cuide de tu ancianidad; pero ¿dónde está el Isaac que te deja mi padre para suplir por todo?" En el elogio de S. Basilio se espacia recordando su educación común, y los cuidados que los ocuparon juntos, y allí como en las demás oraciones que pronunció, se hacen admirar el calor y la elevación que saca su lenguaje de las ideas superiores, aunque se complazca en un moderado estilo, la riqueza de las imágenes, de las comparaciones, de las metáforas, el talento del escritor, y todo, en fin, contribuye á elevarle á un grado eminente entre los más ilustres oradores.

En la elocuencia epistolar sobresalieron asimismo los Padres, y S. Basilio nos ha dejado muy

cerca de cuatrocientas cartas que son un modelo de discusion en su género. Pueden además de los referidos leerse los escritos de Gregorio de Nisa, y no pueden menos de leerse con gusto los de Sinésio de Cirene, discípulo de Hipatia, en cuyas cartas brillaban admirables rasgos de elocuencia. "Comparto, dice, escribiendo á su hermano, mi tiempo, entre el placer y el estudio. Cuando medito, especialmente sobre las cosas del cielo, me recojo en mí mismo; al revés, cuando me entrego al placer, soy el mas sociable de todos los hombres; pero un obispo debe ser un hombre de Dios, ajeno á todo placer, inflexible, rodeado de mil miradas que contemplan su vida ocupado en las cosas celestes, no para sí, sino para los demás, puesto que es el doctor de la ley y debe obrar como ella." Su exhortacion á los de Cirenaica, siendo ya obispo, para animar á la defensa contra los bárbaros que todo lo asolaban, es un monumento del genio y del entusiasmo que infunde y desarrolla el valor, y hace á los hombres consumir hechos heroicamente gloriosos.

Orador y poeta, escribió en prosa y verso con elegancia y sublimidad de estilo, elevándose por momentos y engalanando las materias mas abstractas, ya con las flores de la poesía, ya con rasgos mitológicos, ya con la sublimidad de la historia: su discurso titulado *Vida literaria*, que dirige á su hijo, donde manifiesta que al par cultivó la

poesía y la oratoria; su *Elogio de la calvicie*, lleno de ingenio y delicadas alusiones mezcladas con observaciones morales; el libro *el Egiptio ó la Providencia* pinta la situacion del imperio romano bajo la alegoría de Osiris y Tifon, con la intencion de demostrar que las calamidades públicas no son un motivo para acusar á la Providencia; sus diez himnos en verso yambicos en los que mezcló á las verdades del Evangelio los ensueños de Platon, hermanando el conjunto con verdades poéticas y elevándose al idealismo meditativo, y otros varios tratados, hacen ver en él un aprovechado discípulo de Platon en el arte de revestir con bellas formas los pensamientos mas profundos. Finalmente, sus ciento cuatro epístolas amistosas y de negocios son tan seductoras como instructivas, y todas tienen el hermoso encanto, la dulce poesía, el privilegio de hacerse amar cualquiera que sea el objeto que en ellas se propone pintar. Poeta del corazon, en sus escritos revela los encantos mas puros del amor, y los mas hermosos toques de las pasiones puras de un alma enteramente consagrada al bien de sus semejantes, y engolfada en el dulce piélago del amor divino.

S. Efrem de Nisive, amigo y admirador de S. Basilio, nos dejó en las *Parenesis* una especie de regla para los trabajos y oraciones de los monjes: en sus discursos *sobre los santos Padres que murieron en paz*, bosqueja la vida de los pastores soli-



farios de la Mesopotamia con vuelos de amor y lozanía: describe en la *Confesion* la manera cómo de las dudas pasó á la certidumbre de la fé cristiana. Para alejar de mano de los fieles los himnos compuestos por los gnósticos, en particular por Bardasano y Hermonico, que estaban atestados de errores y cantaban muchos cristianos creyéndolos buenos y puros, compuso cincuenta y dos sobre los mismos tonos, pero con sentimientos ortodoxos: sus cantos de muerte [*Necrosima*], destinados en particular á los monjes, son aun mas ricos en poesía: alaba sus virtudes presentándolos como modelos y envidiando su suerte porque "no oyen ya, dice, gemidos, sino la palabra de Dios, el consuelo del dolor, la prenda de una gran esperanza: no han muerto, descansan en Jesucristo." Por otro lado, admira oírle esclamar en la muerte de un niño: "el dia en que muere un hijo abre una honda llaga en el alma de sus padres, les arranca el báculo de su ancianidad. ¡Oh Señor! tu caridad los sustente." En sus cantos hay un pensamiento culminante que consuela los dolores presentes y la pérdida de una existencia fugitiva, el de una nueva vida: pensamiento que basta por sí solo á distinguir la afliccion pagana de la tristeza del cristiano, las angustias de la desesperacion y de la sonrisa de la confianza.

S. Cirilo, de Jerusalem, publicó sus *Catequesis*, en que espone la sustancia del dogma, la moral y

la disciplina, y son un testimonio imponente de la inmutabilidad de la creencia católica; á éstas pueden unirse las instrucciones de S. Gaudense de Brescia, en las que brillan fulgores de una hermosa elocuencia: Eusebio de Cesarea, escribió sobre varias materias, impugnó á Arrio, defendió á Orígenes; pero su obra mas importante es la *Preparacion evangelica*, que es una coleccion de mas de cuatrocientos autores, hecha para servir de introduccion filosófica á la ciencia del Evangelio, y para demostrar contra lo que esponian judíos y gentiles, que el cristianismo no fué adoptado con una confianza insensata y una credulidad temeraria, sino con un juicio ilustrado, superando en mucho todos los sistemas paganos. En su obra pasa revista á las cosmogonías de los fenicios, de los Egipcios, de los griegos, y sostiene que la doctrina de Platon es muy poco superior á la del vulgo; que el culto y los sacrificios eran hechos á los demonios, que mas tarde fueron arrojados por Cristo; que no había que creer en el destino ni en una potestad ejercida por las estrellas sobre las acciones humanas; y por último, concluye con asegurar, que si los filósofos griegos, y con especialidad Platon, emitieron alguna idea buena, la tomaron de las santas Escrituras. Escribió la *Crónica ó Historia universal* en dos tomos, que se han encontrado en nuestros dias, y ha servido mucho para confirmar las noticias antiguas que ya tenia-

mos: hizo el panegírico de Constantino y su *Historia eclesiástica*, que empieza con el origen del cristianismo y concluye en el concilio de Nicea; es la primera que se escribió en su clase, y en su introducción demuestra que comprendió mejor que sus anteriores el verdadero objeto de la historia y su modo de escribirla, y seguramente siempre serán una prueba de su filosofía y elegancia las siguientes palabras, que manifiestan lo que acabamos de decir acerca del modo de escribir la historia que debía tomar un nuevo aspecto. "Mientras, dice, que los demás cuentan las victorias y los triunfos de insignes capitanes, las hazañas de los héroes que han derramado su sangre en defensa de su patria, de sus hijos, de sus bienes, nosotros que escribimos la historia de una vida divina, tenemos que esponer guerras sagradas, hechas para la paz del alma y de la conciencia, en favor de la verdad y no de la patria, en obsequio de la piedad y no de las personas queridas: debemos confiar á los monumentos perpetuos de las letras la insigne constancia de los atletas cristianos, la invencible energía de sus almas, los trofeos erigidos por ellos contra los demonios, sus victorias invisibles á ojos mortales, las coronas de eterna memoria que les han sido adjudicadas." Esto hizo. Así el clero reformó la historia é hizo conocer la necesidad que tenía de la filosofía, y este es otro adelanto que debe el mundo á esta cla-

se tan enemiga de la ilustración. S. Nilo el mayor, tradujo el manual de Epitecto para uso de los cristianos; dejó capítulos parenéticos, y gran número de cartas en que espone la moral de una manera seductora.

Llegamos á S. Juan Crisóstomo, en quien se hallan reunidas armoniosamente la claridad y la naturalidad de la locución, la majestad de las ideas, lo patético de los sentimientos, el poder del raciocinio, la abundancia y osadía de las imágenes; y en una palabra, todo el arte y todos los encantos de aquel tiempo. Iniciado en todos los secretos del rico y elegante idioma de Atenas, sabían todos los resortes que pueden modificar y variar la palabra. Pinta con los mejores colores dramáticos la deformidad del vicio, y escita las pasiones en favor de la verdad, al mismo tiempo que se deleita diestramente de las ventajas que le proporciona su habilidad en hacer uso de la retórica y de la filosofía. Su estilo, siempre deslumbrador, y aquella abundancia admirable en sus discursos, le hacen mas propicio y ameno al oído que á la lectura. Su bella y rica imaginación debían darle un dominio asombroso sobre gentes que acababan de salir del paganismo, y á quienes su natural inclinación hacia atribuir un cuerpo á todas las cosas: todo este conjunto le valió sacar un admirable provecho de su auditorio y despertar los sentimientos mas profundos del corazón. Nadie

como él conmovia, nadie le igualaba en interesar, en todo halla recursos su ingenio; deduce de los mas estériles asuntos, dando forma y colorido á las ideas que parecen menos susceptibles de adquirirlo, sin descuidar jamas la ocasion de escitar la piedad y el afecto.

¿Quién registrando sus obras, no admira la dulce armonía con que se hermanan las bellezas naturales y los severos preceptos de la austera moral? “No se ha hecho, esclama, la noche para consagrarla enteramente al sueño. Ved á los artesanos, á los carreteros, á los mercaderes, y aun á la misma Iglesia, levantarse á media noche: levantaos, pues, del mismo modo y contemplad ese magnífico órden de estrellas, este profundo silencio, esta inmensa tranquilidad. A esta hora el alma se siente más pura, más ligera, más elevada: mueven á la compuncion el silencio y las tinieblas: yacien- do todos los hombres en sus lechos, cual si fueran sepulcros, ofrecen la imágen del fin del mundo. ¡Oh hombres! ¡Oh mujeres, doblad las rodillas, suspirad hondamente, orad! . . . Aquellos que tengan hijos despiértenlos; y durante la noche convertid en una iglesia vuestro aposento. Si son demasiado delicados para poder soportar la vigilia, hacedles que reciten una ó dos oraciones y acostadlos de nuevo, á fin de que se vayan acostumbrando á levantarse <sup>1</sup>.” Escribió, ademas, el *Sacerdocio*, obra en

<sup>1</sup> Hom. 26, in Act. Apost. 3. 4.

que el vigor del raciocinio no hace perder cosa alguna al calor del afecto. Sus tres libros sobre la vida *monástica*, en que defiende á los monjes de las burlas de su siglo, y manifiesta que el desprecio de las riquezas, de los honores, de la gloria, del poder temporal hacen al monje libre, poderoso, honorable y superior á todos los demas hombres. Sus homilías arrebatában el auditorio hasta el extremo de hacerle prorumpir en estrepitosos aplausos, y la magia de su estilo representa el pensamiento y le engalana con las espresiones mas adecuadas, claras para instruir, pintorescas para describir, enérgicas para exhortar, patéticas para enternecer ó para prodigar consuelos. Siempre hábil para sondear el corazon humano y descubrir sus vicios, los escudriña con insistencia y los pinta con severidad, aprovechando las ocasiones mas propicias para inducir al pecador á la enmienda. Sin embargo, sus obras de Constantinopla no ofrecen tan gran perfeccion; pero el cristianismo y el hombre científico, siempre verán en él el Demóstenes de la oratoria sagrada y el hombre que hizo renacer los bellos dias de la literatura griega, y á cuya presencia se marchitan los laureles en las frentes de aquellos griegos inspirados en las faldas hermosas del Pindo y en los vergeles floridos de Elicona, precisamente en el siglo IV, en medio de una decadencia general, entre el fragor de las armas de extranjeras inva-

siones y encarnizadas guerrillas, entre la molición de una tosquedad afeminada, en medio del letargo de un desaliento profundo, en un tiempo, en fin, en que monarcas ineptos se hallan cercados de prostitutas y eunucos, cuando todo se plega bajo un orden tiránico ó yace en una vil indolencia, solo el clero conserva energía, solo él tiene virtudes, solo él anima el cadáver social y dá impulso y cultiva y fomenta las ciencias, la literatura y las artes, volviéndolas mejoradas á su primitiva grandeza.

En Occidente no era menor el movimiento intelectual ni menos sensible su progreso, ni era debido á otros que al clero sus adelantos: aquí, como allí, el saber y las virtudes estaban en el sacerdocio; aquí, como allí, se consagró al estudio; aquí, como allí, la literatura, que tocaba al abismo de su decadencia, fué elevada á una hermosa y deslumbradora perfección, merced á sus esfuerzos y trabajos: vámoslo á ver. En los primeros tiempos del cristianismo ningun escritor latino se dió á conocer primero que Tertuliano, y en los que mas tarde florecieron, si bien es verdad que no se halla la armonía del genio griego, ni su hermosa locución, tienen en cambio mas unción, y si es cierto agradan menos, tampoco puede dudarse que mueven de una manera mas segura; y así el desarrollo de las inteligencias fué menos refinado aunque mas original: se altera el idioma, es ver-

dad, pero reúne el estilo, y lo que falta á los escritos en corrección y pureza, se recompensa por la energía del sentimiento, por la riqueza de las imágenes, por la elevación de miras, y especialmente por la novedad de la sustancia, mérito notable en una literatura que, desde su cuna, habia gastado el tiempo en fútiles arreglos y simples traducciones.

S. Gerónimo, arrastrado tanto en sus escritos como en su vida por su fogosa imaginación, abunda en bellezas de primer orden, aunque estén mezcladas con algunas extravagancias. Su expresión es enérgica y natural; su vasta erudición le suministra abundantes citas, y á no haber escrito tanto, hubiera sido mas correcto<sup>1</sup>. Sin embargo, su rica y fecunda imaginación logra engalanar los mas áridos asuntos, y prestan animación á la lectura de sus obras, ráfagas de elocuencia y una dialéctica severa y apremiante: sus trabajos sobre crítica sagrada son de grande importancia: S. Dámaso le mandó revisar la versión itálica de los santos Evangelios reputada como la mas fiel y exacta, aunque la habian corrompido las alteraciones y las interpolaciones, de modo que con el tiempo, los copistas, no distinguiendo el testo de las anotaciones, lo habian transcrito todo, de que resultó, segun el mismo S. Gerónimo, no cuatro

<sup>1</sup> Hubo día que escribió mil líneas.

Evangelios, sino cuatro concordancias de los Evangelios, á lo que podemos añadir la poca ilustración de los copistas y la mucha presunción de los anotadores, y comprenderemos fácilmente que la forma del libro sagrado habia debido encontrarse sumamente alterada: para corregirle recurrió á revisar los textos griegos mas antiguos y compararlos; tambien corrigió los Salmos, el libro de Job y otros muchos que no han llegado hasta nosotros: luego hizo una nueva traduccion del antiguo Testamento que concluyó despues de quince años, y con tanta fidelidad que hasta empleó muchos giros hebraicos: tambien se sirvió de la version siríaca y árabe, de las latinas de Aquila, Teodosio y Simmaco, adhiriéndose con especialidad á la de los Setenta; y sin embargo de la oposicion que contra su obra se suscitó, la Iglesia la adoptó y vino á servir de base á la que declaró auténtica despues el concilio de Trento. Escribió asimismo comentarios sobre las santas Escrituras. Su *Cánon* es un modelo de *bibliografía* rápida y elocuente; las vidas de los Padres del desierto, la traduccion de la crónica de Eusebio, y ciento cuarenta y siete cartas que tratan de importantes cuestiones de exegesis y moral, y es lástima que en medio de tan ilustres trabajos tengamos que deplorar la virulenta controversia seguida con Rufino en la que ciertamente no brilla siempre la caridad cristiana.

Rufino comentó los pequeños Profetas, obra de no escaso mérito, tanto porque da una esplicacion exacta sin apartarse del sentido literal, cuanto por su moderacion respecto á los que le injurian. La simple lectura de las obras de S. Ambrosio basta para comprender su erudicion en los clásicos, y todos sus discursos abundan en giros y pensamientos sacados de los mas selectos autores. En el discurso á la muerte de su hermano Satiro, resalta esa dulce expansion del cariño que le hace exclamar en estas sentidas frases: "De nada me ha servido recoger tu inspiracion moribunda, haber apoyado mi boca en tus cárdenos labios. Esperaba hacer pasar tu muerte á mi seno ó comunicarte mi vida: ¡prendas crueles y dulces; abrazos infelices, en medio de los cuales sentí que su cuerpo quedaba yerto, estirado, y que exhalaba su último aliento! Le estreché contra mis brazos que se enlazaban á su cuello; pero ya habia perdido á aquel á quien acariciaba todavía. Aquel hábito de muerte de que me he penetrado, ha sido para mí un soplo de vida; ¡permítame á lo menos el cielo que purifique mi corazon y traslade á mi alma tu inocencia y tu dulzura!" En el exordio de este mismo discurso se eleva de las afecciones de familia á la contemplacion de las públicas desgracias, pero no son tan bellos ni su *consuelo* con motivo de la muerte de Valentiniano, ni el panegírico de Teodosio. Su obra mejor y mas estensa es la que

tituló: *De officiis ministrorum*, y en la que tratan- do de los deberes de los eclesiásticos desciende á los de los demas hombres, y con este motivo re- suelve cuestiones de filosofia práctica: en el *Hexa- meron* esplica los seis dias de la creacion, para lo cual le sirvió de mucho Orígenes; pero donde en- canta y arrebatada es en sus elogios de la virgini- dad, y era tal su inspiracion y facundia hablando de esta hermosa virtud, que los padres y los es- posos se quejaban de que tan inmenso número de doncellas consagraran á Dios su pureza. En poe- sía aun nos quedan algunos himnos, cuya dulzura y bellezas les dan un lugar al lado de las obras mas eminentes de su clase <sup>1</sup>.

Claudiano Mamerto, uno de los mas distinguidos talentos de su siglo, escribió tres libros, en los que trata con mucha sagacidad y dialéctica, de la es- piritualidad de las almas: S. Vicente de Lerins, publicó su advertencia contra las herejías conde- nadas en 431 en el concilio de Efeso, con exhor- taciones á los fieles de seguir lo que ha sido pro- fesado en todas partes, siempre y por todos. Los restos del paganismo, que aun quedaban, y las adoraciones que daba el mundo á las abandona- das deidades del viejo capitolio, inspiró á S. Máxi-

<sup>1</sup> Los himnos de que tenemos noticia son: *Deus creator omnium: Jam surgit hora tertia: Nunc sante nobis spiritus*, y en sentir de algunos el *Te Deum*, que otros atribuyen á Sisebuto, monje del Monte Casino, que debió vivir en el siglo VI.

mo de Turin, su *Tratado contra los paganos*. Allí reprende á los que aun adoran á Vénus, creen en Marte, y se acogen al amparo de otras falsas di- vinidades: allí hace brillar su elocuencia; allí re- futa la doctrina del destino, y esclama: “¿Por qué adorais á vuestras divinidades? ¿Por qué inmolaís á los ídolos? ¿A qué vienen las plegarias y los in- ciensos, las víctimas, las ofrendas á los templos, si todo está preestablecido?” Luego, quejándose de la apatía de los magistrados en hacer cumplir los decretos imperiales, viendo observarse las ca- lendas de Enero con su loca alegría, sus banque- tes y su licencia: “Cada cual, dice, se levanta muy temprano para llevar pequeños dones, que llaman aguinaldos, y para saludar á sus amigos se les ha- ce un regalo antes de darles los buenos dias. Se oprimen los labios, se estrechan las manos, no pa- ra que se crucen las nuestras de amistad, sino para que las cortesánías de la avaricia sean paga- das. De esta suerte, al mismo tiempo que abra- zan un amigo, parece que le tantean. Luego, al tornar á su casa, llevan ramos como si hubieran consultado á los augures, y vuelven cargados con los dones recogidos, sin apercibirse de que son otros tantos pecados.” Las cercanías de Turin, aun permanecian infestadas de ídolos, y Máximo no cesaba de exhortar á que los derribasen y dejaran de practicar los sacrificios intemperantes y crue- les, y á que no creyesen á los mágicos que se va-

nagloriaban de hacer descender del cielo la luna con sus encantos. ¡Tan arraigados estaban los ritos paganos!

Llegamos á S. Agustin: este hombre eminente, personificacion en Occidente del Crisóstomo, dotado de una imaginacion prodigiosa, de un entendimiento creador, sobresale entre los Padres latinos; y á manera de un rio que, naciendo de pequeña fuente, en su larga carrera aumenta su caudal con las aguas de sus afluentes, hasta que su alveo se espacia y asimila un mar inmenso; así su genio fecundo, con la lectura continua, llegó á adquirir un caudal inesplicable de erudicion y ciencia, y así todo lo supo y á todo se plegó su inteligencia. Metafisico, historiador, versado en el conocimiento de las costumbres y las artes, dialéctico sutil, orador grave y majestuoso, escribió sobre la música y trató los puntos teológicos mas arduos, describió la decadencia del imperio y analizó los fenómenos de la mente. Sabe vivificar con la elocuencia, asocia la imaginacion á la teología, obran poderosamente sobre los espíritus africanos los brillantísimos pensamientos de aquella imaginacion tan ardiente como el clima natal y la emocion extraordinaria con que los espresaba, lleno del espíritu evangélico habla mas al corazon, y lleva hasta el púlpito aquella viva ternura del alma que respiran sus *Confesiones*, y no le abandona ni aun en las áridas discusiones de la teología.

Sobresaliente en todos los ramos del saber humano, cuantas materias toca su pluma, adquieren una magnitud extraordinaria; todas las pinturas y descripciones que hace en sus escritos, están dibujadas con una verdad y precision admirables: ¿se quiere formar una idea de la mala educacion de la juventud cartaginesa? Pues bien, veamos los motivos que alega para dejar su patria y preferir las escuelas de Roma á las de Cartago; porque "en Cartago, dice, reina una libertad imprudente entre los estudiantes, que entran con audacia en las escuelas y perturban el órden y las reglas establecidas para la enseñanza." Sus *Confesiones* no son una obra de cínico orgullo como las modernas, sino una esposicion ingenua hecha á Dios de los combates que un alma honrada necesita sostener para pasar del mal camino al bueno, del error á la verdad, de las tinieblas á la luz. En su juventud se embriaga en los placeres y no se satisface, le disgusta la celebridad y corre con avidez en pos de la verdad y de la ventura. La naturalidad que resplandece en este escrito, así como su severa reflexion, y la tristeza sin desesperacion con que el cristianismo dotó al hombre, son cosas enteramente nuevas, é ideas que nadie antes que él espresó. En sus *Soliloquios* despliega una dialéctica fácil, unida á una imaginacion llena de sensibilidad, y es admirable la descripcion que hace de la lucha interior que agitaba su alma, y nada es capaz

de pintarla con los bellos coloridos que él la matiza en esta sencilla y sublime expansion. "En mi primera juventud me impedía investigar la verdad, cierta timidez infantil que tenía mucho de superstición; pero habiéndome hinchado el corazón la edad misma me precipita en otro exceso: oía hablar de hombres que afirmaban poseer el poder de sacar del error, sin acudir á la autoridad imperiosa, á todo el que asistiera á sus lecciones, y presentarle la verdad sin velo alguno. A la sazón era yo todo fuego, todo atolondramiento, como es la juventud; amando la verdad, si bien con esa especie de orgullo que se contrae en la escuela, cuando se oye discutir sobre todas las materias á hombres reputados por sabios. Así, yo no podía mas que entrar en la liza, desdeñando como fábula cuanto superaba á mi inteligencia y á mis sentidos. ¡Cuán ciego estaba! busqué por el camino de la soberbia lo que solo se halla por el de la verdad <sup>1</sup>. Estuve nueve años con los maniqueos... Sin embargo, no pudo ocultárseme, que eran mas fecundos en argumentos para combatir la doctrina de la Iglesia, que para establecer la suya <sup>2</sup>."

Cuando consiguió tranquilizar su espíritu reposando en la tranquilidad, combatiendo los errores de los demas, discutió los puntos mas espinosos

1 Serm. LI., cap. 5, núm. 6.

2 De utilitate credendi, cap. 1, núm. 2.

de la filosofía: refutando los académicos establece la cuestión de lo finito é infinito: contra los maniqueos trata del origen del mal: aduce contra los pelagianos varias relaciones entre lo necesario y lo contingente: establece las relaciones que existen entre la ciencia y la fé, en otros varios trabajos que hizo destinados á demostrar que el elemento humano del raciocinio debe apoyarse en el elemento divino de la fé: en cuanto fué el primero en Occidente que redujo á sistema la doctrina del Evangelio, puede considerarse como padre del dogmatismo latino: en su filosofía afirma que la verdad habita en el fuero interno del hombre <sup>1</sup>, lo cual queria explicar sin duda esta sentencia admirada, *conócete á tí propio*, y presenta la observación de los hechos interiores como el manantial de las verdades mas sublimes: doctrina inmensamente superior al empirismo vulgar de Locke que todo quiere deducirlo de la observación exterior: el *yo soy* que carece de apoyo en Descartes porque supone uno mayor, no lo acepta el santo mas que como un principio no cuestionado por los académicos á quienes refuta, y no como una primera verdad. Prueba que el hombre sabe por su propia conciencia, que vive, siente y comprende, lo que equivale á conocer su alma, esto es, el sujeto que vive, siente y comprende: aun se encuen-

1 De vera religione 39.



tran en sus escritos opiniones con que se honran filósofos posteriores, y otras cuyo olvido ha arrasrado al error mas pernicioso. Su tratado *de las cosas que no se ven* está escrito contra los que rechazan el cristianismo, porque impone la obligacion de creer lo que está fuera del alcance de los sentidos: allí patentiza que de no creer lo que no se vé, la sociedad civil carece de base, y añade que nuestra creencia se apoya tambien en pruebas sensibles como el cumplimiento de las profecías, y sobre todo, el cambio del mundo operado por el Crucificado: tambien hizo la guerra á la astrología, muy en boga aún en su tiempo. En política añade á las palabras de S. Pablo: *No hay poder que no sea establecido por Dios*, estas otras: *Ora le ordene, ora le permita*. El cristianismo no habia podido desterrar la máxima ominosa de que el derecho de vida y de muerte pertenece al soberano; aun no se habia formado un nuevo derecho político, que estableciese distincion entre la fuerza y el derecho de juzgar. S. Agustin escusa la necesidad de la guerra cuando se trata de repeler la fuerza, de vindicar la injuria y el perjuicio irrogado á los súbditos, de oponerse á vecinos ambiciosos; pero admite que puede hacerla inicua la injusticia de su principio, la violencia de los medios, el abuso de la victoria, el encarnizamiento contra el enemigo, la crueldad de las represalias, la turbulencia causada á la paz de los ino-

centes, las violencias de toda clase cuando es posible impedir las <sup>1</sup>: y en su respuesta á Marcelino coordina la religion con la política con admiracion de los paganos.

Cuando Alarico tomó á Roma, los cristianos clamaban que era un castigo del cielo en venganza de la sangre de los mártires que allí se habia deramado, y los gentiles sostenian que era un castigo impuesto por los dioses abandonados, culpando del desastre y ruina del imperio á los cristianos. Agustin les opuso una obra histórica y filosófica á la par, la *Ciudad de Dios*, monumento de tradicion y de genio en que acomete la empresa de demostrar que las ideas de virtud y de gloria han sido conculcadas por el paganismo, y busca en éste las verdaderas causas de la ruina del imperio, pone frente á frente las dos civilizaciones que luchan, y pronuncia la sentencia de muerte de una de ellas con una conviccion desconocida hasta entonces en la historia, al tiempo que pronuncia el triunfo de la otra que, en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos del cielo, continúa desde Abel ganando terreno y caminando á su gloria: con poco cuidado que se lea este libro, se verá en esta magnífica epopeya, desde qué punto de vista tan elevado supó su ilustre autor, antes que otro alguno, abarcar de una sola

<sup>1</sup> Refutacion del maniqueo Fausto.

ojeada la humanidad entera: desde la mas remota antigüedad habia comprendido el hombre en el órden del mundo un designio de la Providencia; pero ningun filósofo habia discurrido, ni escrito ningun historiador que, bajo la continua variedad de los acontecimientos, se ocultaba un fin inmutable y necesario á ella.

Y en efecto, ¿cómo adivinarlo? cada una de las naciones caminaba por su vía, cual si hubieran sido diferentes una de otra: el libre albedrío del hombre, la fuerza, las victorias, los desastres decidian de la suerte de los pueblos. Solo el cristianismo podia anunciar que todos los hombres son hermanos, que Cristo es el centro de la humanidad, que la estension de su reinado es el fin á que se dirigen las cosas humanas, aun en lo que parece que mas las aparta de su objeto; las persecuciones habian ofrecido una triste prueba de esto, y los Padres habian proclamado que la propagacion del Evangelio es el fin á que la Providencia hace propender las cosas de este mundo. Sus obras, que formaban doscientos cincuenta volúmenes, y que su biógrafo Posidio hace subir á mil treinta obras las revisadas por él en la ancianidad, que le hicieron escribir sus *retractaciones*, en las que corrigió y esclareció algunas de sus opiniones menos justas ó menos claras.

El español Paulo Orosio, impulsado por la obra de S. Agustin, la *Ciudad de Dios*, acometió la em-

presa de demostrar en su *Ornesta mundi*<sup>1</sup> que desde que el mundo existe han desolado al género humano grandes calamidades, que en su consecuencia no debian estrañarse las presentes por desastrosas que fueran; de aquí dedujo que la vida es una senda de expiacion, por la que avanza el hombre al traves de mil amarguras que le preparan allí á la felicidad verdadera, de que puede disfrutar de antemano en la tierra aquel que aprende de la religion á aceptar las pruebas como deben serlo. Cuando los vándalos ocuparon el Africa, á los gentiles, que achacaban al cristianismo los reveses del imperio, se reunieron los cristianos quejándose de que la virtud y los padecimientos solo les acarreaban infortunios, lo que movió á Salviano á escribir su libro *Del gobierno de Dios*, en el cual despues de haber demostrado con cuánto error se juzga del bien y del mal en el mundo, busca en la historia la manifestacion de la justicia divina, de la que no es posible quejarse con fundamento, cuando es tan general la corrupcion dentro y fuera de la Iglesia; estableciendo comparaciones llenas de ricas descripciones y de pasajes patéticos, señala entre los bárbaros devas-

1 Se ignora la etimología de este nombre, y así nos inclinamos á creer puede ser error del copista que hallaria escrito *Pauli Or. mesta mundi*. Paulo marchó á Palestina luego con S. Gerónimo y sembró la desunion entre el Pelagio y Juan de Jerusalem.

tadores del imperio, virtudes ignoradas ó caídas en desuso entre los romanos, de donde se sigue que no hay motivo para que causen estrañeza sus triunfos. Así se anticipó á la doctrina predicada en nuestros dias, que la lucha empeñada entre dos causas, siempre acaba por triunfar la mejor de ellas, y demostró lo que no habian visto sus contemporáneos ni comprendieron, esto es, que la caída del imperio engendraría una civilización nueva constituida sobre las bases del cristianismo.

Volvamos la vista de los oradores á los poetas: éstos como aquellos estaban reunidos en gremios, tenían sus gefes y por ellos se dejaban conducir al palacio de los magnates para celebrar, ora sus dias onomásticos, ya los matrimonios, y hasta sus propias alabanzas; de aquí ese diluvio de versos, inspiraciones del hambre ó del servilismo, cuyos autores con sus imitadores deben yacer en el olvido como profanadores de la dignidad del arte y de la ciencia. Otros trataban asuntos didácticos, la mayor parte materiales, como la pesca, la caza, ó componían poesías descriptivas en las cuales la elegancia ocultaba la mezquindad del estilo, y nadie piensa ya en los poemas astrológicos sino los aficionados á rarezas. En tanto el egipcio Nono de Panópolis nos ha dejado las *Dyonisiacas*, ó sean las hazañas de Baco, poema en cuarenta y ocho libros; en él hace alarde de una vasta erudición, con la cual ha reunido las mil tradiciones divul-

gadas acerca de su héroe, y en el cual las fábulas son variadísimas, las imágenes bellas, y los sentimientos verdaderos, pero el estilo carece de gusto; sin embargo, tal vez se debe á su autor que el exámetro sea mas corriente y elegante. También compuso un poema cristiano que nos induce á creer que al fin se convirtió á la fé. Ciro, su compatriota, si bien propendió al paganismo, debe á su talento que le valió la protección de Teodosio y Eudoxia, su elevación. Museo nos ha dejado su *Hero y Leandro*, poema de cortas dimensiones, pero que por su sencillez y disposición merece un lugar entre los trágicos, aunque les supera en el afectuoso colorido con que reviste el amor sensual. Sigue Quinto Esmirnio, que en sus *Paralipómenos* se propuso continuar la Hiliada; el *Rapto de Helena* de Catulo de Licópolis y sus *Calidioniacos* se enlazan con los poemas homéricos; Trifiodoro nos ha dejado la *Maratoniaca*, la *Hippodamia* y la *Odisea lipogramática*, en cada uno de cuyos cantos omite una letra del alfabeto, y en todos la *s*. Los seis himnos de Prodo elevan su nombre á la altura de un regular poeta.

Al lado de estos hombres frívolos, resto de aquel paganismo que concluía y de aquella agonizante civilización que todo su cetro no podía resucitar, al lado de aquellos hombres degradados para quienes lo era todo la adulación y nada la dignidad, se levantan hombres de la nueva reli-

gion con una alma de fuego, que sobre la rima gentil van á elevar la cristiana; hombres que, arbatando las flores del Pindo van á trasladarlas al Gólgota, y que pulsando la lira de Sion van á acallar los acentos de la del Parnaso. Gregorio Nacianceno compuso una tragedia á la pasion de Cristo; Eudisia y Falconia Proba cantan tambien al Dios del Calvario, y Publilio Octavio Porficio se hizo célebre por sus estravagancias. Verdad es que las composiciones que acabamos de anotar tienen infinitos defectos, verdad es que no pueden competir con las de sus antagonistas, pero ellos son los primeros ecos y la cuna de esa poesía sublime que encanta en los poetas cristianos, y cuyos acentos semi-rudos habian de inspirar las grandes obras que admiramos: al lado del bajo adulador Claudiano, del insípido Mesobaldo, del mordaz Rutilio Claudio Numanciano, se levantan hombres de rígidas costumbres, de dulces y religiosas inspiraciones, de rectas ideas y santos pensamientos que han de reformar la poesía, y cuyos armoniosos versos la han de elevar á una altura admirable.

En su mayor parte los regeneradores de la poesía, los que la hicieron servir á la causa de la religion son españoles, y á nuestra patria, que tanta gloria dieron, toca no olvidarlos. Somos españoles, y lejos de nuestra pluma la ingratitud, y en tanto, pues, como sacerdotes y españoles no

olvidemos á nuestros hermanos y compatriotas, tan dignos del aprecio del mundo literario y religioso. El primero que descuella entre la turba parásita y menguada, y pulsa la lira con dignidad y elevacion, y hace resucitar los clásicos y florecer los buenos dias de la poesía es Rufo Festo Avieno: los *Fenómenos*, los *Pronósticos*, la *Metaphasis pariegezeos*, la *Hora marítima*, son poemas que unen lo agradable á lo instructivo, lo dulce á lo útil, y en los que la regla del arte, la belleza de imágenes, la verdad de descripciones enlazadas con admirable sencillez, forman un conjunto que hacen de sus composiciones los mas hermosos y bellos adornos de las musas de su tiempo, las mejores flores de la poesía, las primicias de la encantadora musa del cristianismo. Su talento valió á Décimo Magno Ausonio el ascenso á las primeras dignidades del imperio, las consideraciones de Valentiniano y la amistad de Graciano; y si en sus epigramas se aparta de la dignidad y decencia, tambien en sus epitafios, en la *Perentalia* y en sus prefacios descubre rasgos admirables, y sobre todo en sus idilios, particularmente el que compuso con motivo de la Pascua, nada deja que desear en piedad y belleza, brillando siempre en su versificacion los hermosos giros y finura que tanto ensalza el verso latino, mereciendo que sus obras fuesen pedidas por Teodosio, y que á porfia los emperadores le colmasen por ellas de ho-

nores: amigo suyo fué Paulino, cuya facundia hemos admirado, y cuyos versos tanto encomian sus mismos enemigos, cuya conversion tanto sintieron los paganos y celebraron los fieles; aquel Paulino por cuya vuelta al paganismo tanto suspiraron los bates de la idolatría, y por cuya apostasía rogaron á las antiguas deidades tan encarecidamente; y cuyo elogio, mejor que nuestra pluma, lo dice el sentimiento de los gentiles y los encomios de los Padres.

Amigo de los precedentes fué S. Severino, autor del poema bucólico de *Morte Boum*, el primero que en su género compusieron los cristianos, y que no carece de belleza y originalidad. Llegamos á Aurelio Prudencio Clemente, que consagrado al trabajo despues de haber obtenido los primeros empleos civiles y militares, empleó la poesía contra los herejes, haciendo servir para cantar las verdades eternas la misma cuerda que, bajo la inspiracion de Apolo, publicó el error, la lascivia y la depravacion. Contra los sabelios escribió la *Apoteosis*; contra los marcionistas y maniqueos el *Orígen del pecado*<sup>1</sup>; dedicó contra Simmaco dos libros y un resúmen de la Historia santa en cuarenta y nueve cuartetos. Luego sus dos colecciones de poesías líricas, el *Cathemermon*, que son doce himnos para diferentes horas y fiestas; y ca-

<sup>1</sup> Amartinegencia.

torce en honor de los mártires que tituló de *Coronis*. El de S. Hipólito en nada es inferior á las *Metamórfosis* de Ovidio, y en los demas se encuentran pasajes llenos de gracia y ternura, en que se deja sentir toda la dulce hermosura de la unción cristiana; en una palabra, todas sus composiciones hacen conocer en él el querido de la musa cristiana, el émulo de los antiguos vates; el hombre, en fin, que eclipsa su estrella y hace marchitar sus coronas.

S. Próspero, de Aquitania, tambien se consagró á la poesía, y sus epigramas, sus himnos, si no tienen el mérito de los de Prudencio, no carecen de bellezas; pero la obra suya que mas celebridad le ha dado, es su canto sobre los ingratos, escrito contra los semipelagianos, por haberle resucitado los jansenistas del siglo pasado, creyéndole favorable á sus ideas. Sidonio Apolinario compuso á los veinticinco años el panegírico de Avito, que le valió una estatua; obtuvo los primeros puestos del Estado, pero ávido de entregarse al estudio, huyendo de las ciudades, se retiró al valle Cambon en la Auvernia, donde vivió ni envidioso ni envidiado, gozando las delicias de la soledad acompañado de su familia, consagrado enteramente á las letras: sus composiciones nos hacen una pintura de la civilizacion romana en las Galias, y en aquella soledad ve el imperio que se desmorona y la literatura que se corrompe, deplora

ra el barbarismo que se introduce y alienta á los que aun conservan la fuerza del idioma, á reunir sus esfuerzos para salvar á lo menos del desastre general las letras. Obispo de Clermont, acreditó su amor á la patria y su caridad. Sus composiciones revelan imaginacion y nervio, y aunque con algunas imperfecciones, fueron reputadas escelen-tísimas por los romanos y por los bárbaros. El *Finix* colocó á Lactancio en el número de los poetas, aunque la crítica atribuye sus poemas *la Pascua y la Pasion de Cristo* á Venancio Fortunato, que vivió en el siglo VI. El español Juvenco versificó la Biblia y los milagros de Cristo, conservando el testo sagrado con la mayor fidelidad, y Commodiano hizo un poema contra los paganos, en el cual las iniciales de cada artículo forman el título de la obra, y en los exámetros no tiene en cuenta la cantidad de las sílabas, sino su número. Sedulio nos admira en sus himnos, y el *Gloria in excelsis* de S. Hilario, siempre será un buen modelo en su género.

Tampoco fueron las novelas estrañas al cristianismo: la que lleva el título de *Historia de Teagenes y Caridea*, compuesta por Heliodoro de Eme-so, tiene un órden excelente, una distribucion feliz, sucesos nuevos y verosímiles, episodios bien conducidos, costumbres y caracteres bien sostenidos y un desenlace natural, y es tanta su belleza, que no solo ambicionaron imitarla los griegos, si-

no los modernos del renacimiento. Tacio, de Alejandría, aunque inferior al precedente, merece un lugar en este escrito, y sus *Aventuras de Leucipo y Cletofonte* revelan genio y son la base sobre que han girado todas las composiciones del género satírico. Chariton de Afrondisa, cuenta los amores de *Chereas y de Callirhoe*; el egipcio Eustasio la *Ismenica*; Aristeneto de Nicea, escribe sus *Cartas amorosas* llenas de espresiones galantes y de ternuras, y Longo nos deja en sus *Amores de Dafnis y Cloe*, una obra tan rica y de graciosos detalles, que vienen á formar un prolongado idilio, y tanto, que la moderna *Pablo y Virginia*, se cree es una inspiracion suya.

Hemos visto la animacion con que se desenvolvía la nueva sociedad, y hemos contemplado la vieja tocando á su fin; pero tan débilmente, que ni aun aliento tiene, como la luz, para brillar y morir. Hemos reseñado los literatos, los oradores y los poetas, los que morian y los que empezaban á vivir; y no hemos podido menos de admirar la actividad de los unos y el marasmo que aletargaba á los otros. Los poetas cristianos, es verdad, no hicieron mas que imitar á los clásicos en las descripciones, en las narraciones, en las composiciones didácticas ó emonisásticas: continuaban siendo antiguos, tanto en la forma como en las imágenes y en el estilo, salvo que sustituian á los asuntos profanos la santa Escritura, las vidas de

los santos y las virtudes cristianas. El juvenil tronco rechazaba aquel heterogéneo ingerto; de consiguiente, cada vez que los escritores sucesivos querian recurrir á los mismos medios para dar un color poético al cristianismo, hubieron de persuadirse que no lograban producir nada que fuese original ni grande.

Abandonándose, no obstante, otros, á la expresion de los sentimientos personales, abrian una nueva carrera engolfándose en la poesía lírica, que nunca, ó casi nunca, habia espresado entre los latinos los sentimientos interiores, ó solo por la imitacion se habia sostenido. Y es que el cristianismo, religion íntima en un todo, con sus sublimes modelos en los profetas, en los salmos y en los cánticos repetidos á coro para esplicar la alegría y la tristeza universal, podia dar nacimiento á una poesía original y espontánea, y llena de entusiasmo.

Esta poesía tomó un vuelo cada vez mas atrevido, cuando obtuvo la paz la Iglesia y cuando los cuidados de Dámaso, Ambrosio y Gregorio dieron reglas para el canto. Algunos himnos cantados por la Iglesia, todavía sostienen el parangon con las mas bellas odas de los clásicos, si no por la elegante pureza de la lengua, de seguro por su empuje poético y por la profundidad del sentimiento.

Destinada esta poesía, no á los placeres de un

corto número, sino á ejercer su influjo sobre todos; no á ser leida en el gabinete, sino á ser cantada al aire libre, tuvo que alejarse de las formas de la lírica pagana; adoptó, pues, las mayores libertades respecto de la lengua y del metro: traspasó las severas reglas de la prosodia y del ritmo, hasta el instante en que el acento prevaleció enteramente sobre la cantidad, y produjo la versificacion de los modernos. El uso á que estaba destinada, determinó la eleccion del metro, haciendo dar la preferencia á las estrofas de cuatro versos, y á los yambos de cuatro piés por acomodarse mejor á las sencillas cantinelas del coro.

Encuétrase asimismo la gravedad solemne y la majestuosa fuerza de la musa latina en la poesía descriptiva, cuando no está sobrecargada de detalles inútiles y estraños, como en ciertos panegíricos de santos. Además, para dominar al lector, reina en ellas un sentimiento profundo, tan distante del desabrimiento como del énfasis, y del cual no distraen á uno aquellas pinturas, cuyo único objeto es poner de manifiesto el arte del pintor, y en que se detuvieron esclusivamente los poetas profanos de aquel tiempo.

Si los poetas griegos resplandecen por el brillo de las ideas, por la osadía de la imaginacion, por la gracia, la dulzura, la abundancia propia de su lengua, tan bella entre todas, los latinos son mas sencillos, mas majestuosos, y hasta diriamos mas

íntimamente creyentes; y esto era precisamente lo que se necesitaba para cantos destinados á sostener el valor en penosas luchas, primero contra una persecucion encarnizada, despues contra las calamidades acumuladas sobre nuestras comarcas.

Mueve á asombro cuanto hay de vida, de armonía, de movimiento en la sociedad religiosa, en el momento en que la civil yace inerte, y descomponiéndose de dia en dia. Entre los hombres de letras paganos hemos hallado gramáticos helados, retóricos locuaces, fútiles cronistas, poetas de epitalamios é idilios, cuanto puede existir con la depresion moral y la servidumbre. Entre los cristianos hay filósofos, hombres políticos, oradores que agitan las cuestiones mas elevadas; y la mayor parte de los que escribian así, obraban tambien: eran obispos, filósofos y hombres políticos al mismo tiempo, consagrados á la meditacion y á la accion, á convencer y á gobernar. Por eso sus escritos se resienten algunas veces de precipitacion, compuestos como son por las circunstancias, y para resolver cuestiones apenas nacidas; pero estas cuestiones se hallan ventiladas con la libertad de que absolutamente carece la literatura pagana, porque apenas se suscitaba una duda sobre un punto, aun no bien esclarecido, era discutido donde quiera hasta que la decision se pronuncia, y queda reducido á dogma.

De la simple esposicion de los hechos resulta, pues, que el cristianismo restauró la literatura, y los sacerdotes la elevaron á una dignidad admirable; y como el objeto á que la consagraron era un objeto grande, sublime, heroico, se prestaba á recibir todos los adornos, y la imaginacion tenia muy mucho en que ejercitarse si habia de buscar flores adecuadas á su grandeza; así, pues, se espaciaba en todas direcciones y nada encontraba suficiente á sus deseos. Yo quisiera en este momento que los acusadores del clero me dijeran si la literatura habia perdido bajo el influjo sacerdotal, y si la musa cristiana tiene inspiraciones menos graciosas, menos delicadas, menos enérgicas que la gentil; si la voz que tronaba en el capitolio ó en el Areópago es menos digna y noble en el Vaticano y en los concilios; yo quisiera que me dijeran si los melodiosos acentos que adormecian bajo la influencia de Apolo, ó embriagaban de amor y de placer, ó llenaban el alma de heroismo y valor bajo la inspiracion de Talía, Erato, de Terpsícore, ó de cualquiera de las nueve doncellas del Parnaso, son menos seductores, menos halagüeños, menos dulces bajo la inspiracion de María, y menos fuertes, nobles y enérgicos, bajo la del Dios del Calvario: pero ya veo que las almas corrompidas gozarán en aquellas, mas las almas puras, de corazon sencillo, hallarán en éstos su placer y su entretenimiento, su esperanza y su



consuelo: ya oigo que los críticos mordaces y empíricos elegirán lo primero, pero veo en la parte contraria las personas morigeradas, de creencias sólidas y sanos principios, y esto me consuela aun cuando haya de sufrir por ello la nota de fanático y de poco ilustrado, porque al fin llegará un día en que, mal que á todos nos pese, hemos de confesar que no hay ciencia sin el temor de Dios, y ese día es el del triunfo del clero, el de su victoria; victoria eterna que llenará de confusion á sus enemigos, y de ignominia á sus detractores, porque es el día en que hemos de ver la verdad sin celajes, y ha de aparecer el sacerdote lo que es en sí, lo que fué siempre, lo que será, como el mejor amigo del hombre, como el mas celoso campeón de sus derechos, como el único protector de la civilizacion.

No habremos de concluir este capítulo sin decir algo acerca de la debatida cuestion sobre la lectura de los clásicos, afirmando desde luego que tienen grandes bellezas que deben conocerse, meditarse y aprenderse: no desconocemos tambien lo peligroso que son en manos de la juventud, pues desde luego se acostumbran á una lectura libre, nada religiosa, sembrada de errores y de precipicios que es necesario evitar, y así, para no privar á la juventud de sus bellezas y evitarla sus precipicios, creemos lo mas seguro, que se deben comentar con notas que aclaren su sentido é im-

pugnen sus errores, y darles, aun así, lo menos posible á leer, y siempre en aquellos puntos que ofrezcan menos peligro, y cuidando al mismo tiempo que no por leerlos se olviden de las lecturas de las obras de Paulino, Prudencio, Próspero, Sedulio, Ambrosio y tantos otros ilustres poetas del cristianismo, á fin de recomendar sus escritos, ya que no sustituyan enteramente los de los paganos con frecuencia inmorales y siempre frívolos, á lo menos que no se descuiden los cánticos piadosos y las exhortaciones de la fé, de la esperanza y de la resignacion, y que no les sea mas conocido el nombre del impúdico Ovidio, que el del piadoso y dulce Paulino, ó del armonioso y elevado Prudencio.

la conducen á su perfeccion, y no podemos menos de consagrar el presente capítulo á poner de manifiesto los trabajos con que el clero, aquí como en las demas materias que hemos tratado, procuró ser útil á sus hermanos, y adelantar los progresos de la humanidad.

En la época que vamos narrando, el mundo, agitado por la discordia, habia descuidado las ciencias, la guerra era la única necesidad y los hombres abandonaban la pluma por la lanza: por otra parte, siempre las ciencias huyeron de la corrupcion, y el vicio jamas fué su compañero; y como la corrupcion y el vicio dominaban hacia mucho tiempo en el imperio, y como dejamos espuesto, la virtud parecia haber abandonado la tierra, de aquí resultó que nadie queria dedicarse al trabajo, porque todos encontraban mejor recompensa en la adulacion y bajeza, que en la laboriosidad y el mérito; así es, que la sociedad estaba minada, y el imperio que fundaron las virtudes republicanas y la austeridad de sus hijos, socavado por la disolucion, se asimilaba á un hermoso palacio que ostenta todas las bellezas del arte, pero que oculta, bajo tantos y tan variados primores que atraen las miradas de los curiosos, la debilidad de sus cimientos que el tiempo ha destruido, las lluvias minado, los huracanes desnivelado, y cuya magnificencia está pendiente del mas leve sacudimiento, porque no tiene ya consistencia para resistir.

#### CAPITULO IV.

##### INFLUENCIA DEL CLERO EN LAS CIENCIAS, BELLAS ARTES Y COSTUMBRES.

Nadie ignora que tambien las ciencias, las artes y las costumbres influyen poderosísimamente en la civilizacion de las naciones, y es demasiado conocido aquel célebre dicho de un antiguo escritor, que en el dia ha pasado á ser un axioma social: "que los pueblos se civilizan mas con la aguja que con la pluma." El orden de las materias nos pide hoy que tratemos de estos poderosos agentes de la ilustracion, que tanto impulso han dado al movimiento civilizador, y que han sido y son como los motores, el eje sobre que gira la máquina hermosa del mundo social, los guías que

El manto imperial bordado con el tributo del mundo, que había ceñido la reina del capitolio, no podía cubrir con su hermosura y riqueza la cara surcada, la debilitada naturaleza de la afeminada prostituta del Tiber: Roma había perdido con sus virtudes su valor, con su dignidad su ciencia, con su afeminación su nombre; aquel pueblo tan temido era el ludibrio de los bárbaros, y la que había crecido con la usurpación, por la usurpación moría; la ciudad invasora sufría las consecuencias de la invasión, y la que acostumbraba á oír las proposiciones de los pueblos por boca de sus reyes, arrodillados á los piés de sus cónsules y orgulloso senado, tenía suplicante que acudir á solicitar de las tribus salvajes del Norte, una tregua vergonzosa comprada con tratados humillantes unas veces, otras con cesiones ignominiosas, y todas con oro tan vil como las manos, que inertes para la espada, compraban con él la libertad que no sabían conservar, la dignidad que habían olvidado, la grandeza que habían prostituido, y la gloria que los legaron aquellos hombres ilustres que dejaban el arado para dictar la ley á los mas poderosos reyes, y que en los grandes peligros de la patria sabían acudir al primer llamamiento de ella y responder á los opresores: "La libertad no se compra con plata, sino con sangre y con el acero;" y quitando del peso la espada se la daban al general enemigo con aquellas heroicas cuan-

to breves palabras: "Disponéos para el combate <sup>1</sup>."

Pero aquellos hombres no existían; de sus hechos solo quedaba el recuerdo histórico, de sus virtudes la memoria, y de Roma el nombre; sus hijos degenerados todo lo habían perdido, de su gloria quedaba una sombra; y aquellos oradores, aquellos filósofos, aquellos poetas, aquellos políticos, habían sido sustituidos por aduladores; las ciencias, como los demas focos de ilustración, yacían amortiguadas, y las tinieblas de la ignorancia con su maléfico influjo, todo lo dominaban, todo lo confundían. Para demostrar su estado, y cuanto hizo el clero en su obsequio, habremos de reseñarle, aunque ligeramente, y así aparecerá mejor cuanto en las ciencias como en los demas ramos, hizo el sacerdocio cristiano por elevarlas á su dignidad y sacarlas de su abatimiento; de la comparación sale la verdad, y de los concursos la razón y la justicia; pongamos, pues, en evidencia el decaimiento de las ciencias y los trabajos científicos del clero, y entonces á su vista juzgaremos con presencia de causa, y yo espero que en habiendo imparcialidad y rectitud, el triunfo será de los sacerdotes y así cesará el apóstrofe con que se les insulta llamándolos enemigos de la ilustración, y en esto, como en todo, la falsedad y la calumnia se convertirá en honor y apología.

1 Palabras del gran Camilo á Breno, general de los galos.

Empezaremos nuestra obra. ¿Cuál fué el estado de las ciencias despues de la muerte de Juliano? El de decadencia. ¿Cómo quedaron á la irrupcion de los bárbaros? Reducidas á la nulidad. ¿Quién era el que podia elevarlas? El único que las cultivaba que era el clero, porque era el único que conservaba apego al trabajo, que tenia necesidad de saber, puesto que vivia en una lucha continua con los pocos gentiles que quedaban y con los herejes que por todas partes pululaban. El siglo era de combates, los de las armas se dirimian por los guerreros, los de la discusion por los sacerdotes.

Alterada como estaba la filosofia neoplatónica por la mezcla de las ciencias cabalísticas y de la teurgía, esperó llegar á su apogeo, merced á la proteccion de Juliano; mas con la vida de éste se desvanecieron sus esperanzas. Continuaba existiendo la escuela en Atenas, academia de lujo, en medio de las que tenian un objeto de utilidad, y quedaba como una antigua ruina entre instituciones mas recientes, desde que las musas se habian despedido de la patria de Sófoles. La tradicion, manantial de los conocimientos de los cabalistas, habia sido adoptada por los neoplatónicos, quienes imaginaban una cadena de maestros que se habian transmitido de mano en mano las doctrinas secretas de los sabios primitivos. Interrumpida por Constantino, como contraria al cristianismo,

fué anudada por un tal Plutarco, sobrenombrado el Grande, á causa de su habilidad en reproducir las enseñanzas de Plotino, de Porfiro y de Jámblico.

Este inició á su hijo Hiero, á Arquíades su yerno, y sobre todos á su hija Ardepigena, que fué la depositaria de su secreto teúrgico; de ésta lo supo Proclo, discípulo de Siriano de Atenas, y de Olimpíodoro de Alejandría, que fué el que elevó á su perfeccion el neoplatonismo, y á quien su discípulo y panegirista Marino atribuye milagros y comercio con los demonios, y la sublimidad en la justicia, fortaleza, prudencia y templanza, que son las virtudes que constituyen la sabiduría. Proclo esplicó los misterios á Egies en tan mala hora, que no hizo caso de la enseñanza, fué infiel á la ciencia, y el neoplatonismo necesitó para no perderse de la viva fé de Isidoro de Gaza, que lo comunicó á Zenodoto y á Damascio, que con su buen juicio y erudicion lo preservó de su ruina, en ocasion que Justiniano, creyendo aquella enseñanza hostil al cristianismo y peligrosa á la sociedad, la proscribió y mandó cerrar la escuela. ®

Tal era la filosofia que á la sazón ocupaba las aulas, estraviaba la razon, y fatigaba los talentos, causando en la sociedad un cúmulo de males gravísimos, á cuyo remedio ocurrió el cristianismo: los sacerdotes, los obispos de Cristo, ansiosos de establecer el imperio de la buena filosofia basada

en la razon y el discurso, resucitaron unos la doctrina filosófica de Platon, y otros la de Aristóteles, infinitamente mas racionalistas que el impuro neoplatonismo, y merced á esta lucha empeñada, á esta pugna, entraron en la senda de la discusion, y pusieron á la filosofia en el camino de ser lo que es hoy y será mañana; pues si abrieron á la ciencia un progreso civilizador, al par que verdaderamente ilustrador, y por consiguiente la hicieron despertar del marasmo que la aproximaba á la tumba, y cuyo estado tan bien espresa S. Gerónimo con estas palabras: "¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos hay ahora que conozcan los escritos y el nombre de Platon? Apenas se encontrarán algunos ancianos ociosos que se entretengan en un rincon con su lectura, á la par que nuestros apóstoles, hombres toscos, nuestros pescadores de hombres, son conocidos y citados en todo el universo. "Estos hombres toscos, los herederos de estos sencillos pescadores son los que prestan un servicio inmenso á la filosofia, encarnando en los escritos de Platon y Aristóteles la doctrina del Evangelio, y hermanando la ciencia con la religion, para que auxiliándose mutuamente triunfasen de la ignorancia que sostenia el vicio, y de la iniquidad que protegía el embrutecimiento y la barbarie. Ya tendremos ocasion de contemplar cuánto ha contribuido el clero á elevar la filosofia, y cómo esta nave combatida por las olas

de la estupidez, en el mar de la ignorancia, solo pudo encontrar en la Iglesia su único puesto y en el clero sus mejores y mas ilustrados salvadores.

Sin embargo, no podemos menos de advertir que en aquellos solemnes momentos en que luchan dos civilizaciones, cuando la pugna balancea y las fuerzas se neutralizan, cuando amigos y enemigos acuden á sus respectivas banderas, y empuñan las armas para defender sus principios, es poco menos que imposible encontrar la verdad, porque todos los escritos están recalcados é impregnados del espíritu que anima su autor, del fin que le conduce, y en una palabra, hay todo en ellos menos sinceridad, y abundan mas en pasiones que en virtud. A medida que un escritor es idólatra, ó cristiano, juzga á los demas con arreglo á su punto de vista, y ensalza hasta las nubes ó rebaja hasta el lodo los individuos, segun el bien ó el mal que hicieron á su partido. ¿Cómo, pues, á vista de esto narrar con orden y verdad los sucesos? ¿Cómo fijar una mirada firme y escudriñadora en medio de tantos desastres, entre aquella molicie de inteligencias, entre aquel abatimiento y desorden de espíritus? ¿Qué confianza se puede tener mañana, viendo desmoronarse la sociedad, sin tener un barómetro que indique quién se levantará sobre sus ruinas? Los bárbaros en sus agrestes invasiones no dejaban entre-

ver mas que la agitacion del caos, ó el impulso de un azar ciego é inexorable. Maldecirlos era peligroso; celebrar sus triunfos cobardía; el único medio, pues, que habia, era enmudecer y cerrar los ojos.

Así es que todas las historias de aquel tiempo nos ofrecen aridez, nos revelan miedo y nos pintan el triste estado de un pueblo que de señor se habia convertido en esclavo, cambiando la púrpura por las cadenas, por la dignidad la bajeza, por el valor la cobardía, y aquel orgullo con que aherrerojaba los pueblos y esclavizaba los reyes por una adulacion miserable y una estremada molicie; así, pues, los historiadores solo nos ofrecen cuadros lánguidos hasta que los sacerdotes toman sobre sí este trabajo, y hacen brillar la verdad conservándonos la historia. Víctor nos pinta con la aridez del disgusto, los sucesos ocurridos en las Galias desde Augusto á Juliano, nos dá las vidas de los romanos ilustres, y estractando á Flacco, Verino, Pietos, Maces, Varron, César, Tuberon y los anales de los pontífices, confeccionó su *Origen de la nacion romana*, que sin mérito le valió honores, dignidades, y hasta una estatua. Más afortunado que él, Eutropio, con un estilo fácil, sencillo y castizo, y con bastante fondo de verdad, escribió su *Breviario de la historia romana* en diez libros. Rufo escribe de orden de Valentiniano, un cuadro de las victorias y provincias del pueblo

romano, terminado por un opúsculo en que describe los monumentos y edificios de Roma. Proxágoras prodigó elogios á Constantino, y Eunapio fué su detractor; en sus respectivas historias Olimpiodoro continuó la de éste á contar desde 405 á 415. Prisco escribió las guerras de Attila y la historia omnímoda desde Jesucristo, dedicada por Flavio Dextro á S. Gerónimo, que le correspondió con su catálogo de los escritores eclesiásticos. De Eunapio nos quedan las vidas de los filósofos y sofistas, y de Heriquio el cuadro histórico de los sabios ilustres.

Al leer estas historias no puede menos el hombre pensador de reconocer la falta de vida que se nota en cuanto emprendian los paganos; ellas carecen de criterio, de filosofia, y solo abundan en hechos insustanciales, en vulgaridades, en preocupaciones, y las mas veces en invectivas contra el cristianismo á quien culpaban de la ruina del imperio: hombres materiales, sin ningun fin en sus obras, sin plan ni método alguno; si narran hechos los adulteran casi siempre, y si los cuentan tal cual sucedieron, no saben deducir de ellos consecuencias para el porvenir, ni los analizan de modo que llegando á depurarlos pongan de manifiesto las causas que los produjeron; semejantes al médico que no conociendo las causas que debilitan la salud del enfermo, pasan á su vista desapercibidos los fenómenos y los síntomas de la

enfermedad, y le apura y fatiga no sirviendo sus cuidados de otra cosa que de prolongar mas la agonía del paciente, sin haber sacado ninguna luz, ningun conocimiento de aquel suceso en favor de la humanidad, que puede preservar al hombre, ni contribuir á arrebatár víctimas al sepulcro; así los hechos que narran los escritores, como ni han profundizado, ni conocido las causas que los producen, carecen de utilidad para el porvenir. Sin embargo, en medio de esta general decadencia aun vemos á Polibio narrar los acontecimientos que produjeron la grandeza de Roma, y á Zozimo, los que motivaron su ruina; dos lumbreras son estas en medio del caos general, que dan algun brillo á aquel siglo de ignorancia en esta materia. En sus obras, si bien falta cronología tan útil á esta ciencia, se nota que escogen juiciosamente y coordinan los sucesos, que se remontan á las causas y señalan sus consecuencias, y se ve que poseen el conocimiento de los hombres, y el de los resortes que los ponen en movimiento, y dan energía á los gobiernos, siendo de lastimar que su odio al cristianismo los haga injustos y faltos de imparcialidad. Tambien Amiano Marcelino continuó á Tácito, y aunque inferior á los anteriores, y dejándose arrebatár por digresiones fútiles, se olvida de circunstancias graves, y aunque aficionado á la idolatría tiene bastante rectitud para no declararse hostil al cristianismo, y así es que des-

aprueba igualmente las locuras de Juliano como la intolerancia de Constancio.

A los historiadores cristianos tocaba en esto, como en todo, regenerar el mundo, y el clero tomó á su cargo dar impulso á esta ciencia tan útil en todos conceptos al hombre, introducir en ella la filosofía y sujetarla á reglas que la hicieran mirar como término un objeto humanitario y civilizador. S. Gerónimo nos escribe sus anales, y en la historia aparece ya un lugar destinado á los sabios; su escrito está lleno de filosofía, hay animación en las descripciones, y un fin moral en la deducción de los hechos. Idacio, obispo de Galicia, se propone continuar á S. Gerónimo, compila los escritores hasta Valentiniano, y despues como testigo ocular los hechos, y con tal verdad, con tal exactitud, que su relato es el de un político que habiendo intervenido en los negocios mas delicados, los manifiesta con todas las circunstancias que pueden esclarecerlos, de tal modo que sin él la historia de los godos, la de los suevos, y la de toda España yaceria envuelta en los misteriosos celajes del tiempo: hay mas; es el primero que observa cronología, disponiendo las fiestas por olimpiadas segun los años de cada reinado. Tambien escribió una crónica y trazó los fastos consulares hasta el año 468 de Jesucristo. Estas obras son ya las de un filósofo que analiza, las de un político que discurre, las del hombre, en fin, que no

se propone adular, ni corromper, sino ser útil á sus semejantes y al mundo con su trabajo.

Al lado de éste aparece el autor de la obra *Noticia de las dignidades civiles y militares del Oriente y del Occidente*: tambien eclesiástico como el anterior, filósofo y político como él, tambien como él contribuyó al encumbramiento de la ciencia, y en su obra da á conocer la condicion civil y política del imperio despues de Constantino, al par que nos abre paso para el estudio del derecho. De este modo, de uno en otro se aumenta la importancia de los historiadores eclesiásticos, y la historia sale de su insignificancia, y cada vez adquiere mas interes y hace mas progresos en sus adelantos sociales, refluendo en favor de la humanidad, cuyo remedio jamas antes habia procurado, y cuyos derechos hoy se proponia consignar.

Ya hemos hablado de Eusebio de Cesarea, y hemos anotado que fué el primero que separó la historia de la rutinaria direccion que le dieran los aduladores que la prostituyeron: Rufino, sacerdote de Aquilea, la tradujo al latin y la continuó hasta Gregorio el Grande. Filostozgo de Capadocia, filósofo y astrónomo, escribió una historia eclesiástica desde el nacimiento del arrianismo; es útil por mas que su estilo sea ampuloso. Las de Felipe de Sida y Heriquio de Jerusalem se han perdido, pero queda la de Gelasio el jóven que bosquejó las vicisitudes de la Iglesia desde el con-

cilio de Nicea hasta la muerte de Constantino. Siguióse Sócrates, imitador primero de Rufino, de quien se separó para dejarnos una historia, si bien poco teológica, escrita con mucho juicio y en un estilo sencillo. Hermias Sozomenes con menos rectitud y mas elegancia, la refundió, y es uno de los admiradores de la vida de los anacoretas; esta obra fué continuada por Evagrio de Epifania; siguieron Juan de Egea, el retórico Zacarías, el anagnosta Teodoro, Leoncio de Bizancio, inferiores á los precedentes, pero que no carecen de intereses.

Llegamos á Teodoreto, obispo de Ciro, el historiador de su siglo; escribió la historia eclesiástica, que comprende desde el año 325 al 429, espuso todas las herejías en cinco libros, con un método y orden admirable; orador instruido, escritor erudito, pinta con escrupulosidad los sucesos, dá mas ensanche á sus miras y evita los errores en que los otros incurrieron. Tambien escribió la vida de treinta ermitaños, en lo que le imitó Paladio; sus trabajos son filosóficos, y revelan la sociedad y el carácter de los hombres que describe; despues Sulpicio Severo de Aquitania, discípulo de S. Martin, escribió la vida de éste con tal prueba de diction y elegancia, que le ha valido el renombre del Salustio cristiano. Así como por el relato de las obras de los paganos conocemos la decadencia de la historia, del mismo modo por la lec-



tura de las de los sacerdotes venimos á comprender sus progresos, y nos admira seguramente el concienzudo trabajo con que la elevaron, y el modo como la van sacando de su anonadamiento para hacerla servir á la posteridad, y presentar como una leccion elocuente los hechos que han trabajado la humanidad para precaver su repetición.

Con la historia de las herejías se enlaza la *Etiqueta medical* de S. Epifanio, obispo de Salamina, obra que él mismo recapituló, y en la que si bien se notan defectos de consideracion, no podemos menos de admirar su parte espositiva y la verdad de sus descripciones, algunas de tal belleza que arrastran la voluntad y nos hacen ver la verdad y la filosofia con que están escritas para el porvenir, de modo que forman un caudal de conocimientos interesantísimos para el estudio de las costumbres de su época, y que pueden dar una idea los siguientes párrafos, en que describe los sentimientos de la Iglesia de su tiempo. "La virginidad, dice, es honrada y guardada por muchos: despues se tiene en estima el celibato, la continencia y la viudez; luego el matrimonio, particularmente en el que se casa una vez sola, aunque no ha estado vedado contraer segundas nupcias. Manantial de todos estos bienes es el del sacerdocio, que se confiere á los célibes, á los viudos ó á los que se abstienen de su esposa. En seguida vie-

nen los lectores escogidos entre los célibes ó los hombres casados; las diaconistas, para servir á las mujeres en las fuentes bautismales ó en otras análogas ocasiones: son vírgenes ó viven en la continencia: en pos se cuentan los exorcistas, los intérpretes, para traducir las lecturas y los sermones de las diferentes lenguas; despues los *copiados* ó enterradores, los porteros y otros criados.

"Celébranse las asambleas ordenadas por los apóstoles el miércoles, el viérnes y el domingo. Donde quiera se ayuna el miércoles y el viérnes hasta la hora de la nona, en reconocimiento de lo que padeciera Cristo por nosotros y en expiacion de nuestros pecados. Solo en los cincuenta dias de pascua está prohibido ayunar y doblar la rodilla, y las asambleas no se celebran á la hora nona, sino por la mañana. Nunca se ayuna por la Epifanía, aun cuando cayera en dia en que estuviera prescrito hacerlo. Los ascéticos ayunan todo el año, esceptuando el tiempo de pascua y los domingos. El domingo es dia de júbilo para toda la Iglesia que se reúne por la mañana. Se pasan en no interrumpido ayuno los cuarenta dias antes de la pascua. En los siete dias que preceden á esta solemnidad no se toma mas que pan, sal y agua por la noche, y hasta algunos se abstienen de todo alimento. Se vela y tienen lugar las asambleas cotidianas: en algunos puntos se ofrece el sacrificio el Juéves Santo; en otras partes solo la noche

del domingo. Con arreglo á la tradicion del Evangelio y de los apóstoles, se celebran el bautismo y los demas misterios secretos.

“Se hace conmemoracion de los muertos designándolos por sus nombres, y se acude en auxilio por medio del sacrificio y de la plegaria. Por la mañana se cantan laudes, y por la noche salmos. Algunos monjes habitan dentro de la ciudad, otros fuera, y practican devociones particulares, como gastar largo el cabello, abstenerse de carne, de huevos y de lactinios, dormir en el suelo, andar con los piés descalzos, vestirse de cilicio, si bien en secreto, porque hace mal el que muestra con ostentacion el tosco vestido y las cadenas. Han inventado medios de evitar la ociosidad y de ganarse el sustento: la mayor parte se ejercitan en la salmodia, en la oracion y en la lectura.

“Tienen gran mérito la hospitalidad, la limosna y las demas buenas obras practicadas con todos los individuos sin distincion ninguna. Deben evitarse el frecuente trato con los herejes, la fornicacion, el adulterio, la idolatría, el homicidio, la magia, el envenenamiento, la astrología, los augurios, los sortilegios. Del mismo modo conviene huir de los teatros, de las carreras de caballos, de las luchas de las fieras, de los espectáculos musicales, de toda maledicencia, de toda disputa, de las injusticias, de la avaricia, de la usura. Son colocados despues de todos los demas, aquellos que

se mezclan en las cosas del mundo, y no se reciben ofrendas sino de aquellos que obran con arreglo á la justicia.”

Este modo sencillo y claro de esponer estas descripciones, nos prueban que son la produccion de un hombre pensador que, al escribir la historia, ha comprendido su fin y su objeto; y separándose del comun sendero de sus coetáneos, crea una ciencia nueva y la hace servir al bien de la humanidad, de la religion y del Estado, que son los objetos que tuvo á la vista siempre el sacerdocio, por cuya felicidad se ha desvelado, y por cuyos progresos no ha perdonado medio ni trabajo alguno, como lo prueba su constancia en cultivar las ciencias, la literatura y todos los ramos del saber que sin él aun no hubieran salido del caos que los envolvía y de las tinieblas que los cercaban á la luz y claridad que hoy los adorna.

Ansioso el clero de adelantar la civilizacion del mundo, no hubo cosa que no emprendió: allí, donde habia salido un abuso que combatir se encontraba; la medicina le debe haber salido de los amuletos y exorcismos á un método racional y práctico; la veterinaria fué objeto de sus desvelos; la economía, la política, todo lo abrazó, hasta la misma guerra. Antes del cristianismo no era un arte, ni el gran Alejandro, ni el astuto Anníbal, ni el prudente Escipion, ni el entendido César habian dictado preceptos al arte militar, hasta que

Vegecio se los marcó, y no solo esto, sino que regularizó el servicio, y dió disposiciones á fin de preservar la vida del hombre, ofreciendo así sus talentos y haciéndolos servir no solo á la civilizacion, sino tambien á la causa de la humanidad. En tanto, ¿qué hacian los acusadores del clero? ¿Qué hacian los ponderados filósofos?... Vivir entre el lujo, castigar esclavos, ponderar el valor de los grandes capitanes, estimularlos para el combate, ensalzar sus escesos aun los mas punibles, y haciéndolos creer que el vencido habia sido destinado por el Sér supremo un objeto de maldicion á las cadenas, á la opresion y á la muerte.

Comparemos la conducta del sacerdocio y sus desvelos por asegurar los derechos de la humanidad y el bienestar del hombre con el refinado egoismo de los filósofos por acumular riquezas y disfrutar comodidades, y creo que no se podrá menos de convenir, que la civilizacion todo lo debe al sacerdote: veamos las leyes, y en las anteriores á Jesucristo comprenderemos dominante el espíritu de exclusivismo que era el distintivo de la idolatría, al par que en las posteriores, y en particular en las que intervino el clero, vemos respirar la caridad evangélica, que es el lema de la religion de la cruz; y desde que en los códigos brilla esta luz, la humanidad está segura y garantizada; así fué como inspirados por el deseo de ser útiles á sus hermanos emprendieron los sacerdo-

tes el trabajo de regenerar la sociedad, para lo cual conocieron debian empezar por adelantar las ciencias y sacarlas de su inercia, y por esto se dedicaron á cultivarlas, y así fué que abrazaron todos los ramos del saber. De lo dicho aparece que al clero debemos los progresos de la historia, y si esta ciencia tiene algo útil al hombre, si puede contribuir en algo al bien de la sociedad y á los progresos de la civilizacion, necesariamente habremos de convenir, que dedicándose á ella el sacerdocio prestó un servicio interesante á la humanidad; y protegiendo mejor su movimiento, impulsando su desarrollo, desmintió la grosera calumnia de incultura y holgazanería que se le imputa, y la nota de egoista y bárbaro que se le impone.

Al lado de la historia y como en su auxilio, viene su inseparable compañera, la geografia, y tambien debe la sociedad los progresos de esta ciencia al ignorante clero. Tambien yacia en el olvido, y en la ruina del imperio sepultaron los bárbaros los trabajos geográficos del tiempo de Ticio, Vegecio y otros, hasta que Etico Ister redactó el Itinerario de Antonino, y compuso una cosmografía de escasos datos geográficos; pero un burdelés nos da al mismo tiempo un itinerario desde su patria á Jerusalem, desde Heraclea á Roma y Milan, que unido á la descripción del mundo, publicada por Godofredo, á la *nomenclatura de los rios, arroyos, lagos, pantanos, bosques, montañas, pue-*

*blos mencionados por los poetas*, de Vibio Sequester que sirvió de base á Bocacio, son los primeros monumentos de geografía sobre que esta ciencia volvió á girar y cimentó su grandeza. Es cierto que son trabajos incompletos; pero no lo es menos que son los primeros y debidos al clero que tuvo que consagrarse á su prosperidad, y que bajo su influencia volvió á reaparecer para ilustrar el mundo.

Si de aquí pasamos á investigar los filólogos y compiladores, veremos el *Satiricon* de Marciano Félix Capella, especie de enciclopedia que sirvió de texto para las escuelas; síguese el *liber memorialis* de Ampelio, que también pertenece al género de colecciones por extractos de menos utilidad, seguramente que el tratado sobre las diferentes medidas de Flavio Mallon Teodoro; la *indigitanventa* y el *die natali* de Censorino, son una mina fecunda de conocimientos exactos. En agricultura tenemos las obras de Vindacio Anatolino y el arte de medir las tierras de Tauro Emiliano. Diofanto de Alejandría escribió una aritmética, emplea un método claro en la solución de los problemas analíticos ingeniosamente planteados; en esta obra se encuentran los primeros elementos de álgebra. Firmico Materno escribió diez y ocho libros de matemáticas, que acreditan que su autor poseía muchos conocimientos; Theon comentó á Euclides y Tolomeo con el mayor acierto. El ar-

te de la guerra también pasó á ser de la jurisdicción del talento y recibió preceptos de Higino Julio Africano, y sobre todos, de Vegecio, que le elevó á una altura considerable: en medicina escriben Marcelo de Sidia, Vindiciano, Oribasio; tenemos una introducción á la anatomía, y el obispo de Emeso Nemesio vislumbra ya la circulación de la sangre, y trata estensamente y con solidez del vínculo que existe entre las arterias, las venas y los nervios: Celio Aureliano nos da á conocer las enfermedades metódicas en sus tratados de las enfermedades crónicas y de las afecciones agudas, siendo de notarse el esmero con que está tratada en ellas la parte diagnóstica. Teodoro Prisciano nos dejó su *Emporiston* de los remedios fáciles de proporcionarse; el *Lógico*, síntomas de las enfermedades crónicas y agudas; el *Eynecion*, sobre las enfermedades de las mujeres; el *Phisicorum liber* sobre los experimentos de física. Un tal Vegecio trató de veterinaria; Marcial, de las enfermedades de los bueyes, estendiéndose sobre economía rústica, y un anónimo nos deja su *Medicina pliniana*.

En medio de la general desolación, cuando la guerra todo lo absorbía y la civilización no menos que el imperio sucumbían ante el movimiento general de invasión; cuando el hacha que minaba el capitolio y destruía el poder de un pueblo que con las invasiones había logrado adquirir el nombre

de *pueblo-rey*, en el instante mismo en que su poder, su gloria literaria y su prestigio se hundían en la nada, las ciencias y las artes que con su grandeza habían florecido, con su ruina decaían y á pasos agigantados se aproximaban á su total destrucción, á su muerte: los vicios que habían enervado los cuerpos y corrompido las costumbres embotaron los entendimientos, y aquellas creaciones del arte y del genio iban á desaparecer ante un pueblo que no conocía mas gloria, mas blasones, mas grandezas que la guerra, la desolación y la muerte. Las ciencias llegaron á su fin, y muerta la sociedad que ellas vivificaban, nada quedaba de su esplendor mas que el nombre: empleados en las armas, fascinados por la preocupación y conducidos por la lisonja los hombres, todo había sido degenerado, corrompido por el ambiente emponzoñado de la adulación, de la apatía, de la pereza y de la bajeza: sin energía ni virtudes, el pueblo otro tiempo tan constante, sufrido y virtuoso, solo pensaba en los inmundos placeres del circo y del anfiteatro, en cantar, no las virtudes, sino los vicios de hombres miserables que su bajeza divinizaba; no se ocupó ya de otra cosa que de lo que le envilecía. En tanto el porvenir estaba ya en manos de otra sociedad; el cristianismo con su vida austera, sus virtudes, su fé, su caridad, era el dueño del campo que había de producir su grandeza, y le explotaba en todos los ter-

renos; sus hijos se dedicaron á todo, armas, ciencias, literatura, artes, costumbres, todo lo dominaban, á todo se dedicaban, todo lo enaltecieron, eran, en una palabra, el alma del inmenso cadáver que un día vivificaron los hechos de los Camilos, las oraciones de Ciceron y la pluma de Virgilio, y que reanimaron los Teodosios, enaltecieron los Crisóstomos y Agustinos, y cantaron los Paulinos y Prudencios.

Todas las ciencias fueron cultivadas por el clero que las sacó de su abatimiento, y él fué la savia que hizo reverdecer el tronco social que aridieron los vicios de una generación inepta y corrompida. Y en tanto, ¿qué hacían los filósofos? Pervertir el entendimiento y estraviar la razón, para que adormecido el pueblo, no viera al abismo á que le conducían: de esto aparece otra verdad, y es, que el clero fué entonces, como es ahora y será siempre, el depositario de la ciencia verdadera, el único que trabaja por la humanidad, el que salvó la ilustración é hizo renacer las ciencias, las artes, la literatura: también hoy los filósofos, adulando al pueblo, le han esclavizado; también bajo el nombre de ilustración han corrompido las ciencias y envilecido la literatura; también la han hecho descender de su solio, de su dignidad, de su misión, para prostituirla ante el dinero, hacerla entonar canciones degradantes y precipitarla en el abismo de la adulación, quitándola

su objeto social, religioso, su interés humanitario, para halagar pasiones mezquinas, vicios torpes y hombres degradados; también hoy debe el mundo recibir del clero su regeneración, porque solo él ha sabido, entre los vaivenes que combaten el mundo, entre las olas y huracanes revolucionarios que agitan la nave del Estado, conservar puro el depósito de su fé y la práctica de su caridad, con la perspectiva de su esperanza, y fortalecido con estas virtudes, sobrepuesto á las egoístas innovaciones de la época, sabrá dar al progreso su pendiente, contener sus inundaciones, y sin oponer mas diques que el Evangelio y la ley de Jesucristo, consagrándose al trabajo y á ser todo para todos, ayudará la humanidad en su marcha civilizadora, á pesar de las acusaciones de sus detractores.

Mas volvamos á nuestro relato: hemos manifestado que como se refugió en el templo la literatura, también el templo dió asilo á las ciencias, y vamos á demostrar que al pié de la cruz se salvaron las artes. No entraré á detallar el miserable estado á que las tenían reducidas los corrompidos magnates y bajos panegiristas que los adulaban; tampoco entraré en pormenores sobre las ruinas que por todas partes dejaron impresa una huella sangrienta del triunfo de los bárbaros; ni menos reseñaré los degradantes sucesos que nos presenta el triste panorama de aquella invasión,

y sería mucha pesadez entretenerme en hacer presente los trabajos con que el clero se dedicó en medio de tantos disturbios á conservar y hacer florecer las artes como habia conservado y hecho florecer la literatura y las ciencias. Tenemos en nuestra obra ya capítulos dedicados á hacer ver el amor del cristianismo á las artes y á desmentir la calumnia que contra él se fulmina de haber paralizado su progreso; calumnia que no tiene nada de nuevo, porque ya Simmaco, Libanio y otros gentiles, acusaron de poco ilustrados, de malvados, de ignorantes y estacionarios á los cristianos, al frente de cuya sociedad se hallaban los Tertulianos, Crisóstomos, Ambrosios y otros campeones ilustres de la fé, que con sus plumas rebatieron primorosamente la acusación, como nosotros hoy presentando los hechos pensamos hacer enmudecer los detractores.

El espíritu de los bárbaros era destructor, porque su furia no conocía otros límites que la fuerza, y este espíritu destructor se propagó entre el pueblo, las artes tocaron á su fin, porque no habia genio creador y se destruía un monumento, milagro del arte para edificar aún las cosas mas insignificantes<sup>1</sup>, y hubo necesidad de crear un magistrado que defendiese los edificios públicos,

1 Cod. Just. XIII y siguientes. Cod. Teod. IX. 17. XVI. 49. XV.

que habian respetado los siglos, de las agresiones de la barbarie, valiéndose aun para ellos de la fuerza <sup>1</sup> por mas que una ley eximiese á los pintores, escultores, &c., de alojamientos y otras cargas <sup>2</sup>. Todas estas medidas fueron inspiradas por el clero, y desde el momento que tuvo ascendiente con los legisladores, las leyes respiran humanidad y civilizacion como dejamos manifestado; pero no era suficiente al sacerdote impedir el mal, era necesario obrar el bien, y así no contento con impedir ó poner dique á la devastacion con decretos, se dedicaron á cultivar las artes. Todo debia ser nuevo en el cristianismo, porque todo lo debia él regenerar, y si la devastacion de los bárbaros nos privó de monumentos preciosos, habiéndolo arruinado todo fué útil en el sentido de que todo tuvo que inventarse: dedicado á las armas el mundo, solo podian dedicarse á las ciencias y á las artes los que vivian retirados de él, y se dedicaron efectivamente, y ellos fueron los que las regeneraron como vamos á demostrar.

Salido el arte cristiano de las catacumbas, donde habia hecho sus primeros ensayos, pudo erigir templos y hermosearlos con ornamentos y figuras. El papa Silvestre recibió de Constantino en donacion perpetua, el palacio de Letran, para su mo-

1 Ammiano Marcelino XVI. 6. Centurio nitemtium rerum.

2 De excusatione artificum.

rada y para el uso del culto. Este pontífice mandó edificar detrás del palacio un bautisterio octógono consagrado á S. Juan Bautista. Ha sido posteriormente cambiada de una manera considerable la vecina iglesia, dedicada bajo el mismo nombre, si bien todavía el papa toma allí posesion de la ciudad y del mundo [*urbis et orbis princeps*]. Constantino mandó erigir en el espacio que ocupa el circo de Neron un templo al príncipe de los apóstoles; tambien mandó construir el de S. Pablo estramuros, el de S. Lorenzo y el de santa Inés en un valle sembrado de catacumbas, entre las vías Salaria y Nomontana. Convirtiósese el último en capilla funeraria, cuando se depositaron allí las cenizas de Constancia, hija del emperador en un admirable sarcófago de pórfido, adornado de alegorías báquicas. Véanse símbolos de la misma clase en el mosaico del bautisterio redondo que se halla cerca de esta iglesia; no porque anteriormente hubiera sido consagrado á Baco, sino porque los pámpanos y la vendimia eran símbolos cristianos.

Tres iglesias fueron edificadas por órden del mismo emperador ó de su madre en el monte Olivete, en Belem y en el Santo Sepulcro, por arquitectos que problemente habian visto la Iglesia de S. Pablo de Roma, lo cual estorbó á su imaginacion dejarse ir en pos del delirio oriental. Constantino levantó otros templos en la nueva capital

de su imperio, como santa Sofía, los santos Apóstoles, santa Dinamia, santa Irene, y si hemos de dar crédito á Gregorio de Tours, uno magnífico en la Auvernia. La rapidez con que queria ver terminadas las construcciones, hizo que ninguna de ellas tardara en desmoronarse, á escepcion de las iglesias de S. Juan y de santa Constancia.

Este emperador, y sus primeros sucesores, no echaron á tierra los templos de los paganos, ni aun los cambiaron de destino. Cuando Teodosio hubo asegurado el triunfo del cristianismo, fué necesario levantar templos en todas partes, atendido que casi habia tantos fieles como ciudadanos. Como ya hemos dicho, eran pequeños los templos de los dioses, por hallarse destinados no para recibir en su seno la muchedumbre, sino al cumplimiento de los ritos; su número se habia aumentado en Roma por la afluencia de adoradores de una multitud de divinidades diferentes, si bien no por esto habian llegado á ser mas espaciosos. En su consecuencia, difícilmente podian dar cabida suficiente para que, convertidos en las iglesias cristianas, se reuniese el pueblo entero, á fin de tomar parte en la oracion y el sacrificio de oír las verdades de la fé y los preceptos de la moral. Ya se necesitaba de mas anchas naves, y se juzgó mas conveniente apropiarse las basílicas al nuevo culto.

Sin duda no se ha olvidado que eran recintos cubiertos, donde se reunian los mercaderes para tratar sus negocios, y donde iban á abogar los oradores y á pronunciar sus sentencias los jueces. Plinio contaba hasta diez y ocho dentro de Roma<sup>1</sup>. Hallábanse rodeados exteriormente los templos de numerosas columnas; pero las basílicas no presentaban por fuera mas que paredes desnudas: tenian comunmente la figura de un cuadrilongo, estaban divididas en tres naves por dos hileras de columnas que iban á parar á un semicírculo elevado sobre algunos escalones y cubierto con un hemiciclo en forma de nicho, llamado *absis* en griego, y *tribunal* en latin. Allí tomaba asiento el magistrado rodeado de los jueces, teniendo enfrente de sí á los abogados. En los gabinetes contiguos estaban los escribas ú otros á quienes se sometian las cuestiones de derecho ó las diferencias que se suscitaban entre negociantes para resolverlas ó transigirlas. Algunas de aquellas basílicas tenian balcones ó tribunas para comodidad de los espectadores.

Nada podia convenir mejor á las reuniones de los cristianos, tanto por el espacio como por la distribucion. Colocóse el altar en medio del tribunal, sentóse el obispo en la cátedra del magistrado, en derredor el clero, y el resto del edificio

<sup>1</sup> Hist. nat. VI, 33.



recibió á los fieles: los hombres al mediodía, las mujeres al norte, los catecúmenos en la nave del centro, y ocupaban las tribunas las viudas y las vírgenes piadosas.

Luego que el cristianismo tomó vuelo, fundó sus iglesias propias. En el momento en que el papa Liberio platicaba con un senador de la de santa María la mayor, que se proponía elevar en Roma, cayó nieve á la mitad del Agosto y un ángel trazó el plano de la nueva iglesia. Esta leyenda atestigua que se atribuía á la figura de los templos un origen superior al capricho del artista. Con efecto, todo parece haber sido ritual en las construcciones cristianas, como en el templo hebraico en otro tiempo. Hasta fueron acomodadas las primeras iglesias á imitación suya, puesto que se lee en las constituciones apostólicas, obra del siglo IV, que S. Pedro quiso que las iglesias se asemejaran á un navío con dos pastoforias ó sacristías á las estremidades: en medio se sienta el obispo y los sacerdotes, mientras que están en pié los diáconos y vestidos ligeramente como marinos dispuestos á bogar. Su misión es tener cuidado de que se coloquen en buen orden los legos, y las mujeres separadas de los hombres: que oigan en silencio las lecturas y la esplicacion del obispo, quien representa al piloto. Debe haber portero en el lado por donde entran los hombres, y diaconisas por donde entran las mujeres.

Cuando los cristianos tenían la elección del sitio construían las iglesias sobre una altura doblemente larga que ancha, con la cabecera hácia el lado del Oriente, los piés al Poniente, símbolo del progreso católico que, desde la inmovilidad oriental, se adelantaba con libre vuelo hácia un porvenir lleno de grandeza.

Primeramente se encontraba allí el *atrio*, pórtico de columnas <sup>1</sup> tan ancho como la iglesia, y que cuando las catacumbas fueron abandonadas, vino á ser el lugar del reposo de los muertos, donde aguardaron la resurrección con la cabeza vuelta hácia levante. Podían los ricos obtener sepulturas separadas en el mismo sitio, si bien solo los obispos eran sepultados en las naves. La familia imperial tenía sus bóvedas bajo el umbral sagrado, lo cual hacía decir á S. Juan Crisóstomo, que los reyes se habían transformado en porteros de los pecadores. A veces se extendió el atrio hasta formar un patio cuadrado, como se le ve delante del templo del Sol, en Balbek, en la capilla de Isis, en Pompeya, y en muchas iglesias cristianas <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Todavía se ve en Roma, en S. Lorenzo, en S. Jorge de Velabro, en santa María de Transtiveri, y algo modificado en S. Juan de Letran, santa María la mayor.

<sup>2</sup> Tales como las de S. Clemente, de los cuatro santos Coronados, de S. Lorenzo en Roma, de S. Apolinario y S. Juan de la *Sagra in classi*, en Ravena; de Parenzo en Istria, de S.

A semejanza de las casas, no tenia ventanas el templo pagano; recibia la luz por las puertas ó por una abertura en el techo, ó de las lámparas. El grupo antiguo mas notable fué hallado en un aposento de los baños de Tito, ornado de mármoles preciosos, pero donde no entraba la luz del dia. En los templos cristianos ventanas redondas, ó á plena cimbra, trasmitian una luz templada por vidrios de colores, representando al pueblo los hechos del Antiguo ó del Nuevo Testamento.

Fuera nada de columnas, de molduras, ni de vuelo, salvo el del tejado, sino paredes desnudas, cuya sencillez y arrogancia daban al edificio una perspectiva majestuosa.

Dividíase la iglesia en tres zonas: en la primera [*narthex, ferula, pronaos*], inmediato á la puerta, tomaban puesto los penitentes no excomulgados, y los catecúmenos oían el Evangelio sin poder asistir al sacrificio. La segunda [*navis, nadi*] recibia á los iniciados, estaba separada de la primera por un muro transversal de tres puertas; servia la de la derecha para los hombres, la de la izquierda para las mujeres, la del centro para las procesiones.

En la nave del centro, mas elevada ó mas ba-

Ambrosio en Milan. Esta última, S. Zenon en Verona, y santa María de Torcello, son las iglesias de la Italia superior, que conservan mas analogía con la antigua Basílica.

ja, destinada á las ceremonias, se colocaban los levitas y los tres coros cantantes, destinados uno para la orquesta, otro para la Epístola y otro para el Evangelio, cuya lectura, así como la de las cartas de los obispos era privilegio de los diáconos. Delante de los púlpitos, frecuentemente de piedra, octógonos <sup>1</sup>, con mosaicos y esculturas, se alzaba la columna del cirio Pascual.

La silla del obispo detras del altar, ocupaba el centro del abside, que se llamaba presbiterio, y cuya bóveda era dorada. Al lado se hallaban los pastóforos. Hallábase esta silla episcopal á tres escalones de altura sobre las sillas de los sacerdotes de mas categoría: así podia recorrer el obispo con la vista por encima del altar á la muchedumbre allí congregada. Al lado se alzaban dos púlpitos, uno para leer las epístolas y otro para los Evangelios; á la estremidad de las dos naves laterales estaban el *senatorium* y el *matroneum* para los senadores y para las matronas.

Era la tercera zona el santuario [*cella, heratior*] separado del resto del templo por un arco de triunfo, subíase allí por tres escalones sobre los cuales caía el velo pintado, y no era dado penetrar en aquel recinto mas que al sacerdote. De-

<sup>1</sup> El de S. Ambrosio en Milan ha sido formado de dos sepulcros sobrepuestos.

bajo estaba la confesion, eripta, donde se hallaban las osamentas de los mártires, sobre lo cual se apoyaba el altar único, consagrado al Dios, tambien único. Encima estaba suspendida la paloma de la Eucaristía, y alrededor se veian lámparas de diferentes figuras, adheridas al pabellon ó triángulo griego, sustentado por cuatro columnas y llamado *ciborium*.

En la forma general se introdujeron muchas variedades de detalle. Nos queda la descripcion de la iglesia de Tiro, derribada como todas las demas en tiempo de Diocleciano, y la cual quisieron reedificar los habitantes de aquella ciudad, despues del reinado de Constantino, en el mismo lugar donde tuvo asiento, aunque mas espaciosa y adornada. Hallábase rodeado el edificio de un recinto murado, donde se penetraba por una galería abierta hácia el Oriente, tan elevada que parecia invitar á los fieles desde lejos. Esta galería daba acceso á un gran patio cuadrado, teniendo á cada lado para los catecúmenos, pórticos de columnas, cerrados con celosías que permitian circular el aire. Podian santificarse los fieles en las fuentes que brotaban en medio del patio, despues del cual se encontraba el pronaos con tres puertas hácia el sol saliente: la del centro, de mas elevacion y anchura con sus hojas de bronce cincelado, daba entrada á la gran nave, acompañada de otras dos mas bajas, que recibian la luz de

ventanas guarnecidas con un enverjado de madera artísticamente esculpido.

Era sostenida la basílica por columnas mas elevadas que las del peristilo: estaba adornada con preciosas obras: el pavimento era de mármol y la techumbre de cedro: una verja separaba á los fieles del santuario <sup>1</sup>.

Se conjetura que la basílica Porcia, denominada de este modo por L. Porcio, cónsul en el año 564 de Roma, fué la primera consagrada al culto cristiano en la ciudad de los Césares. Constantino mandó construir con sujecion al mismo modelo la de S. Pablo, situada estramuros <sup>2</sup>. Los elegantes capiteles de las veinticuatro columnas de mármol violeta que fueron allí trasladadas desde el muelle de Adriano, contrastaban con la tosquedad de las otras diez y seis columnas, añadidas posteriormente, quizá cuando ensancharon aquella basílica Teodosio y Arcadio. Aquellas columnas dividian el edificio en cinco naves, que, unidas á otra trasversal, formaban una especie de arcos. Por dentro ofrecian aquellas cuatro hileras un golpe de vista mucho mas grandioso y mas magnífico que los peristilos exteriores de los antiguos.

Aquí parten los arcos de las columnas en con-

<sup>1</sup> Eusebio, Hist. X, 3.

<sup>2</sup> Fué consumida por las llamas el 21 de Julio de 1832.

tradición de lo que observamos en construcciones de un estilo más puro. En Santa Constancia, á dos millas de Roma, son gemelas las columnas. Véanse semejantes en una iglesia cerca de Novara, y en otra cerca de Roma, cuya construcción se atribuye á Santa Elena.

Como se empleaban en estos edificios columnas arrancadas de todas partes, y por consiguiente eran de diversas dimensiones, en vez de acortar las que eran demasiado largas, ó de levantar por medio de su pedestal las que eran muy cortas, se desterró el arquitrabe y se echaron de una á otra los arcos que partieron inmediatamente de su cima; método conocido ya acaso, si bien desde entonces fué de general uso.

Tiene alguna semejanza con las catacumbas de la Iglesia dedicada en Roma á Santa Prisca en el mismo sitio en que se alzaba el palacio de esta matrona, bautizada por S. Pedro y considerada como la primera que padeció martirio; pues allí se encuentran un sepulcro, un altar y una capilla. S. Clemente, que anterior á Teodosio es uno de los más antiguos restos de aquella arquitectura primitiva, conserva la forma ritual en toda su pureza, rodeándole un atrio de columnas con un pronaos. Está dividido en tres naves, de las cuales tiene la del centro treinta y cuatro pies de anchura; la de la derecha trece, y la de la izquierda diez y ocho; anomalía que no es rara de todo pun-

to: ambos escalones conducían á la tribuna (el coro), bajo la cual se halla la confesión con las reliquias.

Gala Placidia, hija de Teodosio, quiso que la iglesia de S. Nazario y S. Celso, en Ravena, imitara los hipogeos, y mandó preparar en su recinto sepulturas para ella, para Honorio su hermano, para Constancio su esposo, y para Valentiniano III, su hijo.

Uno de los primeros templos paganos transformado en iglesia, fué S. Urbano, fuera de la puerta Capera, más arriba de la fuente de Egeria. Es todo de ladrillo, y su pórtico está adornado con cuatro hermosas columnas. S. Pedro Advíncula se atribuye á Leon el Grande; pero se ignora de dónde sacó aquellas columnas de orden dórico, que son mucho más elevadas que las de Pesto. Cada columna con su capitel tiene ocho veces su diámetro de altura próximamente.

En seguida se multiplicaron las iglesias en Roma <sup>1</sup>, y sería fácil seguir poco á poco á la arquitectura en su decadencia y en su renacimiento;

<sup>1</sup> Calcúlase que se construyeron en Roma en el siglo II, dos iglesias; en el III, nueve; en el IV, diez y siete; en el V, ocho; en el sexto, doce; en el VII, cinco; en el VIII, once; en el IX, siete; en el X, una; en el XI, siete; en el XII, ocho; en el XIII, diez y seis; en el XIV, ocho; en el XV, treinta; en el XVI, noventa y tres; en el XVII, sesenta y dos; en el XVIII, siete. Total, trescientas tres iglesias.

porque no hubo siglo por desventurado que fuera, en cuyo curso no edificara por lo menos una, la munificencia ó la piedad de los pontífices.

También fueron construyéndose en las demás ciudades, á medida que el cristianismo se estableció en ellas. Tanto en el trazo como en la elevación y en los ornamentos, conservaban la forma ritual todas. Cuando no se limitó el culto á honrar á un solo mártir, se aumentó el número de los altares, y se alteró la sencillez del dibujo por la interrupción de las bellas líneas; mucho peor fué todavía cuando se introdujo la pompa profana de los mausoleos.

En esto vemos ya el cristianismo creando una arquitectura nueva en armonía con su dogma, y dando honesta ocupación al pincel y al buril, haciéndolos servir al culto de aquel gran Dios que quiere ser adorado con pureza de corazón y elevación de sentimientos: las virtudes de los cristianos, las amonestaciones que del clero recibían, el deseo de tributar á su Dios el culto debido, inspiró esa devoción que se desahogaba en la fundación de templos y monasterios, y que proporcionaba al artista ocasiones en que esplanar su genio, al devoto motivos donde satisfacer su devoción; y en una palabra, elevaban por todos los medios el alma al terreno de las grandes concepciones, siendo siempre la devoción la que en ellas tenía la mayor parte. El sacerdocio se dedicó á

las artes, y tanto, que apenas se dá un paso en ellas sin contemplar al monje ó al presbítero cultivándolas, dirigiendo las grandes obras de su tiempo, ó escitando con el premio á los que las dirigían, ó aconsejando su fundación á los que las costeaban, bien en satisfacción de sus pecados, bien como el medio de lavar una culpa, de adquirir un premio, de hacer una obra grata á Dios, de erigir un altar donde perpetuamente se ore por su descanso y el de su familia. Esto no solo era proteger las artes, sino amansar los corazones y dulcificar las costumbres por medio de los sentimientos de piedad y de temor, de amor y de esperanza que los elevaban á la consideración del porvenir, y colocándolos con los ojos del alma al borde del sepulcro, les conducían al tribunal de un Dios que, según sus méritos, ha de premiar ó castigar; pensamiento sublime que desde que tiene entrada en el alma la sujeta á prácticas de caridad, la hace benévola para con sus hermanos, escitándola al perdón con la esperanza de ser perdonado por el que dijo: "Haré misericordia con el que la tenga del prójimo." Yo quisiera en este momento que se me dijera si deben ó no algo al clero las artes, y si en su protección miró más á su egoísmo que al bien de la humanidad y á los progresos de la civilización; y sin embargo, no faltará quien esté por lo primero, al que nosotros responderemos que no creemos haya afinidad al-

guna entre el egoismo y la ereccion de iglesias, y si la hubiese, no por eso debe agradecerse menos al clero haber levantado las artes á la altura en que se encuentran, y á la que no hubieran llegado tan fácil sin este egoismo.

Descendiendo de las ciencias y las artes á las costumbres, habremos de presentar la parte que en su reforma tuvo el clero, puesto que las costumbres son el resultado de la civilizacion, y su bondad ó maldad revela indudablemente el grado de cultura de los pueblos. El clero lo sabia y se dedicó esclusivamente á mejorarlas; pero aquí, como en todas partes, en este terreno, como en los demas que cultivó, halló muchos abrojos que esterminar, muchos abusos que corregir y un campo en que luchar; su amor á la humanidad le condujo al combate, y él, que no habia temido á los sabios ni á los artistas, no temió á los poderosos, y empezó por destruir las preocupaciones de los pueblos y mirar el carcomido edificio de su legislacion. Todos sabemos que las leyes son á los ojos de los hombres pensadores el mejor barómetro donde se ve el grado de cultura de un pueblo, y el espejo que refracta sus costumbres. Considerando las de los bárbaros escritas en lengua de los vencidos, venimos en conocimiento de su rudeza; y su contenido, sin proveer ni sentar principios generales, contentándose con descender á casos particulares con una minuciosidad pueril, nos ha-

ce ver hasta qué punto se habia perdido la elevada tradicion del principio jurídico. La ley Sállica y la de Rotharis <sup>1</sup>, están llenas de trivialidades, y sus redactores, careciendo de vastas miras, las hacen descender á viciosas distinciones, que no se derivan de la intencion sino del principio efectivo, principio que se halla especificado de la manera mas frívola. Sin embargo, estas minuciosidades nos revelan una verdad interesantísima, y es, que la ley con estas prescripciones y con esta tarifa se vió obligada á proveer á un número infinito de violencias.

El hallarse tambien en las leyes la distincion de los castigos entre libres y esclavos, vencedores y vencidos, nos hace conocer que aun era un derecho la opresion, y que estaba la esclavitud sancionada, así como el precio de los hombres segun la condicion. La ley Ripuaria se estiende sobre las mutilaciones de un modo tal, que seria enfadoso trascribir. En la parte que concierne á los contratos, estos se hacian generalmente por signos, que muchas veces ni aun tenian relacion con la cosa: para conferir dignidades eclesiásticas, lo hacian por medio de la entrega del báculo, del anillo ú otro signo esterno, segun era la dignidad, y para las tierras era por medio de las espadas ó la cimera; todo, en fin, se cambiaba, enajenaba ó

1 Ley Sállica, tít. 14. Rotharis, 148. id. 317.

concedía por signos esternos ó por actos significativos, como darse las manos, presentar el pulgar derecho, dar un beso, y el *Launachild* consistía en la emision de cualquier objeto que el donador recibía del donatario; á éste se obligó por Rotharis en el caso de requerimiento á jurar haber entregado el *Launachild* y no entregar el *Ferguid*<sup>1</sup>, y Luitprando declara no valedera la donacion sin el *Launachild* y el *Tinx* (donacion solemne), esceptuando las hechas á las iglesias y Santos lugares para la redencion del alma<sup>2</sup>. La tabla de Widrigild es un monumento curioso de esta verdad que debe verse.

Sobre estas bases estaban calcadas las costumbres de los bárbaros tan groseras como su legislacion, y que debía mejorar el sacerdocio. Si consideráramos el carácter de estas tribus invasoras disculpáremos su rusticidad, porque no tenían elementos para otra cosa. Un pueblo que abandona su patria, pierde una gran parte de sus mas dulces sentimientos, de sus afecciones humanitarias, de sus mejores instintos; instintos, sentimientos y afecciones que están íntimamente enlazadas con ciertos lugares, con ciertas fiestas, con ciertas memorias que siempre halagan y llenan de satisfaccion el alma, y cuya falta nos llena de dolor y

1 Ley 175.

2 Cantú, tom. 12, fol. 40.

amargura, y tal es á nuestro juicio la razon de la bárbara ferocidad que desplegaron las hordas del Norte en su invasion contra la Europa. ¿Y acaso no obran lo mismo los conquistadores de nuestros dias? ¿Cómo se fundan colonias sino esclavizando y avasallando pueblos? Consideremos, si esto es hoy, lo que entonces pasaria; y si los hombres cultos no han hallado el medio de hermanar con la humanidad la conquista, ¿cómo podremos esperar bondad y pureza de costumbres en aquellas tribus salvajes, mezcla de diversas naciones, débilmente unidas á su gefe?

Aquellos pueblos llegaban en medio de una sociedad corrompida por el lujo, envilecida por la esclavitud, pervertida por la idolatría, y en la que aun no habia penetrado profundamente el cristianismo para reformarla: de aquí resultó que á sus vicios propios añadieron los de los vencidos, y si por un lado producen repugnancia el fraude, la bajeza y un refinado libertinaje, por otro espantan las rapiñas, las bárbaras crueldades y los groseros desórdenes. El paganismo habia dejado un triste legado de prácticas supersticiosas y de absurdas creencias: larvas, hechicerías, apariciones de muertos, todo lo adoptaron los bárbaros sin dejar sus propias quimeras; y así vemos en sus leyes en dulce consorcio los maleficios y los pactos con el demonio. El concilio de Agde prohíbe ocuparse de augurios, S. Cesáreo se lamenta de

los que aun los consultan, veneran los árboles, las fuentes y otros vestigios del paganismo; y no podemos dar un paso en la historia ni volver una hoja que no esté manchada con sangre y que no revele la crueldad, el horror y la muerte. En todas partes el desorden y el escándalo, en todas partes la rapiña y la profanacion.

En medio de tanto desorden, de tanta calamidad, hay un hecho culminante digno de fijar la atencion, porque prueba los trabajos del clero para poner dique á tanto mal; este hecho forma un contraste entre la barbarie nativa y la obra civilizadora de la Iglesia; aquella arrastra los reyes á los desafueros de la ambicion, á los desórdenes del vicio y al desenfreno de las pasiones; ésta los impele en sentido inverso á fundar monasterios, construir ermitas y someterse á penitencias; el mismo pueblo que se abandona al libertinaje y á todos los abusos de la fuerza, llora sobre la tumba de los mártires, invoca á los santos y cree en los milagros. Así el clero procuraba dulcificar las costumbres feroces, y por medio de tiernas emociones llevaba la sensibilidad á su alma y ganaba sus corazones para la humanidad: sabia muy bien que una vez que diese entrada á los sentimientos benéficos de la religion, irian poco á poco depониendo su rusticidad, y la civilizacion, ayudada de la fé, aseguraria los derechos de la humanidad. Una vez que el hombre conozca que una accion

debe expiarse, ya ve su maldad y está en camino de arrepentirse y detestarla; esto buscaba el clero y esto significaba el contraste de ferocidad y prácticas reparadoras, de destruccion y fundacion de iglesias y de monasterios que se ven en los bárbaros en un mismo siglo, en una misma lucha, y precisamente cuando la ferocidad parecia haber apurado sus malas inspiraciones para envolverlo todo en escombros, muertes y ruinas. Todo esto fué la obra del clero. ¡Y es inhumano! ¡Han hecho otro tanto los filósofos? no dudamos en afirmar que no, pues ahora como siempre los que han querido engalanarse con este nombre, han practicado todo lo contrario, y su filosofia ha consistido en estraviar la razon de cuantos poco ilustrados y menos precavidos se han dejado llevar de sus pomposas y mentidas palabras. La verdadera filosofia, como la ciencia, estriban en el temor de Dios, y por consiguiente, está muy lejos de residir en el alma frívola que niega ó escarnece la existencia del Ser Supremo. No eran, pues, estos, los filósofos que habian de reprimir y civilizar los bárbaros, este hecho estaba reservado al clero que les hablaba de parte y en nombre de Dios, único poder que podia reprimir sus desenfrenos, y que á unos guerreros avezados á los campos de batalla, á los horrores y las muertes, podia inspirar respeto y hacer derramar lágrimas de arrepentimiento; gentes groseras y sin leyes respiraban una



libertad omnímoda que nadie podía coartar, y que á todo los arrastraba por criminal que fuese, y así era necesario que la moral y la ley se encargasen de reprimirlos, pero una moral y una ley anunciada por el sacerdote en nombre del Dios que viendo sus acciones se las habia un dia de premiar ó castigar.

Toscas eran las costumbres y rústicas las moradas de aquellas gentes, que cubiertos de pieles abandonaban las nieves que los vieron nacer, y hombres, mujeres, niños y ganados se habian precipitado sobre los verjeles de Europa para devastarlos, sobre sus florecientes ciudades para demolerlas, y sobre sus cultivados campos para arrasarlos: el hacha amoldaba los utensilios de primera necesidad, y los armarios, llamados así porque fueron contruidos para guardar las armas, que eran su mas importante ajuar, como que conferian los derechos al hombre: los banquetes tambien se llamaron así, de los bancos que habian substituido á los lechos en que se sentaban los convidados; en el mismo salon se cocia y servia la caza, el vino se ofrecia en cuernos ó en cráneos humanos, y su comida casi siempre terminaba con riñas y sangre.

Sin embargo, en medio de tanto vicio hay en esta sociedad algo de infantil, y los reyes y los magnates se ocupan de las cosas mas pequeñas. Fortunato envia á la monja Radegunda ciruelas

silvestres cogidas por su propia mano en una cesta que él mismo, á pesar de ser obispo, habia tejido. Cultivaban los reyes y los príncipes flores y frutas en sus jardines, iban á las fiestas de Mayo en una carreta tirada por bueyes, cuidaban de su rebaño, de sus animales domésticos y de sus legumbres, y su servidumbre la componian unos cuantos siervos, y con todo, en las ocasiones solemnes desplegaban toda la pompa que fascina los espíritus groseros, mostrándose magníficos con sus liberalidades. Las donaciones hechas á las iglesias y monasterios lo prueban, y el clero cultivando las artes como lo muestra el trono de plata que S. Eloy construyó para Dagoberto, y dedicándose á la literatura, como puede verse en los romances compuestos para cantar las hazañas de Teodorico, Alboino y Meroveo, respondian á estos obsequios, al par que hacian renacer dos de los mas principales elementos de la civilizacion.

Eran sus diversiones la caza, los ejercicios de fuerza y los simulacros militares; los godos llevaban bigote y cabellera, los longobardos se afeitaban la parte superior de la cabeza, y llevaban bigote y barba larga, y sus trajes pintados por orden de Teodolinda, sirvieron de adorno en la iglesia de Monza. Sin embargo, eran poco aseados, de lo que resultaba entre ellos la lepra, y las leyes nos demuestran en cuánto estimaban su cabellera. Los eclesiásticos seguian el uso contrario:

el concilio romano de 721 manda á los clérigos la reforma de la cabellera que se habian dejado crecer con menoscabo de la tonsura eclesiástica, y en 1053 Cerulario afeaba á los sacerdotes que se afeitasen; desde el siglo XII al XV llevaron la barba larga, y Leon X mandó á los sacerdotes y á los abades que la llevasen corta porque los legos la habian dejado crecer. Llevaban los bárbaros sandalias doradas sujetas con cintas tricolores, se cubrian con pieles, y el nombre de sobrepelliz atestigua que tambien las usaron los sacerdotes, y mas aún las mucetas y capas pluviales que hasta en el día usan los canónigos.

Los matrimonios tambien tenian una ritual especial, y la ley de Luitprando sobre ellos, prueba lo poco considerada que aun era la mujer, puesto que se la podia vender, castigar, &c.<sup>1</sup> Entre los francos bebían los futuros esposos en la misma copa, y el padre decia al novio presentándole la esposa: "Te doy mi hija para que sea tu mujer y tu felicidad, que guarde tus llaves y que tenga parte en tu lecho y bienes en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo." Todos respondían *Amén*. Luego el domingo inmediato era presentada á la nueva familia, y los dos amantes celebraban el *bello domingo* platicando libremente. La mañana de nupcias iba el esposo con sus

1 Luitprando II. 6. VI. 59. 78. Ley VI. 68. 76. I. V. I.

parientes y amigos al alojamiento de la doncella, donde estaban reunidos los convidados, tocaban varias veces á la puerta (que estaba cerrada); y después de un diálogo rítmico se presentaba la esposa, y el amante ceñía su talle con la cinta simbólica, y luego se despedía de los animales y objetos de la casa de sus padres dirigiéndose, acompañada de todos, á la del marido. Los hombres estaban á caballo, con la espada desnuda para defenderla de celosos rivales y de cuantos no llevarán á bien el matrimonio. El sacerdote bendecía los esposos al pié del altar, arrojaba flores sobre su cabeza, deponía en el ara la ofrenda de pan y vino; y en lugar de acudir como en tiempo de la idolatría, á la diosa Nealennia, iban á la capilla de la Virgen, y allí dirigía sus homenajes la nueva esposa y recibía por mano de sus padres la rueca bendita en el altar de María, y prometía á esta soberana Virgen ser hacendosa y aplicada por medio de aquella manifestacion de hilar en su presencia. De vuelta á su casa, todos se sentaban á la mesa con los convidados, y á los postres las doncellas ofrecían á la nueva esposa un ramillete y entonaban el canto nupcial: conducidos luego al lecho, se bebía á la prosperidad de su union; cuando recibían la bendicion de los padres, besaban todos los convidados á la novia y hacían votos por su felicidad. Al día siguiente asistían de luto á una misa que se ofrecía por el descanso de las al-

mas de los parientes difuntos, asociando así el placer á la alegría, y el regocijo de la generacion á las tristes é imponentes meditaciones de la tumba.

Nos hemos detenido mas de lo que pensábamos en reseñar estos sucesos, y lo hemos hecho para facilitar el camino y fundamentar nuestras reflexiones sobre ellos: se trata de saber la parte que el sacerdocio ha tenido en la civilizacion, y si tienen ó no razon los que le acusan de haberla estacionado y usurpado los derechos de la humanidad, envileciendo al hombre y humillándole, y nada puede conducirnos á la verdad mejor, que los hechos y las costumbres antiguas; pues al compararlas con el estado presente ha de resaltar la diferencia, y al anotar los hombres, que hace diez y nueve siglos rigen los pueblos moralmente, hemos de convenir que sus adelantos se les deben, porque de lo contrario, por mucho que la humanidad hubiera progresado, no hubiera hecho grandes adelantos, hubiera girado en un mismo círculo á pesar de sus esfuerzos, y no hubiera logrado superar su ignorancia; y como el indómito corcel, que en vano tasca el freno y quiere romper las bridas con que el diestro picador sujeta su brío y amansa su condicion, jamas hubiera conseguido la verdadera ilustracion: entonces sí que podria acusarse al clero de inhumano, de cruel y de tiránico; porque habiendo conservado estacionaria la

humanidad, la hubiera podido esclavizar y la hubiera hecho servir á sus fines segun su voluntad; pero muy al contrario, lo que hizo fué enseñar, lo que practicó fué defender, por lo que se sacrificó fué por ilustrar al hombre y desengañar al pobre, haciéndoles conocer su dignidad, desimpresionándolos y elevándolos por el conocimiento de su propia conciencia al de Dios, padre comun de todos, que protege la inocencia y castiga la maldad, que ha de juzgar con igualdad al rico y al pobre, al señor y al esclavo, al rey y al vasallo, que en su presencia se sentarán á una misma mesa y comerán juntos el pan que hayan ganado por sus virtudes.

Quede, pues, sentado, que el clero, cultivando las ciencias y las artes, introduciendo en ellas el espíritu del Evangelio, afianzó las costumbres sobre bases mas humanitarias; porque todo el mundo sabe que las costumbres no son otra cosa que el reflejo de la ilustracion de los pueblos, y que sobre ellas se fundamentan las leyes, y de este modo son igualmente las costumbres el reverbero de la legislacion: si las leyes son sanguinarias lo son las costumbres, si crueles aquellas, tambien estas, al par que si la caridad entra en la confeccion de los códigos, si la humanidad tiene en ellos consignados sus derechos, entonces las costumbres son humanitarias y caritativas, porque el espíritu que anima al pueblo es el del Evangelio.

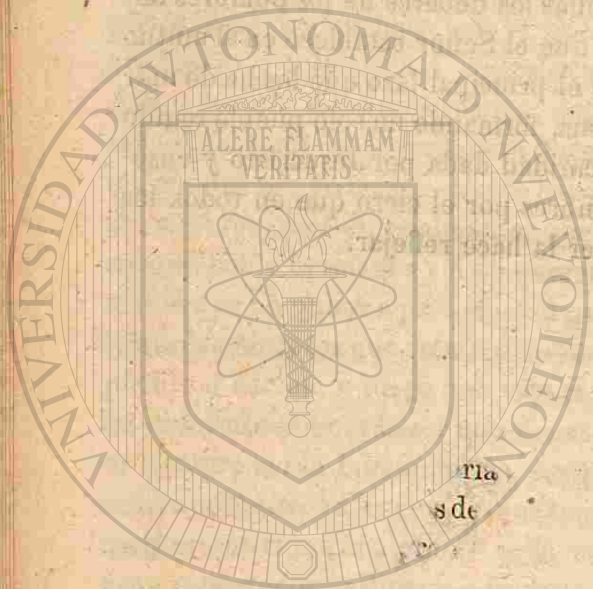
Convengamos en que el clero tiene una grande influencia en los corazones; que depositario de las conciencias tiene en su mano el modo mejor de inspirar sentimientos religiosos á los legisladores y moralizar los pueblos; solo él puede aconsejar prudencia y tolerancia á los gobernantes, sumision y respeto á los gobernados; solo él, que enseña á los hombres la verdadera fraternidad, cualquiera que sea su origen, puede hacerlos dejar de aborrecerse; solo él, finalmente, que los enseña á amarse como hermanos y á no querer para los demas lo que no quieren para sí, es el que puede desterrar los rencores que crea la diferencia de origen, pueblo ó nacion, y luego que esto se consigue, ya las costumbres podrán ser mas ó menos cultas, pero siempre serán humanitarias; porque el mundo entero no aparece á los ojos del que tiene esta creencia mas que como una gran familia, cuyo gefe, padre y moderador es Dios, que ha dictado al corazon del hombre los principios verdaderos del bien y del mal, del premio y del castigo, del vicio y de la virtud, origen de la prosperidad de los pueblos; y como el principio de la civilizacion, su mejor resorte y fundamento es la filantropía y la hospitalidad, resultará que siempre convendremos que en el sacerdote que parte su pan y su lecho con el pobre, que funda hospitales al enfermo, que estiende sus cuidados á todos los objetos de caridad, encontramos el que en las ciencias, las artes

y las costumbres ha inoculado esa hermosa virtud por medio de la cual ha dirigido las costumbres de modo que sean útiles á la humanidad, ha basado sobre ellas los deberes de los hombres haciéndonos ver que el Señor establece en el mutuo amor de todos el principal lazo que los ha de unir al pié de su cruz, formando un solo pueblo regido por la ley de caridad dada por Jesucristo y enseñada á los hombres por el clero que en todos los ramos del saber la hace reflejar.

e  
aba

UNIVERSIDAD  
NOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS



## EPILOGO.

Hemos visto el estado del mundo á la venida de Cristo y hemos tenido ocasion de admirar el cuadro triste que presentaba la sociedad, y la opresion, la miseria, el embrutecimiento y la degradacion en que fluctuaba el pueblo; hemos visto al pobre y al oprimido sirviendo á los caprichos del poderoso, al vencido arrastrando las cadenas de la esclavitud, al vencedor holgándose en las desgracias de su víctima, y entre tanto desorden, en medio de tanta confusion la humanidad oprimida fluctuando entre las tinieblas de la ignorancia que impedia ó imposibilitaba el curso de la civilizacion; pero en medio de tan críticas circunstancias, entre las sombras de tan deshecha tempestad se deje ver en el horizonte el iris de paz, y la estrella de Belem brilla para la reparacion del género humano; entonces sonó en el mun-

do la hora de su salvacion, y Jesus aparece para regenerarle y devolver al hombre los derechos que el egoismo y la usurpacion le arrebatara; en el Gólgota se tremola un estandarte de salud que consigna los derechos de la humanidad y la ley del amor sobre las ruinas de la tiranía.

Bien pronto los discípulos del Redentor se esparcen por el mundo, su voz trueno hasta en los mas remotos climas, á su eco hermoso acuden de todas partes, y en las banderas de la cruz se afilian de todas clases y condiciones cuantos sienten en su corazon latir el amor á los hombres y el horror á las intrusiones legales, á las rapiñas gloriosas, á la devastacion, al incendio, á la opresion y á la muerte; en vano los privilegiados y egoistas quieren detener su curso victorioso, en vano se aprestan hogueras y cárceles, se inventan suplicios, los hijos de la cruz nada temen, á todo se esponen, la sangre de los mártires corre á torrentes, y el árbol hermoso de la humanidad, fecundizado con riego tan precioso, produce el opimo fruto del amor fraternal, la ley de la igualdad se sanciona entre los horrores de la persecucion, y la ilustracion descubre el velo de la ignorancia que celaba los entendimientos y coloca el mundo en su progreso moral y civilizador.

El clero cristiano llena en todos sentidos su mision humanitaria: el pobre, el oprimido y el necesitado, encuentran en él el consuelo de sus desgra-

cias, y por mas que el ambicioso egoista le persigue y maltrata, no logra apartarle ni un ápice de su deber; su constancia, su virtud, su heroico desprendimiento y su amor á la humanidad triunfa en todas partes, y de las sombras de los desiertos, de las lobregueces de los calabozos, del centro de las catacumbas sale la cruz á dominar en el palacio de los emperadores, sustituye al frente de las legiones á las águilas, y bien pronto la ley de la caridad es la ley del Estado, y sobre las ruinas de la idolatría se ve triunfante el Evangelio de Jesus. No hay espectáculo mas interesante que el de una sociedad que se disuelve, y otra que se eleva; pero la sociedad cristiana que se funda sobre el mundo romano, y que á las fábulas paganas sustituye la verdad católica, en medio de su triunfo tuvo aún que luchar, y las herejías, los delirios de Juliano y los cismas, aparecen para combatirla; entonces un nuevo espectáculo ofrece á nuestra vista, un nuevo combate se empeña y la civilizacion toma un asombroso incremento, merced á los desvelos del sacerdocio, que así llevó la revolucion á los corazones y dió la ilustracion al mundo defendiendo los derechos del hombre, y esparciendo sobre la tierra la hermosa semilla de la caridad que enseñó su divino Maestro.

Entonces aparecen en continuo combate el mundo oriental, el mundo cristiano y el mundo septentrional, y se disputan el dominio de la tierra

el helenismo, el cristianismo, la filosofía y la barbarie: herido en el corazón el helenismo se esfuerza inútilmente por regenerarse admitiendo lo mejor que encuentra de su adversario: tronco carcomido que no refrigera el rocío del cielo, y que semejante al upas derramaba una sombra mortífera sobre todo sentimiento de amor y de generosidad, no podía recibir el ingerto del olivo destinado á vivificar el mundo. Después de haber cesado de matar se arma el paganismo de argumentos en las escuelas, se adorna con símbolos en los templos, llama en su ayuda con todo empeño las preocupaciones de la aristocracia, y los hábitos del vulgo; y sin embargo, tan luego como le falte el apoyo de la legalidad viene á espirar en las catacumbas donde el cristianismo se había engendrado <sup>1</sup>.

Sabiendo éste que la resistencia es un crimen cuando cesa de ser un deber, á fin de no provocar los tiranos, había derramado primeramente su sangre en silencio y con el perdón en los labios; pero tan pronto como adquirió robustez y lozanía en los tormentos, y en los varoniles deleites de la soledad, y de la abstinencia, levantó la voz en medio del estruendo de las armas: de creencia

<sup>1</sup> Consideramos el catolicismo como una inmensa fuerza civilizadora, y por eso le contemplamos como una religión de libertad y progreso: la demostración de la santidad de sus dogmas pertenece á otras ciencias.

personal é interior se transforma en institución; tiene su gobierno, sus rentas, su representación, sus asambleas, y puede ya desprenderse de las trabas de la sociedad civil. Esta prosigue pagana en el fondo, en sus instituciones, en sus leyes, tal como nació y logró su engrandecimiento; y el imperio, si bien reconoce el Evangelio, marcha en diferente sentido que el que le prescribe.

No se proponía su derrumbamiento el cristianismo, porque propende á mejorar á los hombres para que la sociedad se mejore; no quiere corregir ésta á costa de aquellos, según el método seguido hasta entonces por los sabios. De consiguiente, no hace cesar repentinamente la guerra, la esclavitud, la obediencia pasiva. ¿Y qué fuerza poseía para esto? No precisa las relaciones de conciencia entre reyes y pueblos en atención á que aun no había naciones cristianas, sino individuos. El gobierno se halla todavía en manos de emperadores que son á la vez pontífices y dioses, gefes del Estado, del ejército y de la religión, con un senado dispuesto á aprobarlo todo, y un ejército pronto á lanzarse á cualquiera empresa. Pero la Iglesia declara que hasta los emperadores dependen de Dios que los encumbra y derroca á su albedrío; que son iguales á los demás hombres, y destinados como todos á su juicio eterno, á su irrevocable sentencia: la rigidez de la ley romana debe plegarse ante las leyes cristianas, y la arbi-

traria distincion que establecia ante la inflexibilidad de la moral y de la justicia. No destrona los Césares, pero los derriba del altar y los lanza del pontificado. Al lado de la sociedad que perece, se levanta otra enteramente nueva, enteramente distinta, fundada en la igualdad de los hombres sin nobleza ó privilegios hereditarios, con una gerarquía electiva en donde los honores, la consideracion y el poder se hallan apoyados en el mérito.

A pesar de cuanto llevamos dicho aun no podremos denominarla sociedad cristiana mientras los depositarios de la nueva doctrina no se apoderen del hombre en la cuna, le aparten de las ideas antiguas y trasformen en costumbres el régimen que gobernaba cuando abrieron sus ojos á la luz, infiltrando en su alma las nuevas doctrinas con los preceptos recibidos en el regazo materno, objeto que no podia conseguirse, ínterin permanecia en pié la ciudad romana, que fundada por la fuerza, solo por la fuerza podia ser destruida.

Si el gobierno libre no es aquel que emancipa al hombre de toda subordinacion, sino en el que el yugo de la fuerza cede al de las reglas de la moral, la sumision, ciega á la creencia racional, el suplicio á la expiacion, debemos decir que el derecho canónico en su integridad conducia mejor á la emancipacion que las leyes romanas. Resisten los cristianos, porque temen mas á Dios que al hombre; los individuos y las naciones aprenden,

que si en un lugar se les persigue, pueden buscar en otro asilo á los derechos de su conciencia. Cuando los romanos definian la ley diciendo: *que es lo que agrada al príncipe*<sup>1</sup>: cuando, segun Aristóteles, valia mas *ser gobernado por un hombre, que por buenas leyes*<sup>2</sup>, los sacerdotes cristianos enseñaron á desear en todos los países instituciones tales, que no fuera posible á los príncipes tiranizar á sus súbditos<sup>3</sup>, y S. Agustin profesaba la doctrina de que *los gobiernos fueron instituidos por el pueblo y para el pueblo*, doctrina que enseña la soberanía nacional<sup>4</sup>, la abolicion de la pena de muerte, y es el primero que se declara por el sistema penitenciario, por ese sistema tan cacareado por los modernos, gloria y esperanza de nuestro siglo: en las asambleas parroquiales, diocesanas, ecuménicas, encontramos los principios y el origen de los gobiernos representativos encomiados por la nueva filosofia como el término del progreso moral: encontramos el origen de la libertad y de la igualdad en el Evangelio, las vemos practicadas en las asambleas de los fieles; la Iglesia nos presenta el primer ejemplo de las monarquías electivas, cuyo jefe, aunque escogido entre el pueblo, obtiene de los fieles una obediencia perfecta. Hasta lo que

1 Quod principi placuit legis habet vigorem.

2 Aristót. Polit. III.

3 Santo Tomás de regimine Principum.

4 De Civitate Dei 12. 2. 15. 1.



pareció un sueño de espíritus benévolos y utopistas, esto es, un lenguaje comun, y la paz universal por medio de asambleas generales se realizó en lo posible por la sociedad cristiana, por el uso de la lengua latina y los concilios.

En aquellas asambleas prelados inermes osan contradecir á los emperadores; y cuando los senadores compiten en cobardía y bajeza, los obispos despliegan una admirable energía, y llenos de dignidad oponen á los decretos imperiales la voz de la conciencia. El concilio Niceno es el primer ejemplo dado al mundo de una asociacion de todos los pueblos conocidos diferentes en leyes, usos y civilizacion congregados por una misma fé, y aunque independientes, enviando sus diputados á discutir cómo debemos creer y adorar, y la manera como nos debemos conducir. Allí son reconocidos muchos derechos, se proclama un símbolo de unidad general que corona las doctrinas mas sublimes de los tiempos antiguos, inaugurando así desde entonces una nueva éra de progreso para la civilizacion, para la inteligencia y para la humanidad.

Desterrada en todas partes la libertad por el funesto influjo del egoismo, cupo al clero la honra de hacerla renacer; y el asilo que el mundo la niega, lo encuentra en el santuario protegida por los sacerdotes en las doctrinas de *Aquel por quien reinan los reyes*. A primera vista parece que ha-

llamos un vislumbre de despotismo en aquel gobierno de la Iglesia que impone lo que se debe creer, estiende su imperio sobre la conciencia y prescribe la herejía; pero se nos ofrece bajo muy diferente aspecto, si se considera que trae su infalibilidad bajo un principio superior al hombre, y que sirve para satisfacer la razon completamente: obra en todas las cosas por cartas, concilios y discusiones hasta el punto de tomar las determinaciones una por una, y despues de una madura é individual deliberacion tomada en comun. Hasta las herejías prueban cuánta actividad reinaba en aquel cuerpo, en que la autoridad parecia deber sofocarlo todo. *Jamas*, decia el obispo Sidonio, *sufriré la servidumbre del espíritu; me parece que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento*<sup>1</sup>.

Habia sentado el cristianismo como base de su doctrina lo que hay de mas general en sus creencias y en la razon humana; y así, solo tenian las inteligencias que trabajar para levantar el hermoso edificio de la ciencia sobre un cimiento sólido, de donde hubiera resultado, sin disputa alguna, la completa regeneracion del saber, y el inmenso progreso que es el fruto de la armonía. A pesar de todo, y aunque las condiciones de aquella sociedad y los desastres que la sobrevinieron retarda-

<sup>1</sup> Ep. 8. 18.

ran los resultados que debían recogerse, aparece de nuestra obra, y claramente se ve, que ni una sola de las mejoras de los tiempos más civilizados hay que no se halle á lo menos anunciada en las obras de los santos Padres. Habiendo sucedido á los apóstoles y á los mártires para sostener con la sabiduría y la palabra las creencias, nacidas y propagadas en el pueblo y para el pueblo, rompen el círculo de imitación en que parecía encadenada la literatura pagana, y dan nacimiento al siglo de oro de la literatura cristiana. Sus escritos nos suministran mil particularidades de la historia de los pueblos, los progresos lentos, pero seguros, por cuyo medio adquirió madurez la revolución más vasta y completa, y los obstáculos que la opusieron la ciencia, el egoísmo, la costumbre y la ambición, apoyadas en usos antiguos hasta el momento en que fué llamada la ciencia á sustentar con su energía las nuevas doctrinas. Así el clero regenera la literatura y la saca de su estado de inacción, colocándola en el sendero progresivo que la ha de llevar á su perfección.

Ya antes de Augusto las producciones de espíritu y las artes no se proponían otro objeto que excitar los instintos personales, pero las doctrinas de la Iglesia, que el clero propagaba, fomentaban una pasión completamente social entre los fieles. La nueva sociedad, llena de vida y energía, no podía permanecer estacionaria, y en continuo mo-

vimiento todo lo abarcaba, y hacía todos los ramos del saber humano dirigía su impulso. Al leer los autores paganos de los primeros siglos del cristianismo, parece que componían en países distantes de todo tumulto, dentro de la Roma triunfal, y llena de confianza en sus divinidades protectoras: tan puerilmente cantaban al borde del sepulcro, incensando por reminiscencia á las inmortalidades ya difuntas.

Los padres no podían menos de mirar con desden un arte tan envilecido, y que no podían amoldar á su severidad y á aquella elevación con que tronaban desde el púlpito, discutían en el concilio y cantaban en la soledad, y que siempre los hacía los hombres de la realidad y de su tiempo: en sus escritos respetan y revelan los padecimientos de una sociedad que perece, y se hacen héroes de la caridad y de la oposición, cuando en las banderas contrarias solo militan la baja adulación, la resignación afeminada, ó la dolorosa paciencia.

Después de la lucha contra el paganismo, sostenida por espacio de cuatro siglos por los cristianos que proclamaban la libertad de creer y de adorar, consiguen por fin entonar su triunfo, haciendo libre del César el espíritu del hombre; pero entonces se necesita echar los cimientos del nuevo edificio, consolidar la disciplina y depurar y esclarecer las creencias. Surgen á cada paso he-

rejías, ya contra la fé, ya contra la moral, ya contra la disciplina. Cristo no dijo que bogaría su barca siempre con vientos prósperos, sino que ninguna tempestad la echaria á pique. Actualmente han perdido su significacion las herejías, y en la historia se asimilan á aquellos esqueletos de animales antdiluvianos; que dan testimonio de violentas revoluciones; sin embargo, el que las contemple filosóficamente no puede menos de conocer el influjo que ejercieron sobre la sociedad, cuánto favorecieron el desarrollo de las ideas y los progresos de la humanidad, y desde entonces no se considera inútil al clero, sino como el locomotor que ha dado impulso arrastrando en pos de sí á la civilizacion.

A veces los Padres se arman de razones tan generales, que pueden servir de respuesta á los modernos innovadores cuya raza ven pulular todos los tiempos; y si bien se considera, las herejías son el camino del verdadero cristianismo, porque cada una de ellas es nueva en comparacion de la verdad existente desde el principio; porque los herejes carecen de objeto y de regla en los debates que empeñan contra la Iglesia, abandonándose á su propio juicio, y así estas opiniones se contradicen unas á otras, pretendiendo cada cual poseer la verdad esclusivamente <sup>1</sup>. No por

<sup>1</sup> Tertuliano en el tratado de las *Prescripciones*.

esto dejó la razon de abusar de la libertad, como el niño que desembarazado de las mantillas se entrega inconsideradamente á los juegos de la infancia; y sin embargo, es altamente instructivo y consolador contemplar aquellos sacerdotes que, sin interes ni esperanza terrena, se derraman por todo el mundo y enlazan por la caridad á la Iglesia los pueblos mas remotos y las naciones mas lejanas: palabra que hace á la muchedumbre comprender en la caridad una verdad sobrehumana, impulsándola á amar la religion que la ha inspirado. Efectivamente, la caridad es la que impelia al clero á las grandes obras, ella la que le hace llorar sobre los males que afligen la sociedad, y procurar su remedio; yo le veo en alas de esta virtud introducirse en las miserables cloacas que sujetan al esclavo, y en medio de su hediondez llevar á su corazon palabras de consuelo, enseñándole á sufrir con paciencia los trabajos para alcanzar la gloria eterna. Yo le veo en alas de esta caridad erigirse el protector del pobre y del oprimido y defenderles ante los poderosos, yo le contemplo introduciendo en los códigos el espíritu civilizador y humanitario, cuyas doctrinas veia en el Evangelio, y, por decirlo de una vez, esta virtud fué la que le impulsó á regenerar la sociedad y la que le dió valor para salvar la humanidad.

El sacerdote ha introducido en los códigos su

espíritu humanitario y filosófico, y por medio de este espíritu desterró la bárbara complacencia con que los hombres se oprimían unos á otros; él fué el que hizo conocer á los emperadores que no eran señores ni podían disponer de la vida de sus súbditos; él fué el que lo hizo dictar esos cánones que ponen al abrigo de la religion las personas de los esclavos que no deben maltratarse porque son nuestros hermanos; él fué el que á las pruebas del hierro, el fuego y el agua instituyó las pruebas filosóficas, y á los palenques los tribunales; él el que llamó en apoyo de la verdad la filosofia moral y la santidad del juramento; él, en fin, el que enseñó á los hombres la verdadera libertad haciéndolos esclavos la ley, la verdadera igualdad que estriba en el respeto á los superiores, en la veneracion á los tribunales, y la verdadera fraternidad que nos manda no hacer á otro lo que no queramos que nos hagan, y amarnos como hermanos.

Haciendo conocer á los reyes y poderosos del mundo que no deben tener lujo en oprimir á sus hermanos, porque el Señor les ha de pedir en su dia cuenta del mal que les hagan, los hizo convertir en sus padres y prestarles su proteccion, defendiendo la humanidad que antes oprimían y acatando al hombre que antes vejaban; así vemos que desde entonces mejora la suerte del esclavo, y que de uno en otro cánón, por una gradacion

progresiva, convirtiéndole, primero en colono libre, despues encargándose de la educacion de sus hijos, no pára hasta elevarle al sacerdocio, hacerle su igual y dar así principio á la clase media, de la cual tantos hombres eminentes han salido y de la que hoy lo espera todo la sociedad.

No contento con esto, dedicándose á la literatura la hizo prosperar, y á él se debe que en la incursion de los bárbaros no pereciera completamente; él fué el que asimismo prestó su apoyo y dió la mano á las desfallecidas artes; cuando se hizo propietario, él fué el que dió impulso á la agricultura; por medio de las misiones abrió nuevo campo á la industria, y al comercio nuevos mercados; él llevó su aplicacion y sus desvelos hasta el extremo de labrar la tierra con sus propias manos, manejar el martillo, el buril, el pincel, sin descuidar la pluma, y así fué cómo elevó la civilizacion, dando consejos al esclavo, animando con recompensas al colono, auxiliando las artes con todos los recursos que su posicion ponía en sus manos, ya ocupando los artistas por sí mismo, ya infundiendo en los poderosos amor á las artes y estimulándolos á premiar los artistas. También prestó á las ciencias su apoyo material y su influencia consagrándose á ellas, y estimulando á los talentos para que las cultivasen. De este modo todos los elementos civilizadores y humanitarios se refugiaron en la Iglesia y hallaron

en el clero su mejor protector precisamente en unos tiempos cuando la barbarie cundía y cuando todos los ramos del saber desatendidos, despreciados é insultados por los conquistadores, cedían el campo á la profesion de la guerra, único elemento dominante y á que solo el clero osó resistir, y solo él podia poner coto.

A poco que consideremos el desquiciamiento social que trajo consigo la irrupcion de los bárbaros, comprenderemos el deplorable estado en que sumergió á la humanidad, y analizando y contemplando sus costumbres, veremos el triste lugar á que la civilizacion quedó relegada, y solo así es como podemos apreciar debidamente los trabajos del clero en defensa de estos combatidos objetos, solo así es como podemos juzgar y comprender de cuánto le son deudores, y por eso al responder á las calumnias hemos consultado la historia, hemos presentado sus cuadros y trazado sus bocetos, y deduciendo y comparando, analizando y discurrendo, de tan fértil campo hemos sacado la corona que le eleva, la verdad que le defiende y el escudo que rechaza tan calumniosas acusaciones. Que vengan cuando quieran los detractores á herirle, que le llenen de dicterios, que lancen á sus rostros afrentas, que los hechos las desmentirán, ellos les llevarán al lugar que en los sucesos del mundo les pertenece, al templo que en la civilizacion y en la humanidad les han eri-

gido sus virtudes, su laboriosidad, su trabajo, sus desvelos y su caridad.

Si del clero secular pasamos al regular, no hallamos otra cosa que los mismos desvelos, las mismas prácticas, las mismas virtudes, los mismos sacrificios prestados á estos importantes objetos; hallando á mas abundamiento otra verdad, y es que sus institutos fueron el remedio de los males que combatian la sociedad, en cuyo seno nacieron; así fué que ellos rejuvenecieron el estado eclesiástico, ellos salvaron el civil, ellos, uniendo la oracion al trabajo, rogaron y obraron, convirtieron los yermos en amenos jardines, en viñedos frondosos, en campos bien cultivados que daban opimos frutos; al mismo tiempo que surcaron mares, atravesaron montañas y se internaban en los desiertos por ganar almas al cielo; estudiaban la naturaleza, veian sus producciones, aprendian el modo de cultivarlas, pensaban en aclimatarlas, trasportaban las de unos paises á otros, enriquecian así las vejetaciones, hacian florecer el comercio poniendo en los mercados nuevos productos, nuevos artefactos, y así estendian por todas partes la civilizacion y elevaron la humanidad. Hicieron mas, se consagraron á las ciencias y las cultivaron, merced á lo cual han salido del claustro grandes teorías, se han proclamado salvadores principios, y se han publicado y estendido utilísimos inventos.

Dejamos anotados algunos, y por lo tanto creamos suficiente lo allí espuesto, que no reproducimos por no hacernos molestos, bastando solo para su encomio decir que sin la laboriosidad de los monjes y sin la proteccion de los monasterios acaso no conoceriamos la literatura romana, ni la griega, esos dos focos de erudicion y cultura, ni tendriamos noticia de los escritos de Homero, Virgilio, Hesiodo, Demóstenes y Ciceron; ellos los copiaron, y merced á este trabajo, han llegado hasta nosotros; este honor es indisputable de los claustros, y no solo este lo es asimismo, sino que ellos mas que nadie han protegido las artes, que en su recinto abrieron los mercados, que al abrigo de las tapias de esos maldecidos conventos halló la desgracia proteccion, el infortunio asilo, y un dique la crueldad y la tiranía. Un monje inerme que en alas de su caridad vuela por todas partes para buscar al desvalido una proteccion y se sacrifica en su obsequio, fué á no dudar, lo que hizo mirar á los bárbaros como *dragones* y á los monjes como á sus vencedores; ¡y este timbre que tienen lo podrán merecer jamas los que proclamándose defensores de la humanidad ven el llanto del pobre y no le enjugan, la miseria del desvalido y no lo alivian, y la opresion del débil sin compadecerle? ¡Ah! jamas, ellos no serán reconocidos en el dia del desengaño, sino como unos embaucadores, truhanes, que viven á espensas del

engaño, prosperan con la palabrería y se desacreditan con las obras.

Sin embargo, ellos son los perseguidores del clero, los que le insultan y motejan, los que le deprimen y baldonan. ¿Y por qué? Está bien conocido; porque los malos nunca pueden ser compañeros de los buenos, ni puede haber armonía entre Dios y el diablo, la verdad y la mentira, el bien y el mal, la justicia y la maldad: tal es la causa porque llaman al clero holgazan, adulador, capcioso, embustero, vil y bajo, egoista y mentecato: dicterios que rechazamos y que hemos probado no adecuarle y que esperamos en su dia arrojar á su frente avergonzada y humillada, si bien no lo hacemos con la acrimonia con que nos insultan, porque nos lo prohíbe la caridad, aunque sí nos defenderemos con energía, pues tambien está escrito: *Cura de bono nomine. Procura conservar tu fama y buen nombre, y debemos obedecer.*

Así vemos cómo uno y otro clero se consagra á la humanidad y á la civilizacion, y cómo las llevó á su encumbramiento marcando sus pasos en el mundo, graduándolos para no precipitarse, y sin embargo, procuraba emanciparse de la tutela en que estuvo de los emperadores, y romper aquellas cadenas que le aprisionaban é impedían hacer progresar la humanidad y la civilizacion. Una serie de ilustres pontífices auxiliados por un epis-

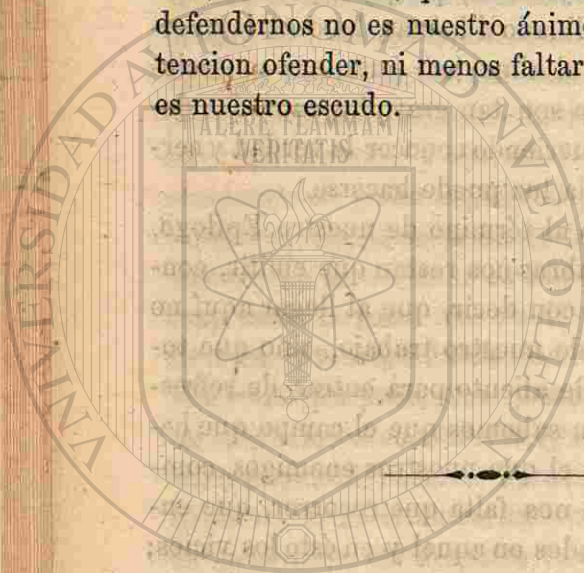
copado digno y un clero celoso se propusieron cortar este mal, desatar estas cadenas, concluir con esta traba; no los ayudó poco el feudalismo, merced al cual pasaron á la esfera de señores temporales con *alodios, landos, vasallos y señoríos*; pero estos elementos no los convirtieron en perjuicio de la humanidad, sino en su bien como dejamos manifestado, y de ellos se sirvieron para proclamar el poder espiritual y emanciparle del temporal, haciendo conocer la superioridad del sacerdote que estiende su imperio sobre el espíritu, sobre la parte mas noble del hombre, sobre su alma; y merced á esta doctrina, se arrojaron á reprender los poderosos, y merced á esta doctrina contuvieron sus furores, y merced á esta doctrina pudieron hacerlos humanitarios, y convertirlos de crueles en caritativos, de usurpadores en generosos, de déspotas en protectores y padres.

Esta emancipacion de la ley del espíritu, esta supremacía de la Iglesia sobre sus hijos, dá á sus ministros la facultad de reprender, les impone el deber de velar por la moral, y de aquí sucede, que los poderosos se humanizan y los pobres son protegidos; esto comprendió el clero, y desde que lo comprendió se propuso corregirlo, y no perdonó medio hasta ver cumplido su objeto. Ya ven nuestros acusadores cómo esto que llaman intrusion sacerdotal, fué un hecho utilísimo á la so-

ciudad; y en vez de una usurpacion de poderes, una consecuencia legítima de los principios religiosos, una consecuencia natural de la índole de la religion y de la justicia, que pide que lo menos noble esté subordinado á lo mas, la materia al espíritu, el cuerpo al alma; así, pues, sus acusaciones en este punto son tan gratuitas como las demas, y solo no queriendo conocer la verdad y cerrando los ojos á la luz puede hacerse.

Hemos llegado al término de nuestro Epílogo, y muy pocas palabras nos restan que emitir, contentándonos solo con decir, que al llegar aquí no nos despedimos de nuestro trabajo, sino que tomamos un poco de aliento para entrar de refresco en la liza; bien sabemos que el campo que hemos recorrido es el que nuestros enemigos comparan con el que nos falta que recorrer, que encuentran las virtudes en aquel y en éste los vicios; allí la luz y aquí las tinieblas; en lo que hemos escrito la apología, y en lo que falta la acusacion; y porque sabemos esto hacemos la presente advertencia, manifestándoles que no pensamos recoger menos flores en el campo árido que falta que reconocer, que en el que llevamos reconocido, y que no saldrán mejor parados con los frailes que han salido con los monjes; y esto se lo advertimos, porque enemigos leales, queremos que se preparen y que entren con armas de ley como las que esgrimimos en la lid. En tanto les suplicamos que

nos perdonen si los hemos ofendido; y si en el calor de la composicion se ha deslizado alguna palabra poco conforme con la caridad, les protestamos, desde ahora, que la rechazamos; porque al defendernos no es nuestro ánimo, ni nuestra intencion ofender, ni menos faltar á la caridad que es nuestro escudo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

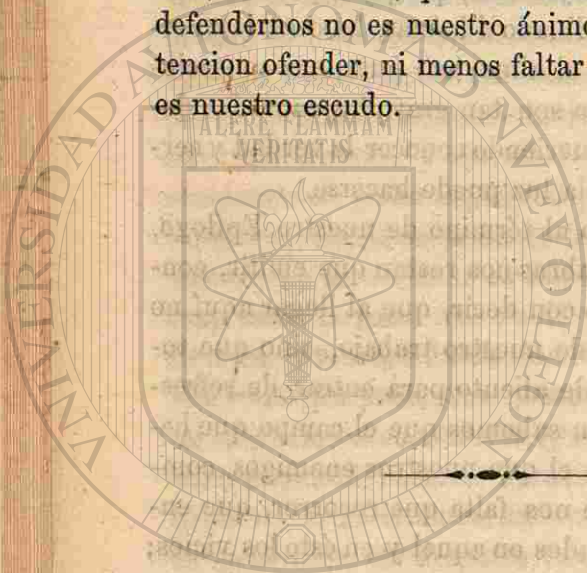
## CAPITULO V.

BENEFICIOS QUE EL CLERO HA PRESTADO A LA  
AGRICULTURA, A LA INDUSTRIA  
Y AL COMERCIO.

Nadie ignora que el comercio, la agricultura y la industria, son los mas poderosos elementos de prosperidad en las naciones, y que contribuyendo á su engrandecimiento y á su civilizacion, son los agentes que dan impulso á la máquina social y la imprimen movimiento y vida. Muy desde su principio el clero conoció esta verdad, y tan luego como estuvo en disposicion de prestar sus servicios á estos tres ramos de civilizacion, se lo prestó; y como sabia que el sacerdote debe ser todo para todos, que la caridad prescribe que el talento sea comunicativo, y que obremos el bien si hemos de



nos perdonen si los hemos ofendido; y si en el calor de la composicion se ha deslizado alguna palabra poco conforme con la caridad, les protestamos, desde ahora, que la rechazamos; porque al defendernos no es nuestro ánimo, ni nuestra intencion ofender, ni menos faltar á la caridad que es nuestro escudo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO V.

BENEFICIOS QUE EL CLERO HA PRESTADO A LA  
AGRICULTURA, A LA INDUSTRIA  
Y AL COMERCIO.

Nadie ignora que el comercio, la agricultura y la industria, son los mas poderosos elementos de prosperidad en las naciones, y que contribuyendo á su engrandecimiento y á su civilizacion, son los agentes que dan impulso á la máquina social y la imprimen movimiento y vida. Muy desde su principio el clero conoció esta verdad, y tan luego como estuvo en disposicion de prestar sus servicios á estos tres ramos de civilizacion, se lo prestó; y como sabia que el sacerdote debe ser todo para todos, que la caridad prescribe que el talento sea comunicativo, y que obremos el bien si hemos de

merecer recompensa; llevado por tan santos principios en alas de su caridad y en cumplimiento de su deber, introdujo en estos elementos sociales su espíritu protector, y á ellos llevó sus auxilios, á ellos dispensó sus favores, á ellos contribuyó con su proteccion, empleando en su favor su influjo, su poder, su ciencia, su trabajo, é imprimiendo en esto, como en todo, su carácter progresivo, sacándolos del estado estacionario en que el gentilismo los habia colocado, paralizando las inteligencias y destruyendo en todas las personas, en todas las almas, ese espíritu de progreso en que el Criador puso á la naturaleza entera.

Para demostrar estas verdades no usaremos de otros argumentos que de los que nos suministra la historia, ni acudiremos á otras pruebas que á los hechos, ni presentaremos otros cuadros que los sucesos; ellos nos llevarán como por la mano á la verdad, y caminando de unos en otros, desde el imperio al pontificado, desde el gentilismo al cristianismo, conoceremos la diferencia, y ella nos hará notar cuánto deben la agricultura, la industria y el comercio al clero cristiano. Entremos de una vez en el exámen, y confúndanse de una vez los detractores del sacerdocio á vista de la verdad; conozcan toda la maldad de su calumnia, y siendo francos siquiera por una vez, confiesen su impostura y coloquen al sacerdote cristiano en el lugar que le corresponde, y habran así repa-

rado una injusticia que tan gratuitamente le han inferido.

Con poco que reflexionemos sobre la civilizacion del gentilismo, nos convenceremos de que era muy poca: si tendemos la vista por las ciudades, hallamos, es verdad, numerosos monumentos, circos magníficos, espaciosos anfiteatros, arcos triunfales, obeliscos, pirámides que desafian al tiempo y á las estaciones, palacios admirables, termas, baños, alcázares; pero estas construcciones, estos milagros del altar, estos incentivos de la vanidad, muy lejos de revelarnos la felicidad, la abundancia y prosperidad del pueblo que los levantara, nos patentiza su miseria, nos demuestra su pobreza, publica su abyeccion. Ellos estaban hechos para servir al capricho y alimentar el lujo de unos cuantos patricios, que mientras el pueblo, que explotaban, estaba sumergido y devorado por la indigencia, ellos consumian ó paras riquezas en lúbricos banquetes, en desordenadas orgías, y arrebatában los brazos que debían hacer florecer la agricultura, la industria y el comercio, empleándolos en servir á su vanidad y á su capricho. Estas construcciones deben hacernos conocer, que eran una carga onerosa que los emperadores imponían á sus súbditos, que para levantar estos alcázares de la molicie tenían que abandonar sus mas honestas ocupaciones, resultando, que para alimentar los vicios tal vez

mas repugnantes de los magnates y emperadores, tenían estos que hacer en el país una requisición de obreros, peones y carros, que alejaban del comercio, industria y agricultura; y de consiguiente, estos monumentos que admiramos, eran tan onerosos como la misma requisición de sus excesivos impuestos; y esto, considerado como levantados en el pueblo conquistador, que si reflexionamos el origen de estas construcciones en los pueblos conquistados, no veremos en cada piedra sino la marca de iniquidad que el vencedor imponía al vencido; y á poco que meditemos veremos las paredes salpicadas con el sudor y la sangre del oprimido, y hallaremos en ellas otros tantos acusadores del despotismo, otros tantos sepulcros de la civilización, otras tantas fosas donde se consumían los brazos de naciones enteras, que antes florecían en industria, comercio y agricultura, y que el pié exterminador de la guerra arrancó de su suelo entre los horrores del incendio, la muerte y el saqueo.

Mas prescindamos por un momento de esto, y pasemos á considerar en su fondo la cuestión. Todos sabemos que entre los romanos, como entre los griegos y los persas, las riquezas estaban monopolizadas entre unos pocos que, constituidos en tiranos de los mas, las manejaban á su placer y hacían servir á los usos mas depravados: nadie ignora que la prosperidad de las naciones, el es-

plendor del comercio, la industria y la agricultura, y la grande consideración de los pueblos no consiste en que numerosas heredades y pingües riquezas estén acumuladas en las manos de algunos; sino por el contrario, esta prosperidad, este esplendor y esta consideración las consiguen las naciones en una distribución equitativa entre todos sus individuos, de lo que sirve para las necesidades de la vida, y para la comodidad de los asociados. Roma, después de haber despojado á todos los pueblos de sus privilegios, después de haber arrebatado con la punta de la espada de sus guerreros el suelo y las propiedades á los vencidos; no contenta con privarles de sus derechos y menoscabar su dignidad, haciéndolos servir sin distinción de sexo, edad, condición ó estado á su lujo, arrebató su territorio, y lo repartió en pequeñas porciones entre sus soldados, á título de recompensas militares, reservándose ella lo restante como dominio militar, para arrendarlo, ya por tiempo limitado, que solía ser el de cinco años, bien á perpetuidad, mediante cierto cánón, que formaba uno de los mas pingües recursos del tesoro público. El repartimiento se hacía según la condición de los individuos, y así resultaba que los patricios se apoderaban de la mejor parte, que procuraban con todo esmero y diligencia acrecer y conservar: para conseguirlo les favorecían una infinidad de circunstancias, y todo parece que

contribuía á sus fines, pues aumentados los artículos en circulacion, el valor del dinero se aumentó; y así fué que la conquista les proporcionaba tierras y esclavos que las cultivaran, aquellas con muy escaso rendimiento, y éstos por un insignificante valor.

Hacian mas: permitian á sus esclavos economizar sobre lo necesario, dedicarse á algun negocio en pequeño y otros arbitrios, que si bien al parecer de cortas utilidades, eran lo bastante para crearse un peculio que ponian á interes en poder de su mismo amo, que de este modo venia á ser propietario, cultivador y banquero. Sostenidas las grandes propiedades por un capital superabundante, necesariamente tienen que aumentarse, y este aumento no puede ser sino á espensas de los pequeños propietarios y absorbiendo cada dia algun modesto patrimonio, y de este modo fué como crecieron las propiedades de los patricios romanos y crecieron hasta el punto de poderse considerar el pueblo rey como una confederacion de pequeños reinos. Poblada Italia de pueblos industriosos, habia visto agotarse y consumirse sus hijos, unos oponiéndose á la tiranía de Roma, otros en las proscipciones que señalaron los triunfos de la ciudad victoriosa, y otros, en fin, ayudándola en sus empresas y derramando su sangre para acrecer un poder que tan perjudicial habia de ser para los enemigos como para los auxiliares.

No estaban aún reparadas las pérdidas sufridas en las guerras púnicas, aun no se habian cicatrizado las llagas que abrió la de los marsos, cuando estallaron las guerras civiles que en su desbordado furor todo lo confundieron, todo lo arrollaron, todo lo destruyeron. A los males no pequeños que causó la guerra se agregaron los de la victoria. Sila, y mas aún que él Augusto, repartieron entre sus veteranos aquellas hermosas y fértiles campiñas, aquellas deliciosas comarcas, y así los propietarios espulsados de sus campos y de sus lares, de sus casas y de sus templos, y hasta de los sepulcros de sus padres, tuvieron que acudir á Roma, pobres y sin recursos, desnudos y sin alimento, á mendigar de sus mismos usurpadores, de sus despiadados tiranos, un pedazo de pan con que alimentarse, un albergue en que guarecerse: en tanto que el veterano tan fácilmente enriquecido está fuera de su elemento, ni conoce la industria que adquiere, ni la economía que conserva; habituado á la imprevisión del soldado, á llevar su sustento en la punta de su lanza, sin apego al trabajo y estremadamente inclinado á la disipacion, frutó de las liberalidades y de las rapiñas, se entregaba á los placeres, á la crápula y á la perversion; y entre el bullicio de las orgías y el polvo de los circo y anfiteatros, y el lodazal de los lupanares, veia desaparecer sus bienes y tenia que acudir á hipotecar su hacienda, sus muebles,

su casa misma, para volver desnudo, tan pobre como estaba y mas corrompido y vicioso que era, á buscar en aquella Roma, que tan bien cuadraba á su corrupcion, un pedazo de pan con que alimentarse, nuevas aventuras que emprender y nuevos placeres en que engolfarse.

Entretanto los campos quedaban sin cultivo, se apoderaba de ellos el fisco ó caian en manos de ricos propietarios que aumentaban con ellos su peculio, formando de este modo inmensas fortunas, por medio de la absorcion de las pequeñas, de donde resultaron aquellos *Latifundia*, de quien dice Plinio en el tomo 18 de su *Historia natural*, que perdieron la Italia, y en los cuales resultaba, que un solo individuo con estas pequeñas agregaciones habia logrado aumentar su patrimonio hasta poseer un territorio, cuya conquista habia bastado para el triunfo de un caudillo, para renombre de un héroe, para la formacion de un patriciado.

De esto sucedió, y no podia menos de suceder, que á medida que las riquezas se iban acumulando en pocas manos, el pauperismo se aumentaba extraordinariamente, pues tantos como desapropiaba la guerra ó perdía el juego ó la disipacion, venian á ser otra vez pobres, aumentando el número de los que nada tienen, los propietarios desposeidos, los cultivadores libres, á quienes arruinaba la concurrencia de vastas esplotaciones de

esclavos, los deudores, á quienes devoraba la usura, en fin, todos los plebeyos, si se exceptua un muy corto número, que por un valor ó talento eminente llegaban á los primeros puestos de la milicia ó del Estado, y así conseguian un lugar entre el órden de los caballeros; aristocracia nueva tan orgullosa como la antigua, que por medio del dinero la sustituia con todos sus vicios, con todas sus iniquidades, y sin ninguna de sus virtudes.

La plebe, por el contrario, formaba un conjunto de hombres libres y privilegiados en el órden civil, que representaba un partido temible por todos conceptos; por su número, por sus hábitos guerreros, por el poder de la legalidad y del comun acuerdo; partido formidable, siempre dispuesto á todo evento, á servir al que le ocupaba, á proteger la causa del que mas le ofrecia, á la guerra, en fin, que consideraba como el elemento de su encumbramiento, como el medio de satisfacer sus instintos feroces, sus hábitos brutales, sus viciosas costumbres. Los patricios, pues, en medio de un pueblo de esta naturaleza, podian sostener con ventajas cualquier clase de lucha, pero llegó un dia en que los pobres, que sucumbieron con los tribunos en el campo de Marte, triunfaron entre el estruendo de las guerras civiles, cuando las proscripciones arrancaban los bienes á los antiguos propietarios para que sirvieran de recom-

pensa á los que ayudaron á los triunviros y pusieron en sus manos la victoria.

Este cambio de dueños y propietarios en tiempo del imperio, dió origen á un nuevo sistema de economía y hacienda. De unos en otros habian venido los antiguos dueños cultivando sus campos por medio de esclavos, y los propietarios continuaban por tradicion este método, sucediendo que la agricultura estaba encomendada al cuidado de esclavos que ponian bajo la direccion de otros de su misma condicion: como los nuevamente enriquecidos no pensasen en otra cosa que en disfrutar entre el lujo, la crápula y la molicie, unas riquezas tan vilmente adquiridas, como neciamente malgastadas, no se cuidaban del cultivo, ni menos pensaban en su aumento, y así las arrendaron para entregarse con mas libertad á los vicios y al desenfreno, á cultivadores libres que, viendo ocasion tan propicia, las labraron de su cuenta y riesgo, las esplotaron y las hicieron producir en su justo valor. Este arrendamiento se hacia por un tiempo determinado, y su paga era en metálico, segun el número de esclavos que tenia para su cultivo; sin embargo, cuán incierta era la renta, puede calcularse tomando en cuenta y no perdiendo de vista la multiplicidad de las distribuciones gratuitas, cuya munificencia entorpecía y amenaguaba toda especulacion privada; á esto hay que agregar los monopolios, y esos tesoros que de re-

rente ponía en circulacion la victoria, y que haciendo subir el precio del dinero alteraban caprichosamente el valor de los géneros enviados al mercado por el propietario.

Esto hizo que se disminuyese el número de los arrendatarios; y habiéndose aumentado la dificultad de arrendar los bienes á cultivadores libres, se introdujo un nuevo sistema de economía rural, cual fué cambiarse en colono servil el esclavo: entonces se le permitió tomar mujer, tener hijos y disponer de su peculio, á condicion de pagar un censo anual. Esto seguramente hubiera podido producir el rescate del esclavo; pero como fuese cada vez en aumento la desproporcion entre pobres y ricos, y el sistema de hacienda adoptado á consecuencia de las necesidades de la república, cada vez mas apremiante, hiciese mas visible este aumento, se llegó á temer que el propietario vendiera los esclavos y dejara los campos sin cultivo; y á este temor, á esta desconfianza se debe, que se decretase que el colono permaneciera con su familia apegado al terreno y fuera vendido con ella. Esta medida, si bien le proporcionaba el consuelo de no separarse de las prendas mas queridas de su corazon, hizo aun mas dura y triste la condicion del esclavo y produjo mucha desigualdad en la distribucion de los trabajadores que, acumulados en unos puntos, en otros se hallaban diseminados, y tanto, que apenas habia para el trabajo mas preciso, por lo

cual los maltrataban horrorosamente, y su número fué disminuyendo diezmando por el hambre, los rigores y el excesivo trabajo. De esto resultó, que á fines del siglo II de la éra vulgar, quedaron baldíos muchos campos florecientes y bien cultivados otros días mas felices, cuando los equos, sabinos, volseos, etruscos y cisalpinos, respiraban su aire bajo la égida protectora de sus leyes, y terrenos inmensos fueron invadidos y ocupados por jardines de recreo totalmente improductivos.

Así aniquilada la agricultura italiana, Roma tuvo que proveerse de aquellos mismos pueblos que, en tiempos no muy remotos, venian á infestar la Italia atraídos por la fertilidad de sus campiñas y la hermosura de sus ricos viñedos; pero hubo un día en que las legiones romanas pasaron los Alpes, y sus escuadras victoriosas surcaron los mares y con la victoria llevaron allá tambien la desolacion. Grecia, Siria, la Galia, España y las Baleares, vieron desaparecer sus plantíos y sus campos incultos, porque sus hijos pasaron á engrosar los ejércitos de sus opresores. España, Mileto y Laodicea, cuyos mercados habian sustituido á los de la Apulia y la Eugania en el comercio de lanas, vieron tambien desaparecer sus celebrados rebaños ante el hacha de las legiones invasoras, y ya la gente acomodada de Roma, para saciar su lujo, tuvo que acudir á la púrpura de Tiro, Getulia y de la Laconia, que se hacian pagar á un pre-

cio exorbitante, pues llegó hasta la enorme cantidad de mil dracmas libra.

En esta época de muerte y marasmo para el colono, en los tiempos en que los espedientes fiscales por un lado, y la exigencia de las necesidades por otro; y en una palabra, en el que cambios tan repentinos como funestos habian conducido la agricultura casi á su aniquilamiento, la industria no podia menos de resentirse, de sufrir detrimento, de tocar á su muerte, y así sucedió efectivamente. Las corporaciones de obreros libres no habian podido prosperar en Roma, merced á las manufacturas serviles, y la razon es muy clara; las manufacturas viven del consumo, prosperan con el consumo y mueren sin el consumo: un pueblo, cuyos patricios tenian á sus órdenes millares de esclavos, hechos cautivos en las conquistas de las ciudades avasalladas, donde se dedicaban á toda clase de industria, tenia en su casa industriales de todo género, á quienes se hacia elaborar los artículos que necesitaba para su uso, para su utilidad, para su recreo, y hasta para su lujo; y esto hacia necesariamente que los ciudadanos acomodados nada tuviesen que traer de fuera de su casa, lo cual acarreaba, como es natural, el menoscabo y muerte de la industria que, como acabamos de manifestar, no vive sin el consumo, que no podia haber teniendo todo lo necesario los ciudadanos dentro de su propia casa. Con posterioridad á es-

to los extranjeros que vinieron de todas partes á aumentar el vecindario de Roma, se apercibieron que las telas y demas utensilios que se compraban en las tiendas, salian mucho mas baratos, y se compraban con mas equidad que los que se fabricaban en las casas por los esclavos, y esto causó el abandono de la industria doméstica y el aumento de los artesanos libres, á lo cual contribuyó eficazísimamente el sistema de igualdad adoptado por los emperadores; pero en la industria, como en la agricultura, se negó el derecho libre; y como los colonos fueron encadenados al terruño, los artesanos, bajo el espacioso pretexto de sujetarlos á un órden regular, fueron encadenados á su oficio.

Sin la mas mínima idea de libre concurrencia, y considerando necesaria la intervencion de la ley en todo para asegurar esa mal entendida prosperidad pública, que se quiere hacer consistir en la precision del interes privado, se reformaron entonces las corporaciones de obreros y se organizaron en cada ciudad las que se creyeron necesarias para su consumo, y para satisfacer sus necesidades; traba que como puede fácilmente comprenderse, era un elemento destructor de la industria, á cuyo ejercicio solamente podian dedicarse un cierto número de personas determinadas. Aquí las corporaciones que pueden calificarse de accesorias se agrupan en torno de la principal, se las

gradúa en clases, y se las concede como un privilegio el tránsito de una á otra, de la en que está afiliado á la inmediata categoría, y esta segunda traba no es menos perjudicial que la primera; sin embargo, no concluye con esto todo el mal. Establecido un fondo social por el emperador, por los comunes, ó por los obreros mismos en beneficio de la corporacion, con igual derecho á él el que contribuye que el que nada aporta, como en la corporacion puede entrar todo hombre libre, resulta necesariamente que el valor mas mínimo, el mas insignificante adquiere un precio; pero este peculio, este precio, este interes no es en beneficio del individuo que no puede disponer libremente de él, sino precisamente en favor de uno de sus consocios, y de este modo contra lo que dicta la equidad y la sana razon, el industrial pertenece á su industria. Hay más todavía: como si lo que dejamos espuesto no fuera bastante, el fisco llevó tambien á estas sociedades su influjo malféfico, abrumándolas con enormes cargas, derechos de venta, derechos de peaje; y por último, la contribucion llamada *auraria*, que debia pagarse en oro precisamente, y á la que todos los asociados estaban solidariamente obligados con sus bienes libres raices.

Por el simple relato que acabamos de hacer, se viene fácilmente en conocimiento del estado en que se encontrarían la agricultura, la industria y



el comercio en tiempos tan calamitosos, y sin mucha dificultad ni gran estudio se conoce, sin mas que guiar la vista por el triste cuadro que acabamos de trazar, que no habia ni agricultura que crease la riqueza, ni industria que la inmortalizase, ni comercio que la esparciese y comunicase á otros paises; y en su consecuencia, que pueblo tan malamente gobernado no podia hacer grandes progresos ni ser feliz, y mucho menos rico, y por lo mismo que Roma, aquella ciudad tan fastuosa, cuyos monumentos visitamos con admiracion, cuyos recuerdos nos elevan, era un pueblo miserable que se asemejaba á un campo de nieve que encubre bajo su trasparente blancura un monton de fetidez é inmundicia, cuya vista asusta, y así era en verdad, y mil circunstancias nos lo demuestran, y á poco que meditemos desaparece hasta el mas pequeño átomo de dudas. A Roma acudia de todas partes un inmeso gentío, cuantos en todos los ámbitos del imperio se veian acometidos de la miseria y del hambre; así, pues, calcúlese cuánta pobreza, cuánta corrupcion no debia haber entre aquella multitud desocupada, entre aquella turba de holgazanes que solo pensaban en vivir del erario y en mantenerse de las distribuciones públicas ó de los vicios, ó de su propia infamia; así fué como se multiplicaron, y no podia ser otra cosa, los ciegos instrumentos del lujo y del libertinaje: entonces fué cuando se llenaron las casas princi-

pales de verdaderos esclavos, parásitos aduladores del que tenia, prontos á satisfacer sus caprichos, con tal que á su vez ocurriese á sus necesidades ó á sus vicios, y creció tanto el número de estos despreciables entes, y fué tal su afluencia, que hubo necesidad de un nomenclador para recordar sus nombres.

De aquí surgieron una porcion de necesidades al Estado; primero tuvo que cuidar del alimento de estos vampiros sociales, y para ello se vió precisado, como cosa indispensable, á mantener la libertad de comunicaciones entre Roma y la Sicilia, Africa y Egipto, que era de donde conducia los granos y las subsistencias, lo cual le hizo mantener grandes escuadras en cuyo armamento invertia no escasas cantidades. ¡Desventurado el gobierno el dia que no llegaran las subsistencias! aquellas gentes famélicas se lanzarian al crimen, y la ciudad, los patricios, los emperadores mismos se verian envueltos en la ruina, amenazadas sus propiedades, sus casas, sus mismas personas; así lo comprendió Aureliano cuando escribiendo al prefecto de subsistencias, le encargaba, sobre todo, y como la necesidad mas apremiante, "que cuidase de hartar á la plebe;" de aquí resultó que se tenia como sagrada la escuadra encargada de conducir los trigos á Roma, y que por una ley los navíos que abordaban á Italia con trigos, estaban exentos de toda clase de derechos, y de aquí por

último vino á resultar que los tiranos supieran el modo de perpetuar la dominacion y de imponer su cetro de hierro á los hombres de bien, sin respeto de ningun género, sin consideracion alguna, sin temor de ninguna especie, pues con conceder al pueblo franquicias, con divertirle en los espectáculos y alimentarle podia cometer toda clase de desafueros, seguro que serian canonizados como otras tantas virtudes, por un populacho desenfreñado, que se encargaria de ser su panegirista, su vengador y su escudo, con tal que acorriese á una holgazanería á todas luces criminal, pero en la que miraba la quinta esencia de la bondad de gobierno, de la equidad y de la justicia.

Hay un edicto de Diocleciano fijando el premio de las subsistencias en una época de carestía, y su contenido nos revela la miseria del pueblo rey, y nos pone de manifiesto su pobreza, pues de él aparece estaban en la misma proporcion, siendo el de un peon cinco francos sesenta y dos céntimos, y el de un litro de vino, trece francos cincuenta céntimos; una libra de carne de vaca, dos francos cuarenta céntimos; una liebre, treinta y tres francos setenta y cinco céntimos; una libra de pescado, cinco francos cuarenta céntimos; cinco lechugas, noventa céntimos; un litro de aceite, diez y ocho francos, y así en todo lo demas, de modo que con un jornal tan escesivo apenas podia el peon proporcionarse un alimento tosco é

insalubre, y esto en una nacion donde cuando el pueblo en su mayor parte no tenia con que alimentarse, un Vitilio gastaba en su mesa ciento setenta y cinco millones anualmente.

Para remediar este mal no habia mas que un medio, que era el comercio, y ciertamente los habitantes de las provincias que aun no habian sufrido el azote de las agitaciones de los bárbaros, ni las iniquidades de los emperadores, de quienes los salvaba la distancia y que disfrutaban el don envidiable de la paz, dirigian de buena voluntad sus hijos al negocio, y los dedicaban al comercio desde que las carreras estaban cerradas ó llenas de trabas, á fin de que tuvieran menos contacto con el monarca. Pero con tan buena proporcion para dedicarse al comercio en medio de tan diversos pueblos reunidos por la lengua y las leyes, los romanos miraron siempre como una humillacion dedicarse á las artes manuales, y así fué que aun en tiempo de Constantino se reputaban infames los que se dedicaban al comercio por menor, y ejercian alguna industria <sup>1</sup>, y sus hijas estaban clasificadas como las esclavas. Honorio y Teodosio prohibieron á los nobles como una cosa degradante dedicarse al comercio, sobre lo cual debe verse el código Justiniano IV. 63. III; á todo esto hay que añadir las trabas que ponian los ar-

<sup>1</sup> Lib. V. cod. de nat. 40.

rendatarios de las rentas públicas con derechos y peajes continuos y enormísimos, y el monopolio que otros ejercian sobre ciertos y determinados artículos, y que le ejercian porque lo habian comprado á los emperadores.

El comercio con Oriente era desastroso, los aromas y demas ingredientes que servian para unguentos y cosméticos se pagaban á un precio exorbitantísimo, y lo mismo las piedras preciosas y telas de lujo, y lo que es mas, hasta los medicamentos, sin duda por la vanidad de que costara caro hasta la muerte á los que habian gastado su vida en una lamentable disipacion, y en goces continuos, y así debemos creer que el deseo de entablar relaciones comerciales atrajo á Roma aquellos embajadores, seres, sármatas, scitas y tropobanos que aportaron á la ciudad reina sin duda para abrir y facilitar la comunicacion con un pueblo que tanto oro derramaba en sus paises respectivos.

A mas de los objetos de lujo y corrupcion anotados, nos resta hablar de otro cuyo solo pensamiento horroriza, y es de los eunucos, instrumentos miserables de la depravacion y el vicio, y cuya posesion costaba inmensas sumas, pero que nos dará una idea bien triste del estado de una civilizacion, que no contenta con prostituir al hombre en los mercados como esclavo, le prostituia en los lupanares, llevando el envilecimiento al último

grado. Sin embargo, estos esclavos de nuevo género, esta depravacion de la especie humana, se pagaba hasta el extremo de referirnos Plinio en el libro siete de su Historia natural, que Sejano pagó uno en nueve millones ciento noventa mil francos, ó lo que es lo mismo, en cincuenta millones de sextercios.

A pesar de todo esto, es indispensable confesar no era solo dinero lo que se enviaba fuera, sino tambien mercancías; la industria era activa en algunas provincias del imperio, y en Egipto sus habitantes continuaron dedicándose á ellas con bastante actividad, si bien sus sacerdotes les habian hecho conocer sus ventajas, é impulsado á ellas muy desde su principio, educacion que todo el estruendo de las armas y el peso de la conquista no habia podido extinguir; así es que eran celebrados los paños de Arsinoe, la alfarería de Coptos y Naucrata, el vidrio de Dióspolis, y las telas de lino y alfombras de Alejandría ademas del papiro. Todos estos objetos se esportaban á la India y Etiopía para ser cambiados por géneros de estos paises, ademas del hierro, plomo y estaño que producía el Norte, y de los aceites y vinos que allí conducian Italia y Laodicea. Con todo, los árabes solo admitian dinero por sus mercancías, y lo mismo los seres y los pueblos situados á las orillas del Ganges, y no lo admitian porque sus paises les producian cuanto necesitaban, y así es

que según Plinio en su libro doce de la Historia natural se cuenta que salían del imperio todos los años para estos países mil millones de sextercios, ó lo que es lo mismo, ciento noventa de francos. Estos males estaban en la legislación misma como dejamos espuesto, y es censurable que ésta prohibiese el comercio á las personas de elevada clase, "no como deshonoroso, dice, sino porque los esponía á hacerse delincuentes respecto de los demas <sup>1</sup>." Tal era la idea que se tenía entonces del comercio, idea que traía consigo infinitos males como se deja conocer, males que solo el clero supo remediar.

Antes, sin embargo, de entrar en la reparación permítasenos algunas reflexiones sobre lo que acabamos de esponer y concluir el cuadro empezado en el imperio romano con los negros matices que le añadió la irrupción de los bárbaros; para esto necesitamos empezar manifestando, que la población agrícola se dividía en colonos libres y esclavos, distinción que puede comprenderse solo en el nombre, puesto que unos y otros eran muy poco superiores á los animales que los ayudaban á cultivar los campos. Distantes de los amos, estaban bajo la autoridad y dirección de algun esclavo ó liberto predilecto que ejercía sobre ellos una autoridad omnímota, tan orgullosa y tiránica co-

<sup>1</sup> Cod. Just. IV. 63. III.

mo lo es siempre la del servidor que manda. Estos, pues, muy lejos de inspirar á los colonos sentimientos elevados y de dar realce á su valor con una instrucción cualquiera, entraba por mucho en las miras de sus amos conservar su ignorancia y envilecimiento con el objeto de que, ignorando su valor, jamás se rebelaran contra el cetro de hierro que los oprimía. Así era, que el mísero colono no tenía espedito medio alguno legal para que sus clamores llegasen á su amo, ni menos para fomentar sus quejas en contra de la opresión que le aherrojaba; agravado con un censo siempre en aumento contraía deudas, cuando la opresión llegaba á su colmo apelaba á la fuga, abandonando casa, campos y familia, para ingresar en el servicio de otro y volver así á remachar sus cadenas, empezando una nueva serie de padecimientos, á menos que su antiguo amo le reclamara por medio de los procedimientos sumarios establecidos por la ley.

La suerte de los cultivadores esclavos era preferible á la de los colonos, porque al fin eran alimentados por sus amos, ávidos siempre de conservar las vidas de aquellas máquinas animadas y de esplotar hasta su último suspiro; y sin embargo, sucumbían á una muerte prematura á impulso de las fatigas y de la dureza con que inspectores y mayordomos los trataban; pero estos huecos no se llenaban con facilidad, puesto que las victorias

que otro tiempo proveían superabundantemente las vacantes habian cesado; y por consiguiente, para haber de adquirirlos era preciso, indispensable, acudir á los bárbaros ó comprarlos entre los condenados á castigos. Estos no podian soportar la opresion, porque ni habian nacido en ella, ni estaban acostumbrados ni educados para ella; y como habian tenido personalidad y conocian su dignidad de hombres, sufrían la opresion á mas no poder, y con la vista en el látigo, que si les atemorizaba, no es menos cierto que los exasperaba también, y así á la primera ocasion se escapaban, y como no tenían de qué vivir, se entregaban á la vagancia; otras veces se mancomunaban y conspiraban contra las vidas de sus amos, metiéndose en los bosques con el nombre de *bagaudos*, de *lin-cigantes* ó bajo cualquiera otro, y allí se entregaban á los crímenes, viviendo del robo á mano armada, del homicidio y del delito; y sin embargo, estos delitos se justifican en la pluma del historiador Salvio con estas palabras: "¿Cómo osamos, dice, llamar rebeldes y criminales á aquellos á quienes nosotros mismos empujamos al crimen y á la rebelion?"

Otro mal trajo aún mas grave esta direccion: como se les perseguía de muerte, para salvar sus vidas y vengarse se marchaban á los bárbaros, aprendían su idioma, les servían de guías é insultaban los desastres del pueblo despues que se ha-

bían libertado de sus cadenas, ó lanzándose fuera de sus guaridas acometían á los cultivadores, acrecentando mas y mas sus miserias. Cuando el propietario atacado era algun opulento patricio ó algun rico senador, requería la fuerza pública y repelia con las armas la agresion, en vez que el pequeño propietario, como las leyes, le vedaban el uso de las armas, se encontraba sin defensa alguna, espuesto al peligro <sup>1</sup>. En este caso, no le quedaba otro recurso que vender su heredad á algun rico vecino ó dejarlo baldío, dado caso que el fisco no se lo apropiase en pago de sus enormes exacciones, cuyas iniquidades se habian aumentado con la escesiva avaricia de los emperadores y con las servidumbres inventadas para encadenar á las personas y á las propiedades. En virtud de tan inicuos medios fué como se dispuso que los esclavos se hallasen adheridos al amo, los colonos al terreno, los artesanos á su oficio, de la misma manera que lo estaban los decuriones al municipio con sus personas, con sus bienes, con sus hijos, con el derecho de accion, con el amor al suelo nativo <sup>2</sup>. Un gobierno que no sabia sacar riquezas sino de la conquista, una vez que ésta concluyó, no tuvo otro recurso que esplotar á sus súbditos; y así es, que de dia en dia, mas avariento

1 Ley de Valentiniano de 364. Cod. Teod. XV. 15. I.

2 Mayor Novell. IV, 1.

de hombres y dinero, pide tanto mas á las provincias, cuanto menos se ocupa de su suerte y bienestar. Los súbditos no satisfacen los pedidos y se manda los paguen los decuriones, abandonan las tierras y se obliga á los demas propietarios á comprarlas. Los decuriones, odiados por los que han convertido en tiranos, y odiando porque á su vez son oprimidos, se sustraen á sus funciones, pero se les sujeta á ellas por la fuerza; y ademas, son conferidos á los bastardos, á los judíos, y aun á los desertores, y así el título de ciudadano romano, antes estimado y adquirido á enorme precio y como premio de ilustres servicios, se eludía y repudiaba como infame.

Menos poderoso y mas sencillo era el método de exaccion usado por los bárbaros, que aquella estorsion bajo un gobierno corrompido, en que los andrajos de una libertad destronada y proscripta, se mezclaba con los horrores de un despotismo cruel y de una servidumbre efectiva. Millares de esclavos solo aspiraban la hora en que sus amos y opresores cayeran en la abyeccion y el desprecio para desasirse de sus cadenas, y tirarlas al rostro odiado de sus tiranos: sometida la poblacion del campo, que era cultivádose al ominoso yugo del empadronamiento, y á sus servicios corporales, intolerables y penosos, ofrecian sus brazos á cualquiera que les otorgara algun alivio ó les brindara un cambio de males, al par que los

de las ciudades estaban dispuestos á favor del que rompiese aquella red de Penélope, aquella inmensa tiranía que envolvía al mundo entero desde el emperador hasta el último esclavo.

Este estado social del mundo fué quizás el mas poderoso auxiliar de los bárbaros, pues en los descontentos encontraron un fuerte elemento que aligeró su triunfo, y los ayudó á repartir los despojos del pueblo rey, el manto carcomido de la señora del mundo; pero el triunfo de las hordas toscas y semisalvajes del Norte no mejoró la condicion de la agricultura, de la industria y del comercio; pueblos guerreros por naturaleza, su patrimonio era la espada, su estudio los campos de batalla, su industria asolar campos y ciudades, y su comercio hacer esclavos; la humanidad no ganó, pues, este cambio, ni menos las artes, ni tampoco la agricultura, y cuanto de ello se salvó fué debido al clero.

Por fortuna entre ellos dominaba ya el cristianismo, y este elemento civilizador que en Occidente y Oriente entre los pueblos cultos estaba paralizado, merced á las herejías y á los restos del paganismo, ejerció en el ánimo de los nuevos guerreros un influjo benéfico que suavizó sus costumbres salvajes, y amansó sus instintos feroces. El clero, con la caridad en los labios, fulminando castigos contra los transgresores de tan hermosa virtud, y prometiendo bienes infinitos á cuantos

la practicasen, hizo convencer á los bárbaros que vencedores y vencidos habian sido redimidos con una misma sangre y eran hijos de un padre comun. Al lado de los castillos que el feudalismo, elemento que importaron los conquistadores, levantaba, se erigia una ermita, y en aquella ermita el sacerdote del Señor esparcía consuelos á los oprimidos; la aldea que se tendia al lado del almenado alcázar de aquel señor, era un pueblo agrícola, industrial y comercial que contribuía, es verdad, al lujo del opulento castellano, á su vanidad, á sus vicios, si se quiere, pero el sacerdote que administraba el pasto espiritual, la palabra de vida á siervos y señor, á vencedor y vencido, era el tribuno que abogaba por el pobre, por el oprimido, por el que sufría; hijo del pueblo salido de sus filas, entre aquellos colonos, tenia hermanos, parientes, sus padres tal vez, y sus miserias no podian serle indiferentes, era el pastor de aquel rebaño que Jesucristo habia puesto bajo su cuidado, y tenia que proveer á sus necesidades y proveer efectivamente, y de aquí resultó aquel cariño, aquella veneracion, que mas tarde, en nuestros dias, se ha calificado de supersticion, de fanatismo, y cuya posesion se ha atribuido sin conciencia ni criterio con el mayor descaro, con la mas cínica desfachatez, á los medios mas reprobados, á las raterías mas groseras, al mas criminal egoismo, sin tener en cuenta que en un

tiempo en que se proclama la soberanía de los mas, y cuando el número decide, concediéndosele cierta especie de infalibilidad, debia mas que nunca establecerse aquel axioma tan decantado cuando conviene, como despreciado cuando no llena los deseos de ciertas gentes. Todos no se engañan, ni mienten, ni se equivocan.

Pero vamos al asunto; aquel sacerdote, protector de las gentes del campo, al par que amansaba los instintos guerreros del señor, inclinándole á la paz, llevaba el amor al trabajo al corazón de los colonos, presentándosele como una virtud, y de este amor nació la prosperidad de la agricultura, de la industria, del comercio, á él se debe que los campos que poco antes eran mansion de sabandijas, incultos y yermos, se convirtiesen bajo el peso del arado y el golpe de la hazada en verjeles hermosos, llenos de verdor y vida, en campos bien cultivados, en frondosos viñedos que producian cuantos frutos, cuantas legumbres, cuantos granos son necesarios para el sustento. Hizo más: con sus viajes, con sus peregrinaciones, al par que descubria nuevos pueblos adonde llevar la luz de la verdad y á quienes predicar el Evangelio, descubria nuevas producciones, vegetacion nueva, árboles desconocidos, frutas no vistas, flores, plantas, legumbres utilísimas para la vida por sus virtudes medicinales y alimenticias.

El sacerdote predicaba una religion fundada

sobre el amor de los hombres á Dios, á sus semejantes, y la sabiduría de esta religion debia nutrir el cuerpo social, llevar á él su espíritu introduciéndole en las costumbres, en la civilizacion, en las leyes; y este amor, una vez posesionado de los corazones, debia desterrar los rencores, los odios, las malas voluntades, la bárbara complacencia de oprimirse, de despedazarse, de aniquilarse, y de aquí debia nacer la estincion de la guerra, del derecho de conquistar, del de la ley de la fuerza y el imperio de la paz; el imperio de la paz debia traer necesariamente el amor al trabajo, y aquellos brazos empleados con menoscabo de las artes, la industria, el comercio, la agricultura en las ciencias, en matar, destruir y asolar, iban á dedicarse á las labores y á cambiar la hoz por la espada, el martillo por la lanza, los campos de batalla por los talleres, contribuyendo así con su inteligencia, con su laboriosidad y con sus brazos al bien de la sociedad, al triunfo de la razon, sobre la fuerza brutal, al desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria, y á la prosperidad del Estado; y así fué efectivamente, merced á los desvelos del sacerdote de Jesucristo, á sus exhortaciones y á su ejemplo, á la proteccion que dispensó al pobre y á los consejos que dió al poderoso.

Por ellos el magnate, el opulento señor, el soberano mismo, depusieron su amor á la guerra; y

á las rapiñas gloriosas sucedió el amor á las artes; entonces fué cuando conoció que los campos le debian proveer lo necesario para su sustento, y que de sus productos debia sacar para que las artes y la industria proveyese á sus comodidades, á su lujo y hasta á lisonjear su vanidad, y de este modo les prestó su apoyo, su proteccion, y contribuyó á su prosperidad. En esta nueva senda civilizadora, la Iglesia marchó al frente, se puso por modelo de los grandes y poderosos, y con su ejemplo colocó el mundo en el progreso agrícola é industrial. Y porque no se diga que al establecer este principio obramos caprichosamente, vamos á esplanar un poco nuestro aserto.

Luego que la Iglesia por las leyes de Constantino y sus donaciones, y las de sus sucesores y los particulares se hizo propietaria, estuvo en el caso de hacer prosperar sus rentas, y aquellos inmensos tesoros arrancados á los municipios y puestos en sus manos, fueron el objeto de sus cuidados, empezó por mejorar la condicion de los siervos que con el terreno recibiera, y de uno en otro paso los elevó á la condicion de colonos libres, alentó el trabajo con recompensas, salvando la valla que impedia que el siervo fuese colono libre, y éste propietario no paró hasta que consiguió este objeto; merced á sus desvelos, el esclavo de ayer mañana fué colono libre, los hijos de éste llegaron á ser propietarios, y en sus nietos empezó ya



esa clase media tan ponderada, elemento el mas vital de los Estados, segun los filósofos de nuestros dias, y que sin el clero, sin su proteccion jamas hubiera salido de la miseria, de los trabajos, de la esclavitud.

Así es que el sacerdote se aplicó á mejorar la condicion del esclavo desde el momento en que tuvo ingreso en los consejos de los emperadores, y este amor á sus semejantes fué el que le hizo aconsejar esas leyes que ponian bajo su proteccion los esclavos<sup>1</sup>. Este mismo amor le hizo llevar su caridad al corazon de los bárbaros, infundiendo en ellos tal respeto á los templos, que admira verlos entrar á saco las ciudades y preceptuar que no se toquen los bienes de la Iglesia, modo generoso con que el clero, al par que tributaba su homenaje de respeto á Dios, haciendo inmunes sus templos, preparaba á la humanidad un asilo contra el furor de los conquistadores y el desenfreno de los bárbaros.

En su prosperidad la Iglesia, respetados y atendidos sus ministros por los bárbaros, con bienes para el culto y para el sustento del sacerdote, este hombre humanitario y comunicativo emprendió el modo de aumentar sus productos, y sin necesidad del sistema de Furrier empezó su obra construyendo aldeas en los campos y formando

<sup>1</sup> Cod. Just. de Episc. aud. 1. II.

así poblaciones agrícolas que se dedicasen al cultivo de la tierra: en medio de poblaciones humildes se eleva una pequeña Iglesia servida por su párroco que era el maestro, el director y el padre del pueblo, á quien aconsejaba, dirigia é ilustraba, imponiéndole en la moral del Evangelio, animándole al trabajo, alentándole con la promesa de mejorar de suerte en esta vida y merecer la recompensa eterna.

De este modo planteada la poblacion rural, tendió el sacerdote su vista al esclavo, y compadecido de sus males se propuso remediarlos. Llenos están los concilios de cánones dirigidos á este humanitario objeto; citemos algunos para confusion de los detractores. Ya hemos visto la ley de Justiniano, que pone bajo la proteccion de los obispos los esclavos; pero esto no era suficiente al que necesitaba conseguir su libertad, era necesario elevarlos desde la cualidad degradante en que la usurpacion y la conquista los habia colocado, á la dignidad de hombres libres que proclama el Evangelio; pero tenia para esto que acomodarse el clero á las costumbres y no violentar las transiciones; y al efecto, empezó por asegurarlos de los malos tratamientos, dictando cánones é imponiendo castigos á los que los maltrataren, para cuya comprobacion bastará que, entre los infinitos que se ven en los concilios, citemos el siguiente que es el 8 del concilio de Lérida. "Los clérigos, di-

ce, que maltratan á sus esclavos ó los sacan de las iglesias, sean privados de su dignidad hasta que hagan penitencias." Así garantidas sus personas contra el látigo de sus opresores, viene luego el concilio tercero de Toledo, y en su cánón sexto establece: "Que se concede la libertad á los que la han recibido de los obispos con arreglo á los cánones, y se haga lo mismo con los que han puesto bajo su proteccion otras personas:" el cánón quince autoriza á los esclavos para poder testar á favor de las iglesias, y el veintiuno excomulga á los jueces y recaudadores que los vejan con nuevos tributos: viene en seguida el cánón treinta y dos del cuarto concilio toledano, estableciendo: "Que los obispos por institución divina son protectores de los fieles, y que si los magistrados ó los poderosos oprimen á los pobres, deben reprenderlos, y si no se enmiendan hacerlo presente al rey." Y como si esto no fuera bastante, los concilios posteriores de Toledo y otros puntos de España, establecen ordenamientos que aseguran las personas y los bienes de los libertos contra las demasías de los poderosos y los abusos de los jueces; y así, llevándolos en escala progresiva de derechos, no termina su trabajo hasta igualarlos á sí mismo, abriéndoles la puerta de las órdenes sagradas y del sacerdocio, estableciendo el cánón once del noveno concilio toledano, que dice: "Si el obispo quiere ordenar á los esclavos de la Igle-

sia les dé libertad, y que siendo de buenas costumbres y arreglada conducta, pueda promoverlos á las órdenes superiores." Compárese esta conducta del clero con la de sus acusadores, y se verá, que mientras estos oprimen al pobre y le desprecian, y le insultan, y le dejan morir de hambre, aquel le alivia su suerte y los eleva hasta sí. Considérese cuánto el clero hizo por el oprimido, y compárese con el estado en que se encontraban los esclavos en el periodo del imperio, entonces se verá la diferencia, y á su vista no podrá menos de apreciarse en cuanto vale ese clero que se vilipendia tan sin caridad, entonces se conocerán sus sentimientos humanitarios y se podrá decir si es ó no cruel, si es ó no déspota, si es ó no sanguinario. ¿Qué hicieron por los esclavos los emperadores? Verdad es que en algo habian mejorado su suerte las leyes de Claudio <sup>1</sup>, Neron <sup>2</sup>, Adriano <sup>3</sup>, Antonino y Diocleciano <sup>4</sup>, contenidas en el Digesto y código Justiniano; pero no por eso dejaba de considerárseles como una segunda especie de hombres <sup>5</sup>, y una ley de Constantino <sup>6</sup> destinada á defenderlos, enumera las atrocidades

1 Dig. XLVIII. 8. II.

2 Id. II. 2.

3 Id. I. 6. II.

4 Cod. Just. I. 19. I. VII. 13. I.

5 Floro. Hist. III. 20.

6 Cod. Teod. IX. 12. I.

de que eran víctima y los atropellos que con ellos se cometían, probándose así que estaba reservado al cristianismo mejorar su condición y aliviar su suerte, como efectivamente sucedió, merced á los esfuerzos del clero.

Facilitados de este modo brazos á la agricultura, á la industria y al comercio, por medio de estas determinaciones, claro es que se facilitaban los pequeños propietarios y se estimulaba al trabajo, y moralizaban los esclavos, que veían de este modo acercarse el término de su esclavitud y el momento de ingresar en el goce de sus derechos de hombre, y no podía escogitarse un medio mas adecuado para hacer progresar estos ramos de prosperidad. Pero llegó á mas; propuesto á proteger la agricultura, nos establece el cánón cuarto del segundo concilio de Toledo, por medio del cual promete el usufructo de las tierras de la Iglesia, á los que construyan en ellas quintas ó planteen viñas durante su vida, pero prohibiéndoles disponer de ellas, á menos que el obispo no las ceda mediante algunos servicios á la Iglesia, ó el pago de alguna renta. Medio que ponía á los cultivadores en el caso de hacerse propietarios, y de donde salió sin duda y tuvo origen el sistema de *enfiteusis* ó *foros*, mas tarde planteado con beneficio de los agrícolas y del Estado, y que nos habían de llevar al mayor bien de la agricultura, al libre cultivo.

Así protegida la agricultura, los campos presentaron un aspecto mas brillante, se multiplicaron los plantíos, la vid y el olivo pulularon por todas partes, y las casas de recreo fueron de una utilidad reconocida; así se hermanó el lujo con el trabajo, y la vanidad se satisfizo, y se satisfizo con bien de la sociedad y con utilidad de los propietarios. El apoyo prestado á la agricultura reflejó en la industria, y las artes mecánicas tomaron incremento; el carretero, el herrero y los demas oficios tuvieron ocupacion en que invertirse, y como el clero habia roto las cadenas que aprisionaban al hombre á su profesion, y cada cual era dueño de abrazar la que le placiese sin trabas de ningun género, resultó de esto que se multiplicaron los artistas, porque se multiplicó el consumo de los artefactos, y el capricho y las necesidades hicieron necesarios los inventos de nuevos utensilios, y las imaginaciones tuvieron en qué emplearse y los brazos ocupacion.

Así mejorada la condición del esclavo, tanto por el espíritu de misericordia y caridad que brilla en el Evangelio, como por la lenidad y proteccion que las doctrinas de la Iglesia dispensan al pobre, así por el espíritu humanitario que introdujeron en la legislación, como por el modo como consideró la mano de obra, la industria tomó un vello admirable. Impidiendo que los jornales de los artesanos bajaran á mas de un justo límite en el

precio, hizo que el artista encontrara una recompensa justa, y evitó los males que mas tarde acarreó á la sociedad el protestantismo organizando el trabajo á la rebaja y engendrando esa gangrena que roe y despedaza la sociedad presente, y de que son hijos legítimos el socialismo y el comunismo con todos sus errores, con todos sus males, con todas sus consecuencias.

En su apogeo la agricultura, la industria y el comercio, tenían que respirar vida y robustez, y así fué, pero por sus propias fuerzas los comerciantes nada podían hacer, tenían necesidad de protección y el clero se la prestó, solo el sacerdocio estaba en el caso de hacer frente á los desmanes de los bárbaros, y solo bajo su protección podía, en aquellos calamitosos tiempos, ejercitarse el comercio; el clero conoció su importancia en las naciones, y á la sombra de los templos le prestó un asilo; empezó por fabricar pórticos á la entrada de las iglesias, que se llamaron así porque en ellos se tenían los mercados y á ellos acudían los comerciantes para vender sus artículos á la sombra de aquella inmunidad, sin peligro de estorsiones, desafueros y rapiñas; hizo mas, por medio de las misiones, descubriendo nuevos países y poniéndolos en comunicacion con el viejo continente, ponía en circulacion en los mercados nuevos artículos, y así daba al comercio nuevos elementos de prosperidad, nuevos objetos de especulacion, nuevos puntos en que ejercitarse.

Tan luego como la agricultura, la industria y el comercio prosperaron, se inoculó en sus cuerpos llenos de robustez y de vida un elemento destructor, el clero mismo empezó á comerciar, y como este elemento debia refluir en perjuicio de los comerciantes, para evitarlo se sancionaron cánones prohibiéndolo bajo severísimas penas: entre otros citaremos el cánón diez y ocho del concilio de Elvira que prohíbe á los obispos, sacerdotes y diáconos ir á las ferias para comerciar; y si bien les permite que lo hagan en su provincia y enviar sus hijos, y criados, y amigos á negociar fuera del país, lo hace para abrir así el camino á las especulaciones en el extranjero y ayudar á la prosperidad comercial, lo cual se prueba al ver que tan luego como las vías comerciales se abrieron se derogó esta concesion por los decretos de los concilios, prohibiéndoles todo tráfico, como puede verse en los concilios posteriores celebrados en España.

Otro elemento destructor del comercio eran los monopolios, y tambien ocurrió la Iglesia á su remedio estableciendo cánones, prohibiéndole bajo penas severas, lo que prueba su vigilancia por la prosperidad comercial; pero lo que mas que nada da á conocer el interes y el alto concepto en que tenia el clero al comercio y lo convencido que estaba de que la industria y la agricultura eran los ramos mas interesantes de prosperidad de las na-

ciones, son los cánones establecidos contra la usura, agente el mas perjudicial y mortífero de estos tres ramos de la pública prosperidad.

Tan luego como vieron los pueblos que la industria, la agricultura y el comercio, ofrecian ganancias en proporcion de los capitales que en ellas se empleaban, á falta de metálico acudieron á los préstamos, de donde resultó que las gentes de dinero, ofuscadas por la ambición, le opusieron un valor que concluia por arruinar á los deudores; este mal, este veneno social, fué desde aquel momento el que absorbió las atenciones del clero para procurar su remedio. Entonces abrió las arcas de la Iglesia y puso en circulacion su dinero á censo, medio por el cual, sin arruinar al industrial, al colono ni al comerciante, mediante un interés insignificante, que fué un uno, un dos, ó á lo mas un tres por ciento anual, subvenia á sus necesidades y le ayudaba en sus especulaciones; pero esto no fué suficiente, y entonces acudió á los decretos conciliares, y en sus cánones anatematizó la usura, en prueba de lo cual citaremos el canon tres del concilio de Tarragona, en que los Padres decretan: "que se tome el valor de los préstamos en efectos por su justo precio, y si no los hubiere en dinero, pero sin usura alguna."

Así obraba el clero, así protegía la industria, el comercio, la agricultura y las artes en un tiempo en que los poderosos de la tierra las despre-

ciaban como indignas, no solo de su proteccion, sino tambien de sus personas. Y mientras la legislacion aparece llena de trabas y de leyes dictadas para cegar estas fuentes de la prosperidad pública, los sacerdotes se dedicaban á su fomento, alientan donde quiera el trabajo con sus palabras, con su proteccion y sus recompensas, y no se desdeñan de entregarse al cultivo de los campos, al penoso ejercicio de los talleres, á los azares del comercio y á los desvelos de las ciencias. Y merced á esto, se vieron prosperar sus negocios, cultivados sus campos y convertidos en palacios los monasterios y los templos, reemplazando así en lo material la magnificencia de los castillos feudales, como en lo moral y en bien de la humanidad los habian sustituido á tantos focos de la opresion, de la barbarie y de la tiranía.

En efecto, á las puertas del castillo feudal, acudia el colono temiendo la opresion y el látigo; á las de las iglesias buscando consuelo: aquellas denotaban su envilecimiento, éstas publicaban su dignidad: allí todo respiraba orgullo, aquí caridad: en aquellas el desenfreno, en éstas la compasion: aquellas torres espresaban la ley de la fuerza, éstas la del que dijo: "haced bien aun á vuestros enemigos:" en una palabra, aquellas eran la espresion de la evidencia que daba al viento un estandarte cuyo lema era: "*desgraciados*"

los vencidos:" estas eran la espresion de la humanidad que llevaba por divisa: *todos somos hermanos*.

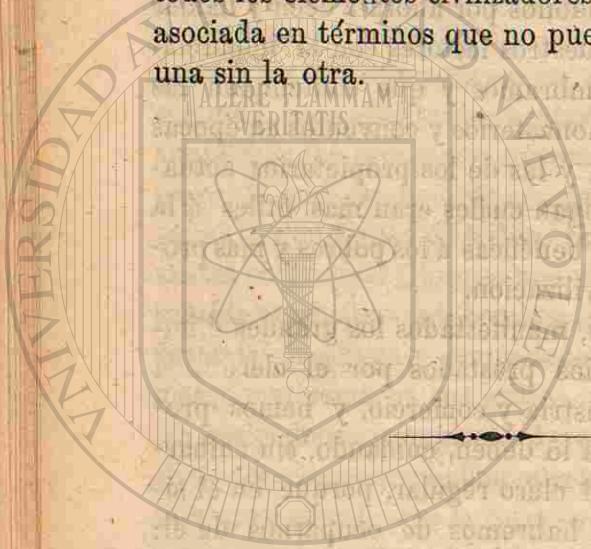
Yo quisiera que de buena fé, con la mano sobre el corazon y oyendo la voz de su conciencia, me dijieran los acusadores si son exactas mis palabras ó si hay exageracion en el paralelo; si lo segundo, para analizar los hechos y corroborarlos, simplificar las pruebas y convencerlos. Si lo primero, ¿á qué ese flujo de acusar? ¿á qué esa gritería? ¿á qué tantas diatribas, tantas imposturas, tantas calumnias? ¡Porque nos ven abatidos! Miserable condicion del hombre, que lejos de respetar la desgracia y compadecerla y auxiliarla, mas y mas remacha sus grillos, mas y mas redobla sus cadenas, complaciéndose en su infortunio! ¿Será acaso que envidiaban nuestras riquezas? Hemos visto distribuir la capa del justo y hemos callado: hemos visto repartir nuestros bienes y hemos sufrido en silencio: nos hemos visto arrojados de nuestras casas, peregrinos en el mundo, y nuestros labios no se han desplegado mas que para decir con Job: "*El Señor nos lo ha dado, el Señor nos lo ha quitado, sea su nombre bendito.*"

Bien pudiéramos engolfarnos en este pensamiento: bien pudiéramos entrar en el exámen de lo que eran los bienes del clero en sus manos y de lo que son en las de sus actuales poseedores,

pero esta comparacion nos haria adelantar los sucesos y por eso la aplazamos para su respectivo lugar, donde habremos de hacerla, si no cual quiéramos, al menos como las circunstancias lo permitan, concretándonos por ahora á decir y llamar la atencion de nuestros lectores con la imparcialidad que acostumbramos y que contemplan las puertas de los monasterios y conventos en épocas no muy remotas, y las de los propietarios actuales, y que nos digan cuáles eran mas útiles á la humanidad, más benéficas á los pobres y más protectoras de la civilization.

Dejamos, pues, manifestados los grandes é importantes servicios prestados por el clero á la agricultura, industria y comercio, y hemos probado que todo se lo deben, cuidando, sin embargo, no hablar del clero regular, porque en el siguiente capítulo habremos de ocuparnos de él; pero no podemos concluir éste sin manifestar y protestar contra la injusticia con que se le viene apostrofando, acusándole de enemigo de estos elementos de prosperidad que sin él no existirian, y que él, y solo él salvó de la abyeccion, colocándolos en el verdadero camino de progreso que los ha conducido al estado en que los vemos en el dia, deduciéndose lógicamente y demostrándose hasta la evidencia que sin él hubieran concluido en el marasmo en que los habian sumido una legislacion viciosa, un despotismo cruel, y un pa-

triciado orgulloso que solo se ocupaban de la crápula y de los vicios, pudiendo asegurarse que el cristianismo se puso al frente de la civilización y no descuidó ramo alguno de ella, por lo cual en todos los elementos civilizadores su historia está asociada en términos que no pueden considerarse una sin la otra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

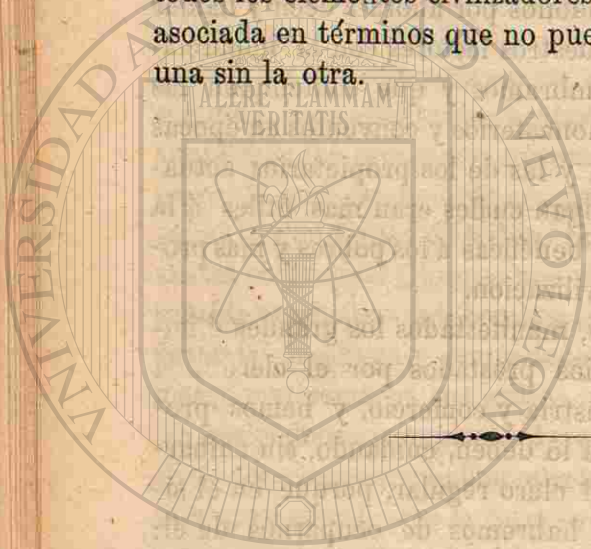
## CAPITULO VI.

¿QUÉ DEBE LA SOCIEDAD A LOS MONACALES?

Hé aquí una pregunta que se viene haciendo hace muchos años, é interpretándose del modo mas siniestro, y á la que habremos de responder en nuestro escrito.

Los malvados que ven en los institutos religiosos el único, ó al menos uno de los mas poderosos obstáculos de sus iniquidades; los filósofos, según la moda que encontraron siempre en los regulares, un valladar inaccesible á sus doctrinas, un muro fortísimo donde se estrellaban sus maquiavélicos pensamientos, un arsenal provisto de armas y de arneses impasibles á sus ataques, y siempre dispuestas y bien afiladas para combatirlos en los antros ominosos de su malicia, fragua-

triciado orgulloso que solo se ocupaban de la crápula y de los vicios, pudiendo asegurarse que el cristianismo se puso al frente de la civilización y no descuidó ramo alguno de ella, por lo cual en todos los elementos civilizadores su historia está asociada en términos que no pueden considerarse una sin la otra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

## CAPITULO VI.

¿QUÉ DEBE LA SOCIEDAD A LOS MONACALES?

Hé aquí una pregunta que se viene haciendo hace muchos años, é interpretándose del modo mas siniestro, y á la que habremos de responder en nuestro escrito.

Los malvados que ven en los institutos religiosos el único, ó al menos uno de los mas poderosos obstáculos de sus iniquidades; los filósofos, según la moda que encontraron siempre en los regulares, un valladar inaccesible á sus doctrinas, un muro fortísimo donde se estrellaban sus maquiavélicos pensamientos, un arsenal provisto de armas y de arneses impasibles á sus ataques, y siempre dispuestas y bien afiladas para combatirlos en los antros ominosos de su malicia, fragua-



ron su perdicion, meditaron su ruina, juraron su esterminio; para conseguir tan depravado objeto establecieron su plan, y una vez acordes en él se aprestaron al combate, empezaron la batalla, la lucha se empeñó; pero con la astucia de la serpiente, sin presentarse al descubierto, entraron en la liza solapadamente, y la murmuracion y la maledicencia y el ridículo fueron sus armas, y el sarcasmo y el gracejo se esgrimió: á falta de razones se apeló á la argucia, se ponderaron los defectos que, siquiera en apariencia, se notaron; se interpretaron sus actos, los mas sencillos, como escesivamente criminales, y sus palabras, las mas inocentes, abultadas por la mentira, se presentaron á la execracion pública. Libros, folletos, conclusiones, conversaciones públicas y privadas, todo, todo se puso en juego, todo se utilizó para desconceptuarlos.

Los detractores de los regulares gritan como en otro tiempo los judíos contra el Salvador, y sus gritos, sus dieterios, sus calumnias corren de boca en boca, en las tertulias, en los paseos, en las ciudades y en los campos; en todas partes, á todas las almas llevan el veneno de su impostura; se les ataca en sus institutos, en sus votos, en sus personas; éste ridiculiza su traje, aquel gradúa su humildad de hipocresía; uno acusa sus votos de antisociales, otros su vida retirada y abstraída de holgazanería, y por último, en todos sentidos y

bajo todos aspectos se les tacha de vampiros de la nacion, enemigos del Estado, inútiles al mundo y á Dios, perniciosos en las casas que entran, codiciosos de lo ajeno, y como unos embaucadores de los sencillos, con la superchería siempre en sus labios, haciéndoles mucho favor el que solo se contenta con calificarlos de estúpidos, ilusos, groseros é ignorantes.

Tales son las acusaciones de que es y ha sido blanco el clero regular, tales son las ideas que nos aprestamos á combatir, tales las calumnias que vamos á rechazar. Las hemos referido en compendio, y de tantas obras, de tantos folletos, de tantos artículos periodísticos las hemos extractado, con toda la calma del hombre que sabe que el justo nació para padecer, porque dijo el Señor á sus discípulos, y en ellos al sacerdocio, y muy particularmente al regular: "El mundo se alegrará y vosotros lloraréis; os envío como una manada de corderos en medio de rapaces lobos;" pero esta calma la suministra el mismo Evangelio, la íntima conviccion en que estamos de que sus palabras se cumplirán, porque el mundo pasará, el tiempo volará, las estrellas caerán, los cielos y la tierra dejarán de ser, pero la palabra del Señor se cumplirá; jamas dejará de existir, y así nos anima la esperanza de una mejor vida, nos convence la fé de su existencia y la caridad nos asegura su posesion; con esta fé, con esta caridad, con esta es-

peranza, leemos ese libro precioso, y en él hallamos consignado que llegará un día en que la alegría del mundo se convertirá en llanto y las lágrimas del justo en una gloria sin fin; entonces, somos francos, créanlo ó no los impíos, atribúyanlo á lo que quieran y den la interpretacion que gusten á nuestras palabras, entonces se oprime nuestro corazon, nos olvidamos de los detractores para pensar en sus almas, en su porvenir, y sin quererlo, asoman á nuestro semblante las lágrimas, y respondemos á sus sarcasmos, á sus burlas, á su maledicencia, con palabras de caridad, con súplicas de perdon, con oraciones al Todopoderoso para que, iluminándolos con su gracia, les haga comprender el mal que hacen, conocer la verdad, publicar la reparacion, proclamar la inocencia de los oprimidos y reparar así, en lo posible, todo el mal que han hecho, único modo como podrán merecer el perdon; porque escrito está: "El que á su hermano dijese *Raca*, será reo del juicio, y el que le maldijese, será reo de la pena."

Cumple á nuestro propósito hacer una advertencia que nos disimularán nuestros lectores, y es que, como habrán podido observar, en nuestra obra seguimos los sucesos sin perderlos de vista; y como están nuestras razones sacadas de la historia, y á ella pertenecen los sucesos que nos suministran pruebas, y de los cuales nos valemos para esclarecer la verdad y hacer triunfar nuestra

causa y manifestar la inocencia del clero tan perseguido y calumniado; en el particular, que comprende este capítulo, solo hablaremos de los regulares hasta el pontificado de Gregorio el Grande, reservando ampliar y estender su apología á medida que el tiempo nos haga presentacion de los hechos, y al paso que continuando la obra se vaya desarrollando el pensamiento; pues convencidos de la necesidad de la lógica en todo, y de que en este particular, como en cuantos pertenecen á la inteligencia, la gradacion de ideas pide siempre que se guarde un órden riguroso, le guardaremos y procederemos en nuestra defensa con la cronología en la mano hasta donde pueda seguirse.

Hecha esta advertencia, vamos á entrar con alma serena y corazon tranquilo en la liza; y al traspasar las puertas del palenque no podemos menos que protestar, que de sus muros afuera quedan nuestro hábito de hijo de S. Francisco, aquel cordon con que nos adornamos, y aquella vilipendiada capilla que es nuestro mas ilustre blason, nuestra vanidad, nuestra gloria, y que despojados hasta del sacerdocio, que indignamente nos inviste, vamos á juzgar los hechos con la imparcialidad de la historia, vamos á comentarlos con la rígida indiferencia del narrador filósofo, y vamos á reflexionar sobre ellos con la calma del estoico, y como si á ellos fuéramos absolutamente

estrafios, deseando que cualquiera inexactitud que cometamos, en cualquiera falta que incurramos, se nos advierta para enmendarla, si es justa, y retractarla si es parcial, puesto que al censurar á los injustos, á los detractores, á los calumniadores, todo queremos menos imitarlos en la injusticia, en la detraction ni en la calumnia; verdad y justicia proclamamos; verdad y justicia queremos; ellas son nuestra divisa, la bandera que hemos abrazado, la causa que defendemos, y no permitirá el Señor, verdad y justicia eterna é infinita, que rompamos nuestros juramentos, apostatemos de nuestras banderas ni rasguemos nuestra divisa proclamando hoy este lema con los labios para romperle mañana con las obras.

Hecho ya nuestro anuncio, con esta salvedad y con la mano sobre el corazon protestando la sinceridad de nuestros propósitos, la rectitud de nuestras miras, tiempo es de que abordemos la cuestion y entremos en materia; y por lo mismo, dejando ya á un lado las salvedades y las protestas, convencidos del poco fruto que sacaremos con ellas, de nuestros enemigos que las despreciarán como residuos frailesco de aquellos claustros de donde nos arrojaron y donde fuimos educados, ó las atribuyan á palabrería, á hipocresía, á fingida humildad, quizá á un medio de seduccion para los incautos ó para atraer las almas débiles, los espíritus apocados, los fanáticos, en fin, ó no las ve-

rán como inacreedoras á fijar la vista de esos espíritus fuertes, de esas almas elevadas, de esos talentos insignes que despiden tanta luz en el mundo, que á fuerza de brillar deslumbran, y á fuerza de hablar consiguen que nadie los entienda, y á quienes por lo toseco y mal pergeñado no podrá, no deberá agradar nuestro escrito con toda la amargura de la verdad, y sin ninguna de las flores de la adulacion, ni poesía alguna de la mentida ilustracion de nuestro siglo, de este siglo llamado por antonomasia ilustrado, y en donde pululan vicios y desórdenes, inmoralidad y corrupcion, indignas de los mas fieros salvajes.

Tiempo es ya de entrar en materia y de abrir la discusion. Este capítulo comprenderá el retrato de los regulares hasta el pontificado de Gregorio Magno. En el capítulo sétimo del tomo 1º, hemos anotado el origen de esta utilísima institucion; en éste continuaremos los servicios que ha prestado á la sociedad; en aquel hicimos ver las clases en que se dividian, y su organizacion en éste; los presentaremos ya formando parte del clero y perfectamente organizados; allí presentamos el siglo y sus vicios, y de aquí dedujimos la causa, porque apartándose de él almas privilegiadas, espíritus sencillos, buscaron en la soledad del desierto, en el silencio de las celdas, un abrigo contra tan desenfrenado huracan; aquí dejamos anotada la corrupcion que todo lo invade, y en ella paten-

tizado el por qué los seres puros buscaron en los claustros el puerto de refugio, el áncora de salvacion; allí hemos visto los ascetas, los cenovitas, los ermitaños unidos en el desierto para servir á Dios, pero sin una regla aprobada; aquí vamos á contemplarlos en los claustros viviendo sometidos á un régimen, á un método de vida uniforme con todos los elementos de una corporacion bien y legalmente constituida; así demostraremos que los monjes no son estacionarios y que sus institutos han caminado progresivamente en la vía de las reformas, segun las necesidades y los adelantos del siglo lo han requerido, y que amortiguado el espíritu con la situacion sedentaria, almas fuertes y privilegiadas, que el siglo no podia comprender, acudieron á su remedio por medio de nuevas reformas, llevando la humanidad á su camino de progreso. Y tanto mas ostensible se hará esta verdad cuando en los capítulos que nos quedan que esplanar, veamos los vicios de los siglos y su corrupcion, marcar nuevas necesidades espirituales y suscitarse esos hombres eminentemente heroicos y progresivos, acudiendo á remediar el mal con la creacion de nuevos institutos en armonía con las necesidades de su época; y al trazar estos cuadros veremos si los apóstoles del progreso de las ideas han hecho tanto en su obsequio y de la humanidad como los monjes viciosos y los frailes holgazanes; entonces quisiéramos que con toda

franqueza nos manifestasen lo que su corazon sentia, y estamos seguros que si la vergüenza no coloraba sus mejillas, el despecho haria tartamudear sus lenguas, y el furor ahogaria sus palabras, ó si la gracia los ilumina y sus almas no desprecian su luz, veriamos el día de la reparacion por una franca manifestacion de la verdad en la proclamacion de la inocencia.

Estamos en el siglo V. Los bárbaros tienen turbada la paz del imperio, ocupadas sus mas ricas provincias y en una agitacion continua, en una fluctuacion mortal las que no ocupan, el estruendo de las armas ha precipitado la iniquidad del vicio á los desenfrenos que tienen su trono en la ciudad de los Césares; á la maldad que ha fijado su residencia en los vastos dominios que rigió su cetro, hay que aumentar los vicios, los desenfrenos, las maldades que trae consigo la guerra y el derecho de conquista: en medio, pues, de este campo, la virtud parece como que se esconde y no quiere ser vista por unos hombres que la hostilizan, por una sociedad que la reprendia y la proscribía y arroja de su seno. El imperio de las tinieblas parece ha llegado y el día de la justicia del Señor cumplido. Toda la humanidad sufre, y en medio de este cataclismo social, parece llega la Europa á un total desquiciamiento. ¿Quién se salvará del naufragio general? Hé aquí la pregunta que todos se dirigen. Este es el único pensamien-

to que ocupa á los hombres reflexivos, y sus ojos espantados giran en sus órbitas con la rapidez de la inquietud, y sus manos trémulas de miedo se estienden por todas partes, y sus piés, sin saber cómo ni por qué, huyendo del peligro se encaminan á la soledad y se refugian en ella como en un inespugnable baluarte, y cesa su inquietud y su temor se mitiga y sus cuerpos reposan; y como despues de una larga navegacion grita el marinero: ¡Tierra! ¡Oh! el pueblo de Israel, al divisar la de promision, entona el himno de alabanzas al Señor; encontrando el bien se regocija y bendice al Eterno que allí le guiara. ¿Y por qué no proporcionarle á los demas? Este es su anhelo. Este es el monje espantado de los vicios del siglo: busca el reposo de la soledad para engolfarse en su poético silencio y ser útil á los demas.

Tal vez parecerá el cuadro que acabamos de trazar descompuesto, quizá poético; lo primero lo admitimos, lo segundo lo rechazamos, no porque nos disguste la poesía, sino porque sabemos que suele ser exagerada y nosotros creemos no haber completado el colorido ni menos haber hecho una fiel pintura del estado del mundo que reseñamos: mas como quiera que baste á nuestro intento haberla solo presentado en relieve, y que solo nos proponemos dar de él la idea suficiente á fundar nuestro aserto, estamos contentos si lo hemos conseguido y no apetecemos mas; pero si al-

guno no nos cree ó nos presume exagerados, puede por sí mismo convencerse con solo ver la historia y en ella los vicios que precipitaron la caída del imperio romano y las violencias de la agresion de los bárbaros, y por muy duro de corazon que sea, por mucho estoicismo que tenga, estamos seguros que se estremecerá y confesará que anduvimos demasiado parcos en nuestra descripcion y aun mezquinos y pobres; así, pues, vamos á anudar nuestro relato y á continuar nuestra tarea.

En una sociedad cual acabamos de trazar que yacia víctima de la ociosidad, de la corrupcion y de los males de toda especie, muchas personas por huir de ella, por buscar un asilo á tanto desman, se sentian inclinados á la vida monástica; almas llenas de robustez y vigor, no podian acomodarse á vivir en un mundo raquítico y enfermizo entregado al marasmo de la inaccion y que en nada ocupaba su actividad; un mundo todo superfluidad donde nada útil ni provechoso se tenia, donde la vagancia y el ocio estaban santificados, cuadraba mal á genios privilegiados, llenos de vida que necesitan como su elemento, como su ser mismo, las ocupaciones, las tareas y el trabajo; todo lo que no fuera esto repugnaba á su razon, se oponia á su creencia, y multiplicaba sus padecimientos. Los infortunios necesitan un asilo, las imaginaciones fogosas un refugio, las almas extraordinarias algo que llene su actividad, y por

esto son necesarios los conventos, por mas que asusten en nuestros dias á los *libres fautores de la tiranía*. Tal fué su origen.

Hombres cansados de pasiones, animados respecto de Dios y de sus prójimos de un amor que les hacia desprenderse de sí mismos, almas melancólicas que hallaban su recreo en una admiracion tranquila de la verdad y corrian en pos de la hermosura de una virtud que el mundo ultrajaba, de una abstinencia que los corrompidos insultan, y de un género de vida que su siglo desdafiaba, se retiraban al desierto ó al claustro por ver si al melancólico sonido del céfiro que mueve las copas de los árboles, ó entre las paredes del convento que resuenan con los cánticos propiciatorios del Dios de Abraham entre los suspiros de la penitencia y los afectos de la oracion, podian encontrar algo estable en la agitacion universal, el completo olvido del mundo, ó el valor de tornar á él para dedicarse á curar sus males, cerrar sus llagas y á desterrar sus errores.

El Oriente veia cómo continuaban en sus comarcas aquellos prodigios de mortificacion, veíase pular en los desiertos aquellos hombres severos de costumbres rígidas, de virtud probada, almas fuertes, que se amaestaban en los combates de la penitencia y se hacian héroes del cristianismo, almas que el Señor suscita entre la corrupcion del siglo para admiracion de sus hermanos, para ejem-

plo de los vivos, para modelo de los que suceden. Entre estos seres privilegiados, cuyas vidas hoy nos sorprenden, unos se dedicaban á la salmodia, invirtiendo el dia y la noche en cantar las alabanzas del Señor entonando alternativamente los salmos, y se llamaban *acemáticos*, esto es, no durmientes; en Persia los hubo que guardaban una grande abstinencia y tal que disputaban su alimento á las fieras; jamas en sus celdas se encontraban provisiones, la Providencia y los campos proveian á su sustento. Macario de Alejandría permanecia toda la cuaresma en pié, manteniéndose solo con unas cuantas hojas que comia los domingos, otros no pronunciaban ni una sola palabra hasta la hora de su muerte; mártires del silencio, del sueño, del alimento, sacrificaban á Dios todas sus pasiones, y por medio de estas penitencias, de estas austeridades, de estas mortificaciones, domaban la ley de su carne, el espíritu de rebelion contra el Señor y su ley santa, que introdujo el pecado en el mundo y que veia el Apóstol entre las austeridades y trabajos de su vida, rebelde aún y queriendo oponerse á la ley de Dios.

Los mundanos, los corrompidos, los filósofos al leer estos hechos, ó los dudan ó los desprecian, jamas alaban ni bendicen á Dios que en tiempos tan calamitosos y depravados, suscita sus santos para ejemplo del mundo, y si acaso se ocupan de esta lectura no escita su admiracion, y lo mas que

hacen es esclamar: ¡Locuras! ¡Fanatismo! ¿Y se llaman filósofos los que así discurren? ¿Y se dicen ilustrados? ¿Y creen haber leído, comprendido y meditado, por valernos de la espresion de uno de sus maestros? A bien poca costa se les podría demostrar lo contrario. Sé que comprender, meditar, es efectivamente el deber del filósofo, lo que le constituye tal; pero esto lo hacen los frailes ignorantes y estacionarios, los filósofos rancios. Los modernos es otra cosa; han introducido entre los adelantos de la nueva sociedad, uno que no sabrá jamás debidamente apreciarse, uno que hace filósofos sin el estudio, y por medio del cual, sin leer ni meditar se puede comprender, brillar, resplandecer; y este medio, este adelanto puede adquirirse sin las vigiliias y desvelo que antes costaba el título de filósofo, sin los insomnios y soledad de los claustros, donde á fuerza de leer los monjes y los frailes se hacian insociables, melancólicos, tétricos, regañones y todos los demas vicios que traen consigo la estupidez, la ignorancia y aun la malicia, allí en aquella soledad se fraguaban todas las maldades con el estudio, con el trabajo; ahora un filósofo se forma por la posta, y un sabio al vapor, como que las únicas cualidades que para estos títulos se requieren, segun el portentoso descubrimiento de los ilustrados, son hablar de todo, no pensar en nada, no comprender lo que se habla, criticar lo antiguo y ensalzar

hasta las nubes lo moderno, por mas que la esperiencia le acuse de incongruente y perjudicial, y como estos medios los tiene cualquier descendiente de Adam, y la ignorancia y la locuacidad son inseparables hermanas, de aquí nace el atrevimiento, y ya tenemos un filósofo á la moda, un sabio sin segundo, un crítico terrible, un político profundo, llenos de ciencia porque saben hablar, declamar, anatematizar, y. . . . Vamos, es mucho siglo el nuestro. . . . Tienen razon nuestros enemigos, *locuras y fanatismo* es lo que respiran los hechos de los manjes y las austeridades de los frailes.

Nuestra ignorancia frailesca no está aún convencida, resíduos del convento nos impulsan á ver la verdad y á no creerla; es mucho lo que pueden en el hombre los hábitos de la infancia, los recuerdos de la cuna; á pesar de la verdad que respiran las razones del párrafo anterior, todavía no queremos, no podemos graduar de *locuras y fanatismo* las penitencias de los primeros monjes, y para defender nuestra frailesca obstinacion, nuestra terquedad, nuestra estupidez, acudimos á la historia, y leyendo sus páginas como los frailes, y comparando como los monjes, y meditando como regulares, deducimos como filósofos antiguos y rancios, apegados á la escuela frailesca, que eran necesarios estos pasmos de penitencia en aquellos siglos corrompidos, que eran útiles entre aquellos tiem-

pos bárbaros, que aquel extraordinario renunciar á la vida y al amor propio en una época de materialismo como la presente heria las imaginaciones, apartaba las almas de la senda estraviada en que estaban engolfadas, y llevaba los hombres á la contemplacion de su último fin, y á vista de aquella eternidad, á presencia de aquel Juez contemplando su fallo irrevocable, esa causa abierta que tenemos los mortales, esa cuenta pendiente que tenemos de saldar las criaturas con nuestro Creador un día, por mas que nos pese, se estremecian los hombres mas desalmados y de peores costumbres, y entrando en razon consigo mismos, mejoraban su conducta, y ved aquí por lo que, y el modo como los monjes influyeron en la sociedad, y cómo esas *cacareadas locuras*, ese estúpido *fanatismo* refluyó en beneficio del mundo. Efectivamente, hiriendo las imaginaciones groseras de pueblos bárbaros, los atraieron, y esa influencia que sobre sus espíritus les dió la admiracion de sus austeridades, fué la palanca que los impulsó al camino de la civilizacion; por otro lado, sus penitencias influian, aunque de distinta manera, sobre los pueblos civilizados; las almas ilustradas de entonces, veian en ellas y admiraban el poder de una religion capaz de obtener el triunfo absoluto del espíritu sobre la materia; y la veneraban como un elemento civilizador, porque veian que al imperio de la voz de aquellos siervos de Dios, todo se de-

ponia, los elementos disolventes de la sociedad amenguaban su furor, y aun sucedió que se vieron postrados ante la caridad cristiana, el desenfreno brutal y la tiranía: la sociedad, pues, marchaba en pos de aquellos solitarios, arrastrada por ellos á la civilizacion; esto hicieron, y en este sentido fueron útiles á la sociedad las *locuras* y el *fanatismo* de las mortificaciones de los monjes, esto es lo que nuestra alma de frailes encuentra en la historia, lo que de ella deduce, lo que en ella comprende; sin embargo de no ser tan entendidos, tan filósofos, tan sabios como lo son nuestros contrarios, modelados en el troquel de esa nueva fundicion de sabios de este siglo de palabrería sin ideas ni conceptos, de estos tiempos felices segun el nuevo método de fraseología, cuyo privilegio de invencion le dariamos de buen grado sin disputárselo, y libremente se lo dejaríamos lucir, y con letras gordas escribiríamos el nombre del autor, seguros que no está lejos el día en que se aprecie en lo que vale, porque lo bueno y lo malo todo viene á un tiempo en que recibe su justo galardón, porque en pos de las ilusiones viene el desengaño de la realidad, que es el tiempo de la reparacion y de la justicia; así pues, los dejamos enorgullecerse con el magisterio de sus sabios y apóstoles y que hablen con admiracion de sus civilizadores Süe, Luis Blanc, &c., en tanto que no tenemos rubor de confesar, aunque nos



llamen ignorantes, necios y mentecatos, que si un feroz guerrero, sin mas freno que su voluntad, se detiene á la voz de un monje, que no lleva mas armas que su virtud y su palabra, y concede la vida á un desvalido padre de familia, el honor á una affigida doncella, y se pára en medio de sus desórdenes y obra el bien y deja de hacer el mal, bendecimos el nombre del Señor y admiramos el anacoreta, aquel porque escoge segun los tiempos, los medios de su misericordia, y á éste porque con sus austeridades se hizo el instrumento benéfico y digno de Dios.

Procedamos nuestro relato. Era comun á los monjes de virtud mas austera, el empeño con que hemos visto á los santos de mas abstracion negarse á recibir los cargos mas insignes, los puestos mas eminentes, los grados mas elevados del Sacerdocio. S. Epifanio, obispo de Chipre, escribe en estos términos al de Jerusalem, dándole noticia de cómo habia conferido las órdenes á Pauliniano. "En el momento en que se celebraba la misa en la iglesia de una aldea cerca de nuestro monasterio, y en que no esperaba cosa alguna, hicimos que muchos diáconos se apoderaran de su persona, cuidando de teparle la boca para que no nos conjurara en nombre de Cristo. Despues de haberle ordenado diácono le conjuramos en nombre de Dios que cumpliera su ministerio. Se resistia con todo su poder declarándose indigno de

ello: hubo casi necesidad de obligarle por la fuerza, despues de haber empleado mucho tiempo y gran fatiga en persuadirle con testimonios de la Escritura y con los preceptos de Dios. Cuando hubo desempeñado sus funciones de diácono en el santo Sacrificio, hicimos nuevamente que se le tapara la boca y le ordenamos sacerdote con suma dignidad: en seguida, con auxilio de las mismas razones, le hemos obligado á tomar asiento entre los sacerdotes."

Este fervor de servir á Dios por Dios era natural á vocaciones, en las cuales para nada entraban los cálculos egoistas y miserables del siglo, ni las razones de Estado, ni el tumulto de las banderías, ni el proselitismo de escuela, ni los intereses de familia del género de los que poblaron en tiempos posteriores ciertos asilos: no, los monasterios estaban poblados y los desiertos de almas elevadas, hastiadas de un mundo en el que no cabian, y que no podia satisfacer su elevacion, de un mundo cuya molicie repugnaba á su severidad, cuyos vicios se oponian á sus virtudes, y cuya degradacion ofendia su pureza. Estas almas se absorbian en Dios, y solo en él encontraban su centro, comprendian que la penitencia del justo detiene el brazo de la justicia divina, y en alas de su caridad mortificaban su cuerpo inocente, á fin de conseguir su perdon y el de los mundanos, y llegaban tan allá en la senda de las austeridades, que

S. Gerónimo, tan riguroso y austero consigo mismo, tan entregado á los combates de la penitencia, cuya imaginacion oriental se prestaba tan bien al entusiasmo religioso, bosquejaba lleno de admiracion las austeridades de los monjes asiáticos con estas palabras: "He visto, dice, algunos habitar celdas húmedas, entregarse á escesivos ayunos, á lecturas sobrado asíduas. . . . y los he visto caer en hipocondrías <sup>1</sup>.

Esta vida retirada y austera, estos hombres que maceraban su carne y crucificaban sus pasiones por su salvacion y la ajena, estas almas llenas de amor y caridad al prójimo, fueron perseguidas por el mundo que no las conocia, por los hombres que eran el objeto de un amor; y entonces, como ahora, la persecucion se desató en dicterios, y entonces, como ahora, se ridiculizó su traje, y entonces, como ahora, se les llamó holgazanes, hipócritas, perversos, capciosos, embaucadores: ¡singular coincidencia, catorce siglos de interrupcion! cuando ha sonado la hora de la persecucion nada han adelantado. El mismo plan ayer que hoy, las mismas murmuraciones, los mismos dicterios; merced á este plan, á estos dicterios, á estas acusaciones, á estas calumnias, en Occidente no se les quiso recibir. Y no se diga que suponemos; léanse los versos de Rutilio Numanciano, y no se diferenciarán en na-

<sup>1</sup> S. Gerónimo. Ad Rusticum. ep. 95. Ad Demetriadem ep. 97.

da de ciertas obras de nuestros dias; ayer en Africa, y sobre todo en Cartago <sup>1</sup>, se les injuriaba y apedreaba cuando aparecian por sus calles: hoy, en nuestros dias, lo hemos visto en la católica España; entonces exclamaba el pueblo de Roma: "¿Cuándo espulsaréis de la ciudad esta raza detestable de monjes? ¿Por qué no habiamos de apedrearle? ¿Por qué no echarlos al rio? <sup>2</sup> Y en nuestros dias hemos oido exclamar con el mayor furor, con el mas necio delirio: ¡Mueran, mueran los frailes. . . . Abajo los monjes. . . . No mas regulares! . . ." Y hemos visto. . . . ¡Ah! lejos de nosotros narrar lo demas, el pueblo lo sabe y lo llora, la nacion se avergüenza de tan negro borron, y no queremos, no podemos, no debemos continuar porque tememos nos falte la caridad, básteles á nuestros enemigos la vergüenza de su obra, el baldon de su crimen, que si hoy le detestamos, si le lloramos, todavía perdonamos á los criminales, y al llorar la suerte de nuestros hermanos entre el humo del incienso que eleva al trono eterno las preces por el descanso de sus almas, suben las súplicas por el perdon de sus perseguidores, porque el Señor nos ha dicho: perdonad, orad por vuestros enemigos, y la caridad nos preceptúa devolver bien por mal.

<sup>1</sup> Salviano. De Gub. Dei. VIII, 4.

<sup>2</sup> S. Gerónimo. Ad Paulam. ep. 22.

Nada son los pensamientos del hombre contra los decretos eternos, y así, á pesar de la detraccion, llegó el dia en que el Occidente tuvo monjes y sus comarcas se poblaron de monasterios. Sin embargo, debemos advertir que cuando la vida monástica se introdujo en esta parte del mundo imitando en método al Oriente, y yendo á instruirse de las austeridades de los cenovitas á los lugares mismos en que los antiguos iban á buscar la sabiduría soberbia y misteriosa, hubo menos propension al aislamiento, á la contemplacion, al menosprecio de la sociedad, y se inclinaron mas á la vida comun en las oraciones y en las pláticas piadosas, y se consagraron mas á la discusion y á la actividad que á la mortificacion.

Quién fuera el primero que introdujo en Occidente la vida monástica se ignora, si bien se deja conocer que sería una de esas almas privilegiadas que viven en el mundo con sus ojos siempre fijos en el cielo; una de esas almas llenas de amor y caridad, á quienes no llegan las inmundicias de la sociedad, y que pasan sin contaminarse por entre los miasmas que la infestan, almas sublimes cuya capacidad solo la religion puede llenar, y que aparecen entre las tinieblas del siglo hermosas y resplandecientes como el sol despues de alejar las nubes de la tempestad, meteoros brillantes que ahuyentan las sombras del error y esparcen la luz de la verdad, llevando á todos los espíritus el fue-

go que los ilumina, la caridad que los alimenta por solo el deseo de moralizar las costumbres y ganar almas á Dios. Sin embargo, es la opinion mas seguida que tan santa institucion se debe á S. Atanasio, y que el primer pueblo que tuvo la dicha de poseerlos fué Roma, adonde llegaron hácia el año de trescientos noventa; Milan, Verona y Agulea disputan esta gloria á la reina del capitolio; y yo en este momento me determino á disputarla á las cuatro ciudades, reclamándola á favor de nuestra religiosa España, por mas que los extranjeros, siempre prontos á adornarse con nuestras coronas, y nosotros, arma al brazo, impasibles, se las háyamos dejado tranquilos, haciendo una verdad de aquella célebre sátira con que nos ha calificado algun extranjero escritor de que "somos buenos para conquistar y malos para conservar;" yo repito que quiero que cada uno posea lo que gane y á cada cual se le dé su merecido; yo estoy en este momento por llamarme á la posesion de que nadie primero que nosotros tuvo monjes, y á probar que los admitimos cuando todos los rechazaban, y que jamas los insultamos mientras fuimos españoles, porque hasta que las doctrinas de *allende* nos han quitado nuestros hábitos, nuestras costumbres, y hasta nuestro traje nacional, siempre se miraron los monjes y los frailes con el respeto debido á ministros de Dios y á ministros celosos y dignos en cuanto puede

serlo un simple y mísero mortal; pero en el momento que el virus ponzoñoso de sus doctrinas infestó nuestro suelo y sembró nuestra patria de males, empezó esa guerra á los institutos monásticos que los ha eliminado de nuestro suelo, mas no tan completamente, que tan hermosa planta no vuelva á retoñecer, puesto que el pueblo en general lamenta su pérdida, llora su falta y ansía su reaparicion como el que echa menos todo el bien que con ellos le arrebataron; pero dejando esto para su respectivo lugar, y suplicando indulgencia por esta digresion, vamos á la prueba de lo ofrecido y á demostrar, que antes del año 390 con mucho, habia monjes en nuestra patria.

Tenemos un monumento glorioso en literatura que prueba la civilizacion de nuestra patria, cuya autenticidad nadie nos ha disputado, y cuya posesion todos nos han concedido, aunque no pocos envidiándonos su gloria; este documento es el célebre concilio Iliberritano, honor y gloria eterna de nuestra patria y de su sabio, celoso y prudente clero; pues bien, este concilio se celebró, segun unos, el doscientos cincuenta y seis ó cincuenta y siete, poco antes de S. Cipriano y de la persecucion de Decio; segun otros el trescientos; otros opinan que el trescientos seis; otros que el trescientos veinticuatro; y por último, se alargan otros al trescientos treinta. Bien pudiéramos sostener, y sin mucho trabajo, la primera fecha

que, con menos razones que las que alegáramos, defenderian los extranjeros algunas glorias que quieren usurpar; pero como no sea enteramente necesario á nuestro asunto, y estamos ademas en la persuasion que los talentos sanos y que no estén debilitados, en cuanto lean sus cánones lo han de creer así, lo dejamos á un lado y no entramos de lleno en este debate, que no es mas que un episodio de nuestra obra, que á la verdad no nos hace mucha falta para nuestro objeto; por lo cual en tan divididas opiniones, en tan distantes fechas, en donde median, desde la primera hasta la última, setenta y cuatro años, ni aun nos valdremos de aquella regla tan recomendada y admitida, por medio de la cual debiamos abrazar el justo medio, sino que todo lo cederemos á los extranjeros y partiremos del supuesto que se celebró en trescientos treinta, si bien les advertiremos que esta concesion no tiene mas valor que en la cuestion presente, que es como si hablando frailescamente dijéramos *dado y no concedido* que sea el trescientos treinta, tendremos que en España por esta época, ó lo que es lo mismo, sesenta años antes que en Roma, ya habia monjes. ¿Y saben nuestros lectores por qué? Porque en este concilio, cánón trece, se hace mencion de las vírgenes consagradas á Dios; y si esto no vale ahí tenemos el concilio de Zaragoza de trescientos ochenta y uno, cuyo cánón sexto ordena: "Que se separen de la

Iglesia á los clérigos que por vanidad dejan su ministerio y se hacen monjes, marcando el octavo la edad que deben tener las vírgenes para recibir el velo y consagrarse á Jesucristo, que es la de cuarenta años."

Ya ven nuestros lectores que antes del año trescientos noventa habia monjes y monjas en España, y que no los habia así como quiera, pues debian ser numerosos y dignos de alguna consideracion, cuando los concilios se ocupaban de ellos y establecian cánones, marcándoles castigos y dictándoles reformas, cánones que nada menos tratan que de su profesion, y tendrian ya partido y estarian bien vistos y admitidos del pueblo cuando los clérigos dejaban sus prebendas por los claustros, y serian austeros cuando se les admiraba y deseaba buscar en su compañía la perfeccion sacerdotal, y esto no sucede sino cuando la verdad triunfa del error. Pero si aun lo dicho no es bastante, nos queda de reserva la famosa decretal del papa Siricio, sucesor de S. Dámaso, espedida el 11 de Febrero de 385, en cuya regla sesta nos habla de los religiosos y religiosas españoles, y nos habla de ellos ya como sujetos á votos, y votos solemnes, visto que dicta castigos y penas canónicas á los transgresores.

Tenemos, pues, y es fuera de toda duda, aunque pese á nuestros enemigos, que fuimos el primer pueblo que tuvo monjes y monjas en Occi-

dente, y decimos, aunque les pese, porque estamos seguros que de todo corazon quisieran mejor que fuera el pais del libre comercio de los falansterios, ó de los clubs, que el de los conventos; pero ello es que no salen las cosas siempre como las deseamos, y que nosotros hemos revelado una verdad de que no nos arrepentimos y de que nos gloriamos; y ya lo hemos escrito, y cómo ha de ser, aunque la Europa diga ¡cosas de España! ¡Allí habia de ser! tendremos paciencia, que al fin por esta vez tendrán razon; así como así no es lo mas corriente, y al fin, entre tantas acusaciones injustas, venga ésta que al menos es merecida, pero gloriosa, y dia llegará que les demostremos que de los monasterios de España ha salido el elemento mas poderoso de civilizacion para el mundo, y que estos conventos han producido hombres eminentes en ciencias y artes, hombres llenos de fé y de caridad que han traído á la religion y á la sociedad bienes infinitos, hombres altamente humanitarios que han conducido á la civilizacion millares de salvajes que, sin temor de ningun género, cuando Colon lanzó nuestras carabelas al mar y azotó con sus remos aguas no conocidas, nunca visitadas, se lanzaron al Océano y allá llevaron la cruz del Redentor, allí su Evangelio, allí la moralidad, allí leyes, allí industria, allí artes, comercio, ciencias, agricultura; todo, en fin, lo que contribuye á suavizar las costumbres y moralizar los

pueblos, y por conseguirlo peregrinaron y por el bien de sus hermanos nada omitieron, se espusieron al frío, al calor, á los peligros, á la muerte, y escribieron lo que vieron, y nos abrieron un camino desconocido y nos impulsaron á él; y por último, merced á ellos, el nuevo continente tiene relaciones con el viejo, es ya un pueblo culto, habla nuestra lengua, tiene nuestros usos y nuestra religion.

Aclarado este punto seguiremos nuestro relato, y él nos demostrará con cuánta rapidez se estendieron por todas partes y poblaron la Europa. Registrando las historias y las obras de los Padres, hallamos que S. Agustin encontró conventos en Milan <sup>1</sup>, que S. Martin de Tours habitó uno de esta ciudad <sup>2</sup>, de donde tomó modelo para fundar en su regreso á Francia el de Ligugé, cerca de Poitiers; luego el convento de Marmoutier, allí disciplinó á los numerosos ermitaños diseminados en las grutas y entre las ruinas de los templos, á lo largo del Viena y del Loira: mil de ellos asistieron á sus funerales. En cuatrocientos nueve Casiano, que habia sido testigo de las austeridades de los monjes de Oriente, se retiró á Provenza despues de la muerte del Crisóstomo, y fundó dos monasterios en Marsella, donde se dice

1 Confesiones, IV. 6.

2 Sulp. Severo. Vita S. Martini IV.

que tenia bajo su direccion hasta cinco mil entre hombres y mujeres, y que á instancia de Castor, obispo de Apt, escribió las vidas de todos ellos; pero el más famoso monasterio, el más célebre de todas las Galias fué el de Lerins, fundado por S. Honorato, por los años 421, del cual dice Mr. Guizot <sup>1</sup>: "Los monasterios de Lerins y S. Víctor, refugio entonces de la osadía del pensamiento;" y efectivamente era así, puesto que allí iban á porfia las iglesias á buscar sus pastores, y entre los innumerables que los ilustraron, bastarian á su inmortalidad los nombres de Salviano y S. Patricio.

Llegó el siglo V, y en él empezaron los monjes á tomar parte en las funciones sacerdotales, sin cambiar por eso de estado; y si bien esta innovacion halló alguna oposicion en el concilio calcedonense <sup>2</sup>, y Leon el Grande la reprobó <sup>3</sup>: es muy cierto que conociendo los obispos de cuánta utilidad podria serles en lo sucesivo esta milicia fervorosa, instaron y consiguieron su incorporacion en el sacerdocio, y se la abrió el santuario, y atribuyendo despues el concilio de Nicea á los abades el derecho de conferir órdenes, cesaron las diferencias. Al mismo tiempo que los monjes iban

1 Guizot. Historia de la Civilizacion. Leccion V.

2 Cánon III. 4.

3 Epístola CIX. I. 6.

así acercándose al clero y engrosando sus filas, los eclesiásticos de muchas iglesias episcopales se congregaron á imitación suya, y deseosos de vida mas perfecta se establecieron bajo una regla uniforme, tomando el nombre de canónigos. Bajo esta forma de vida fueron introducidos en Verceli por S. Eusebio y S. Agustin; y posteriormente Crodegang, obispo de Metz, estableció para su existencia en comunidad reglas que fueron aceptadas por la mayor parte de los capítulos, y de este modo fué estendiéndose el gusto por la vida monástica entre las almas virtuosas.

Hemos hablado del establecimiento y progresos de los monasterios de hombres, y no queremos ser injustos con las esposas de Jesucristo, que siquiera una vez hemos de ser galantes con nuestra capilla; todo lo cual debe agradar mucho á nuestros adversarios. En los primeros tiempos del cristianismo hubo mujeres piadosas que seguian á los apóstoles y se empleaban en ocupaciones religiosas que se llamaron diaconisas, porque eran mujeres de diáconos, ó ya de edad madura, y se empleaban en velar en las basílicas á la entrada reservada á las personas de su sexo, en despojar de sus vestiduras á las que debian recibir el bautismo, en asistir á las que estaban enfermas, en dar sepultura á las muertas y en secar á las que habian recibido el óleo sagrado <sup>1</sup>; pero

1 S. Ignacio, Ep. 12.

estas no pertenecian á la gerarquía eclesiástica porque no habian recibido la imposicion de las manos <sup>1</sup>; sin embargo, ya en el siglo IV hallamos muchos conventos que nos dicen que vivian muchas vírgenes en comunidad, no reproduciéndolos aquí porque dejamos ya anotados los cánones de los concilios de Elvira y Zaragoza, y la decretal del papa Siricio, que las nombra, así como á los monjes, y á los cuales podriamos añadir otros concilios españoles; entonces vivian estas vírgenes en comunidad en casas particulares, uso introducido de Oriente, si bien entre nosotros tenemos motivos gravísimos para creer que siempre vivieron en monasterios, puesto que en los cánones se habla de monasterios y no de casas, por lo cual tambien negamos á los franceses la gloria de haber sido los primeros que tuvieron religiosas en monasterios, que la primera comunidad de mujeres en Occidente fuese establecida en S. Ciro por S. Honorato, junto á Marsella, así como que Leon el Grande fuera el primero que prohibió darlas el velo antes de la edad de cuarenta años, por mas que lo afirmen los Bolandos <sup>2</sup>, autores para mí de mucho respeto, pero que no venero tanto como los cánones de los concilios que dejo citados que me demuestran que uno y otro es español.

1 Concilio de Nicea, cánón 9.

2 Bollandus en el 12 de Enero.

Así establecidos los monasterios y demostrada la probabilidad de que nuestra España fuera la primera en poseerlos, vamos á hablar de su régimen. Al principio se reunian bajo reglas especiales; y así unos seguian la de S. Antonio Abad, otros la de Pacomio, quién abrazaba la de Hilarion, quién la de Casiano; pero llegó un dia en que S. Benito estableció la suya y todos la adoptaron; sin embargo, estas comunidades no fueron por entonces mas que asociaciones de legos, que no ejercian las funciones, ni los deberes del clero, ni pertenecian á su gerarquía, ni disfrutaban sus derechos sino cuando espresa y anteriormente pertenecian á esta clase algunos de sus individuos, y ya dejamos anotado el tiempo en que ingresaron en las filas del clero, la oposicion que sufrieron, y cuándo y cómo formaron parte de su gerarquía, por cuya razon nos abstenemos de reproducirlo remitiéndonos á lo ya referido.

Siguiendo, sin embargo, el curso de nuestro escrito, no podemos menos de decir, que al importarse de Oriente este género de vida, se introdujeron con los monjes y anacoretas sus rigores, sus asombrosas penitencias, su admirable severidad; así fué que aquí, como allí, hubo pasmos de mortificacion; y si cuenta Oriente su Estilita Simeon, tambien tiene el suyo Occidente; si allí hubo un Pacomio, aquí hubo un Senoquio; si tuvo allí sus rigores Antonio, aquí brillaron los Patroelos y los

Calapos; y si las cercanías de Constantinopla se glorían de un Daniel, las de la Auvernia tienen un Wlfiliaco. Sin embargo, es menester no perder de vista que los monjes y anacoretas occidentales fueron más comunicativos, más sociales que los de Oriente, se maceraron menos, que discutieron y trabajaron mas, que oraron, y en una palabra, contribuyeron más que aquellos á la civilizacion del mundo con sus talentos, estudios, discusiones y actividad, y por esto aquí se instituyó una regla en armonía con este carácter dominante que absorbió las demas, que tuvo en lo sucesivo el imperio entre todas, convirtiendo hácia un mismo término los antes dispersos arranques de la devocion y las vocaciones de la austeridad, reuniendo á la oracion el trabajo, la laboriosidad de Marta y la contemplacion de María.

En el siglo VI vió la luz pública esta regla; fué su autor S. Benito, natural de Norcia, en el ducado de Espoleto, vástago de una rica familia italiana, y á la edad de doce años empezó sus estudios en Roma, y allí en aquel emporio del pasado tuvo ocasion de oir á los admiradores de aquella grandeza, echar de menos la antigua dominacion romana, su esplendor, su brillo, los hombres que la elevaron y la enaltecieron, los que la llevaron al apogeo de su grandeza cuando bajo el pórtico de su temido senado tronaba la voz de Ciceron, y cuando el capitolio se estremecia oprimido con



las cadenas de cien reyes vencidos, y el mundo domado por el esfuerzo de aquellas legiones temidas, de aquellos cónsules rígidos, de sus orgullosos dictadores; allí también veía el llanto que inundaba las mejillas de los amigos de estas glorias, al contemplar el desprecio en que había caído la señora del mundo, la abyección en que estaba sumida la reina del orbe, y el envilecimiento que manchaba su púrpura de soberana. Esta perspectiva hirió profundamente su alma, y allí concibió disgusto hacia un mundo que nada ofrece estable, hacia un siglo que no puede darnos la verdadera felicidad, hacia un orden de cosas tan íntimamente trastornado, y asustado de tan triste perspectiva, abandona la ciudad y huye con su nodriza Civila al fondo de una caberna de Subiaco para sustraerse á tan crueles enemigos; allí contemplando la eternidad se entregó á la oración y á encaminar las almas á la vida eterna; allí atraídos de admiración acudían los hombres que deseaban el bien, los corazones que aun no había prostituido el vicio, ó que estaban ya desengañados de su miseria y arrepentidos de sus extravíos, y muy luego aquella soledad fué el puerto de cuantos sufrían, ó de los que buscaban un asilo á su inocencia; muy luego se alzó allí un magnífico edificio que brindaba asilo á todos, y donde atraídos por el bien acudían á la oración los hombres, agrupándose en su torno multitud de creyentes.

Detenido fué en aquel sitio por milagros, ignorando hasta el trascurso de los días; sin embargo, su memoria la representaba como á S. Gerónimo en los desiertos de la Palestina, la imagen de alguna belleza que sus primeros años habían admirado, y con dificultad las ortigas y espinas domaban la rebeldía de su carne.

No es de nuestro propósito bosquejar la vida del hombre que admiramos, ni relatar los prodigios que señalaron cada uno de sus pasos, ni menos engalanar con flores las espinas de mortificación del joven ermitaño; pero estamos en el deber de decir que su fama se esparció primero entre los pastores vecinos, que de aquí pasó á los pueblos inmediatos, y que esparciéndose poco á poco entre otros más distantes, su nombre voló en alas de la fama por largas distancias con beneficio de las almas; guiados por él los monjes de Vicovaro le quisieron elegir superior, pero los resistió por los abusos que allí reinaban; y si bien á fuerza de instancias se lo hacen aceptar, y emprende la reforma, muy luego lo abandona para volver á su querida soledad de Subiaco. Ya entonces aquello no fué más soledad: legos y sacerdotes, campesinos y ciudadanos, sabios é ignorantes acuden de todas partes para oírle, consultarle y darle testimonio del respeto debido al santo. Equicio y Tertuliano, nobles romanos, le envían sus hijos Mauro y Plácido, y estos fueron sus primeros dis-

cíbulos y las primicias de aquella familia que en bien de la humanidad y de la civilización muy en breve iba á poblar el mundo. De tan pequeña raíz salió ese árbol tan frondoso que tan opimos frutos ha dado á las ciencias, á las artes, á la agricultura, al comercio y á la industria, como veremos y tendremos lugar de admirar en el curso de nuestra obra para confusión de los que desprecian los institutos monacales é insultan y maldicen los monjes.

Siguiendo los pasos del ilustre fundador de tan esclarecida orden, no podremos menos de reconocer el dedo de Dios en la rapidez con que su instituto se propagó; mas volviendo á Subiano hallaremos, que en muy corto tiempo funda en sus cercanías hasta doce monasterios, que poblaban ciento cuarenta y cuatro monjes, á razón de doce de cada uno, y este fué el terreno elegido para plantear su pensamiento culminante; allí ponía en práctica las reglas que meditaban, pero también allí le sigue el infierno, y le mortifica la envidia, y por eso se retira con sus queridos hijos Mauro y Plácido al sitio donde el monte Casino eleva su cumbre gigantesca para cobijar y dar lozanía á las riberas del Melfa, ofreciendo su perspectiva en una situación de las más deliciosas, el bello panorama de los risueños valles en que serpentean los límpidos arroyuelos que bajan jugueteando desde las nevadas cumbres de los Apeninos para abrirse

paso hácia el Oriente de la fértil y amena Campania. Aun se elevaban en aquel mercado tan célebre otros días, en aquel *Forum Casimun* tan ponderado el templo y la estatua de Apolo, que en los días de su gloria elevara el orgullo y superstición romana, y así fué su primera ocupación estirpar los restos del paganismo que infestaban aquellos ponderados valles, después de conseguir tan santo y laudable propósito; con los nuevos discípulos que había reunido fundó un monasterio sobre aquella eminencia, monumento indestructible de su gloria, y allí fué donde puso en práctica su regla por el ejemplo de sus obras, no menos que por sus consejos y prudencia.

Entramos, pues, por este medio en el exámen de un nuevo y maravilloso establecimiento; hemos llegado al punto de partida de nuestro trabajo, tenemos á la vista un nuevo monumento que contemplar más hermoso que cuantos restos de la antigüedad llaman la atención de los viajeros en las grandes ciudades que visitan; hablo de la regla de S. Benito, á quien es la Europa, el mundo entero, la humanidad toda, deudora de hechos y progresos tales, que por más que la ingratitud quiera y medite y maquine, jamás podrá conseguir destruirlos, oscurecerlos ni menguarlos. Esta legislación nueva en los anales del mundo, introducida en él por los desvelos de los monjes, de esos monjes que rechaza el siglo y vitupera y escarne-

ce la filosofía, por una de esas cogullas malditas, y que, sin embargo, obró mas largo tiempo y sobre mayor número de individuos que ninguna otra de la antigüedad; esa legislación, decimos, bien merece que fijemos en ella nuestra vista y espaciemos por sus hojas nuestra atención, y así no podemos menos de dar una sucinta idea de ella, como necesaria para nuestros trabajos ulteriores.

Comienza por tratar del instituto monástico en aquella época<sup>1</sup>. "Hay cuatro especies de monjes, dice, los *cenobitas*, que viven en un monasterio con sujeción á un abad y á una regla: los *anacoretas*, que, no impelidos por un fervor de novicios, sino instruidos por una larga experiencia de la vida monástica, aprenden á combatir al enemigo en provecho del mayor número, y bien preparados solo salen de entre las filas de sus hermanos para descender á la liza en singular combate. Es la tercera la de los *sarabaitas*, que no experimentados por ninguna regla, ni por una larga enseñanza,

1 La regla de S. Benito se compone de setenta y tres capítulos; nueve de ellos sobre los deberes morales y generales; trece sobre los deberes religiosos; veintinueve sobre la disciplina, las culpas, las penas, &c.; diez sobre la administración interior; doce sobre diferentes asuntos, como viajes, hospitalidad, &c.; es decir, que esta regla contiene nueve capítulos de código moral, trece de código religioso, veinte y nueve de código penal, diez de código político.

como el oro en el crisol, sino mas semejantes á la blanda naturaleza del plomo, permanecen en sus obras fieles al siglo, y mienten á Dios con la tonsura. Se les encuentra de dos en dos, de tres en tres, en mayor número, sin pastor, no ocupándose del rebaño del Señor, sino de su interés propio. Fórmanse una ley á su capricho, llaman santo á lo que asalta su mente ó brota de sus labios, y no les parece lícito aquello que no les conviene.

"Se compone la cuarta especie de ciertos vagabundos que, durante toda su vida, habitan tres ó cuatro dias en diversos nichos, en diferentes provincias, errantes de un lado á otro sin descansar nunca, no ocupándose mas que de sus placeres y de su glotonería, peores en todo que los mismos sarabaitas. Es mas prudente pasar en silencio su método de vida, que discurrir sobre ella. Emprendemos, pues, con la ayuda de Dios, la tarea de regularizar la valerosísima sociedad de los cenovitas.

"Al instituir una escuela para servicio del Señor, esperamos no haber prescrito cosa alguna difícil ni rigurosa; pero si con el consejo de la equidad se encuentra algo demasiado áspero para corregir los vicios y mantener la caridad, no sirva esto de causa para huir con desaliento de la senda que á la salvación conduce, porque es estrecha al principio, sino que adelantando en la vida re-

gular y en la fé, se dilata el corazon y se sigue con inefable dulzura el rumbo de los divinos mandamientos.”

Sepan los que, confundiendo las épocas, se representan súbito la holgazanería al solo nombre de monjes, que Benito, en una época en que la ociosidad se tenia á honra y por cosa innoble el trabajo, imponia á su república la obligacion de estar ocupados sus miembros. “La ociosidad es enemiga del alma; en su consecuencia, los hermanos deben de ocuparse en trabajos manuales á ciertas horas; á otras en piadosas lecturas. Desde pascuas hasta principios de Octubre, al salir por la mañana de la hora primera (prima), trabajarán hasta la hora cuarta; desde la cuarta hasta la sexta se aplicarán á la lectura; despues de la hora sexta y al levantarse de la mesa, dormirán la siesta en sus camas sin ningun ruido; y si alguno de ellos quiere leer, lo hará de modo que no perturbe á los demas en su reposo. A la hora octava y media recitarán *nona*; luego se trabajará hasta la noche. Si la pobreza del sitio, la necesidad ó la recoleccion de frutos les tienen constantemente ocupados, no abriguen cuidado alguno, pues son verdaderos monjes que viven de sus propias manos, como hicieron los santos Padres y los apóstoles; pero hágase todo con mesura por consideracion á los débiles.

“Desde principios de Octubre hasta la cuaresma

se dedicarán á la lectura hasta la hora segunda, cuando se cante *tercia*; desempeñe despues cada uno la tarea que le esté encomendada. Al primer toque de nona dejen el trabajo y estén prontos para el instante en que suene el segundo; despues de la refeccion lean y reciten los salmos <sup>1</sup>.

“Vigilen dos ó tres ancianos mientras que los hermanos están entregados á la lectura, á fin de que ninguno de ellos se vaya á dormir ó se entretenga hablando, inútil para sí mismo y distrayendo á los demas. Si alguno se encuentra en este caso sea reprendido una y dos veces, y si no se enmienda, sujétese á la correccion de la regla para escarmiento de los demas. Dedíquense todos los domingos á la lectura, escepto los que estén señalados para los diferentes oficios. Impóngase algun trabajo al que, por descuido ó por pereza no quiera meditar, á fin de que no siga siendo inútil; pero tenga el abad miramientos á la debilidad.”

Tal era la distribucion de su tiempo desde la mañana hasta la noche: á fin de cumplir estas obligaciones se dedicaron los monjes á copiar libros, á lo cual se debe la conservacion de los clásicos. Al mismo tiempo desmontaron los terrenos contiguos á sus monasterios, secaron los pantanos, echaron abajo los bosques y propagaron los mejores mé-

<sup>1</sup> En este horario no hay tiempo señalado para oír misa, escepto el domingo.

todos de explotación. Proponiéndose por objeto en comun, ellos y sus sucesores, la prosperidad de la agricultura, daban cima á trabajos á que no bastaban la vida ni los recursos de un propietario. Así se columbraba la proximidad de un monasterio, cuando se veían campos bien cultivados, viñedos mantenidos con esmero, plantaciones de árboles frutales y canales de riego dispuestos con arte. Sus tierras estaban exentas de contribuciones, y como no las administraba la codicia privada, consentían al paisano mayor holgura; era, pues, natural que se mirara como un privilegio estar al servicio de un monasterio.

Permanecía el gobierno electivo, siendo elegido el abad por los hermanos y de entre ellos; pero una vez elegido, adquiría un poder absoluto, aunque en los casos mas graves se vió obligado á pedir el parecer de sus hermanos.

La nueva virtud introducida en la sociedad por este precepto del Evangelio, *obedeced á vuestros superiores*, fué llevada en las congregaciones religiosas hasta la sumisión pasiva mas absoluta. "Si acontecia alguna vez que se mandase á alguno de los hermanos alguna cosa difícil ó imposible, que recibía el mandato con dulzura y docilidad. Si ve que escede de sus fuerzas, que lo esponga con decencia y sumisión. Si despues de su manifestacion persiste el prior, que el discípulo sepa que debe ser así; y confiando en el Señor, que obedezca." (C. LXVIII).

De aquí procedía la absoluta abnegacion de la voluntad, y aun el anonadamiento de la personalidad, diciendo la regla, que el hermano "no puede tener en su poder ni su cuerpo ni su voluntad (C. xxxiii)." Mandaba, pues, el abad, castigaba, recompensaba, cambiaba la tarea, pronunciaba en las diferencias y separaba de la comunión á los reincidentes. Aunque todo se hacia bajo su obediencia, no era, sin embargo, un tirano; pues se encontraba ligado ya por las constituciones del monasterio, ya por las costumbres que se conservaban por tradicion ó escritos. Se les consultaba en cuanto ocurría una duda; y determinábanse los menores detalles de la vida, el modo de vestirse, el momento de afeitarse ó bañarse, los dias en los cuales se podia añadir á las habas ó demas legumbres el condimento de grasa, ó emplear aceite, admitir en la mesa frugal huevos, pescado y frutas.

Para conseguir la perfeccion requerida en esta clase de existencia, se ejercitaban los novicios en estas mortificaciones, puestos á estas penosas pruebas, que despues fueron vanas y pueriles, cuyo relato hacia el entretenimiento y admiracion de nuestra infancia. Pero nada parecia demasiado para obtener el triunfo del espíritu sobre la materia, y la libertad verdadera, que consiste en sujetar sus pasiones.

El mas notable cambio introducido por Benito

en la vida monástica fué la perpetuidad de los votos solemnes. Era necesario para hacerlos, conocer á qué se comprometían. Prolongábase, pues, el noviciado durante un año, en cuyo trascurso se leía varias veces la regla al aspirante, para asegurarse de que tenía la voluntad y el poder de cumplir las obligaciones impuestas.

A pesar de la severidad de la regla general, se revela en ella una moderación, una dulzura y un sentido recto, que suplen bien los defectos que puede descubrir un siglo mas cultivado. Cosme de Médicis y otros legisladores tenían por lo comun á la mano esta regla, como una coleccion que contiene las máximas mas útiles para gobernar bien á la sociedad. El traje era el que se usaba en el pais en que se encontraba el convento; y para estar prontos al primer toque de maitines, no le abandonaban los hermanos ni aun de noche. Eran legos, y el mismo Benito no recibió las órdenes. "Si algun sacerdote os pide entrar, dice, no le concedáis fácilmente su demanda: si no obstante persiste, oblíguese á cumplir con todos los deberes de la disciplina sin ninguna dispensa."

Refiérese que Totila atravesando la Campania durante la guerra, quiso ver á S. Benito, y que para asegurarse de que efectivamente estaba dotado del espíritu profético, cambió de vestido con uno de sus escuderos, mezclándose al resto de la comitiva; pero el santo le conoció, y dirigiéndose

al bárbaro, le echó en cara sus crueldades; prediciéndole despues un próximo fin, le intimó se preparase con obras de penitencia y con reparaciones.

Estos hechos y muchos otros nos han sido transmitidos por historiadores ilustres que salieron de la órden de S. Benito, como Gregorio el Grande en aquella época y despues Mabillon. Las bellas artes en tiempo de su renacimiento, despues de su mayor brillo, las reprodujeron y perpetuaron por todas partes; pero en ningun lado afectan mas que en el monte Casino, cuna y asilo el mas venerado de los benedictinos. El aspecto de un castillo fuerte dado al convento, que se vió muchas veces precisado á repeler invasiones de que no siempre pudo preservar sus muros; la estension de sus ricos dominios, atestiguada por títulos inscritos sobre restos de antigüedades reunidos por todas partes; la magnificencia del edificio, adornado con lo mas esquisito del arte de pintor y escultor; el recuerdo de doctos personajes que en los siglos mas sombríos encontraron allí un abrigo; la abundante coleccion de documentos y libros que allí se encuentran, se asocian admirablemente á la humildad primitiva de la celda del santo y á la pobreza de la tumba, en la cual descansaron sus huesos hasta el momento en que fueron violados por la furia de los sarracenos. El que sube á la antigua abadía, vacilante entre la admiracion, la curiosidad y la devocion, puede leer

allí toda la historia de aquella orden ilustre, en la cual se conoce en gran parte las diferentes fases de la civilización. La encina, á cuya sombra S. Luis administraba la justicia, no nos causa mas emoción que el plátano, bajo el cual en el claustro de S. Severino en Nápoles, cuenta la tradición que Benito recitaba los salmos y hacia nuevos prosélitos, y en cuyas antiguas ramas han echado raíces dos higueras, á la manera que otras órdenes han nacido de siglo en siglo y en todos los países de la orden de que fué fundador <sup>1</sup>.

Con respecto al exterior, los monjes, cuyo número é influencia fué en aumento, fijaron la atención vigilante de los obispos que conocieron la posibilidad de tener en ellos excelentes auxiliares ó poderosos rivales; perdieron desde entonces mucho de aquella independencia que era la característica de su estado, y poco á poco se unieron á la sociedad eclesiástica. El concilio de Calcedonia decidió lo que sigue: "Aquellos que han abrazado real y seguramente la vida monástica, obtengan el honor que les es debido; pero en atención á que algunos bajo la apariencia y el nombre de monjes, introducen la turbulencia en los asuntos

1. Esta idea se encuentra simbolizada en la obra maestra de *Monregaleese* [pintor de Montreal], que se ve en el convento de este nombre, cerca de Palermo, y en que se representa al santo distribuyendo su pan á miembros de diferentes órdenes religiosos salidos de la suya.

civiles y eclesiásticos, recorriendo las ciudades á la aventura y aun tratando de instituir monasterios, nadie podrá instruir ó fundar una casa ó un oratorio sin el consentimiento del obispo de la ciudad. En todas las ciudades ó campos estén sujetos los monjes al obispo, amen la tranquilidad, aplíquense al ayuno y á la oración, y queden en el país en que han renunciado al siglo; no se mezclen en los asuntos eclesiásticos y civiles ni se separen de los monasterios, á menos que lo disponga así el obispo de la ciudad para una obra necesaria (C. IV)."

De esta manera se destruyó la libertad monástica, y los concilios que se siguieron atribuyeron á los obispos la inspección sobre los abades, sobre las congregaciones, la disciplina y la fundación de nuevos monasterios. Los mismos monjes, multiplicándose, solicitaron privilegios que llegaron á ser trabas. Por ejemplo, quisieron tener una iglesia en su monasterio, para no verse obligados á acudir á la parroquia; pero tuvieron para esto que introducir en ellos sacerdotes unidos estrechamente al obispo y estraños á la comunidad.

Su dependencia fué mayor cuando los mismos ambicionaron entrar en el clero; despues de algunos obstáculos, Bonifacio IV los declaró *más que idóneos para toda unción clerical*. De esta manera tuvieron parte en los privilegios y poder eclesiástico; pero por esta misma razón se consolidó la

autoridad de los obispos sobre los monasterios. Recurrieron á veces los monjes en contra de ella á los concilios, quejándose de ser tiranizados; despues buscaron una garantía en las antiguas formas, y nunca sufrieron que sus propiedades se confundiesen con las que eran administradas por el obispo, conservándolas bajo la direccion particular de cada comunidad. Para hacer cesar una lucha tal, se entró en negociaciones. Se convino en que los monjes cederian una parte de sus bienes para gozar de los demas con seguridad; ademá, para tener la facultad de ordenar sacerdotes y gozar de otros privilegios. Estas estipulaciones eran objeto de verdaderas cartas de franquicias<sup>1</sup>: pero como estas eran violadas á menudo, reclamaron los monjes la garantía de los reyes, como fundadores de los monasterios, y la obtuvieron mediante un censo anual ó la obligacion de acudir con hombres de armas.

Procuraron los obispos eludir esta proteccion, y el medio mas eficaz fué erigirse ellos mismos en

1 Las dos cartas mas antiguas de inmunidades pertenecen á la abadía de S. German de Paris y á la de S. Dionisio. Aunque su autenticidad no está probada, existe una fórmula de Marculfo que basta á demostrar que estas concesiones estaban en uso en el siglo VII. Suscítase una cuestion entre el abad de Bobio y el obispo de Tortona, que queria sujetarle á su jurisdiccion; se acude á Aricaldo, que no quiere mezclarse, pero consiente en que sea juzgado en Roma; y Honorato concede exencion al abad.

abades de los monasterios. No obstante, el pensamiento de sustraer enteramente los monasterios á la jurisdiccion del ordinario, no pertenece á aquel siglo; fué despues puesto en ejecucion por los papas.

¿Por qué hemos de descuidar estudiando las diferentes fases de la civilizacion, aquellos ensayos de tiranía y de emancipacion que vuelven á aparecer en seguida con mas estension de parte de los comunes de los reinos? Los conventos, todo lo contrario de lo que se cree en el dia, se convertian en centros de actividad y asilos de libertad. *¿Eran, tal vez, segun se dice, brazos robados al trabajo?* ¿Eran, tal vez, diremos nosotros, brazos robados al crimen y al robo; y ya sin duda era mucho encadenar las pasiones, amortiguar los vicios en tiempos en que no habia prisiones, cárceles ni policia, con todos los medios represivos de los pueblos civilizados, y en los que no se creia necesario que el gobierno interviniese en todo, y todo lo regularizase? El mundo no tenia, pues, refugios; faltaba union y seguridad; sin lugar en que se pudiese vivir reunidos, en que se pudiese discutir tranquilamente, meditar sobre sí y sobre los demas. Abriéronse los monasterios, ofreciendo una vida enteramente social y activa, en la cual la inteligencia trataba de desarrollarse y propagar las ideas; y entonces fué ya posible discutir, meditar é instruirse. Cuando por todas partes



reinaba la fuerza arrogante y el derecho del sable, cada monasterio conservaba celosamente su constitucion particular, elegia sus superiores y empleados sin poner trabas los reyes ó los barones.

Muchas personas aspiraban á formar parte de estas comunidades, sin unirse á ellas del todo, como en otro tiempo los extranjeros ambicionaban el título de ciudadano de Roma. Tanto de la clase media como señores se ofrecian á un convento (oblato), se hacian inscribir en los registros para tener parte de las oraciones en la vida espiritual, y en los privilegios en la temporal; tomaban en el momento de morir el hábito de la orden, y querian ser enterrados en la iglesia ó en el cementerio de los religiosos.

Los monjes, enteramente separados del mundo, parecian no tener otros abuelos que sus predecesores, ni otro deseo que el bien del convento y de la orden. Muchos empobrecerian aun á sus mismas familias para enriquecer á la comunidad. Conservábanse las actas de donacion con mayor cuidado que el que mostraron los comunes para sus cartas de privilegios. Llegaron así á la mayor autoridad, y á los que ponian en duda los derechos que concedian se les consideraba como sacrilegos, como enemigos de los pobres y de Jesucristo.

Cada convento, ademas de sus bienes, se procuraba las reliquias de un santo venerado; tesoro

á la vez espiritual y temporal. Tendia la gente devota á reverenciarlas; casi podriamos decir á adorarlas; y cada uno á hacer su ofrenda, segun sus facultades. Todo testamento contenia un legado para el santo. En el dia de su fiesta el concurso de los fieles atraia á los mercaderes, y se formaba una feria en el atrio al abrigo de los ataques de los malhechores, y de los insultos de los barones. Parecia que aquel santo representaba la comunidad, y los desafueros causados á ella se consideraban como otros tantos sacrilegios hácia él.

Cuando el monasterio llegó á ser rico, fué preciso embellecerlo; y las artes, asustadas con la voracidad de los bárbaros y los ultrajes de la ignorancia, se refugiaron en el claustro erigiendo iglesias y representando en ellas la vida y los milagros del patrono.

Sin embargo, el monje considerado individualmente, permanecia pobre; delicados manjares no se veian en su mesa sino en las raras ocasiones en que se trataba de obsequiar á algun gran personaje ó á un prelado. De nada podia decir esto es mio: se discutió hasta el punto de saber si el pan que cada uno comia era suyo. Hubó un gran escándalo, cuando se notó que un monje de Flavigny, que acababa de morir, tenia ocultos dos sueldos en su sobaco, y fué privado de su sepultura sagrada <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Guibert. De vita sua.

Estos hombres austeros y rígidos, estas almas desprendidas del mundo, eran las que el Señor necesitaba, modelados con arreglo á las necesidades de su época, y solo en ellos, fortalecidos por la penitencia y la oracion, hallaron los bárbaros un antemural á su desenfreno: solo ellos pudieron salvar la humanidad, solo ellos tuvieron energía para defender al débil; y solo en ellos quedó ciencia para conservar la ilustracion y civilizar el mundo. ¿Queréis verlo, apostrofadores de los regulares? Oidme, sí, pero oidme sin prevencion, y no desecheis la verdad porque la diga un fraile; oidme con calma y entonces sabréis cuánto deben á esos hombres que perseguís, á esos asilos que insultais la humanidad y la civilizacion, y os avergonzaréis de haber perseguido unos institutos á quien tanto debeis, á quien la Europa y el mundo, á pesar de vuestra injusta gritería, no puede menos de alabar y bendecir. ¿Qué importa que la filosofia de hoy los persiga? ¿Qué importa que la calumnia quiera empañar sus hechos? Ellos al fin publican la verdad, y cada página de la historia la ilustra, y cada piedra de sus maldecidos monasterios es un acusador de vuestra maldad, de vuestra agresion, de vuestra injusticia. Os repito que me oigais, y os desafio á que me contestéis; rechazad mis pruebas si son falsas, destruid mis argumentos si no son legítimos; yo os reto, humillad mi orgullo de fraile, acallad mi pluma, haced en-

mudecer mi lengua, si podeis, y habréis obtenido un triunfo del ignorante hijo del claustro; habréis puesto en ridículo mi capilla. ¿Qué mas queréis, si os brindo con la ocasion, si os presento al descubierto mi cuerpo, si escribo mi defensa y la de mis hermanos, cuando no tenemos más poder, más armas, más elementos que la humillacion, cuando nos hallamos dispersos como las piedras del santuario? El tiempo os brinda, el siglo es vuestro, las ideas, todo está de vuestra parte, animaos si podeis, tranquilo os espero, rebatid lo que os voy á decir, sí, pero no olvidéis que la verdad triunfa de la mentira siempre, y que la verdad es mi escudo.

Empecemos, pues, con los longobardos. Habia concluido el gran movimiento de la emigracion germánica, las tribus del Norte habian establecido su dominacion en Europa, pero conservaban sus discordias, sus odios de origen, sus venganzas de raza; dominadores de Occidente, permanecian desunidos, en lucha continua, en campaña abierta; y esta desunion, esta lucha, esta perpetua hostilidad no cedia solo en su perjuicio, llevaba su influencia más allá, al seno de los pueblos, á las familias, bienes y personas de los vencidos alcanzaba; de aquí atropellos de todo género, de aquí robos, incendios, saqueos, muertes. El mal cundia y se hacia trascendental á todas las clases del Estado. En tan críticos momentos, ¿quién los

contiene? En tales circunstancias, ¿dónde está el poder que los doma? ¿dónde la fuerza humana que puede avenirlos? ¿Lo ignorais? Pues bien, os lo diré: en los monjes, en esos hombres que nada han hecho por la humanidad, y que, sin embargo, en aquella ocasion la salvaron. ¿No queréis creerme? Pues bien, os presentaré un testigo á vuestro gusto, cuya autoridad no rechazaréis; por esta vez no será un fraile el que hable, y á la verdad que lo siento; pero en cambio oiréis á Mr. Guizot <sup>1</sup>, cuyo dicho, aunque para mí no de tanto valor como el de un monje, lo trascribo por dar gusto á nuestros enemigos, y porque al fin no le rehusarán por parcial: oidle: "Los frailes, dice, afectaban mas la imaginacion de los bárbaros que el clero secular, su número imponia como su vida singular. El clero secular, el obispo, el simple cura, no causaban ilusion en aquellos bárbaros acostumbrados á verlos, maltratarlos y saquearlos. Era un poco mas árdua la empresa de atacar un monasterio, morada de tantos hombres reunidos en un santo lugar. Los monasterios, durante la época de la barbarie, eran un lugar de *asilo para la Iglesia, como ésta lo era para los legos. Los hombres piadosos se refugiaban en ellos como lo habian hecho en Oriente, en Tebaida, para huir de la vida*

<sup>1</sup> Guizot. Civilizacion europea. Leccion 6.ª, fol. 168; edicion de Mellado, 1847.

*mundana y de la corrupcion de Constantinopla.*" Ya veis cómo no decimos más que lo que asegura uno de vuestros hombres más acreditados, uno de vuestros filósofos, uno de vuestros maestros.

Efectivamente, solo ellos podian dominar sus instintos salvajes y regenerar la sociedad; de aquí procede su celo y sus esfuerzos, porque los reyes bárbaros entrasen en el gremio de la Iglesia, como los que sabian la influencia que uno de estos ejemplos habia de ejercer en el pueblo, y que cada conversion de estas era un paso agigantado en favor de la humanidad y de la civilizacion, como se puede ver sin mas que abrir la historia, allí os remito; registrad sus páginas y hallaréis que, cuando Clovis, Nutaris y Etelberto, doblaban su frente ante el agua del bautismo, no solo se trataba de ganar sus almas á Jesucristo, sino de conquistar una nacion entera á la humanidad, como sucedió efectivamente. Así, euando posteriormente Recaredo, en nuestra patria, abjuró el arrianismo, toda la nacion siguió su ejemplo, y la paz se proclamó y cesó la guerra, y la nacion fué grande é ilustrada; díganlo los concilios que se celebraron en Toledo, que tanto encomia el mismo Mr. Guizot, y cuyas leyes humanitarias y filosóficas admira <sup>1</sup>. Leyes que, sea dicho aunque de

<sup>1</sup> Guizot. Civilizacion europea. Leccion 6.ª, fol. 155 y siguientes; edicion de Mellado, 1847.

paso, ayudaron á confeccionar los monjes, representados por sus abades, y fueron obra exclusiva del clero segun el referido filósofo <sup>1</sup>.

Es fuera de toda duda, que los monjes tuvieron la parte principal en la civilizacion de los bárbaros, que desplegaron un celo grande en dirigir sus conciencias, que reformaron su modo de vivir; y finalmente, que los hermanizaron; y los pasos dados con este objeto por estos héroes ignorados, por estos institutos vilipendiados, son los de la civilizacion misma que esparcian por todas partes, y que con tantos trabajos, con tanta esposicion, plantaron con ayuda de la cruz.

Ellos, pues, se esparcieron por todas partes, y causa admiracion ver pueblos feroces deponer su crueldad ante el pobre inerme monje, y aquellos corazones que nada pudo amansar, postrarse sumisos ante la voz que en nombre del Crucificado predicaba la caridad; así fué cómo obraron S. Remí en Francia, Gregorio el Grande entre los longobardos, y el monje S. Agustin entre los anglosajones. Así fué cómo introdujeron los misioneros la religion entre los francos meridionales despues de la conversion de Clovis. De los monasterios salieron esos hombres que hoy viven por sus virtudes y por sus fundaciones. Un S. Romocles que elevó la abadía de Malmedy, un S. Lamberto

<sup>1</sup> Id. Leccion 5.ª de id.

que, fundando la catedral de Lieja, dió origen á la ciudad; el aquitano S. Goaz que echó los cimientos sobre el Rhin á la ciudad de su nombre, fundada por sus milagros y predicacion; un S. Amado de Nantes, que convierte en tiempo de Dagoberto el territorio de Gante y á sus habitantes, adoradores sanguinarios de los ídolos, despues de haber convertido á los esclavones.

En las Galias tuvo el paganismo un fuerte adversario en el estilita Wulfiliaco; del corazon de Irlanda, patria de S. Colombano, uno de cuyos discípulos dió nacimiento á la ciudad de S. Galo, salió Kiliam para predicar á la ciudad de Wurtzburgo, capital de los antiguos turingios. No pudiendo el monje inglés Egberto, llevar en persona la palabra de Dios á paises distantes, envió misioneros con el objeto de convertir los frisonos, los daneses, los rugios, los sajones, hermanos de los conquistadores de Inglaterra. El irlandes S. Willibrodo fué consagrado obispo de los frisonos, y Pepino de Eristal le señaló para sede la antigua *Trajectum*, de donde mas tarde nació el obispo de Utrecht. Wilfrido ó S. Bonifacio, salió tambien de los monasterios de Inglaterra para evangelizar la Germania, mandando derribar la encina sagrada que aun se conservaba cerca de Geismar, empleando su madera en construir la iglesia de S. Pedro en Fritzlar; tambien destruyó los ídolos de la Turingia, pero estableció una escuela de misio-

neros en Ohrdruf, donde los enseñó á perfeccionar el cultivo de los jardines y los campos. Organizó las iglesias de Baviera en las cinco diócesis de Salzburgo, Fressingue, Ratisbona, Pasaw y Neuburgo, fundando luego el célebre monasterio de Fulda con siete religiosos, teniendo el consuelo de verle á su muerte aumentar hasta cuatrocientos. Allí tomó algun descanso, hasta que en vez de disfrutar pacíficamente las comodidades que el arzobispado de Mayenza que acababa de obtener, le ofrecia, marchó de nuevo á predicar á los frisones, donde mereció, con otros cincuenta y tres compañeros, la palma del martirio á manos de los idólatras.

No aterró este ejemplo á los monjes, y S. Wigberto que le sucedió en el apostolado, y despues otros, lograron convertir á su duque Popon que recibió el bautismo, y con él todo el pais. S. Enimerano padeció martirio en Ratisbona á manos de los avaros, que vieron despues á S. Ruperto encaminarse á su territorio y fundar sobre las ruinas de la antigua Juvianano, una iglesia, que dió principio á la ciudad de Salzburgo; igualmente S. Coribniano fundó la iglesia de Fressingue. Los abargos abrazaron el cristianismo por gratitud á sus máximas humanitarias, y los asumitas etiopes por los consejos y predicaciones de esos monjes tan aborrecidos, y que sin embargo, adonde han fijado su planta han llevado la civilizacion y pro-

clamado los derechos de la humanidad; allí donde predicán la ley de Cristo predicán la caridad, y la esclavitud viene á ser menos rigurosa, la idea de una vida futura que eleva los sentimientos, ó cuando menos induzca á practicar ciertos deberes: se instruye el hombre para comprender los libros santos, y se da algun paso hácia la ciencia anhelada por los que una vez llegan á ensayarla. Enviados á los conventos los hijos de los grandes para educarse en su recinto, adquieren algunas nociones de rectitud y de temor de Dios, que los hace humanitarios y accesibles, y los pueblos aprenden de los monjes á cultivar los campos, á ejercitarse en artes útiles, y estimulados por sus consejos los grandes se humanizan, y los pequeños se acostumbran á las ideas de orden y respeto, comprendiendo la diferencia que hay entre la humildad y la bajeza. Esto enseñaban, esto predicaban los monjes, tales son los títulos que os presentan, tales los derechos que alegan para que los proclaméis humanitarios y civilizadores; rechazadlos, rehusadlos, desmentidlos si podeis, y si no, confesad vuestra ignominia; devolvednos el honor que nos habeis arrebatado, reparad nuestra iniquidad.

Pero hemos dicho poco; aun nos quedan mas pruebas que aducir. Oidlas. Cuando en todas partes existia el monopolio y la confusion en los cargos públicos, el orden reinaba en el claustro. La

regla determinaba los cargos y las personas que debían desempeñarlos, y si bien la regla de S. Benito trataba de fortalecer las almas por la oración, el trabajo y la soledad, la Iglesia tuvo en sus hijos una ilustre milicia dispuesta á todo, y sacó de sus claustros los mas celosos misioneros, sabios pastores que guardaron el depósito de la ciencia que siempre halló en su recinto su mejor asilo. Así fué que los benedictinos han sabido siempre alcanzar la triple corona de haber convertido la Europa al cristianismo, desmontado los bosques y haber reanimado y conservado la antorcha del saber <sup>1</sup>. Entre estos hombres que hoy se denigran con el odioso epíteto de holgazanes y ociosos, se encontrará leyendo la historia, que uno proclamará el movimiento de la tierra, otro inventará el reloj para medir el tiempo, un tercero descubrirá la pólvora, otros introducirán los molinos de viento, otros los gusanos de seda con el método de aclimatarlos y trabajar en Europa este nuevo y precioso artículo. Otro el uso del café y sus buenas propiedades. El abad de Nonantola enviaba todos los años á las monjas de S. Miguel de Florencia doce jóvenes provistas de lino y lana, para que allí se instruyesen en el arte de tejer <sup>2</sup>.

1 Magnum Chronicon belgium [apud Pistorium, tom. 3, pág. 389].

2 Tiraboschi.—Storia de l'abbadia di Nonambola, II, 78. en el año 895.

*Los hermanos humillados* formaron una compañía de comercio de lanas y paños de las mas importantes. Los monjes de S. Benito Polirone, en Mantua, empleaban en la labor mas de tres mil pares de bueyes; S. Benezeto recibe en una revelacion la órden de construir un puente en Avignon, el obispo no le cree y coge en sus hombros una enorme piedra, con lo cual estimulado el pueblo le imita, el puente se construye, y este prodigio queda perpetuado en la congregacion de los *hermanos pontífices* <sup>1</sup>. Tratan de construir un muro alrededor de una iglesia para preservarla de las incursiones, los trabajadores desmayan por falta de material y hallan colocada en los cimientos cuanta piedra necesitan. Tal era la laboriosidad de los monjes, tal su desvelo por alentar al trabajo, estos los títulos con que los proclamó protectores de las artes, la agricultura, el comercio, la industria y las ciencias; este panorama es su pergamino de amantes de la humanidad, amigos del saber y protectores de la civilizacion.

Con todo, si aun no creen suficiente fundamentada mi defensa, si aun no les parecen bastantes las pruebas emitidas en su corroboracion, aun nos quedan de reserva los beneficios que mas de cerca nos toca, los hechos por los monjes á nuestra patria, y de ellos vamos á ocuparnos.

1 Bollandistas, 11 de Abril.

Dejamos ya manifestada nuestra opinion respecto al tiempo de su establecimiento en España, y los documentos en que la apoyamos, y solo nos resta probar que el mismo espíritu reformador, laborioso, científico, humanitario y civilizador, animaba á los de nuestra patria que á los extranjeros. Si quisiéramos concluir nuestras pruebas, en pocas palabras podríamos hacerlo, con solo decir que estaban ligados con iguales votos, sujetos á la misma regla, y obligados á los mismos preceptos; pero nos creemos obligados á alguna cosa mas, á citar hechos, á presentar el importante papel que en nuestra civilizaci6n ejercieron, para deducir de aquí si los monjes españoles son menos dignos del aprecio del mundo que sus hermanos de otros países, y nos creemos tanto mas obligados cuanto estamos convencidos que, sin menoscabar en lo mas mínimo la gloria de los monjes extranjeros en el hermoso campo de la civilizaci6n, aparece la de los españoles como un ilustre y fuerte monumento que toda la acrimonia del mundo conjurada en su destituci6n jamas podrá arruinar, es una hermosa flor en el jardin de la Iglesia, que ni el cierzo, ni el huracan de las pasiones marchita, y que á los embates del hielo, del frío estoicismo, de la impiedad, se rejuvenece y cobra nuevos y más brillantes colores, nueva y más hermosa lozanía á la inspiraci6n de la poderosa voz de la humanidad que la proclama su asilo, el puesto de su naufragio. Veámoslo.

La situaci6n de España no fué escepcional, los mismos males que lloraba la Europa lamentaba; el mismo desenfreno se veía en los conquistadores de aquí que en los de allí; la misma ferocidad, igual opresi6n, idéntica tiranía; así, pues, los monjes tuvieron que prestar á la civilizaci6n y la humanidad el mismo apoyo; ¿y se lo prestaron? Esta es la pregunta á que los hechos van á dar satisfacci6n cumplida. Para ello no hay mas que leer el fuero juzgo <sup>1</sup>, y veremos de qué manera suaviza las leyes bárbaras introduciendo en la legislaci6n los elementos humanitarios y filosóficos del cristianismo. Abranse los concilios españoles y se verá cuántos cánones dirigidos á proteger el oprimido y el esclavo, llevando, por último, su caridad y su espíritu de igualdad evangélica hasta elevarlos al sacerdocio, haciéndolos así semejantes á ellos mismos, y proclamando ese gran principio que han estraviado los modernos de que "el hombre es hijo de sus obras," y digo que han estraviado, porque le han hecho el foco para canonizar toda clase de desenfrenos, tomándolo por instrumento de miras siniestras y ambiciones criminales, como en su dia demostraremos.

Resumamos la doctrina de los concilios: de estos uno impone severísimas penas á la señora que castigue á su sierva <sup>2</sup>; otro previene que el

1 For. Jud. L. 2, tít. 1. Lib. 21. Id. Ley 6, tít. 5. Lib. 2.

2 Cán6n 9. Concilio Iiberitano.

poderoso que quite los bienes á un pobre se presente para justificarse delante del obispo <sup>1</sup>. Otro pone coto á la usura <sup>2</sup>. Otro prohíbe derramar sangre humana ni aun en justa defensa, ordena reconciliarse con el que se pleitea y no maltratar á los esclavos <sup>3</sup>. Concilio es este donde vislumbramos la sábia institucion de los juicios de conciliacion tan ponderados en nuestro siglo, y que sin duda son útiles, y por lo mismo reclamamos su establecimiento á favor del clero, y lo aducimos como una prueba de cuanto ha hecho por la humanidad y la civilizacion. Otro que los obispos asistan y adviertan á sus hermanos enfermos que se dispongan para morir bien y arreglar sus negocios mundanos <sup>4</sup>. Otro se declara contra los suicidios, y para cortar este mal establece penas rigurosas <sup>5</sup>. Este cuida de la instruccion del pueblo <sup>6</sup>; aquel garantiza la libertad de los esclavos <sup>7</sup> y protege los intereses de los pobres contra la tiranía de los recaudadores; uno declara que por institucion divina son los obispos protectores de los fieles, y como tales deben contener á los po-

- 1 Id. 11. Id. 1 Toledano.
- 2 Id. 2 y 3. Id. Tarraconense.
- 3 Concilio de Lérida, Cánones 1, 7 y 8.
- 4 Id. de Valencia, cánon 4.
- 5 Id. de Braga, cánon 16.
- 6 Id. 2 de id., cánon 1.
- 7 Concilio 3 Toledano, cánon 6, 8, 15 y 21.

derosos y magistrados que los oprimen <sup>1</sup>. Otro encarga á la Iglesia la educacion de los hijos de los libertos, y encarga fidelidad y obediencia al rey <sup>2</sup>; y otro, al par que encarga esto á los súbditos, no se olvida encomendar al rey que gobierne con piedad y justicia <sup>3</sup>. Este impone penas á los traidores al rey <sup>4</sup>; y por último, viene el noveno concilio de Toledo, despues de haber los demas establecido reglamentos favorables á los esclavos, abriéndoles las puertas del sacerdocio <sup>5</sup>. Tales son, sin otros muchos que omitimos, los títulos que tiene el clero regular á la gratitud de la humanidad. Tales son los auxilios que han prestado á la civilizacion los monjes españoles. Ellos, en sentir de Mr. Guizot, son los que introdujeron esas reformas en la legislacion, y en ellas la civilizacion; ellos son los que las presentaron á la admiracion de la Europa que se apresuró á adoptarlas; pasemos á los otros elementos civilizadores y veamos lo que por ellos han hecho.

En cuanto al comercio, industria y las artes, ya dejamos espuesto el favor y proteccion que los cánones de nuestros concilios les prestan, y es ofi-

- 1 Concilio 4 Toledano, cán. 32.
- 2 Id. 6 de id., cánones 10 y 16.
- 3 Id. 4 de id., id. 74.
- 4 Id. 7 de id., id. 1.
- 5 Cánon 11.



cioso <sup>1</sup> reproducirlo aquí; pero no podemos ni queremos omitir que, á mas de protegerlas con leyes, las animaron con su ejemplo, que ellos convirtieron campos eriales en cultivados; que ellos, por medio de la proteccion que dispensaban á los siervos y colonos, atrajeron alrededor de sus monasterios una poblacion numerosa que, huyendo del maltrato de sus orgullosos señores, venian á buscar un bienestar alrededor del suntuoso monasterio donde el humanitario monje los trataba con el cariño de padre. Yo podria tender sobre la mesa un mapa de España del siglo V y otro de la del II, y en él repararian mejor que en parte alguna los trabajos de los monjes, su mérito, los servicios prestados á la humanidad y á la civilizacion; pero no siendo posible hacerlo, ni menos enumerarlos todos, me concretaré á referir unos cuantos, y algunas consideraciones generales sobre los demas: bastaba para conocer la proximidad de un monasterio mirar los campos vecinos, su buen cultivo, su frondosidad; el esmero que en las labores se veia eran testigos de que los monjes no eran holgazanes ni tiranos. Considérense qué fueron Celanova, Guadalupe y los demas terrenos donde se levantaron los monasterios, y se verá que eran terrenos infructíferos, y áridos matorrales y desiertos impenetrables; pero se echaron los cimien-

1 Véase el cap. 5.º de este tomo.

tos al monasterio, y las bendiciones del cielo parece que cayeron sobre sus campos, el sonido de la campana atrajo la poblacion, las casas se levantaron en torno suyo, los bosques y matorrales desaparecen, y el cultivo anima la vegetacion.

Y no solo la agricultura, el comercio y la industria, sino las artes y las ciencias, tambien buscaron allí su proteccion; y como avergonzadas de un mundo que las abandonaba y despreciaba, se refugiaron en el claustro para recibir animacion y progreso de mano del humilde, holgazan y ocioso monje, y allí la encontraron, y de allí salieron para dar esplendor á la Europa y gloria á nuestra patria, haciendo esos monasterios que el mundo los jugare como el emporio de las ciencias y de las artes; y que un extranjero haya escrito: "Que en España, para admirar los progresos de la civilizacion y los progresos del arte, deben visitarse los conventos y monasterios." ¿Acaso nos dirá alguno, que en los concilios no intervenian los monjes? Confesamos que no esperamos esta pregunta; mas por si acaso contestaremos, que vean los concilios y hallarán en ellos enumerados los abades al lado de los obispos, y unos y otros dictando tan admirables cánones, teniendo ademas que notar, que muchos, ó la mayor parte de los obispos de esta época eran monjes, pues á los monasterios iban las iglesias á proveerse de pasto-

res, y los que no lo eran habian bebido su ilustracion en los monasterios, donde acudian á educarse en la ciencia de servir á Dios, no menos que en las humanas; y si no que se me diga: ¿de dónde salieron Julian, Braulio, Eugenio, Isidoro, sino del claustro? ¿Qué Ildefonso? Isidoro Pacense, Idacio, el monje de Silos, ¿qué fueron? monjes; pero tenemos más, y es, que el espíritu monacal se hizo más fervoroso en nuestra patria y hubo entre nosotros espíritus reformadores; véanse, si se duda de esto, la regla de S. Isidoro de Sevilla, la más rígida, aun la de Fructuoso; y por último, la de Benito Aniana, y en ellos hallaremos que fueron reformas graduales de la de S. Benito, y tanto, que la del último es casi impracticable.

Todo efectivamente nos prueba, que nuestros monjes en nada cedieron á los extranjeros, y el interes que los concilios se tomaron por ellos y las reglas que en su favor se establecieron, todo nos dice que eran numerosos y virtuosos, no hay más que ver los cánones de la Iglesia española y hallaremos esta verdad, el Iliberritano <sup>1</sup>, el de Zaragoza <sup>2</sup>, la decretal del papa Siricio <sup>3</sup>, el Terraconense de 516 <sup>4</sup>, los de Barcelona de 540 <sup>5</sup>, y

1 Cánón 13.

2 Id. 8.

3 Regla 6.

4 Cánones 1 y 11.

5 1.ª de Barcelona, cánón 10, id. 2.º; cánón 4.

599, el segundo de Sevilla <sup>1</sup>, el de Mérida <sup>2</sup> y los de Toledo de 400 <sup>3</sup>, 589 <sup>4</sup>, 633 <sup>5</sup>, 638 <sup>6</sup>, 646 <sup>7</sup>, 655 <sup>8</sup>, 656 <sup>9</sup>, 691 <sup>10</sup> y 694 <sup>11</sup> que protege la viuda, hijos y bienes del rey difunto, contienen disposiciones que prueban hasta qué punto eran dignos de consideracion y acreedores á la proteccion de la Iglesia y del Estado los monjes, y cuánto influyeron en los adelantos de su siglo, y cuánta utilidad reportaron á la nacion que hoy los acusa, desprecia y rechaza, y téngase presente que no eran menos útiles las monjas, ni sus conventos menos respetados, ni menos atendidas en los concilios y en las leyes, que todas ellas respiran proteccion y respeto hácia esas esposas de Jesucristo, y tanto, que por no ser molestos en citar todos los documentos, lo haremos solo del que mas interes tiene, porque mas las enaltece y prueba su virtud, y es aquella disposicion del concilio de Zaragoza de 694, que ordena "que muerto el rey

1 Cánón 11.

2 Id. 10.

3 Cánones 6, 9 y 16.

4 Cánón 4.

5 Cánones 29, 45, 50, 51, 52, 53 y 56.

6 Id. 6 y 7.

7 Cánón 5.

8 Cánones 2 y 5.

9 Id. 2, 4 y 5.

10 Cánón 3.

11 Id. 7.

cualquiera reina, *para que nadie se le atreva*, entrase en religion y se haga monja <sup>1</sup>." Lo cual manifiesta que en ninguna parte estaba menos espuesta, mejor custodiada ni mas digna y honoríficamente que en el claustro, asimilándole de esta manera á cuanto mas elevado y digno se conocia, á cuanto era mas respetable é ilustre en España.

Hemos asegurado cuánto debia la sociedad á los monacales; hemos probado que los monasterios fueron el asilo de las artes, las ciencias y la civilizacion; hemos presentado un panorama que á primera vista demuestra que la agricultura, el comercio y la industria deben á los monasterios el apogeo en que se encuentran, y para nuestros trabajos y esclarecimientos de estas verdades, hemos puesto en juego desde la historia profana hasta la eclesiástica, y desde los códigos civiles hasta los cánones; hemos trascrito desde las palabras de los santos Padres, de pontífices ilustres, obispos celosos é ilustrados eclesiásticos, hasta las de los herejes, apóstatas é incultos bárbaros; hemos presentado como testigo y corroborador de nuestro aserto á Mr. Guizot, que de tanta reputacion disfruta entre los eruditos; nos hemos valido del no menos célebre Robertson, y pudiéramos añadir á estos á Le-Cler y á otros muchos que con sus flores amenizarán el árido jardin de

1 Cánon 5.

nuestro escrito; pero hemos sacrificado en aras de la brevedad la lisonjera vanidad que pudiera acarrearnos la erudicion; sin embargo, no podemos resistir, ni queremos privar á nuestros lectores de las palabras y autoridad de un testigo que debe tenerse por irrecusable en la materia. Hablo del célebre Voltaire tan encomiado por los enemigos del claustro: este hombre, tan contrario á los monjes, tan impugnador de sus institutos, tan opuesto á sus votos, que tanto ha satirizado desde su traje hasta su religiosidad, se espresa acerca de los monjes en los términos siguientes: "Fué por mucho tiempo un consuelo para el género humano que existiesen aquellos asilos abiertos á todos los que deseaban huir de las opresiones de los gobiernos godo y vándalo. Por lo comun, todo aquel que no era señor de castillo, era esclavo. Se sustraia uno en la tranquilidad de los claustros, de la tiranía y de la guerra. Verdad es que las leyes feudales del Occidente no permitian que se admitiese monje á ningun esclavo sin que mediase el consentimiento de su señor; pero los conventos sabian eludir la ley. Los pocos conocimientos que poseian los bárbaros se perpetuaron en el claustro. Trascibieron los benedictinos algunos libros, viéndose poco á poco surgir de los claustros no pocos inventos útiles. Por otra parte, aquellos religiosos cultivaban los campos, cantaban alabanzas á Dios, vivian libremente, eran hos-

pitalarios, pudiendo servir su ejemplo para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie. Poco despues hubo que lamentar que las riquezas corrompiesen lo que la virtud y la necesidad habian instituido, siguiéndose á esto por precision las reformas. Todos los siglos han producido en todos los países hombres animados por el ejemplo de S. Benito, quienes quisieron ser fundadores de nuevas congregaciones.

“La órden de los cartujos, establecida cerca de Grenoble á fines del siglo XI, única de las órdenes antiguas que jamas ha tenido necesidad de reforma, era poco numerosa, demasiado ricos en verdad, tratándose de hombres separados del siglo; pero no obstante estas riquezas, consagrados sin descanso al ayuno, á la oracion, al silencio y á la soledad; viviendo tranquilos en la tierra, en medio de tantas agitaciones cuyo ruido apenas llegaba á sus oidos, no conociendo á los soberanos sino por las oraciones en que se hallaban insertos sus nombres <sup>1</sup>.”

Así se espresa el mas encarnizado enemigo de los institutos regulares, y sus palabras bastarian para su apología si no tuviéramos otras razones; pero como cuanto dejamos espuesto lo creemos

1 Ensayo sobre las costumbres, cap. 139. Otra confesion trae que omitimos por no ser difusos y que pueden ver los curiosos en las palabras *Apocalipsis y bienes de la Iglesia* de Dic. fil.

suficiente y aun mas para probar nuestro aserto; aducimos sus palabras y las hemos trasladado á nuestro escrito conceptuando esta franca y espontánea confesion de uno de nuestros enemigos, de los mayores tal vez, acaso del gefe de los mismos que nos insultan, con el solo objeto de desengañarlos y de hacerles conocer todo el poder de la inocencia, toda la fuerza de los remordimientos que obran sobre el alma mas empedernida, sobre la conciencia mas desarreglada, sobre el espíritu mas libertino, y le oprimen, y le combaten, y le asedian, y no paran hasta arrancarle tan esplícitas confesiones, para que en hombros de ellas, aparezca la verdad en el hermoso trono de que en vano intentan despojarla la calumnia y la mentira, teniendo por escabel de sus plantas la iniquidad, y elevando como el águila su raudo vuelo á las esferas celestes para hacer brillar su hermosa luz con descrédito de la calumnia, en triunfo de la inocencia para bien de los humanos.

Hemos presentado los trabajos, los cuidados, los desvelos de los monjes para proteger la humanidad; hemos trazado el cuadro de los servicios prestados á la civilizacion, y hemos comprendido una década de cinco siglos. ¡Qué largo espacio para la vida del hombre! ¡Qué breve para la de los siglos! Sin embargo, preciso es confesar que necesitaríamos muchos volúmenes para comprender individualizados y narrar uno por uno todos los

hechos que esclarecen á los monjes y los presentan dignos del aprecio general: preciso es confesar que si fuéramos tan nimiamente escrupulosos y detenidos en la apología, como lo son nuestros adversarios en el ataque, no seria suficiente la brevedad de nuestra vida para tan grandioso trabajo. Cábenos la satisfaccion de haber hecho un boceto que, á la simple vista, presente un campo de ignominia para los detractores, y de gloria para los oprimidos. Ya pueden nuestros acusadores deprimirnos, ya pueden satirizarnos y hasta maldecirnos, si les place, que en el fondo de nuestra alma y en la tranquilidad de nuestra conciencia, tenemos el escudo en que se han de embotar sus armas, y el consuelo de haber consagrado un momento siquiera de nuestra vida en defensa del oprimido, consuelo que todo el poder del infierno no es capaz de acibarar.

## CAPITULO VII.

SOBERANÍA Y SUPREMACÍA PONTIFICIA.—DIVISION DE  
LOS DOS PODERES.

Nos encontramos en el caso de examinar la influencia ejercida en la civilizacion por el sacerdocio, contrapeso único opuesto á la ley de la fuerza y á los abusos del poder. Hemos visto que solo ellos contuvieron los ímpetus feroces de los bárbaros, que solo ellos humanizaron sus costumbres, que solo ellos los civilizaron, llevando su influencia á todas partes los elementos que habian de hacer progresar la industria, el comercio, la agricultura, las artes y las ciencias. Los monjes y los obispos llenaron con no menos dignidad que caridad su mision sublime, simpatizando con el pueblo, con los oprimidos, con los que sufrían, teniendo para su rebaño una solícitud paternal, espoñiéndose á todo por salvarlos y defenderlos; así

hechos que esclarecen á los monjes y los presentan dignos del aprecio general: preciso es confesar que si fuéramos tan nimiamente escrupulosos y detenidos en la apología, como lo son nuestros adversarios en el ataque, no seria suficiente la brevedad de nuestra vida para tan grandioso trabajo. Cábenos la satisfaccion de haber hecho un boceto que, á la simple vista, presente un campo de ignominia para los detractores, y de gloria para los oprimidos. Ya pueden nuestros acusadores deprimirnos, ya pueden satirizarnos y hasta maldecirnos, si les place, que en el fondo de nuestra alma y en la tranquilidad de nuestra conciencia, tenemos el escudo en que se han de embotar sus armas, y el consuelo de haber consagrado un momento siquiera de nuestra vida en defensa del oprimido, consuelo que todo el poder del infierno no es capaz de acibarar.

## CAPITULO VII.

SOBERANÍA Y SUPREMACÍA PONTIFICIA.—DIVISION DE  
LOS DOS PODERES.

Nos encontramos en el caso de examinar la influencia ejercida en la civilizacion por el sacerdocio, contrapeso único opuesto á la ley de la fuerza y á los abusos del poder. Hemos visto que solo ellos contuvieron los ímpetus feroces de los bárbaros, que solo ellos humanizaron sus costumbres, que solo ellos los civilizaron, llevando su influencia á todas partes los elementos que habian de hacer progresar la industria, el comercio, la agricultura, las artes y las ciencias. Los monjes y los obispos llenaron con no menos dignidad que caridad su mision sublime, simpatizando con el pueblo, con los oprimidos, con los que sufrían, teniendo para su rebaño una solicitud paternal, espoñiéndose á todo por salvarlos y defenderlos; así

fué que se encontraban con mucha frecuencia frente á frente con los vencedores, y entonces lucian sus talentos, empleaban la persuasion, los convencian, y este poder mágico del talento, este encanto de la ciencia, esta superioridad del saber concluía por dominar; y así supieron dulcificar aquellas almas crueles, amansar aquellos indómitos corazones, induciéndolos á entrar en acomodos y á poner tregua á sus furios y coto á sus tropelías; de este modo fué como la veneracion de que estaban rodeados, la santidad del carácter que los investía, y la rigidez y austeridad de su vida, los hacia respetar de Atila y venerar de Genserico.

Se les confiaban las embajadas, administraban en lugar de los magistrados, cuyo poder no existía; eran los maestros, los jueces, los amigos, el apoyo de los pobres, el freno de los poderosos; y en una palabra, el eje sobre que giraba toda la máquina social, pues hasta se les vió, impelidos por la necesidad, ejercer los derechos de la soberanía. Y es admirable ver á Honorato de Novara fortificar varias localidades, mientras Odoacro y Teodorico estaban en guerra en Italia, y á Nicerio, obispo de Tréveris, recorriendo la campiña, construyendo, como buen pastor, un redil para proteger su rebaño, circundando la colina por treinta torres que le encerraban por todas partes, elevando un edificio donde poco antes se estendía la sombra de una selva, el clero estaba llamado á

llenar una importante tarea, la de enseñar á los hombres que todos, segun el Evangelio, somos hermanos; y para conseguirlo tuvieron que atraer á los pueblos á la unidad de creencias, estirpando así las herejías, como los restos del paganismo bárbaro y romano, destruyendo los males que habia traído el abuso, que habia aclimatado el derecho de la fuerza y radicado la ferocidad, destruyendo el órden moral que se proponen levantar y enaltecer, elevándolo al solio de su imperio, del que jamas debió descender y al que no hubiera subido sin el apoyo del clero.

Así fué, que tan luego como el clero tuvo entrada en el consejo de los soberanos, se introdujo en la legislacion un espíritu benéfico, se promulgaron leyes filosóficas, códigos destinados á prevenir los atentados contra la moral y á asegurar, en cuanto fuera posible, la paz interior y exterior; de aquí esos cánones de los concilios españoles que garantizan los bienes y las personas poniéndolos bajo la proteccion del obispo y de las iglesias; de aquí esos cánones encargando á los prelados el cuidado y proteccion de los esclavos y la educacion de los hijos de los libertos; de aquí esos cánones que preceptúan la obediencia al soberano; de aquí, finalmente, los que protegen la viuda, hijos y bienes de la esposa del rey difunto. Hacia donde quiera que miremos en la historia, hallamos á las corporaciones religiosas con-

tribuyendo á borrar las diferencias de origen, á elevar los vencedores al nivel de los vencidos. Convertido en propietario el clero, pensó en la emancipacion de los esclavos, y bien pronto los convierte colonos libres, y de este modo bien pronto la religion es el vínculo que enlaza el Oriente y el Occidente.

Sin embargo, en Oriente mantenian los emperadores con la Iglesia la conducta adoptada cuando en sus principios tuvo que refugiarse á la sombra del trono para encontrar seguridad; así fué que se erigieron en tutores suyos, interviniendo en sus actos con todo el peso de su autoridad. Justiniano, guiado por este principio, se mezclaba en los asuntos religiosos dando decretos sobre materias eclesiásticas. Sus leyes de 541 ordenan, que para la eleccion del obispo se reúnan el clero y los principales de la ciudad, que propusieran tres personas y que prestasen juramento sobre los santos Evangelios de no haber recibido regalo alguno por su voto. De entre los propuestos se elegia el obispo, el cual escribia su profesion de fé y se le hacia recitar de memoria las fórmulas del bautismo, de la oblacion y las demas oraciones solemnes; debia tener treinta y cinco años y jurar no haber dado ni prometido nada para conseguir el episcopado. Si era acusado debia justificarse, si lego, pasar tres meses en instruirse. Estas mismas leyes ordenaban la convocacion anual de los con-

cilios en Setiembre; fuera de sus sesiones el obispo puede ser acusado ante el metropolitano; los sacerdotes y los monjes ante el obispo, siendo el de Roma el primero de todos, y el segundo el de Constantinopla.

Tambien concede á los obispos la eleccion sobre los monjes, como la tenian sobre los sacerdotes, la inspeccion sobre los bienes de las ciudades, el poder de emancipar de la autoridad paterna, en la administracion municipal un gran influjo, y prohibió á los jueces citarlos en testimonio ó diferirles el juramento. No pudieron ser nombrados tutores los obispos ni los monjes, y para serlo los clérigos y sacerdotes era necesario su consentimiento; pero monjes y sacerdotes no podian entrar en empresas de arriendos, ni mezclarse en negocios temporales, ni alejarse de sus iglesias, ni jugar, ni presenciar el juego; pudieron ser citados ante el obispo, ó ante el juez, en causas criminales, segun placiese al acusador. Luego Heraclio atribuyó á los obispos la jurisdiccion penal sobre el clero, así iba emancipándose poco á poco la sociedad religiosa de la civil; pero al mismo tiempo quieren los emperadores ejercer su poder sobre el gobierno de la Iglesia y sobre las creencias, fallando sobre la fé y los dogmas, lo cual era causa de acusacion para el clero griego por el de Italia<sup>1</sup>.

1 Manso. Concil. T. IX, 153.



Todo al contrario sucede en Occidente, los príncipes bárbaros en nada se mezclan respecto á la disciplina, á las relaciones interiores del clero, mucho menos en lo concerniente al dogma, solo pretenden intervenir en la eleccion de obispo, y aun á veces hacerla directamente, y esto para enriquecer á sus favoritos; pero contra este escandaloso abuso protesta la Iglesia, y no pára hasta que se conviene en que tenga alguna participacion el monarca, de modo que el concilio de Orleans de 649 prohíbe que sea comprado con dinero el episcopado, queriendo que el elegido sea consagrado por el clero y por el pueblo, invalidando así la orden de Clotario II, que previene que elegido el obispo, el metropolitano tome las órdenes del príncipe para consagrarle con sus sufragáneos. El concilio trece de Toledo coloca entre las prerogativas de la corona el nombramiento de obispo <sup>1</sup>. En Inglaterra la eleccion se hacia en presencia del rey. Witeredo, rey de Kentel, renunció este derecho en 692. Pero esto, sin embargo, influia de mala manera en los asuntos religiosos, y ya veremos cómo procediendo de abuso en abuso, llegó un día en que Teodosio influyó en la eleccion del pontífice.

Los concilios se celebraban por orden ó asentimiento del rey, y los de España asistian para dar-

<sup>1</sup> Cánón 16.

los mas realce, y sometian á su decision los asuntos temporales, de donde nacen las disposiciones de legislacion civil que contienen sus cánones, y que tanto realzan el mérito, sabiduría y virtud de nuestro clero. El sacerdote estaba libre del servicio militar, y por esto la prohibicion de que ningun hombre libre abrazara el estado eclesiástico, prohibicion que contribuyó á formar la clase media, pues hizo que el clero saliese de las filas del pueblo. Hasta los bienes del clero estuvieron mas de una vez espuestos á la rapacidad de los reyes y de los grandes, contra lo cual ocurrió el clero con protestas y prohibiciones conciliares, pero no pudo evitar que fueran gravados con impuestos, escepto la mansa episcopal que la ley longobarda limita á lo que puedan labrar dos esclavos con dos pares de bueyes <sup>1</sup>. En España, Recaredo abolió este impuesto.

Víctima la Iglesia de tanta tropelía y en medio de tal confusion, le quedaba un áncora de salvacion, un escabel sobre el cual levantar el templo de su imperio; tal era el predominio sobre los ánimos. Con él recobra cuanto pierde por medio de su influencia; hace reconocer el derecho de asilo, consolida su autoridad sobre los testamentos y sobre los matrimonios, obtiene que los jueces eclesiásticos se unan á los magistrados civiles

<sup>1</sup> Lib III, tom. 1.º, cap. 46.

cuando se forma causa á un clérigo, luego penetra en el orden político por medio de las propiedades de los obispos, por su presencia en las asambleas y en los consejos, y así, de uno en otro paso marchaba al apogeo de su poder.

La necesidad de protección que tenían los bienes de la Iglesia contra las agresiones de aquellos desdichados tiempos la hizo admitir á los legos como patronos, y de este modo tuvo la iglesia sus paladines para defender sus bienes y buen derecho en justicia, y sobre el campo con las armas en la mano, que se llamaban *vidamos*, abogados ó defensores, á quienes se concedían varios privilegios ó el usufructo de ciertos dominios. Unas veces los *vidamos* eran nombrados por los reyes, por lo menos para las iglesias que habían fundado, de que resultó un mal, y fué, que se consideraron independientes del obispo, y hasta que el *vidamo* que la misma Iglesia había nombrado la puso bajo su dependencia. La Iglesia de Occidente fué menos rica en dinero que la de Oriente, pero mucho mas poderosa en bienes raíces, y esto hizo que la autoridad de su episcopado fuese muy preponderante; así fué que, poco despues de ser rica, abolió los coro-episcopos, estableciendo en su lugar parroquias que, dependientes de un obispo, formaron las diócesis, cuyos bienes eclesiásticos administraba el prelado, que con esto y su admision en la corte, aumentó su autoridad espiritual.

Este gran movimiento era dirigido por la Roma católica, allí residia el gefe, el primer motor de esta gran máquina, el que con su infalibilidad la daba movimiento, con sus consejos consistencia, y con su prudencia direccion, con la virtud é influencia de una persuasion que hace que penetre en el fondo de las almas y que su voluntad se humille. El clero habia convertido á Roma en centro de los esfuerzos comunes, y por su parte esperando, robusteció el poder de que se valió para salvar la Europa contra los bárbaros, la libertad del espíritu humano contra las vilezas de la corte y las violencias de la guerra, la santidad del matrimonio contra los adulterios reales, y las leyes del reino contra los usurpadores y tiranos.

Vamos, pues, á referir la serie de pontífices que ocuparon la cátedra de S. Pedro en aquel centro de unidad del poder eclesiástico, y el modo cómo fueron estendiendo su autoridad hasta emanciparla y llevarla á la supremacía. Gefes de la Iglesia, á ellos corresponde el honor del combate, la gloria del triunfo, y por esto no podemos prescindir de dar una idea de ellos, y enumerarlos con la parte mayor ó menor de influencia que tuvieron en los acontecimientos que nos han traído al estado presente. El que mire las cosas sin la reflexión de la filosofía, acaso creerá inútil nuestro relato; el que las mire como son en sí convendrá en que tuvieron la mayor parte en los sucesos, y

contribuyeron muy mucho como el elemento principal para la civilizacion del mundo; nosotros vamos á demostrarlo, presentándolos con los hechos á la admiracion de los que creen que del pontificado solo han emanado males, calamidades y ruinas, y vamos á esclarecer la verdad, porque estamos como súbditos fieles y soldados leales en el deber de defender á nuestro gefe y soberano.

Muerto Simplicio, estuvo vacante el pontificado seis dias, en cuyo tiempo Basilio, prefecto del pretorio, se presentó en nombre de Odoacro, suspendió la eleccion, intervino en ella, quitó á los obispos la facultad de enajenar sus bienes y los ornamentos y vasos sagrados de la Iglesia, recayendo despues en Félix que puso en conocimiento del emperador su eleccion, exhortándole á que permaneciera en la fé ortodoxa; tenemos muchas cartas suyas, y la historia de los eutiquianos. A este siguió el africano Gelasio que compuso himnos, profecías y tratados sobre las cuestiones que entonces se ventilaban, impugnando al senador Audromaco que con otros intentaba resucitar las fiestas lupercales. Fué muy caritativo y enemigo del fausto y de los placeres, fijó las ordenaciones en las cuatro témporas, y persiguiendo á Acacio de Constantinopla, dió márgen á un cisma, distinguió los libros canónicos de los apócrifos, declaró ecuménicos los concilios de Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia, y señaló los escri-

tores que debian llevar el título de Padres de la Iglesia.

El romano Anastasio fué pontífice solo dos años, mas puede envanecerse con que en su tiempo se convirtió Clovis. No habia nuevas herejías; pero sacaban la cabeza las antiguas rechazando el concilio de Calcedonia, de que resultaban cismas, á que pensó poner término el emperador Cenon con su edicto de union, á que llamó *Enótico*, al cual ordenó se conformaran todos; mas como en este edicto no se hiciese mencion del concilio de Calcedonia y se arrogase el emperador la facultad de fallar en las cosas divinas, se convirtió en gérmen de zizaña, rechazando el papa la profesion de fé que contenia y defendiéndola el emperador; aquel envió á Festo, á fin de inducir al emperador á aceptar el concilio escludido; mas como muriese el pontífice, el encargado hizo cuanto estuvo de su parte porque admitiese el *Enótico* el nuevo papa; y como á su vuelta estuviese ya elegido el sardo Simaco, compró votos, por medio de los cuales hizo ordenar á Lorenzo: en desacuerdo los dos pretendientes, pusieron su eleccion en las manos de Teodorico, quien se declaró por Simaco, que poco despues fué acusado ante el mismo Teodorico por los parciales de Lorenzo, que fué vuelto á llamar á Roma, llevando Festo tan allá el esceso, que pidió al monarca arriano un visitador, cual si la silla estuviese vacante, contra lo

eual protestaron los católicos, de que resultaron tales odios que ni aun la presencia del rey pudo mitigar, y se exasperaron tanto los ánimos, que habiéndose congregado los obispos de Italia para un concilio, Simaco fué acometido á pedradas cuando á él se dirigia; y la ciudad destruida, sin que ni la santidad de los monasterios se respetase; pero reconocida la inocencia del papa fué restablecido, si bien Lorenzo, sostenido por Festo, retuvo muchas iglesias, hasta que Teodorico se interpuso y cesó el escándalo.

Simaco estableció, que todo sacerdote tuviese á su lado una persona de probidad que fuéese testigo de sus actos. El emperador Anastasio tambien tuvo la Iglesia siguiendo á los acéfalos; pero Hormidas, sucesor de Simaco, tuvo la satisfaccion de ver al nuevo emperador Justino confesar aquel sínodo, condenar los eutiquianos y quitar todas las iglesias á los arrianos. En tanto se empezó entre los griegos á debatir la cuestion, de si se podia decir que una persona de la Santísima Trinidad se habia crucificado, y poco despues, interpretando aquello del Evangelio, de que nadie sabe la hora del juicio, ni aun el hijo, se atrevieron á discurrir si Cristo la ignoraba en cuanto hombre, de donde resultó la herejía de los *agnoitas*, y luego la de los *trielitas* que admitian tres naturalezas en la Trinidad Santísima, independientes de la naturaleza comun, de donde resultaron gravísimos trastornos.

Habiendo desagradado á Teodorico el decreto contra los arrianos, envió al pontífice á Constantinopla á pedir su revocacion, amenazando de lo contrario turbar en Italia el culto católico; no pudo el papa, ó no quiso acceder, y el rey le hizo aprisionar bajo el pretesto de estar en connivencia con ciertos revoltosos que trataban turbar la paz de Italia. El sufrimiento abrevió sus dias, y Félix subió en su lugar á la tiara; á éste sucedió el godo Bonifacio, que condenó la memoria de su competidor Dioscoro, y reclamó la facultad de nombrarse su sucesor, que le pesó bien pronto. Como se averiguó que hubo manejos en la eleccion de Juan II, declaró el emperador nulass las obligaciones contraidas con este motivo, y que cualquiera que aceptase dinero por conferir un obispado estaria obligado á restituírle; tan calamitosos eran los tiempos que atravesamos; mas sin embargo, ya vemos cómo influian en la sociedad, y veremos cómo contribuyeron á la civilizacion.

Tuvo Juan II por sucesor á Agapito, él que fundó en Roma una academia de bellas letras. No habiendo podido conseguir la paz que, de órden de Teodato fué á negociar con Justiniano, su viaje á Constantinopla no fué inútil; pues á más de abatir á los herejes depuso á Antimo, que contra lo que los cánones previenen, habia sido colocado en aquella silla, á pesar de la oposicion de Justi-

niano, que le amenazaba con el destierro, siendo digna de notarse su enérgica contestacion: "*Creia hablar á un emperador católico; pero veo que tengo que habérmelas con un Diocleciano;*" con lo cual el príncipe dió su consentimiento. Pero Teodora lo tomó como una afrenta, y con la furia de una mujer vengativa, maquinó con el diácono Vigilio elevarle al pontificado, á tal que, avenido con los preladados de Constantinopla y Antioquía, y con el monje Severo, gefe de los acéfalos, hiciesen anular el concilio de Calcedonia.

En tanto murió Agapito, y fué elegido Silverio, por lo cual, encaminándose á Roma Vigilio, negoció con Belisario, mediante alguna suma de dinero, la deposicion del pontífice, para lo cual le acusaron de estar en inteligencia con Teodato para introducir los godos en Roma; acusacion por la cual Belisario le hizo comparecer, le despojó de sus vestiduras pontificales y le desterró á Patara, mandando elegir en su lugar á Vigilio, que por este medio consiguió sus ambiciosos deseos; mas el obispo de Patara toma sobre sí el cargo de defender al inocente acusado, se presenta ante el emperador y consigue que el pontífice fuese vuelto á Roma, haciendo así triunfar su inocencia. Allí iba á ser examinado sobre las acusaciones que se le hacian; pero Belisario le manda detener en el camino, relegándole á la isla Palmaria, frente á Tarracina, donde murió á violencias del puñal, se-

gun unos, y del hambre segun otros; y su inocencia, probada por los milagros, hizo que el justo fuese compadecido.

Vigilio, dueño así sin oposicion del pontificado, supo manejarse tan bien con Teodora, que superó sus veleidades religiosas, y en su viaje á Constantinopla arrostró toda clase de tropelías por no ceder con los disidentes, hasta que por fin, muerto Antimo, cesaron las divisiones. Entonces surgen la cuestion de los *tres capítulos*, los errores de Pelagio y las excomuniones de Teodoro, Teodoro é Iba, de que hemos hablado, y los cuales fueron condenados por un concilio que reunió el emperador en Constantinopla, contra cuya determinacion protesta el nuncio pontificio Estéban, fundado en que invalidaba la del concilio de Calcedonia; pero el papa buscó un término de avenencia que desagradó á los dos partidos, y concluyó por separar de su obediencia á los obispos de Africa, Iliria y Dalmacia, y el grito lanzado por los católicos contra su determinacion, vino á turbar su reposo hasta el extremo de revocar su decision, aunque prometiendo al emperador la condena de los tres capítulos á tal que guardara secreto sobre esto, hasta que reunido un concilio general, éste lo sancionase. El emperador, sin escuchar al papa, publica su constitucion, éste se separa de los orientales, atrayéndose el odio de aquel, que le persigue y hace encerrar; tratándole con suma

crueldad, lo sufre con valor, y todo lo que responde es: *Me teneis á mí, pero no á S. Pedro*; sin embargo, la persecucion se hace tan violenta, que tiene que buscar un asilo bajo un altar; pero allí le persigue el pretor, y cuando trata de arrancarle del templo, el pueblo se amotina para salvarle, merced á lo cual consigue escapar y refugiarse en la iglesia de santa Eufemia de Calcedonia, donde permaneció hasta que Menna y Teodoro aceptaron los cuatro concilios y todas sus decisiones. Entonces vuelve á Constantinopla, y no pudiendo obtener permiso para convocar concilio ni en Italia ni en Sicilia con la intervencion de los obispos occidentales, le abre en Constantinopla con los patriarcas y ciento cuarenta y siete obispos de oriente, y allí condena los errores que se hallaron en los escritos de los tres prelados, no como herejes, sino por celo exagerado de ortodoxia. El concilio quiso estender la condena á las personas de los muertos y á la doctrina de aquel Orígenes que S. Gerónimo habia proclamado "*el más grande maestro de la Iglesia despues de los apóstoles*," á lo cual se negó el pontífice, aunque despues consintió, si bien titubeando, lo cual forma contraste entre tantos pontífices dispuestos siempre á sacrificarse por sostener la verdad.

Entonces se declaran contra él los obispos de Istria, Venecia y la Liguria, y los arzobispos de Aquilea, Rávena y Milan, resultando de esto que

el de Aquilea, Paulino, convocó á sínodo sus sufragáneos y se desechó el quinto concilio, de lo cual tuvo origen el cisma de Aquilea, que duró hasta el año 698 en que, á instancias del papa Sergio, se convocó otro sínodo en la misma ciudad que aceptó este mismo concilio.

Muerto Vigilio cuando regresaba á Italia, fué nombrado para sucederle Pelagio, de quien muchos romanos se separaron por considerar su eleccion mas bien hecha por el emperador que segun la ley, y por no creerle ajeno al envenenamiento de su antecesor y á sus persecuciones, lo que fué muy al contrario, culpándole ademas de relaciones con los mismos herejes que habia combatido. Sin embargo, tanta consistencia adquirieron las calumnias, que solo asistieron á su consagracion dos obispos; pero se justificó de la nota de hereje con su amplia profesion de fé y del crimen, haciendo una solemne procesion, despues de la cual, subiendo á la cátedra de S. Pedro con el Evangelio en una mano y la cruz en la otra, protestó su inocencia bajo juramento, invitando al clero á que le ayudase á gobernar bien. Esto era lo mas difícil, pues durando el cisma, si sostenia el concilio de Constantinopla, era acusado de atacar el de Calcedonia; así fué que tuvo necesidad de escribir á los obispos de Toscana reprendiéndolos, y para convencer á los franceses enviar su profesion de fé al rey Childeberto.

Con la muerte de este pontífice nació un nuevo orden de cosas, los emperadores se arrogaron el derecho de confirmar las elecciones, de donde resultó que las vacantes se prolongaron mucho, y de aquí infinitos desórdenes, gravísimos males, escándalos lamentables; pero tales eran los tiempos, y esta desgracia no hace por eso perjuicio á la civilizacion, si bien retarda el triunfo de la Iglesia, y con él los progresos de la humanidad y los adelantos de la sociedad hácia ese centro de felicidad que está llamada á conseguir y alcanzar.

En la cátedra de S. Pedro, Juan III, durante su pontificado de trece años, terminó la obra de la Iglesia de S. Felipe y Santiago, y la adornó con pinturas y mosaicos que representan hechos heroicos, dando así impulso á las artes y fomentando el estudio de la historia. En 574 le sucedió Benito, y á éste Pelagio II en 578. Este puso su conato en destruir el cisma, dando las mayores pruebas de su generosidad, reedificando á S. Lorenzo y socorriendo á los perseguidos por los longobardos y á los atacados de la peste.

Hemos visto los tiempos calamitosos porque ha tenido que atravesar la Iglesia, y los procelosos vientos que en tan encrespado mar han combatido la barquilla de S. Pedro, y á su vista nos hemos llenado de dolor; pero hemos asegurado que en nada entorpecian tantas calamidades al influjo de la Iglesia en la civilizacion, y estamos en el deber de

manifestar las razones en que nos apoyamos; de buen grado lo hubiéramos omitido hasta llegar al pontificado de Gregorio el Grande, punto intermedio hasta el de Gregorio VII, en que terminara nuestro segundo tomo; pero como en este tiempo empieza la serie de acontecimientos y sucesos, por medio de los cuales se afianzó y corroboró la supremacía pontificia, por esta razon interrumpimos aquí nuestra cronología para engolfarnos en las reflexiones que nos han de llevar al objeto principal de nuestra obra y al fin que nos hemos propuesto. Tomemos las cosas desde sus principios, y veamos el siglo V.

En este tiempo existia en medio de la sociedad que se desplomaba, otra de naturaleza muy distinta, fundada en principios diversos, animada de otros sentimientos que estaba llamada al porvenir del mundo, cuya mision era civilizar y humanizar los hombres, y esta sociedad era la Iglesia católica. Esta no era ya una creencia aislada, tenia su organizacion, su gobierno, su gerarquía, rentas, y todos los elementos de una gran sociedad; concilios provinciales, nacionales y generales, donde se trataban en comun todos los negocios de la sociedad con la participacion á ellos de todos sus individuos, por manera que todo lo aseguraba un dominio sobre los bárbaros; á no ser así no hubiera podido salvar de su ferocidad la Europa, ni conservar su civilizacion, y sin su orga-

nización, tal vez ella misma hubiera sido envuelta en la ruina comun, por furioso huracan que todo lo envolvía, que todo lo arrastraba, que todo lo destruía.

Nada existía en el siglo que narramos que pudiera dar semejante realce á las ideas y dominar la situación mas que la Iglesia, organizada de un modo tan vigoroso, regida para luchar contra tamaño desastre y salir victoriosa de tan deshecha tempestad; solo ella salvó el cristianismo, la sociedad, la civilización, las artes y la humanidad, pues sola ella con sus instituciones, con sus magistrados, con su poder se defendió bizarramente contra la disolución interior del imperio, contra la agresión, contra la barbarie, conquistando á los mismos bárbaros y constituyéndose en centro, en medio, en principio de la civilización entre el pasado y el presente, el mundo que acababa y el que empezaba, el imperio que caía y el que se levantaba; en una palabra, entre los romanos y los bárbaros. Es, pues, fuera de toda duda, que de aquí debemos partir para investigar cuánto ha hecho la Iglesia por la civilización, cuánto ha contribuido á ella, y los elementos que introdujo en su centro para su prosperidad.

No podemos menos de considerar las fases porque ha pasado el cristianismo desde su instalación hasta el siglo V; tiempos primitivos como asociación de creencias y sentimientos comunes, donde

gozaban de unas mismas emociones y de iguales ideas religiosas, sin reglas, disciplina, ni magistrados: vienen luego las persecuciones, y con el hierro y el fuego, las cárceles y los potros, va cimentando su poder sobre un cuerpo de doctrinas, de reglas inalterables, de disciplina, y formando su gerarquía, y organizando su gobierno por medio de magistrados, hasta que se nos presenta en esta época con un clero separado del pueblo, una gerarquía con bienes, jurisdicción y constitución propia; es ya una sociedad completa, formada con todos los elementos de subsistencia independiente de la sociedad, por cuyo bien se desvela y á la que estiende su influjo hasta el extremo de dominarla, dirigirla y encaminarla á su término, á su bien.

Habían llegado á ser los obispos y el clero los primeros magistrados municipales, y esto les dió sobre el pueblo un grande ascendiente, porque desempeñaban este cargo con toda la energía que inspiraba la caridad, sin cuidarse en todas sus acciones de otra cosa que del bien de los pueblos y de los particulares. Los curiales se hallaban desalentados por el despotismo, cuando los obispos y sacerdotes se mostraban llenos de valor y energía, esto los hizo oponerse á los desafueros del poder y de la tiranía, y les captó las voluntades; cuando en las demas clases no se hallaba mas que adulación y bajeza, ellos respiraban dignidad, y



así fué que los soberanos se apresuraron á dictar leyes, encargándoles el cuidado de una sociedad enferma y caduca que solo ellos podian regenerar, y el clero tomó sobre sus hombros el peso que á los demas abrumaba, y no por usurpacion, como se ha querido suponer, sino por compasion y caridad, abrazó los cargos. Cualquiera que quiera examinar la influencia del clero y su energía en estos tiempos de muerte social, que abra los códigos de Teodosio y Justiniano, y se convencerá de esta verdad; en ellos hallará cuanto su curiosidad y su crítica necesitan para convencerse, y si no quiere hojear mucho, en el último lo hallará todo, y sus páginas serán mas elocuentes para convencerle que nuestras débiles palabras, que nuestros desaliñados renglones <sup>1</sup>.

Con estos medios, sin embargo, aumentó el sacerdocio su influencia, y á la verdad que eran justos, pues nada encontramos nosotros tan natural como el agradecimiento hácia el bienhechor; y á la verdad, aquellas ciudades que libraban de la ruina, del saqueo, de la profanacion, ¿á quién habian de bendecir sino á la mano que los salvaba? ¿A quién habian de sujetarse mejor que á quien los protegía? Convengamos en que su influjo fué justo en un tiempo en que sin el clero el mundo

<sup>1</sup> Cód. Just. lib. 1, tít. 4 de Episcop. Aud. pár. 26. Ibid. pár. 30. Ibid., lib. 1, tít. 45. De defensoribus, pár. 8.

entero hubiera sucumbido, y sin la fuerza moral que él manejaba hubiera llegado al último desenfreno el imperio de la fuerza material y bruta que los opresores ejercian; pero él supo domeñar aquellos corazones llevando á sus almas la idea de un poder superior, que nunca acaba, de una ley mas sublime que las humanas, que las subordina á sí, que las absorbe, que era la *ley divina*, ley que siempre y en todas partes es una misma, y ante la cual dobla su cerviz el hombre por orgulloso y desalmado que sea, con tal que tenga religion: de este modo y por estos medios se encontró la Iglesia en el caso de dar principio á un hecho grande, á la separacion del poder temporal y del espiritual, y este es el principio de su libertad.

Fúndase la separacion de los dos poderes en un principio equitativo á mas de religioso. Ya sabemos que esta separacion tiene origen en aquellas palabras del Evangelio: *Dad al César lo que es del César; y á Dios lo que es de Dios*: pero á mas de esto que por solo es mucho mas que suficiente para establecer cualquier tésis, es hasta un principio de equidad que así se establezca; y esto se conoce sin grande estudio ni trabajo, sin mas que un poco de detenimiento y reflexion, y ella nos llevará naturalmente á conocer que la fuerza material no tiene poder sobre los ánimos, que se puede muy bien ceñir de cadenas el cuerpo, las manos, los piés, pero jamas sujetarán el alma, que

libre y sin trabas gira sus reflexiones y sus pensamientos hácia donde le place; esto nos induce á la idea de que no se pueden violentar la conviccion ni la verdad, y que hay, por lo mismo, que distinguir el mundo de las ideas y del pensamiento del mundo de la accion, y el de los hechos interiores del de los exteriores; una vez colocados en este terreno, tenemos que convenir en dos poderes, uno que regle y gobierne el interior, y otro el exterior; uno que domine en las ideas, y otro en la accion; uno en las almas y otro en los cuerpos; y una vez establecida la cuestion en este terreno, se avoca otra al entendimiento, y es, dos poderes no pueden existir sin que uno esté subordinado al otro, y esta es la cuestion que hemos de aclarar en otro lugar, dejandola desde ahora aplazada, pues de abordarla aquí nos adelantariamos á los sucesos y traspasaríamos los límites que nos hemos propuesto y el orden establecido.

Sin embargo, por el simple relato que dejamos hecho, se viene en conocimiento la gran actividad y energía que dominaba en la Iglesia, y el mérito indisputable del clero; de lo dicho se infiere que cuando por todas partes reinaban el miedo y la cobardía, y yacia enferma y débil la sociedad mundana, la eclesiástica se presentaba en toda robustez, y la Iglesia se asimilaba á una fuerte ciudad provista de valientes hijos, á cuyo vigor nada se oponia. Efectivamente, de lo dicho se ma-

nifiesta que entre el clero se hallaban hombres que habian pensado en todo, que no habian olvidado ninguna cuestion moral ni política, que tenían opiniones fijas, sentimientos enérgicos, y un vivo deseo de propagarlos y de hacerlos dominar. Jamas sociedad alguna se habia encontrado tan valiente ni dispuesta á mayores sacrificios para sostenerse; jamas se habia visto tanta actividad, tanto valor, y si se dudase de esto, con solo echar una ojeada por la historia de los bárbaros, nos convenceremos, y allí está escrito cuánto hizo por la humanidad y la civilizacion, atacando la barbarie por todos sus flancos y en todas sus direcciones, para civilizarla dominándola. En nuestra patria fué donde ejerció mas influjo, y sus beneficios se retratan y revelan en los códigos que en los concilios de Toledo se confeccionaron: allí se ven rasgos brillantes que nada puede oscurecer, conocimientos que se adelantan en muchos siglos á la época en que se emitieron, ideas que empujan la civilizacion y la hacen llegar hasta nosotros: allí la legislacion real; allí el principio de la igualdad de los hombres ante la ley; allí la prueba por testigos; allí el exámen racional de los hechos; allí iniciado el principio de conciliacion antes de empeñarse en pleitos; allí, en una palabra, se vé sistema social y un carácter de sabiduría asombroso para aquellos tiempos.

Esto fué España bajo la legislacion eclesiástica

que nos descubre cuánto pugnó, cuánto trabajó nuestro clero para reanimar la civilización y garantizar la humanidad. Y los que así obraban eran monjes y clérigos, cogullas y coronas, de las que tanto blasfemais, á las que tanto maldecís, sin duda porque así elevaron la España al rango de la primera potencia civilizada y humanitaria, reconocida así por toda la Europa, por todo el mundo. ¿Y cómo está hoy considerada? ¡Ah! medita en la obra de vuestras manos y avergonzaos Grande cuando la dirigió el clero; y cuando la dirigís, ¿cómo?... Basta, y prosigamos.

A pasos de gigante se adelanta sobre la sociedad el feudalismo con todos sus despropósitos, con todos sus horrores, con todo su desenfreno, a Iglesia misma cae por de pronto bajo su yugo de hierro; pero muy luego se repone, sus doctrinas, su gobierno, sus prelados, sus dogmas, la salvan; pero al procurar su salvación, al pugnar por su libertad, no se olvida de los que sufren y les tiende una mano amiga; no se olvida de la humanidad y de la civilización, y las ofrece un asilo. El sacerdote que rige la Iglesia del castillo feudal, no es el hombre que describe Mr. Guizot<sup>1</sup>, no es un hombre humanitario que enfrena la soberbia del orgulloso señor que allí domina, es un hom-

<sup>1</sup> Guizot. Historia de la Civilización. Lección 4, fol. 102, edición de Mellado.

bre que, con el Evangelio en la mano, contiene sus furóres y desarma el brazo que se prepara á castigar al pobre, es el hombre que lleva á aquel alma soberbia principios humanitarios, que le hace conocer que no puede disponer de la vida del súbdito, que no pára hasta abolir la esclavitud. Merced á él tiene principio la clase media: merced á él las artes escalan el alcázar, y por entre sus férreas puertas y altas almenas, entran las ciencias para civilizar aquel corazón; su voz, en fin, es la que enseña una religión que manda amarse como hermanos, y con sus dogmas humaniza las almas.

La Iglesia en esta época estaba en uno de sus mejores periodos, había examinado todas las graves cuestiones que interesan al hombre, conocía todos los problemas de su naturaleza y los cambios de su destino, y por esto su influencia en la civilización ha sido muy grande, mas poderosa de lo que la han hecho sus mismos adversarios, que aunque les pese, habremos de decir, que no han sabido ni comprenderla ni juzgarla. Con todo, es indispensable confesar, que hubo un tiempo en que la arrojó el feudalismo y el despotismo armado; pero no es menos cierto que triunfó de uno y de otro, que ella y solo ella supo salvarse y salvar á los pueblos de su yugo; para hacer patente esta verdad no tenemos mas que abrir la historia, y allí veremos cómo se fué emancipando y eman-

ció á los demas, y yo desafío á los impugnadores que me digan quién la ayudó en esta campaña. ¿Cuáles fueron sus auxiliares, mas que sus dogmas, sus ministros, su disciplina y su organizacion? Seguro estoy que no me los señalarán. Ella fué grande por sí sola, por su régimen interior, por su naturaleza, por sus principios, por sus relaciones con los soberanos, con los reyes y señores y por sus relaciones con los pueblos.

Con estos elementos fué poco á poco afianzando la supremacía que los pontífices heredaron de la tradicion apostólica, sin que las amenazas, ni la opresion, pudieran separarla de su propósito, y sin que las intrusiones del poder que amagaban su tranquilidad interior, y aun pretendian coartar su libertad y su accion, la fuesen rémora para caminar á su fin. Como los conquistadores eran por lo comun arrianos, y los emperadores de Oriente herejes, los católicos miraban al papa como al jefe universal, como á su cabeza y protector; á él acudian á buscar consejos para la salvacion de su alma, la tranquilidad de su conciencia y la seguridad de su vida. Teodorico daba mas prestigio á la autoridad del pontífice, haciendo á su lado el papel de intercesor en favor de los obispos y los príncipes, y negociando en su nombre con los emperadores de Constantinopla.

A corroborar esta autoridad contribuyeron otras causas, la coleccion de los cánones, habiendo sido

los primeros los ochenta y cinco llamados apostólicos, que si es cierto no pertenecen á los apóstoles, tambien lo es que son antiquísimos. Las constituciones de S. Clemente y otras varias decretales de los pontífices, se tuvieron como apócrifas. Esteban, de Éfeso, reunió 165 cánones de los concilios generales y provinciales de Oriente, á los que se agregaron los de los sucesivos; pero esto no fué suficiente en el estado actual de cosas, y se hizo indispensable una coleccion mejor hecha que llenase las condiciones del estado actual de la Iglesia, y esta empresa fué encomendada á Dionisio el Exiguo; tuvo este sabio, á más de sus buenos conocimientos, un protector en Casiodoro, con cuya ayuda su trabajo adquirió una gran reputacion en todo Occidente. Dionisio enriqueció su obra con las decretales del papa Siricio, que consignaban la antigua supremacía del obispo de Roma sobre los demas, lo cual, segun algunos, cuya opinion rechazamos, contribuyó mas que otra alguna cosa, á consolidar la supremacía papal, puesto que estas decretales adquirieron así fuerza de ley.

Por este tiempo invaden la Italia los longobardos; y como el pais carecia de caudillo y no tenia á quien volver los ojos, se agrupó en torno del pontífice que, como poseía grandes dominios en Sicilia, Calabria, la Pulla, la Campania, la Sabina, la Dalmacia, la Iliria, la Cerdeña, en los Al-

pes Cotios y en las Galias, y eran cultivados por colonos, sobre los cuales ejercía una jurisdicción legal, nombraba empleados y dictaba órdenes. Las rentas que de aquí percibía le colocaban en la actitud de atender á las necesidades en tiempos de carestías; de dar asilo á los refugiados y salario á las tropas; así fué que, cuando la conquista interrumpió las relaciones entre Roma y el Exarcato de Rávena, el papa quedó como jefe de la ciudad en que residía y en correspondencia directa con la corte de Bizancio, hizo la paz y la guerra con los reyes longobardos, y de este modo y por estas causas, vino á ser el jefe único del partido nacional contra los invasores.

En tal estado era solo necesario un pontífice que conociera su alta importancia y desplegara la dignidad correspondiente á su alta categoría. Tal fué Gregorio Magno. Descendiente de la ilustre y esclarecida familia Anicia, consagró al estudio de las ciencias, desde sus primeros años, un entendimiento vivo y una extraordinaria capacidad; siguiendo la carrera de las magistraturas llegó hasta el destino de prefecto de Roma; pero disgustado del mundo, se retiró al convento de S. Andres y cambió la toga por la cogulla. Habiendo refrigerado la lozanía de su alma en aquel retiro, donde los débiles buscaban refugio contra las tempestades, y donde los fuertes se preparaban para luchar contra ellas, creyendo poder ser útil con sus

predicaciones pidió licencia al papa para dirigirse á Bretaña y llevar allí la verdad. Obtenida la licencia se puso en marcha para llenar su misión, pero el pueblo, cada vez que veía al pontífice le apostrofaba, por lo cual tuvo su santidad que hacerle regresar á Roma para acallar sus quejas. El papa Pelagio le nombra uno de los siete diáconos de la Iglesia romana y le envía á la corte griega para implorar auxilios: se captó la estimación y benevolencia de todos hasta tal punto, que el emperador Mauricio hizo que tuviese á su hijo en las fuentes bautismales. Muerto Pelagio, por unanimidad fué elevado al pontificado; mas luego que supo esta noticia, sobrecogido de espanto, huyó á ocultarse, y hubo necesidad de buscarle por espacio de tres días, encontrándosele entre las cestas de las provisiones. No contento con esto, escribió al emperador en nombre de su amistad para que no confirmase la elección, y en lo sucesivo siempre echó de menos su tranquilidad primera<sup>1</sup>, de lo cual se quejaba escribiendo á S. Isidoro de Sevilla.

No hay que extrañar esta conducta, porque nunca como entonces imponía miedo la dignidad pontificia. Por su posición eminente, era el papa responsable de cuanto pudiera acontecer en Roma. Sin libertad para obrar, eran una traba constante

<sup>1</sup> Carta á S. Isidoro de Sevilla.

el duque, el prefecto imperial, el senado, los decuriones que, inhábiles para todo, todo lo entorpecían. Giraba el pontífice la vista en su derredor y no veía en torno suyo más que pueblos idólatras, emperadores engolfados en sus cuestiones de teología, aspirando dominarle y siempre promoviendo disturbios con sus controversias y pretensiones; por todas partes la violencia, el desarreglo, la inmoralidad; de un lado los longobardos amenazadores, de otro la Italia desgarrada por el cisma y diezmada por el hierro, y angustiada y trabajada por el hambre y por la peste.

Para salvar tantos inconvenientes, para superar males tan terribles, para gobernar un viejo buque desmantelado y batido por los huracanes, como él decía, puso en práctica toda la mansedumbre del Evangelio, al par que toda la energía de su indomable carácter. Su solicitud se extendió por todo el mundo conocido, á fin de divulgar la verdad donde no era conocida, y para combatir el error aun en sus más inespugnables trincheras. Reunió un concilio en Roma y consiguió, en parte, remediar el cisma de Aquilea; puso freno á los donatistas de Africa, los reyes francos y borgoñes recibieron repetidísimas cartas cuyas conjurándolos á extirpar las simonías que en sus estados pululaban alterando las costumbres con menosprecio de los cánones y de la disciplina; no pudiendo por este medio cortar el mal, envió al

abad Ciriaco para convocar un concilio en las Galias; y ya hemos visto el celo que desplegó en la conversión de los anglos, longobardos y visogodos, y los frutos que recogió de su solicitud. También envió misioneros á la Cerdeña para que convirtieran á los idólatras, y también allí tuvieron recompensa sus desvelos.

Atento á todo se esforzaba en mantener la paz entre el emperador y los longobardos, sin dejar por esto de oponer una enérgica resistencia á Aguilulfo, cuando se presentó ante los muros de Roma á defender contra las demasías imperiales la libertad de la Iglesia, comunicando tanta osadía á los hechos como humildad á las palabras <sup>1</sup>. Cuando Juan el Ayunante, patriarca de Constantinopla, se arrogó el título de obispo universal, le reprende con energía y caridad <sup>2</sup>. Cuando Eulogio le escribe que ha cesado de llamar *ecuménico* al patriarca de Constantinopla con arreglo á lo que me habeis mandado, le contesta rechazando la palabra *mandado*, confesando deben huir de los labios las palabras que nos llenan de vanidad y ofenden la caridad. Hasta para poner dique á la arrogancia adoptó el humilde título de *Siervo de los siervos de Dios*, añadiendo al emperador Mauricio: "El gobierno y la supremacía de la Iglesia fueron dados á Pedro, y

<sup>1</sup> Epíst. III. 65. al emperador Mauricio.

<sup>2</sup> Epíst. IV. 38.

no por eso se tituló obispo universal;" y prosigue pintando los males que oprimian á la Europa y hacian mas necesaria la penitencia de los obispos que los títulos pomposos de la vanidad, y es digno de notarse, en corroboracion de lo que poco antes dijimos, esto es, que la aparicion de las falsas decretales no fué el origen de la supremacía, que el santo añade: "Soy siervo de los obispos mientras se porten como tales; si alguno de ellos levanta la cabeza contra Dios, tengo confianza en que no derribará la mia con la espada."

Aquí pueden ver los que sostienen esa errónea opinion, que mucho antes que las decretales aparecieran, S. Gregorio hablaba á los obispos y á los reyes con la dignidad suave, aunque firme, de un gefe universal. El mismo nos enumera los cuidados exteriores en que debe ocuparse un pontífice <sup>1</sup>. Tambien consumó actos que parecian propios de la soberanía temporal, tales son: mandar un gobernador á Nepi con orden al pueblo que le obedezca como al pontífice supremo: un tribuno á Nápoles para que velase por la defensa de la ciudad <sup>2</sup>: recomienda al obispo de Terracina que no permita que nadie eluda el servicio de montar la guardia en las murallas <sup>3</sup>. En suma, el papa venia á ser en Italia para los emperadores griegos,

1 Epíst. I. 25.

2 L. II. II.

3 Id.

lo que fueron posteriormente los alcaides de palacio para los merovingios.

Solícito á todo cuanto exigia su ministerio, hácia donde quiera que eran necesarios los cuidados de su persona, allí atendia descendiendo á los menores detalles de la administracion patrimonial, á fin de que los colonos de las tierras de la Iglesia no sufrieran vejaciones, de lo cual es buen testimonio su carta al ecónomo de Sicilia, llena de esa solicitud abundante, de ese cuidado paternal <sup>1</sup>. Sin desatender al esplendor del solio pontificio, empleaba sus rentas en obras altamente humanitarias y civilizadoras, en hacer limosna, ejercer la hospitalidad, fundar escuelas y dotar hospitales. Todos los dias se sentaban á su mesa doce extranjeros que convidaba su capellan de orden suya, y este caritativo obsequio le proporcionó la gloria de que el mismo Cristo fuese su convidado. Envió socorros á las mas remotas provincias; pero tanta riqueza no pudo corromperle, y en medio de ella conservó inalterables sus modestas costumbres. Escribia al encargado en Sicilia de la gestion del patrimonio: "Me habeis enviado un mal caballo y cinco buenos asnos. No puedo montar el primero porque es malo, ni en los otros porque son asnos."

Austero consigo propio, económico en su me-

1 Epíst. I. 42.

sa, caritativo con todos, y exacto en el cumplimiento de las prácticas de la vida monástica, ni buscaba su comodidad en cosa alguna, ni hacia caso de los honores y bienes del mundo, ni pensaba en otra cosa que en sus deberes. Tan firme como indulgente escribía sobre los herejes al obispo de Nápoles, que acogiera á todos los que desearan volver al seno de la Iglesia; prohibía á los prelados de Terracina, Cagliari, Arlés y Marsella, las violencias que su celo empleaba contra los judíos, y mandó que se les restituyera la Sinagoga, recomendando tratarlos con dulzura <sup>1</sup>. Y sin embargo, este hombre tan ocupado que atendía á tantos negocios, que nada omitía y en todo estaba, tuvo aun tiempo para escribir tantas y tan excelentes obras, que le han merecido el renombre de grande. Su *Regla pastoral*, dividida en cuatro partes, en las cuales trata de los deberes impuestos al que tiene esta investidura; del modo de instruir al pueblo, del cuidado de santificarse á sí propio, y de ocuparse en santificar á los demás, ha sido traducida al griego y repartida á las iglesias por orden del emperador Mauricio. El rey Alfredo hizo una version sajona para las iglesias de Inglaterra, y las de España y Francia la propusieron por modelo á los obispos, mereciendo que Carlo Magno y sus sucesores la recomienden

1 Epíst. II, 35.

repetidísimas veces y hagan conmemoracion de ella en sus capitulares. Despues de esto, nos parece malgastar el tiempo en desmentir la calumniosa inculpacion que se le hace, de haber ordenado el incendio de la biblioteca Palatina, y la destruccion de los monumentos de la grandeza romana, con el fin de que su admiracion no fuese un motivo para dejar de venerar las cosas santas, contribuyendo esto á que algunos, con mas ligereza que criterio, le hayan apellidado el *Atila de la literatura*. ¡Por qué! ¿Era por ventura soberano de Roma para obrar de este modo? Y si bien es verdad que mostró desvío á los autores antiguos, es preciso no desatender sus razones y tener presente su siglo. Nadie ignora que en estos autores no hay mas que la forma, y que esta era bella; así pues, entre tanta ignorancia como cubria el mundo, bien merece disculpa el deseo de apartar con la seduccion de lo bello, la ocasion de pecar, tanto mas, cuanto aun estaban en lucha lo bello y lo verdadero, y pasó todavía bastante tiempo antes que estableciera su dominio y cimentara su poder lo verdadero. Y esta es la causa de la prohibicion acordada en el cuarto concilio de Cartago <sup>1</sup>, y de la reprension de Gregorio al obispo de Viena, Didier <sup>2</sup>, sobre este particu-

1 Libros gentilium non legat Episcopus. cap. 16.

2 Diálogo I.



lar, y así es que se le oye decir: "No huyo la colision del metacismo, ni evito la confusion del barbarismo; descuido el esmero de conservar á las proposiciones su sitio y su movimiento, pareciéndome indigno que las palabras del oráculo celeste tengan que adaptarse á las reglas de Donato<sup>1</sup>."

Sus cartas nos revelan el interes que se tomaba por la Iglesia y su celo infatigable en su gobierno, así como el profundo conocimiento que tenia en las leyes divinas y humanas. Con motivo de la peste que affigia á Roma, introdujo en la Iglesia las letanías que se cantan el dia de S. Marcos, y asimismo la costumbre de fechar los breves señalando el mes y el dia, retocando los libros de liturgia del papa Gelasio, le imprimió esa unidad inseparable del carácter de la Iglesia, y si no pudo establecer su uniformidad, no por eso dejó de ser el fundamento y el primer paso dado al efecto; prohibió que se exigieran derechos de sepultura. Se lamenta en una de sus cartas de que aun se conserven ritos idólatras; contesta á la emperatriz Constantina que le pedia reliquias, que en Occidente se considera sacrílego poner la mano en los cuerpos de los santos, que estrañaba que en Grecia se pensase de distinta manera, y que en Roma todo lo que se daba, eran pedazos de las cadenas de S. Pedro ó de las parrillas de S. Loren-

1. Ad Leandrum in comun. Lib. 706.

zo, y añade, que su predecesor fué sobrecogido por una terrible vision por no haber obrado así, y muchos monjes muertos por la aparicion de S. Lorenzo.

Resolvió en el concilio de Roma que no convenia á las costumbres de los diáconos el estudio de la música, porque así se empleaba mal la voz destinada á difundir la palabra de Dios, y por esto la prohibió asimismo á los sacerdotes, encargando á los subdiáconos y á los clérigos inferiores, que cantaran los salmos y las lecciones sagradas con grave, séria y reposada entonacion; á este propósito estableció escuelas, que él mismo dirigia, y que duraron despues de mas de tres siglos: como viesse que de los quince tonos de la música, los ocho últimos eran solo una repeticion, comprendió que bastarian siete signos para todos los tonos, con tal de que se repitieran de alto á bajo, segun la estension del canto, de las voces y de los instrumentos: con aquella majestuosa melodía que ha conservado, su nombre aumentó el esplendor del culto divino; hoy han sido reemplazados por música profana.

Ahora es tiempo de notar que el clero y los pontífices habian elevado paulatinamente un poder que debia desarrollarse en aquel siglo y echar en medio de las ruinas de los demas duraderas y profundas raices. Ya hemos hablado de este poder y de las causas que contribuyeron á su desarrollo;

tambien al principio de este capítulo hemos es-  
puesto lo dispuestos que se encontraban siempre  
los pontífices á la dominacion longobarda; y así  
ahora diremos, que Gregorio nada perdonó para  
lograr sacudir el yugo de los conquistadores, y que  
su ejemplo fué imitado por sus sucesores que tan-  
tas veces, como se veian amenazados, imploraban  
los socorros de Constantinopla, espresando así su  
amor á aquel dominador, á quien acudian para  
que confirmara su eleccion, á quien pagaban cier-  
tas retribuciones, y en cuya corte tenian los pon-  
tífices un apocrisario que tratara sus negocios.  
Hemos dicho las causas que al pontífice daban  
tanta importancia en Italia, y réstanos decir las  
que se las daban en los demas paises, que no eran  
otras que ser el centro de accion del cristianismo,  
y el centro de unidad de donde partian los misio-  
neros á ganar nuevas almas al cielo, que eran asi-  
mismo nuevos súbditos espirituales del pontífi-  
ce. De este modo fué creciendo su poder, y esto,  
añadido á las causas indicadas, contribuyó á ele-  
varle.

Como las nuevas iglesias no podian igualarse á  
la de Roma, ni por su antigüedad ni por su orí-  
gen apostólico, se inclinaban sus preladados ante los  
pontífices con una adhesion absoluta. Asimismo,  
cuando pasando el tiempo las conversiones fueron  
al mismo tiempo civilizadoras y aseguraron en lo  
posible los reinos constituidos contra las invasio-

nes exteriores; y como las misiones partian de Ro-  
ma, esto hizo que los pueblos recién convertidos,  
y que así estaban protegidos de los desafueros de  
la guerra y de los males de la invasion, llenos de  
respeto y agradecimiento, veneraban los papas que  
tanto bien les habian proporcionado, y esta vene-  
racion no era hija solamente de su supremacía sa-  
cerdotal, sino tambien en atencion á sus intereses  
temporales. El curso de los tiempos nos marcará  
la sucesion de los pontífices, y ella los trabajos que  
emplearon y la parte que cada uno tuvo para fun-  
dar y elevar el edificio de la supremacía, y cómo  
de aquí pasaron al de la division de los dos po-  
deres.

Muerto Gregorio le sucedió en 604 Sabiniano,  
que ocupó el pontificado hasta el año 697 en que,  
por su muerte, subió al solio Bonifacio III, quien  
cedió en breve su puesto á Bonifacio IV; este ve-  
neciano obtuvo del emperador Focas, que los pa-  
triarcas de Constantinopla renunciarian el título  
de ecuménicos, y el panteon de Agrica que puri-  
ficó y consagró á la Virgen María y á todos los  
mártires, instituyendo en esta ocasion la fiesta de  
todos los Santos. A este pontífice sucedió Deus-  
dedit, y á éste Bonifacio V, y despues de él el  
campanio Honorio, que reunió á la Iglesia las de  
Aguilea é Istria, estendiendo el cristianismo entre  
los anglo-sajones, si bien turbó tanta alegría la  
herejía de los monotelitas, que le sorprendieron

por conducto de Sergio, patriarca de Constantinopla, que con gran destreza le consultó. Esto ha querido empañar su nombre, pero no es posible, pues su recta intencion está probada.

Por su muerte acaecida en 640, los oficiales griegos quisieron saquear su palacio; y ya que no lo consiguieron, indujeron al emperador á saquear el tesoro allí depositado. Elegido Severino, solo ocupó la sede dos meses. Juan IV, su sucesor, apenas dos años, y luego viene Teodoro, de Jerusalem, que al condenar á los defensores del monotelismo, escribió la sentencia con vino consagrado. El concilio de Africa le dió los títulos de Bienaventurado, Padre de los pobres, Arzobispo y Papa universal.

Elevado á la silla de S. Pedro, Martin de Todi, lejos de ceder á Constante y aprobar su tipo, convocó un concilio que condenó las herejías, en especial la de los monotelitas, la Ectesis de Heraclio, y aquel mismo tipo que se le queria inducir á aprobar, lo cual motivó una orden del emperador al exarca Olimpio para que se apoderara de su persona muerta ó viva: no atreviéndose á hacerlo abiertamente, apostó un asesino para que, en el momento en que el pontífice le administrara la comunión, consumase el crimen, y como el asesino se contuviese al aspecto del pontífice, segun su propia declaracion, se tuvo por un milagro, que obligó á Olimpio á confesar su delito é implorar

su perdon. Más resuelto que él su sucesor Juan Calliopas, se encamina á Roma con tropas, registra el palacio, y á pesar de no encontrar allí depósito de armas aquella noche, prende al pontífice y á seis de sus criados, y los embarcó con tal desgracia, que anduvieron errantes tres meses por el mar, al cabo de los cuales aportaron á Naxos, desde donde el papa fué conducido á Constantinopla en clase de preso, donde permaneció encarcelado tres meses sin comunicacion alguna <sup>1</sup>. Entonces se le hizo comparecer, y fué acusado de haber urdido una trama contra el emperador con Olibrio y los sarracenos, y de haber hablado mal de la Virgen María. Convicto de tan infames acusaciones por tramas no menos infames, fué conducido en medio de un patio entre una gran muchedumbre del pueblo; allí le despojaron del palió, del manto, y de las demas insignias de su dignidad; luego le pusieron un collar de hierro, y despues de haber sido arrastrado por la ciudad, á pesar de su avanzada edad, fué encerrado en un oscuro calabozo, sin lumbre y en lo mas crudo del invierno. Las mujeres de los carceleros dulcificaron la atrocidad de las órdenes imperiales. Desde aquella lóbrega mansion fué deportado á Cherson, donde en medio de privaciones y enfermedad entregó su alma al Señor. El patriarca

<sup>1</sup> Coleccion de concilios de Labbe, tom. 4, pág. 67.

Máximo sostuvo su inocencia, por cuyo enorme delito se le cortaron la lengua y las manos<sup>1</sup>. ¡Tan depravados eran los tiempos! ¡Tales las costumbres de entonces!

Tan luego como fué preso Martin, el emperador dió orden para que se procediera á elegir sucesor, orden que fué obedecida, tal vez por temor de que colocara en el pontificado algun hereje. Electo Eugenio, gobernó muy poco tiempo, y á su muerte ascendió Vitalio: entonces el arzobispo de Rávena rehusa someterse, apoyando su rebeldía en un diploma de Constante; Vitalio le amonesta, le reprende, y por último le excomulga, pero el cisma se declara y continúa hasta que Domno obtuvo la revocacion de aquel diploma. A este pontífice se atribuye la introduccion de los instrumentos destinados á acompañar el santo en las iglesias<sup>2</sup>.

Consecutivamente ocupaban la cátedra Adeodato, Domno y Agaton, que libra la Iglesia del tributo de tres mil sueldos de oro que tenia que pagar á cada eleccion de pontífice, si bien tienen que esperar los electos para su consagracion á que confirme su eleccion el emperador. Leon II, Be-

<sup>1</sup> Gibbon, cap. XLVII.

<sup>2</sup> Instituyó el canto, acompañado de instrumentos, que vulgarmente se llaman órganos. Tal es el testo literal de S. Agustin, pero no debemos olvidar que el santo emplea la voz *organum* para toda clase de instrumentos.

nedicto II y el siro Juan V ocuparon muy poco el solio pontificio, si bien éste privó al obispo de Cagliari del derecho de ordenar á los obispos. Por su muerte el clero se inclinaba al arcipreste Pedro; los soldados á Teodoro, pero uno y otro fueron propuestos á Conon, que reunió todos los votos. Tan disputada como esta fué la eleccion de su sucesor, en la cual salió triunfante Sergio, á quien por haberse negado á dar lectura de las actas del concilio Trullano, Justiniano mandó prender, teniendo el comisario imperial que buscar en el manto del pontífice la salvacion de su vida, amenazada por una sublevacion popular: el exarca de Rávena no se atrevió á insultar su carácter despues de haber concebido tan criminal proyecto; sin embargo, la ambicion de sus competidores turbó la paz de este pontífice, que tuvo necesidad de vivir mucho tiempo fuera de Roma.

Habian llegado las tropelías de los emperadores á tal punto, que al ser elegido Juan VI, como viniese el exarca Teofilato á Roma, el pueblo corrió á las armas y solo se apaciguó á instancias y con las seguridades que le dió el mismo pontífice. Sucedióle Juan VII, que tuvo fuerza para oponerse á las pretensiones de Justiniano y aprobó el concilio de Trullo. Luego Siricio apenas ocupa la sede veinte dias, sucediéndole Constantino; á quien ordenó Justiniano dirigirse á Constantino-  
pla, allí le recibió con toda clase de distinciones,

inclinó á sus piés su frente coronada y le pidió la comunión y sus oraciones. Supo el pontífice armonizar, respecto al concilio de Trullo, la justicia y la condescendencia; mas cuando le remitieron las actas del concilio de Constantinopla que condenaba el cuarto concilio Ecuménico, las rechazó y mandó en señal de veneracion pintar en el pórtico de la iglesia de S. Pedro, en Roma, los seis concilios generales. El pueblo entonces no quiso rendir homenaje á un príncipe hereje, se negó á conservar su retrato, ni quiso nombrarle en la misa, ni en los actos públicos, y se obstinó en no admitir las monedas con su efigie.

Del extracto que dejamos hecho aparece cuán poco tenian los papas que agradecer á los emperadores; pero al mismo tiempo la grande influencia que tenian con el pueblo, cuánto habia crecido su poder, y que al emanciparse de los emperadores, seguramente no se sujetaria que aborrecia á los bárbaros aun más, que tambien le vejaban, que asimismo le oprimian, sino que se inclinarian al pontífice, cuyos buenos oficios habian experimentado, cuya proteccion los amparaba, á quien llegaban en sus angustias, á quien pedian consejos, oraciones y limosnas. Así, pues, á la época en que estamos, aparece ya como cosa incuestionable la supremacía pontificia, se ha iniciado la gran cuestion de la division de poderes y se vislumbra el dominio temporal de los papas.

En este terreno nos vamos á engolfar, á sus principios vamos á descender á su propio origen. Hemos visto ya el estado precario en que estaban los papas á merced del capricho de los emperadores; pero tambien hemos visto, que por este tiempo eran sus riquezas inmensas, que tenian muchas posesiones y en ellas muchos colonos, considerando que, segun el derecho romano, debian ejercer en estos dominios jurisdiccion sobre sus colonos, hemos de convenir en que debian nombrar magistrados, conocer en las apelaciones y hasta dictar encarcelamientos. A esto debe añadirse, que la negligencia de los emperadores hizo que muchas veces ejercieran actos de soberanía, de los cuales dejamos algunos anotados en la reseña del pontificado de Gregorio Magno; y si á todo esto se añade, las atribuciones que por las instituciones municipales de Roma tenian, veremos que solo les faltaba un título para la soberanía, y éste se los proporcionó la donacion de Pepino, que realmente les colocaba en la categoría de príncipes de la tierra. Como fué la base del mas antiguo reino italiano, y como ha ejercido tanta influencia en los asuntos de este pais y del mundo entero, y como nos interesa su exámen, por las acusaciones que al pontífice se han hecho con este motivo, no podemos prescindir de abordar esta cuestion: sin embargo de ser duro que entre católicos tengamos tambien que acudir en defensa del pontificado, lo

haremos, porque tal es nuestro deber, y lo hacemos, porque á esa divina institucion se debe la salvacion de la humanidad, y cuanto en ella se unia ha contribuido del modo mas influyente y poderoso en la civilizacion del mundo.

Triste es, en verdad, que en un siglo en que no es necesario justificar el origen de una dominacion, tengamos que hacerlo del de la Iglesia; triste es que lo que en los seglares no se pide, se nos pida, triste es que se tenga esta justificacion por innecesaria para todos y solo indispensable para el pontífice, y que cuando se dejan sin discusion y en tranquila paz tantos poderes que nacieron de ayer, que los ejercen sin otro derecho que el de la usurpacion, éste, que cuenta mas de nueve siglos de duracion, haya de ponerse en litigio, y que se le acuse cuando se santifican los demas. Por fortuna la dominacion papal no es en el dia una excepcion odiosa sino para unos cuantos detractores, y por mas que digan, ni es más aborrecida, ni más temida, ni más adulada que otra cualquiera, y sus enemigos son solo los del orden, los de la soberanía, los de la paz; con todo, es certísimo que se puede discutir acerca de su origen con tanta calma y con la fría imparcialidad que tendríamos si la cuestion versara sobre el derecho que tenia Roma para destruir á Cartago. Además, un buen católico sabe que á la alta y elevada categoría del pontífice le es debido todo, y que grande,

ilustre y fuerte por sí sola, cuanto se la añada no será otra cosa que accidentes, que si pueden engalanar su esencia, nunca empañarla, jamas destruirla, ni aun amenguarla.

Hechas estas advertencias entremos en el asunto. No hemos visto el original de la donacion ni discutiremos si el que existe es ó no el verdadero; pero sí diremos que los cronistas nos refieren, sin esceptuar uno tan solo, un acuerdo comun, y las confirmaciones hechas de él poco despues y sucesivamente no nos dejan lugar alguno á dudar de su existencia. Todos están acordes en que esta donacion comprendia Rávena, Rimini, Pesaro, Cesene, Fano, Sinigaglia, Yesi, Forlimpopoli, Forli con el castillo de Sussubio, Montefeltro, Acceragio, Monlucati, Serra, Castel, S. Mariano, Brobo, Urbino, Cagli, Lucoli, Agobio, Commachio y Narni<sup>1</sup>; y siendo así, vemos que no es posible error ni engaño, ni mancomunidad para engañar, y por tanto, que debemos tenerla por auténtica.

No pudiendo contradecir la autenticidad de la donacion, han llevado algunos la cavilosidad y mala fé hasta suponer que comprendia únicamente

<sup>1</sup> Algunos dicen que esta donacion se estendia desde Luni hasta el distrito de Suriano, comprendiendo en ella la Córcega, y hasta el monte Bardono y Berceto, abarcando, además, Parma, Reggio, Mantua, Monselice, la Venecia, la Istria y los ducados de Espoleto y Benevento.

al dominio útil de los bienes en ella contenidos y no la soberanía que dicen <sup>1</sup> se reservó Pepino para sí y para sus sucesores. Otros <sup>2</sup>, concediendo algo más, han asegurado que la soberanía, si efectivamente se comprendió en la donación, no tuvo efecto, sino con relación al dominio útil. Suposiciones son que se destruyen con una sola reflexión, con esta débil pregunta. Si era así, ¿por qué cuando los longobardos y el arzobispo de Rávena rompieron con el papa, le dejaron los dominios y le quitaron la jurisdicción? ¿Cómo se concibe que á uno le quiten lo que no tiene? ¿Qué significa la jurisdicción que le arrebatan, sino la soberanía? Pero vamos más adelante; los papas enviaban á las ciudades jueces y funcionarios, y estos son actos de soberanía <sup>3</sup>: cuando hablan de estas ciuda-

1 Pfister.—Gesch. der Deutschen, t. I, pág. 409. Spittler Staatgeschidite, t. II, pág. 86.

2 Sismondi, historia de las repúblicas italianas, t. I. Napoleón, en su célebre decreto dado en el campamento de Viena el 17 de Mayo de 1809, zanjó esta cuestión con el sable como otras muchas; pero en ella reconoce la donación y por ésta encabeza el preámbulo de su decreto, y en ella se funda hasta cierto punto; pero en verdad que su lógica por esto no deja de ser terrible. “Te quitamos lo que te donaron nuestros predecesores. ¡Vaya un modo de adquirir!...”

3 Nam et iudices ad faciendas justitias.... in eadem Ravenatium urbe residentes ab hac romana urbe direxit Philippum presbyterum, simulque et Eustachium quondam ducem. Cod. Carol. número 54. Además, deben verse los números 51,

des leemos: *Nuestra ciudad romana, nuestro pueblo romano* <sup>1</sup>, proclamando que han sido sustituidos al exarca y obran en su lugar y puesto. También hay que notar la diferencia de tiempos, y que es un error crasísimo querer trasladar á tiempos que pasaron nuestras ideas, y más error todavía querer encontrar allí una distinción exacta de poderes y derechos, y de dominio útil y gobierno político. Entonces el propietario ejercía en sus posesiones varios actos de soberanía, mantenía el orden, administraba justicia y llevaba los hombres á la guerra, al par que el príncipe levantaba impuestos, enviaba inspectores, y la mayor parte del poder era del que tenía más voluntad y más medios de hacerla prevalecer.

Al llegar aquí se desatan contra el pontificado sus enemigos, y le acusan de mil modos, á cual

75 y otros, que por no dilatar nuestro asunto y recargar nuestro escrito de citas que, aunque supongan erudición, siempre recargan y hacen pesada una lectura, omitimos. También debemos anotar que la historia nos manifiesta que si hubo un día en que Carlo-Magno quiso tomar á Rávena algunas colonias antiguas y arrebatarla su dominio, si quiso poseerlas como suyas, no se determinó á hacerlo por sí y ante sí como Napoleón hizo después, sino que tuvo necesidad de una concesión del papa. Es verdad que media una gran distancia entre Carlo-Magno y Napoleón.

1 Fantuzzi.—Monumentos y diplomas 17 y 18, t. 5. Savigni. Hist. del derecho rom., t. 5. v. 5, 110. Cenni. t. 1., p. 63. Orsi. c. VIII. Leo. Gesch. Von. Italien. t. I. p. 187-189.

mas injusto; nosotros, sin embargo, lo rechazamos, y siempre estaremos por el gobierno patriarcal de los pontífices, y en oposicion á los decretos que dicta la fuerza, y jamas experimentaremos simpatía por un gobierno tiránico, por mas que tenga á su devocion espadas, cañones á su servicio y una corona en su frente. Y así para defender el pontificado, nos atreveremos á consultar una vez mas los hechos <sup>1</sup>.

Por una parte vemos á los emperadores de Cons-

<sup>1</sup> Por lo que hace á los modernos, escribiendo algunos en odio á la religion, no han visto mas que astucia en cuanto los papas han hecho, querido, dicho ó padecido. Otros, sin proponerse un fin irreligioso, aunque adictos á la causa de un potentado que estaba ó creia estar en disidencia por no sé qué derechos con los papas, propendieron á poner siempre la razon del lado de la usurpacion y del desafuero. No repelieron los defensores de la Iglesia las acusaciones mas que imitando el método de los acusadores; estos vieron siempre en las acciones de los papas un designio profundo, continuo, perpetuo, de usurpacion y de dominacion. En consecuencia de esto se han visto inducidos á presentar á los enemigos de los papas como víctimas, llenos de dulzura en su mayor parte, bajo la inexorable cuchilla del sacerdote. A veces se sorprende uno al ver escritores en lo demas sensatos, dejándose arrebatar de estas diatribas, pedir lágrimas á la posteridad, no á favor de una muerte dolorosa, ni hácia uno de esos padecimientos que puede experimentar el hombre, sino por el aniquilamiento de proyectos ambiciosos, por la pérdida del poder de hombres que se presentan á su mente como violadores de todos los derechos. Manzoni. De esto puede inferirse el origen de las declamaciones contra los abusos de los papas.

tantinopla poseyendo la Italia, no como sucesores de los Césares, sino á título de conquista arrebatarla sus privilegios por otros reyes <sup>1</sup> extranjeros y amenazadores, todo lo llevan á sangre y fuego. Tienen unos y otros enfrente, ancianos, ministros de Dios elegidos por el pais y en sus filas, que oran, escriben, hacen procesiones, envian embajadas, van en persona á suplicar y no piden mas que paz y justicia, y cuando más reúnen algunos hombres armados, pero solo con el fin de defenderse. Entre estos tres poderes que se disputan la posesion de Italia, hay muchos millones de almas de las cuales se iba á disponer, oraban y gemian con el papa, y se veian despojados ó muertos por el rey ó por el emperador. ¡Cuánto no habian sufrido bajo el yugo imperial! ¡Cuánto no tenian que temer del de los longobardos! Su nombre solo inspiraba terror aun despues de tantos años como residian en Italia. Así, pues, si quedaba alguna esperanza á los italianos era en el papa, que hacia mucho tiempo era su representante, su defensor, el único que sabia consolar los oprimidos y hacer oír á los opresores palabras de justicia; era el papa que, por su carácter, era equitativo, lleno de mansedumbre, el único que hacia

<sup>1</sup> Dícese que los longobardos no eran extranjeros porque llevaban mucho tiempo de establecidos en Italia; pero este modo de discurrir nos parece tan impropio, que de ser legítimo podriamos decir que los austriacos no lo son en Venecia.



respetable el nombre romano, hácia el cual se habia concebido tanto desprecio á todas las naciones.

Entonces no tenia peso alguno en la balanza política el voto de un pueblo; pero nosotros no podemos menos de apreciar y llamar mejor la causa, cuyo triunfo hace disminuir la masa de injusticias y lágrimas entre esos hombres que se acostumbran á vivir descuidados de los gobernantes. El voto de estos infelices siempre será á nuestra vista de la mayor importancia. Conseguido su objeto, Pepino, es decir, la sumision de su contrario, repasó los Alpes, pero éste, que solo á la fuerza habia cedido, viéndose libre, reúne sus tropas y marcha sobre Roma, donde toda su astucia y su fuerza no consiguen mas que reanimar el valor de los romanos. Entonces fué cuando el papa Estéban II dirigió á Pepino una carta pidiéndole socorros en nombre de S. Pedro <sup>1</sup>, con lo cual revolvió sobre Italia, asola el pais, humilla á su competidor, le hace comprar la paz, le impone un tributo anual, le exige rehenes, y hace que ponga al papa en posesion del exarcato y de Pentápolis.

Pepino envió entonces á su canciller Fuldrado á Roma con las llaves de Rávena y otras ciudades para que las depositase sobre el sepulcro de S.

<sup>1</sup> Mr. Segur dice: Que Estéban pretendia haber recibido esta carta de S. Pedro. A lo cual decimos que entre una figura retórica y una impostura impía, existe una inmensa distancia.

Pedro, y habiéndose despues dirigido allí él mismo en persona, fué recibido como libertador. Aquí le vinieron embajadores de Constantinopla ofreciéndole los gastos de la guerra si restituia las plazas que habian pertenecido á los griegos, y contestó que no habia peleado por cuenta del emperador, y que asistiéndole derecho para disponer de ellas, lo haria como de una conquista legítima, regresando luego á Francia, donde murió de una caída del caballo, exhalando su último suspiro en manos de los monjes con quienes y la Iglesia habia sido tan generoso.

Por su muerte pretendió la corona su hermano Rachis, y salió del claustro en su busca; pero los magnates eligieron á Diderio, duque de Brescia, quien reconoció los tratados de Pepino y sus donaciones hechas al papa, añadiendo á estas las ciudades de Faiencia, Imola, el castillo Tiberiano, Gabello y el ducado de Ferrara, año de 757, en el cual murió Estéban, y fué elegido para ocupar la cátedra de S. Pedro, su hermano Paulo I, que despues de prometer amistad y fidelidad al rey franco, puso en libertad á Sergio, arzobispo de Rávena, que habia sido encarcelado por Estéban. Diderio entonces se niega al cumplimiento de sus promesas, y sin la muerte del papa, la guerra hubiera estallado; pero una vez en el trono Carlo Magno hizo restituir al pontífice cuanto le habian retenido.

Los hechos que acabamos de esponer prueban hasta la evidencia que la donacion fué hecha en toda su latitud, y que por ella los pontífices, ya de suyo poderosos, y como tales, son algunos derechos soberanos, activos, y obrando á larga distancia de los emperadores, ejerciendo otros, y como ciudadanos principales de Roma con los que esta municipalidad les concedia, vinieron á ser soberanos temporales por medio de estas donaciones que eran hechas en toda forma por el conquistador; y así pues, cuanto se ha dicho sobre si fué ó no de ésta ó la otra manera hecha, con estas ó las otras restricciones, queda enteramente desvanecido y declarado nulo, es sin fuerza el ataque, sancionado su dominio temporal por el derecho y por el hecho, por la donacion y la posesion.

El papa y Carlo Magno se unieron, y esta union, que tan provechosa habia de ser para la humanidad y para la civilizacion, fué mal admitida por los romanos, que con ella creyeron en peligro su independenciam, y solo el temor al poder del emperador pudo contener la rebelion que al fin estalló á su muerte para ceder ante el carácter firme del pontífice, que condenó los culpados, lo cual fué causa de que Luis el Benigno, creyendo atacada su soberanía, enviase á su sobrino Bernardo para que tomase conocimiento de los hechos, y como se persuadiese de la razon, confirmó

las donaciones hechas y las aumentó con otras nuevas<sup>1</sup>. En esto murió Leon III, que ocupaba el solio pontificio despues de calamitosas revueltas, en que ambiciones desmedidas habian luchado, pero que fueron causa de que el poder temporal y prestigio pontifical se fuera arraigando; y la eleccion recayó en Estéban IV, que se consagró sin esperar el consentimiento imperial, emancipando así el pontificado de una traba que no estaba acorde con su soberanía. Hizo mas, recibió juramento de fidelidad de Luis, y luego fué á coronarle. Tambien su sucesor Pascual fué elegido por los romanos sin auencia del emperador, que con este motivo los amenazó para lo sucesivo. Este coronó al emperador Lotario, pero tan luego como se ausentó, dos dignatarios de la Iglesia romana que se le mostraron afectos fueron asesinados, por lo cual mandó Lotario comisionados en averiguacion de este suceso, y ante ellos depuso el pontífice y treinta y cuatro obispos que estaban inocentes de su muerte.

Muerto Pascual, la faccion romana eligió á Eugenio II, lo que causó en la ciudad muchos alborotos que hicieron necesaria la presencia de Lotario; entonces prescribió un juramento que debia prestarse al emperador; el pontífice se habia de elegir con arreglo á los cánones, en presencia de

<sup>1</sup> Labbé, tom. VII, pág. 1515.

los legados del emperador, y con su asentimiento; mas con todo, sin él fué entronizado, muriendo cuarenta dias despues, con lo cual fué elegido Gregorio IV de una manera mas regular. Entonces tuvo lugar una fuerte querrela entre Luis el Benigno y sus hijos, que hizo al pontífice presentarse en Francia para apaciguarla, lo cual fué llevado tan á mal por los obispos franceses, que mediaron agrias contestaciones, de las que resultó que en vez del título de padre que antes le daban, le dieron el de hermano. Sergio II, entronizado tambien sin el consentimiento del emperador, murió, y al momento los sarracenos saquearon á Roma y á la basílica del Vaticano. Sin aprobacion de los extranjeros, fué elegido Leon IV, que cuando los demas príncipes italianos huian ante los bárbaros ó compraban la paz á vil precio, supo reanimar el valor italiano, y al frente de un ejército derrotar los enemigos de la fé.

Hubo un dia en que Roma gentil era el punto de reunion de todas las naciones, y la Roma cristiana daba tambien en esta época asilo á todos los pueblos; innumerables documentos nos han conservado los nombres de las naciones que la poblaban<sup>1</sup>, que allí tenian escuelas, barrios y hermandades, convertidas hoy en iglesias, hospita-

<sup>1</sup> Anastasio hace mencion de los *vici sajónum, sardorum frisorum corsarum*, y de las *schole peregrinorum, frisonum saxorum y longobardorum*.

les, colegios y academias. Los nuevos pobladores se habian establecido á orillas del Tíber en derredor del Vaticano, y para defenderse de los árabes y los húngaros, Leon hizo fortificar aquel arrabal como lo habia hecho con Ostia Gregorio IV. En esto empleó las limosnas de los peregrinos y los brazos de los hombres de la Iglesia; de los monasterios, del ducado, y de aquellos mismos que habian ido á llevar allí la destruccion; con estos recursos le rodeó de murallas desde el castillo de S. Angelo hasta el hospicio del Espíritu Santo. Concluido, le bendijo con las mismas manos que le habia defendido, y le dió vuelta procesionalmente con todo su clero, con los piés descalzos, mereciendo que en agradecimiento el pueblo perpetuase en él su nombre, llamándole *ciudad Leonina*.

En esto empleaba la Iglesia sus inmensas riquezas, y aquellas ofrendas que en tiempo de Leon III ascendieron á ochocientas libras de oro y veintiun mil de plata; despues de haber reparado la basílica de los santos apóstoles empleó en ornamentos tres mil ochocientas sesenta y una libras de plata y doscientas diez y seis de oro. Cantidades que no pudieron menos de refluir en utilidad de las artes y del comercio, lo cual es indudable, puesto que se invirtieron en artefactos, y esto nos ofrece desde luego lo útil que fué á la civilizacion el engrandecimiento del clero en dignidad, riques-

zas y poder. A la altura en que le tenemos, sin trabas, ó muy escasas, el pontificado podía dar ampliacion á sus ideas humanitarias y civilizadoras; como soberano podía plantear reformas, como poderoso y con medios dispensar proteccion, y con la voz de su autoridad animando á los príncipes, exhortándolos y dándoles ejemplo, llevar la sociedad por la senda del progreso en todos los ramos del saber al cumplimiento de su grandeza, á su feliz porvenir.

Como un sacerdote llamado Anastasio no residiese en parroquia, fué depuesto por el pontífice, pero su deposicion, lejos de humillar le ensoberbeció, y tanto, que muerto su gefe, se presentó candidato á la silla en oposicion de Benito III, á quien, despues de nombrado, hizo despojar de las insignias pontificales por los comisionados del emperador que supo ganarse. Benito, que contra su gusto habia sido elegido, ni aun profirió una queja; y sin embargo, los romanos triunfaron y su eleccion; titulóse vicario de S. Pedro, pues hasta el siglo XIII los pontífices no llevaron el nombre de vicarios de Cristo. Por su muerte subió al solio Nicolás, que fué coronado en presencia del emperador, y Luis III, que asistió á ella, tuvo la brida de su cabalgadura, y hasta se dice le besó el pié. Sacado del claustro á la fuerza para esta dignidad, ha merecido de él se escriba en la historia. Reinó sobre los reyes y tiranos, los sometió á su

autoridad, como si hubiese sido señor del mundo; se mostró humilde, dulce, piadoso y benévolo con los obispos y sacerdotes observantes de los preceptos del Señor; terrible y de un rigor estremado con los impíos y cuantos se desviaron del camino recto, de tal modo, que se le pudo tomar por otro Elías resucitado á la voz de Dios, si no en cuerpo, en espíritu y virtud <sup>1</sup>.

Se mostró firme con Focio, patriarca de Constantinopla, é inexorable con las intemperancias reales. Queriendo contraer matrimonio Lotario II de Lorena, con Waldrada, parienta muy cercana de los arzobispos de Colonia y Tréveris, acusó de incesto á su mujer Teulberga, que se justificó, aunque despues, intimidada por su esposo, se confesó culpable y fué encerrada en un claustro, de donde pudo escaparse y refugiarse en la corte de Cárlos el Calvo, donde retractó su confesion; mas á pesar de esto y de estar sostenida su inocencia por el pais, el poder real y el de los prelados, la hicieron condenar, autorizando á Lotario para contraer segundo enlace. Apeló de su inocencia al papa, y un nuevo concilio reunido en Metz por los delegados del pontífice la condena. Pero reconociendo al fin Nicolás su inocencia y las intrigas de que era víctima, la absuelve, depone á los dos prelados, amenaza con igual castigo al obispo que se

<sup>1</sup> Cron. de Reginon. 868.

opusiese á su decision; y elevándose hasta el poder temporal, fuerte en el testimonio de su conciencia, escribe al prelado de Mezt: "Examinad bien si esos príncipes y reyes, á quienes os confesais sumisos, son verdaderos príncipes y reyes. Examinad si se gobiernan bien, primero á sí mismos, luego á su pueblo; porque el que no sirve para sí mismo, ¿cómo ha de ser bueno para los demas? Examinad si reinan conforme á derecho, porque si no debe considerárseles mas bien como tiranos, y debemos resentirnos y levantarnos contra ellos, pues de no hacerlo así seria preciso favorecer sus vicios."

Los arzobispos se quejaron de su deposicion; y refugiándose al lado de Luis II, hermano de Lotario, le impulsaron á sitiar á Roma: cuando sus tropas se acercaban el pontífice celebraba una solemne procesion para rogar á Dios que inspirase mejores sentimientos al emperador; pero los soldados todo lo atropellan, hieren á los romanos, despedazan la cruz y destrozan las banderas. Nicolás se encerró en la ciudad leonina, y con solo las súplicas conmueve al emperador, que abandona la causa de los arzobispos y se aleja de Roma. Convencida la cristiandad de que no podia ser malo el juicio del papa <sup>1</sup>, se declara contra Lotario, que al fin se somete al juicio de Nicolás, que le man-

<sup>1</sup> Hinemar. De Divort. Loth. et Tentb. t. 1. pág. 603-695.

da recibir á su primera mujer y enviar la segunda á Italia. Esta huye, y el rey pide la disolucion de su primer matrimonio, cuya cuestion se ventilaba cuando se murió el pontífice, sucediéndole Adriano II. Era éste deudor á Lotario de haber libertado á Roma de los sarracenos; pero ni esto fué capaz de hacerle anular el matrimonio; y habiéndose acercado Lotario á la comunion presentándole el pan eucarístico, le dijo el pontífice: "Si has renunciado al adulterio, si has roto toda clase de relaciones con Waldrada, que este sacramento te proporcione tu salvacion; pero se convertirá en castigo si tu corazon es perverso." Pocos dias despues murió Lotario, y esto se tuvo á efecto del juicio de Dios; pero este hecho nos ofrece una gran importancia, y es la proclamacion aceptada por los reyes y aplaudida por los pueblos, de que los reyes están sometidos á la autoridad del pontífice. ¿Y saben nuestros enemigos por qué fué tan benévolamente aplaudido? Nosotros lo diremos: porque se consideró no del modo bastardo, cuya significacion quiere dársele hoy por la oposicion, sino con el consuelo que dá el saber la existencia de una autoridad superior adonde recurrir contra los abusos del poder de los grandes. Véase si fué humanitario y civilizador, y de grandes y benéficas consecuencias para la sociedad este principio.

Este principio prevaleció tambien en las cues-

tiones episcopales, como se prueba por la diferencia incitada entre Rhotado, obispo de Soisons, y Hinemar, arzobispo de Reins, que le habia hecho deponer en un sínodo y encerrar en un convento. Habiendo apelado al papa Rothado, avocada la causa á Roma, fué absuelto y restituido en su dignidad, lo cual causó gran novedad entre los obispos franceses por haberse hecho la deposicion en un concilio: sin embargo, Nicolás apoyaba su determinacion en que el concilio se reunió sin su orden, y sostenido por la justicia y la opinion popular quedó tan victorioso el pontificado en esta cuestion como en la de Lotario, triunfando así del trono y del episcopado, y con derecho á reprender y contener á los poderosos, desde el rey hasta el diácono, como lo hizo al rey Cárlos el Calvo.

Sin embargo, este acrecentamiento de poder se vió amenazado en las débiles manos de su sucesor Adriano II, con ocasion de querer proteger á Luis II contra Cárlos el Calvo, á lo cual se opusieron los obispos, quedando desairado su poder en esta ocasion como cuando quiso proteger á Carloman, que fué depuesto á pesar de sus amenazas. Depuesto Hinemar, obispo de Leon, por un concilio que reservó al papa el derecho de confirmar la sentencia que le habia dado el de Sardica, quiso anular la deposicion, á lo cual se opuso el arzobispo de Reins, y murió sin ver ter-

minado este asunto. Más débil que el antecesor Juan VIII, engañado por el patriarca Focio, cedió en puntos de disciplina, juzgó mal los actos humanos, prodigó las excomuniones y convirtió las penitencias en peregrinaciones<sup>1</sup>. A la muerte de Luis II, pretestando que el imperio habia sido conferido á Carlo-Magno por la gracia de Dios y el ministerio del papa, lo trasladó al rey de los francos<sup>2</sup>. Quizás sea verdad que agradecido Cárlos el Calvo, le cedió el derecho de soberanía sobre Roma; pero no es tan cierto como que dispensó al papa y á su pueblo del homenaje que tributaban al emperador.

Quince meses duró el reinado de Martin II, que tuvo por su sucesor á Adriano III, autor segun se cree del decreto que escluye al emperador de la eleccion de pontífices, y no quiso admitir á Focio en la comunión. Igual firmeza, respecto á este particular, desplegó Esteban IV, haciendo conocer al soberano de Bizancio los límites de la autoridad pontifical y del poder real. Sucesivamente reinaron Formoso, Bonifacio VI y Esteban VII, en cuyo tiempo se turbó la paz de la Iglesia; luego viene Romano considerado por algunos como antipapa, admitiendo como legítimo á Teodoro II.

1 Labbé, tom. 8, pág. 103.

2 Actas del concilio de Roma de 887.

Así se elevó el pontificado combatido por los grandes que en él veían la representación de un nuevo poder que venía á poner término á sus demasías, que les atraían el odio general en ver que los pontífices eran honrados por su dignidad, respetados por su virtud, y temidos por su poder: Juan X, sin desatender sus deberes, al par que á la cabeza de sus tropas, derrota á los sarracenos, aspira á libertar la santa sede de la ignominiosa tiranía de las familias señoriales, rompiendo su funesta alianza, lo cual fué causa de que unidas éstas, proporcionasen á la Iglesia días de amargura, hasta que Juan XV hizo renacer los buenos días del pontificado, estendiendo su poder fuera de Italia, si bien no fué tan feliz en Roma. Gregorio V, haciendo que Roberto II, rey de Francia, repudiara á su parienta Berta, hace triunfar la justicia pontifical sobre los reyes. Este tuvo por sucesor á Silvestre II, cuya sabiduría y amor á las ciencias que aprendió en España, le han dado el renombre de sabio entre los eruditos y de mago en el vulgo; corto fué su reinado; y desde él á Clemente II, que quiso poner trabas á la simonía y murió sin conseguirlo, no hallamos cosa notable, como tampoco en los reinados de Benito IX y Dámaso II; mas viene luego Brunon que tiene la suerte de aconsejarse del monje Hildebrando, quien le hizo presente lo indigno de una elección legítima, persuadiéndole que peregrinara ínterin el

pueblo y el senado procedían libremente á su elección.

Hemos referido estos sucesos para que comprendan los acusadores que la Iglesia no ha merecido reproche alguno mientras se gobernó por sí, y que solo cuando el poder secular se intrusó en sus negocios, se extravió de su misión divina, y á vista de esto conocerán lo necesaria que la es la libertad é independencia en que la dejó su divino fundador, y con lo cual robusteció y estendió su poder, y sin la cual no podrá cumplir su grandioso objeto. Los emperadores con su influencia dañaban la independencia de la Iglesia y la dignidad real. Anunciar Dios á los hombres, ó lo que es lo mismo, la verdad y la justicia, llamarlos á él, hé aquí la misión del clero; pero las circunstancias pueden imponerle alguna otra particular, como civilizar á los bárbaros é inspirarles amor al trabajo, á la agricultura, al comercio y á las ciencias. Así, pues, como los ministros del Señor arrostraban los peligros para convertirlos, les ofrecían sus propios campos el ejemplo de un esmerado cultivo, con lo cual les anunciaban la proximidad de un monasterio. La piedad aumentó los bienes de las iglesias, y como ofrecían seguridad en medio de la violencia general, los propietarios les hicieron homenaje de sus posesiones que despues recibieron en arrendamiento. Cuando los obispos obtuvieron la inmunidad para sus

dependientes, muchos hombres libres por participar de este beneficio se los recomendaron como *oblato*, *donato* ó *manomortales*, y tanto se aumentó su número, que Lotario decretó que los que así obrasen sin necesidad quedasen sujetos á todas las cargas públicas; añádase á esto los diezmos y los impuestos á que se sometían reinos enteros, y se verá todo el apogeo á que llegó la Iglesia.

De este modo enriquecido el estado eclesiástico, cuando la propiedad territorial vino á ser la base de la sociedad, ocupó una categoría elevada en la gerarquía secular y estendió la jurisdicción de que ya disfrutaba, emanada de derechos los mas puros. La religion tiene el doble deber de gobernar al individuo y á la sociedad, y para poner en práctica la Iglesia sus ideas, propendió á la adquisicion del poder, sin el cual no hubiera hecho lo que hizo por la sociedad. Encargados los obispos de los cargos públicos cuando se disolvió el imperio, tuvo lugar su preponderancia, no como quieren los acusadores, por usurpacion, sino en virtud de la ley social, que atribuye el poder á los mas dignos que así lo ejercen en virtud de un derecho. Acostumbrados al gobierno en una época de desarreglo, ofrecieron un ejemplo de orden á los bárbaros, que se apresuraron á confiarles la direccion de los negocios ó á tomar parte en ella; atrayendo así las causas en que se halla-

ba alguna idea religiosa mezclada, ensancharon su jurisdicción, y como es de ley que por un mismo delito no se pueda castigar á uno dos veces, imponian las penas eclesiásticas á los sacerdotes que cometian algun desman y así los arrancaban de la jurisdicción.

Hemos visto ya el poder de los obispos y cómo intervenian al par de los magnates en las asambleas, y Carlo Magno mandó separar unos de otros para fijar los límites de los dos poderes. La nobleza representaba la fuerza y el clero la instruccion; aquella defendía con la espada los usos, su honor y sus franquicias, ésta suavizaba sus costumbres con la ley y la subordinacion; aquella se ocupaba solo de sí misma, de su familia, de su raza; ésta atendía á todos sus cuidados. Tales atribuciones hubieran contribuido en sus verdaderos límites á la civilizacion, pero confundiéndose entorpecieron su curso. El monje Vela, consultado sobre la causa del desorden social, habia contestado que consistía en mezclarse los eclesiásticos en los asuntos civiles, y los legos en los eclesiásticos; en las donaciones hechas á las iglesias por éstos, y en la negativa de aquellos á someterse á las cargas públicas<sup>1</sup>. Cuando los magnates se opusieron á los reyes, como no existía un tercer orden que enfrenara su orgullo, éstos le formaron del

<sup>1</sup> Ratbert.—Vita Valce. II. 2.



estado eclesiástico, y así se nota que los reyes mas poderosos y fuertes acrecentaron el poder, riquezas y jurisdiccion del clero, atendido que el hombre grande se levanta por sus miras nunca humillando á los demas.

La jurisdiccion de los obispos llegó así á ser un derecho; Carlo Magno ordena que puedan resolver sobre todas las causas aunque una sola persona se las presente, con lo cual y con la ignorancia de los seglares aumentó su autoridad; pero el obispo, con apelar al papa, quedaba libre de todo tribunal. No podia ser juzgado por menos de doce obispos, ni sentenciado sino por deposicion de setenta y dos testigos fidedignos. La apelacion á Roma escusaba mas gastos, pero aseguraba una injusticia mas imparcial que la de los metropolitanos. Hechos feudatarios los obispos y los abades adquirieron los derechos de los barones, acuñaron moneda, levantaron talla y ejercieron otros muchos; no es, pues, extraño que con su influjo y su ciencia dominasen á los magnates, tomasen parte en la confeccion de las leyes, en la eleccion de soberanos, y hasta el derecho de nombrarlos sin intervencion de otros.

Mucho auxilio prestaron á la justicia desde aquel dia en que les fué concedido avisar á la autoridad de todo lo malo en cuanto se apercebían de ello, y requerir el cambio ó derogacion de las leyes que les parecían injustas. De aquí la pro-

teccion dispensada á la mujer, poniéndolas á cubierto de las arbitrariedades y realzando el matrimonio, de aquí los diques puestos á los duelos y á los juramentos, y si no abolió las ordalias las trajo á su seno rodeándolas de ritos, valiéndose de ellas como un medio para salvar los inocentes. No pudiendo arrancar á los señores el derecho de la guerra privada, lo remedió segun el espíritu del siglo. Estableció el derecho de asilo en las iglesias y estableció un salon de refugio; cerca del altar estaba la piedra de paz donde el culpado se sentaba; en el exterior de las iglesias habia anillos de hierro y quedaba salvo el que á ellos se asía, y el Concilio de Clermont declaró que el que se refugiara en la cruz quedase salvo, y si se le arrancaba de allí, que se cerrasen los templos y cesaran las ceremonias hasta que fuera devuelto.

La peste aflige á la Aquitania y se esparce la idea de que Dios ordenaba suspender las venganzas desde el miércoles en la noche hasta el lunes siguiente, y se adopta este remedio que dió origen á la tregua de Dios, que fué perpetua para los sacerdotes, monjes, hermanos conversos, peregrinos, cultivadores, animales de labranza y semillas; así los débiles encontraron amparo sin que ningun soberbio baron ni rival encarnizado se atreviese á molestar al que protegía la Iglesia. Hechos electores los obispos pudieron hacer oír á los reyes consejos de paz y de caridad, en vez del

desenfreno que los impulsaba; los concilios de Aquisgran dictan reglas humanitarias á los soberanos, y los de España é Italia circunscriben las franquicias de los súbditos, y la justicia de los reyes.

Elevados los obispos á la categoría de grandes, su gefe lo fué necesariamente á la de soberano. Si en los tiempos anteriores poseia el papa ricos dominios, no tanto por su dignidad, cuanto para hacer limosnas, instituir y reedificar iglesias, debió poseerlos mayores cuando fué gefe de potentados; Pepino y Carlo Magno se las aumentaron para equilibrar el poder de los longobardos, y teniendo en cuenta ademas cuánto aquellas riquezas podian servir al esplendor de la Iglesia y á su mejor régimen y disciplina. El papa habia intervenido como juez ó como árbitro en los grandes negocios de Occidente, pero de hoy mas su influjo será mayor desempeñando un poder popular, poniendo obstáculos á las guerras, protegiendo al débil y oponiendo obstáculos y justicia á los caprichos de los gobernantes. Es tan sublime la mision del sacerdote, que inerme y ajeno á los intereses mundanos, falla entre pueblos y príncipes, y que en un mundo gobernado por la opinion más que por las leyes, habla de lealtad y deber á los que no conocen mas que el capricho ó la fuerza, que nos hace humillar ante él; y si este tipo no existió, preciso es confesar que superó en mucho la

Iglesia en este tiempo á cuantas teorías y sistemas se han inventado despues para mantener una alianza libre y poderosa entre los pueblos de Occidente.

Tal es la idea en que se apoyaba lo que hoy se ha tergiversado y convertido en acusacion, bajo el título *Tiranía de los papas*, tiranía que tiene por objeto humillar para ilustrar, no para envilecer. Ojalá todas las tiranías fueran así, pues de seguro serian más útiles á la humanidad y á la civilizacion, que la libertad de nuestros dias. Atribuir el engrandecimiento de la autoridad pontificia á la astucia y á la ambicion, es una calumnia que desmiente la historia, demostrando, que si hubo pontífices insignes por su talento, tambien los hubo, cuyo patrimonio fué exclusivamente la bondad. Ademas, si á estos amaños se debe su poder, si tan ambiciosos y astutos fueron, se conoce muy poco cuando no aumentaron sus Estados y su poder político como los demas príncipes; contentos con lo que tenian, solo cuidaron conservarlo y hacerlo prosperar, y siempre combatiendo el derecho de conquista como agresivo é injusto, ni una pulgada de terreno reconocen debida á este derecho. Diferentes todos los pontífices unos de otros, como lo son todos los hombres, con carácter, pasiones, afectos y capacidad, distintos todos propendieron al mismo fin, diferenciando solo en los medios. De uno en otro vino trasmitiéndose una

voluntad constante en las cosas de órden superior al par que en las terrenas, siguió cada cual su inclinacion; y esta conducta firme respecto á aquellas, y fluctuante respecto de éstas, que al parecer pasa como desapercibida para los acusadores, nos hace conocer la fijeza é inmutabilidad de las cosas eclesiásticas y la vacilacion de las políticas, descubriéndonos perfectamente el doble carácter del pontífice, como gefe de la Iglesia y como soberano: de aquí provino en aquellos una fuerza irresistible, y las del mundo una debilidad que apenas puede defenderse. Poderosos reyes ó pueblos rebeldes quitan al papa sus dominios, le apasionan: no importa, el que vela por su Iglesia le dá energía; y por eso renacia su voz terrible y veneranda en las comarcas más distantes con regocijo de los pueblos que ven sobre los grandes un poder que los contiene en el camino del crimen y hace imposible el despotismo á que solo se entregan los reyes cuando se persuaden que no tienen superior.

Convencidos de esta opinion los emperadores de Oriente, llevaron su despotismo hasta el extremo de imponer á sus súbditos lo que debian creer, y hasta lo que debian pensar; y por eso favorecieron las pretensiones de los patriarcas que, alguna que otra vez combatian la supremacía del papa, y de aquí resultó el cisma. En Occidente era reconocida en todas partes la superioridad del ro-

mano pontífice con mas ó menos latitud, como se patentiza en la historia; así Alarino escribia á Carlo Magno, que se habia sobrepuesto al papa: *hay tres potestades; primero la sublimidad apostólica...<sup>1</sup>*. Y los obispos llamados á procesar á Leon III declaran, que nadie tiene derecho á juzgar al gefe de la Iglesia<sup>2</sup>. Sergio II envió á su vicario al otro lado de los Alpes con amplísimos poderes, tomando más vuelo aún la autoridad apostólica cuando los metropolitanos de Narbona, Arlés, Bourges y Viena la sometieron sus diferencias. Un sínodo declara, que con el palio no reciben los arzobispos el derecho de consagrar obispos<sup>3</sup>. Falla entre las iglesias de Tréveris y Maguncia, excomulga al arzobispo de Rávena que quiso rivalizar con él, somete al patriarca de Aquilea; y al recibir el palio presta juramento de obediencia que se hace despues estensivo á los demas; juramento que les obligaba, ademas, á defender la supremacía de la Iglesia romana y la justicia de S. Pedro, asistir á los sínodos convocados por el pontífice, á recibir sus legados, no tratar con los que excomulgase; á lo cual se añadió despues la obligacion de visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, de dar cuenta de la administracion diocesana, observar las constituciones y mandatos apostólicos, y no enajenar

1 Epíst. II.

2 Anast. tom. 1, pág. 282.

3 Concil. Tricap. II, cán. 3.

bienes de la Iglesia ó del dominio sin consentimiento del santo Padre. Orgullecida la Iglesia de Milan por el privilegio de coronar al rey de Italia, quiso sacudir el yugo de la de Roma; pero se demostró su dependencia y concluyó por someterse, recibiendo el arzobispo de manos del papa el anillo con que los reyes de Italia le investian antes. Y su supremacía se consolidó en todas partes por medio de sus legados que, asegurados con su apoyo, hablaban á los príncipes y prelados con tanta firmeza, como lo indican las siguientes palabras de uno al rey de Inglaterra <sup>1</sup>. *Dispensate de amenazas, porque venimos de una corte acostumbrada á mandar á emperadores y reyes.*

En virtud de lo espuesto el papa pudo directamente consagrar los obispos, intervino en los casos de jurisdiccion eclesiástica sin que hubiese apelacion, tuvo derecho para convocar concilios generales, confirmar sus actas y canonizar santos; las dispensas que se daban por los ordinarios respectivos, se mandó por Gregorio VII que se pudieran pedir á Roma, de donde resultó que despues fueron reservadas á su santidad; luego adquirió el derecho de conferir beneficios en todas partes, convirtiéndose así la recomendacion primitiva en nom-

<sup>1</sup> Gratianus gratiosse respondit [al rey Enrique]. Domine noli minari; nos enim nullas minas timemus, quia de tali curia sumus, quæ consuevit imperare imperatoribus et regibus. Sant. Thomæ cantuar. Ep. 1.<sup>a</sup> parte, lib. 3.

bramiento. Asimismo los monasterios propendieron á emanciparse de los obispos para someterse al pontífice, y Agapito II fué el primero que abrió la valla en favor de las religiosas de Ganderschein y Quedlimburgo. Tambien fueron emancipados de la jurisdiccion episcopal los bienes parroquiales, conservando cada iglesia sus rentas para su culto y párroco. Los capítulos catedrales, formando una aristocracia eclesiástica, que siguió el curso de la lega, se pusieron en pugna con los obispos que tuvieron que pedir al papa un *vicario in pontificalibus* para contenerlos, del cual resultaron los obispos *in partibus* porque estaba con los derechos episcopales. De este modo fué cómo se aumentó la autoridad pontifical; pero este poder, adquirido por los obispos, y en especial por el papa, produjo la lucha con la autoridad secular.

En todos tiempos la Iglesia habia procurado que fuera libre la eleccion de sus ministros, y en apoyo de esta verdad podriamos citar infinitas disposiciones contenidas en los concilios, empezando por los cánones apostólicos <sup>1</sup>, en donde se prohibe la intervencion de los seglares; y al procurar esta independencian fué guiada con el hermoso pensamiento de que sus dignidades fuesen dadas, no á la intriga ni al oro, sino á la virtud y al mérito.

<sup>1</sup> Cánon. Appost. 30. Labbe. Conc. tom. 8, pág. 141. Cán. 12. Labbe. Conc. tom. 9, pág. 505. Cán. 10.

Pero los obispos y abades fueron ricos y tuvieron honores y prerogativas, y en esto encontró la astucia de los príncipes con qué recompensar aduladores, y así se creyeron en el derecho de obligarles á recibir la investidura de sus manos, no estableciendo distincion entre el feudo y la dignidad: de aquí sucedió, que poco á poco llegaron á monopolizar los destinos eclesiásticos que vendieron á la adulacion ó al dinero, y á cuánto llegó el escándalo lo dicen mejor que nuestras palabras las de S. Pedro Damiano <sup>1</sup>, Athon, obispo de Vercelli <sup>2</sup>, Andrés, abad de Vallombrosa <sup>3</sup>, Baronio <sup>4</sup>, y más que todo, las determinaciones de los concilios que, con sus prohibiciones, nos revelan la existencia del mal que cundia y que hizo necesarios los castigos.

<sup>1</sup> Pedro Damian. Opusc. 22.-31., cap. 69.

<sup>2</sup> De pressuris Ecclesia.

<sup>3</sup> Ap. Puricelli de S. Arialdo. II. 3. 4.

<sup>4</sup> Baronio. Ad. an. 912. num. 14. También pueden verse Leopardi y todos los historiadores de esta triste época, y son dignos de notarse estos versos que dicen toda la corrupcion. Donizoro V. Cond. Matilde.

*Thentonicí reges, perversum dogma sequentes.*

*Templa dabant summi Domini sapissime nominis.*

*Præsulibus cunctis; sed et Omnis Episcopus urbis*

*Plebes vendebat, quas sub se quisque regebat.*

*Exemplo quorum munibus necnon laicorum.*

*Ecclesie Christi vendebantur maledictis*

*Presbiteris.*

En medio de la inmensa corrupcion que todo lo anegaba, los concilios proclamaban incesantemente preceptos de moral y de disciplina, que si bien atestiguan la existencia del vicio, consuelan manifestando que habia voces que protestaban contra él. Así es que ellos prohíben en los eclesiásticos el uso de las armas, jurar, cohabitar con mujeres, usuras, monopolios, falsificar pesas y medidas, mezclarse en negocios seculares, cazar, jugar y pleitear injustamente. Mandan á los obispos y abades que en vez de bufones admitan á sus mesas pobres y peregrinos, y se lean obras piadosas. Someten á penitencia á los que arranquen dones á personas devotas. Ordenan que dé norma de sobriedad el obispo, y tenga clérigos de buena fama consigo, á quienes dé buen ejemplo. Escluyen del sacerdocio á los simonianos, incontinentes, fraudulentos, guerreros, y excomulgan al lego que tiene en su casa una concubina con su legítima mujer.

Así se esforzaban por oponer un dique á esta corrupcion, que al inmiscuirse en las elecciones y nombramientos eclesiásticos introdujo el poder temporal de la Iglesia, lo cual manifiesta la justicia con que siempre ha defendido su libertad, esa libertad que tanto se combate y que tanto bien ha hecho á la sociedad y á la civilizacion. Llagas gangrenadas solo podian cauterizarse con el hierro ó el fuego; la reforma debia proceder de la

santa sede, hácia la cual todos volvian los ojos. Pero mientras continuaran las causas que las motivaron no se podian atajar los malos efectos. La Iglesia se habia depravado secularizándose, y tenia necesidad de volver á sus buenos principios, de restituir vigor al sacerdocio, de instituir un censor independiente de los malos, cualquiera que fuese su categoría, y que sin atender á miras temporales los castigue; siendo el único que podia reunir estas condiciones el pontífice, habia necesidad de sustraer su eleccion de toda intervencion secular, emancipar á los sacerdotes del vínculo feudal y aislarlos de las familias; pero el que emprendiera la tarea de romper el triple nudo de la familia, de la tierra y de la autoridad temporal que aprisionaba el clero á la sociedad, debia tener un alma grande, capaz de arrostrar una terrible lucha con los reyes, cuyo poder se aminoraba; con los sacerdotes, cuyas pasiones se enfrenaban, y con la fuerza de las malas costumbres. Hombre tal no podia menos de ser un héroe, cuyos pasos no deben ser calculados con sujecion á la medida del hombre ordinario. Este héroe apareció por la misericordia divina en la persona de Gregorio VII.

Hildebrando, natural de Saona, habia sido educado en el monasterio de Clunis. Erudito en literatura sagrada y profana, de costumbres irrepreensibles, corazon recto, un entendimiento que con-

cebía con madurez, y una prudente energía en la ejecucion le hicieron pronto sobresalir entre sus contemporaneos. A vista de los males que sufría la Iglesia, escribia á su abad Hugo lleno de sentimiento, haciendo notar la necesidad de remediarlos, revelando la idea de que el mundo solo puede reformarse por la Iglesia que está á su frente <sup>1</sup>, y animándole á arrostrar la persecucion y los peligros por el bien y felicidad de la religion. Estos gemidos revelan una resolucion fuerte y un alma capaz de concebirla y llevarla á cabo; desde luego se conoce que el hombre que así raciocina y habla se lanzará en derechura á su objeto sin pararse en lo que encuentre en el camino. Y así era en verdad, su actividad no se contenia con los obstáculos; los peligros aumentaban su valor; empezaba con la lentitud necesaria á todo el que quiere ir lejos, y luego aceleraba ó moderaba sus pasos, segun lo exigian las circunstancias. Su imaginacion era fecunda en recursos, su alma estaba siempre dispuesta á sacar partido de los sucesos; dotado de estremada penetracion, era tan hábil para conocer á los hombres, como diestro para hacerlos de su partido, inspirarles sus propios sentimientos y convertirlos en dóciles instrumentos de su voluntad.

Tan luego como los pontífices le llamaron á sus

<sup>1</sup> Epíst. II, 49.

consejos reveló la idea que alimentaba su alma. Convencido de que el mal de la Iglesia era hijo de que la eleccion de su dignidad suprema estaba á merced del capricho, interes y ambicion de los poderosos, empezó por corregir lo que tenian de escesivo los reales nombramientos, sometiénolos á la reeleccion del clero y del pueblo, preparando así el terreno para quitar á los emperadores la intervencion que tenian en el nombramiento del pontífice. Tal fué la intencion que le indujo á aconsejar á Brunon lo que dejamos referido, y por qué se propuso cortar la limosna dictando leyes al efecto. Tambien ayudó á Víctor II á reformar la disciplina. Estéban IX murió sin haber llevado sus proyectos contra el poder é influjo imperial, y rogó que no se eligiese su sucesor hasta que viniese Hildebrando que se hallaba en Germania; pero los señores de Túscolo hacen nombrar por la influencia de las armas á Benito IX. Convencido Hildebrando que el papa de una faccion era peor que el de un emperador, se unió á los grandes para pedir á la emperatriz Inés otro pontífice, siendo elegido Gerardo, obispo de Florencia, quien á instancias del mismo Hildebrando fué reelegido en el sínodo de Sienna, donde tomó el nombre de Nicolás II: éste quitó el derecho al rey y al pueblo de intervenir en la eleccion que confió á un concilio de obispos-cardenales, y presbíteros-cardenales, salvo la aprobacion del clero y

el honor debido al emperador y á sus sucesores <sup>1</sup>.

A su muerte los grandes pidieron al emperador un pontífice, y Enrique IV convocó los prelados en Basilea <sup>2</sup>, donde fué abolida la constitucion de Nicolás II que tanto incomodaba á los grandes, decidiéndose que el papa fuese elegido en el *jardin de Italia*; así llamaban á Lombardía, con el objeto de que tuviese entrañas paternas para compadecer las fragilidades humanas <sup>3</sup>. Eligieron á Codo-lao, obispo de Parma, que se llamó Honorato II; con las armas tomó posesion de su dignidad, se alió con los normandos y humilló la faccion de Túscolo. Mas Hildebrando, firme en su propósito, habia ya hecho proclamar por los cardenales al obispo de Luca, que tomó el nombre de Alejandro II. El cisma se convierte muy pronto en guerra civil, que concluyó con el reconocimiento de Alejandro por el arzobispo Annon, tutor del emperador. Ejerciendo tan gran poder Hildebrando, si hubiera ambicionado la cátedra de S. Pedro, se hubiera sentado en ella antes del tiempo en que, con el nombre de Gregorio VII, lo hizo; pero no tendia

1 Los obispos de Ostia, Porto, Santa Rufina, Alva, Sabina, Túscolo y Prenesta eran cardenales, así como el patriarca de S. Juan de Letran. Cardenales-sacerdotes eran las curas de las cuatro iglesias patriarcales de Roma, y los cardenales-diáconos presidian los establecimientos de caridad.

2 Hermann. Contract.

3 Lobbe. Conc. 1. 9, pág. 1155.

á esto su ambicion, y así es, que á su nombramiento lo participó al emperador, rogándole le libertara de este cargo, y así de luchar con él, dispuesto como estaba á no tolerar sus excesos; mas como no encontró en este nombramiento ni el menor vestigio de simonía ni de intriga, le aprobó.

Una vez en el pontificado declara guerra á la simonía, á la incontinencia y á todos los vicios que manchaban la cándida vestidura de la Iglesia. Indulgente con los dóciles, rígido con los empedernidos, emprendió la reforma de la disciplina. Fijando su atencion en la cristiandad nada descuidaba, ni los detalles del palacio, ni las minuciosidades de la celda. Maudó á los obispos que enseñasen en la Iglesia las artes liberales<sup>1</sup>; adonde no podia en persona llegar, obraba por medio de sus legados sin temor de hacerse enemigos, porque no se proponia el orgullo humano, sino la salvacion de las almas<sup>2</sup>. Proscribió el uso de despojar á los náufragos<sup>3</sup>; impidió en Dalmacia el tráfico de esclavos, prohibió perseguir al heresiarca Berenguer, prescribiéndole pusiese en ejecucion todos los medios antes de la excomunion<sup>4</sup>; moderó el ri-

1 Lobbe. t. 10, pág. 360.

2 Epíst. 6. 1.

2 Baronius ad an. 1076 et 1078.

4 Ep. II. 6. á Gerardo, arzobispo de Braga. Id. V. 13. á Guiberto, arzobispo de Rávena, id. III. 4. al arzobispo de Maguncia.

gor de estas penas escluyendo del castigo á la mujer, hijos, criados, vasallos y á cuantos no tenían poder para sustraerse, ó influir en el excomulgado por sus consejos, y á los que por ignorancia con él, como peregrinos, viajeros, &c.; los que de él dependian y á cuantos ejerciesen con él actos de caridad<sup>1</sup>.

Impuso pena de excomunion á los soberanos que traficasen con las dignidades eclesiásticas, y fué tan justa determinacion, que nadie la resistió; pero ya veremos al tratar en el tomo siguiente del celibato, que no fué tan feliz su mandato respecto á la continencia. Tan corrompidas estaban las costumbres de los eclesiásticos en Lombardía, que el arzobispo de Milan solo se ocupaba en cazar y en ejercicios guerreros, descuidando los demas deberes de su ministerio; esto que toleraba el cabildo, porque á su vez se le tolerasen no menores excesos, el clero parroquial y el pueblo lo llevaban tan á mal, que un dia que celebraba pontifical abandonaron la iglesia. Al frente de los descontentos estaba Anselmo de Bagio, á quien no pudo acallar aun cuando le hizo obispo de Luca; sino que más firme en su propósito de reforma, se unió á Landolfo Cotta y Arialdo de Alato, y los tres comenzaron á levantar la voz contra el escándalo aun á peligro de su vida, pues hasta

1 Labbe. t. X. 70.



llegaron á las manos: los reformistas se apoyaban en Roma, los corrompidos en los aceros de los grandes, y el clero se sometió ante los legados del papa, pero solo por el momento; pues renovados los escándalos y animada la oposicion, murieron en la demanda Landolfo y Herlambardo, que fué honrado como mártir.

El pueblo, que sufría con la corrupcion, que veía disipar en prodigalidades los bienes dados por la Iglesia para consuelo de los pobres, y que además veía la moderacion del claustro, se hizo partidario de la reforma y su partido triunfó, con lo cual fué reintegrado en sus prerogativas, y desde entonces Gregorio se ocupó en destruir el derecho que se arrogaron los señores de investir á los prelados. Fuerte con su propia voluntad y la del pueblo, en la cual apoyó todos sus actos <sup>1</sup>, tuvo una prodigiosa energía que le hizo sobreponerse á tantos obstáculos y obtener el triunfo del espíritu sobre la materia, prohibiendo, bajo excomunion mayor á los eclesiásticos, recibir la investidura de sus beneficios de mano de los legos, y á éstos darla.

En una época en que, segun el derecho político, el gefe del Estado no tenía sobre sus vasallos mas preeminencias que las que le daba el derecho

<sup>1</sup> El mismo Enrique IV atestigua que era popular la humillacion de los obispos y de los prelados. Mansi. Concilio XX. 471.

de infeudacion, quitar á los señores el derecho de investidura, era lo mismo que sustraer á los prelados de su dependencia. Si la Iglesia renunciaba á los bienes y derechos por los cuales se daba la investidura, quedaba despojada de la autoridad temporal y dependiente del príncipe; si por el contrario, los conservaba sin pedir en las vacantes la confirmacion de sus poderes seculares, se hacia independiente, y pudiera estender hasta sobre los príncipes su poder: estas son las consideraciones que se agolpan á la imaginacion, pero que no contuvieron al animoso pontífice. Quería regenerar la sociedad con ayuda del cristianismo, y no creía poderlo conseguir hasta tanto que la cátedra de S. Pedro no se elevara sobre los poderes de la tierra, y á esto encaminó sus pasos sin temor de ningun género. Hémos, pues, en el mas espinoso terreno de nuestra tarea, en los puntos mas complicados de la historia y del derecho público. No seguiremos en este particular ni á los amigos ni á los enemigos de la independencia mútua de los dos poderes, sino al mismo Gregorio VII. Sus palabras mismas serán nuestra guía: veámosle esponer sus ideas.

“La Iglesia de Dios debe ser independiente de todo poder temporal, el altar está reservado para aquel que por un órden no interrumpido ha sucedido á S. Pedro <sup>1</sup>, la espada del príncipe le está

<sup>1</sup> Epíst. III, 18.

sometida y emana de él porque es cosa humana; el altar, la cátedra de S. Pedro emanan y dependen de Dios solo <sup>1</sup>. La Iglesia se halla al presente en pecado, porque no es libre <sup>2</sup>, porque está adherida al mundo y á los mundanos <sup>3</sup>. Sus ministros no son legítimos porque están instituidos por los hombres del mundo; porque entre los ungidos de Cristo que se llaman superintendentes de las iglesias, se hallan deseos y pasiones criminales <sup>4</sup>, con la codicia de las cosas terrestres <sup>5</sup>, de que necesitan desde que se adhirieron al mundo. Por eso no se ven mas que disensiones, odios, orgullo, codicia, avaricia, envidia en los que deben poseer la paz de Dios <sup>6</sup>. La Iglesia se encuentra en este estado porque los que deben servirla no se inquietan mas que por los intereses de aquí abajo; porque sometidos al emperador arreglan su conducta á lo que les place, porque sirviendo al Estado y al príncipe permanecen estraños á la Iglesia.”

“Sin embargo, la Iglesia debe ser libre ó llegar á serlo por medio de su gefe, por el primer gefe de la cristiandad, por el sol de la fé, por el papa. Este ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna

1 Epíst. III, 18. VIII, 24.

2 Id. I, 42.

3 Id. I, 35.

4 Id. II, 11,

5 Id. id., 45. I. 42.

6 Id. VII, 2. VIII, 17.

sobre la tierra; sin él no hay reino, sin él se sumerge la monarquía como una desarbolada y rota nave. Así como las cosas del mundo incumben al emperador, las de Dios pertenecen al papa. Conviene, pues, que éste arranque á los ministros de los lazos que los encadenan al poder temporal.”

“El Estado es una cosa y la Iglesia es otra. Del mismo modo que la fé es una, la Iglesia es una, el papa su gefe es uno, los fieles sus miembros son unos. Si la Iglesia por sí sola existe, solo debe obrar por sí misma. Así como una cosa espiritual no es visible mas que por una forma terrestre, y el alma no puede operar sin el cuerpo, ni estas dos sustancias estar unidas sin un medio de conservacion; así la religion no existe sin la Iglesia, ni ésta sin los medios que aseguran su existencia <sup>1</sup>. Como el espíritu se alimenta de cosas terrestres en el cuerpo, así la Iglesia se mantiene con ayuda de cosas y posesiones temporales. Es deber del emperador que tiene en su mano el poder supremo hacer que ella se proporcione estos bienes y los conserve, para esto son necesarios los emperadores y los príncipes á la Iglesia <sup>2</sup>, que no existe mas que por el papa, como el papa no existe mas que por Dios <sup>3</sup>.”

“Si se quiere que prosperen el imperio y la

1 Epíst. I. 7.

2 Id. V. 10. VII. 20. I. 75.

3 Id. I. 39.

Iglesia, es necesario que el sacerdocio y la monarquía estén íntimamente ligados y asocien sus esfuerzos en obsequio de la paz del mundo <sup>1</sup>. Hállase el mundo alumbrado por dos luminares, el sol más grande y la luna más pequeña; se asemejan la autoridad apostólica al sol, el poder real á la luna. Como la luna no alumbra sino por influjo del sol, los emperadores, los reyes, los príncipes no subsisten sino merced al papa, porque éste emana de Dios <sup>2</sup>; por este motivo el poder de la sede de Roma es mucho mayor que el de los príncipes <sup>3</sup>, el rey está sometido al papa y le debe obediencia <sup>4</sup>.”

“Emanando el papa de Dios todo le está subordinado; ante su tribunal deben ser llevados todos los asuntos espirituales y temporales <sup>5</sup>, debe enseñar, exhortar, castigar <sup>6</sup>, corregir <sup>7</sup>, juzgar, fallar. La Iglesia es el tribunal de Dios <sup>8</sup> y sentencia sobre los pecados de los hombres; enseña el camino de la justicia, es el dedo de Dios. De consiguiente el papa es representante de Cristo y su-

1 Epíst. I. 19.

2 Id. II. 13. 31.

3 Id. VIII. 21.

4 Id. VIII. 23. VIII. 20. I. 75.

5 Id. I. 62.

6 Id. I. 35.

7 Id. IX. 9. II. 51. I. 15. VIII. 21.

8 Id. I. 60. VIII. 25.

perior á todos; su dignidad es grande y temible <sup>1</sup> porque está escrito: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra será también desatado en el cielo <sup>2</sup>.” Así habló Jesucristo á Pedro: por Pedro existe la Iglesia romana, en ella reside el poder de atar y desatar, y la Iglesia de Cristo está fundada sobre Pedro.”

“Esta Iglesia se compone de todos los que confiesan el nombre de Cristo y se llaman cristianos. De consiguiente, todas las iglesias particulares son miembros de la Iglesia de Pedro, que es la de Roma. Esta es, pues, la madre de todas las iglesias de la cristiandad <sup>3</sup>, y todas le están sometidas como hijas á su madre. La Iglesia romana cuida á todas las demas <sup>4</sup>; puede exigir de ellas honor, respeto, obediencia <sup>5</sup>. Como madre manda á todas las iglesias y á todos los miembros que les pertenecen, y tales son los emperadores, reyes, príncipes, arzobispos, obispos, abades y demas fieles <sup>6</sup>.”

1 Epíst. I, 53.

2 Ev. de S. Mat., c. XVI, v. 18-19. Ep. VII, 6. VIII, 20.

3 Epíst. VIII. Apénd. II, 15. II, 1. IV, 28, 1.

4 Id. II, 1.

5 Id. I, 24.

6 Id. id., 60. VIII, 21.

En virtud de su poder puede instituirlos ó depónerlos <sup>1</sup>. Les confiere el poder, no para su gloria, sino para salvacion del mayor número. Deben, pues, humilde obediencia á la Iglesia <sup>2</sup>, y siempre que se lancen á la senda del pecado, esta santa madre está obligada á detenerlos y hacer que vuelvan al buen camino <sup>3</sup>, de otro modo será cómplice de sus desmanes <sup>4</sup>. Pero todo el que se apoya en esta tierna madre la ama, la oye y la defiende, experimenta los efectos de su proteccion y de su munificencia <sup>5</sup>.

Cualquiera resistencia que encuentre el que ocupa en la tierra el lugar de Jesucristo, debe luchar, permanecer firme, sufrir á ejemplo de Jesucristo <sup>6</sup>. Del gefe deben partir la regeneracion y la reforma <sup>7</sup>, debe declarar la guerra al vicio, estirparlo <sup>8</sup> y echar los cimientos de la paz del mundo <sup>9</sup>; debe prestar fuerte ayuda á los que son perseguidos por la justicia y la verdad <sup>10</sup>. La persecucion y la violencia no deben apartarle de su

1 Epíst. VII, 4. II, 18, 32, 5.

2 Id. VIII, 21.

3 Id. V, II, 1.

4 Id. III, 4. IV, 1, II, 5. Apénd. I, III, 4.

5 Id. I, 58. III, 11.

6 Id. IV, 24.

7 Id. V, 5. IV, 28. IX, 21.

8 Id. II, 1.

9 Id. VI, 1. VIII, 9.

10 Id. VI, 12.

designio <sup>1</sup>, y puesto que el que amenaza á la Iglesia le hace violencia y le causa amargura, es hijo del demonio no de la Iglesia, debe desterrarle y segregarle de la sociedad humana <sup>2</sup>. Es, pues, fuerza, que la Iglesia permanezca independiente, que todos los que la pertenezcan sean puros é intachables; cumplir esta gran tarea es el deber del papa <sup>3</sup>. La Iglesia será libre.

Hemos recogido estos pensamientos de Hildebrando, esparcidos en todas sus cartas, y su realizacion es la obra que constantemente se propuso, dedicando á ella una confianza íntima, y aquella osadía, aquella energía que tan mal sienta en este siglo agotado, contra la que tanto se enfurecen los enemigos del clero, y que por mas que digan fué útil á la sociedad y á la civilizacion en aquellos siglos de desórdenes en que la humanidad afligida prestaba asentimiento á estas convicciones, porque las consideraba su único asilo. Quiso recobrar el antiguo señorío de la santa sede sobre Sicilia, España, Hungría y Dalmacia; descubriendo los príncipes de estos paises en Roma, no ambicion, sino un espíritu de prudencia y de justicia, de saber, y una autoridad protectora, la sometieron sus Estados á título de feudos. Así aseguraron á sí y á sus descendientes, una pro-

1 Epíst. Apénd. II, 15.

2 Id. VI, 1. IV, 27.

3 Id. I, 70. II, 12.

teccion contra las invasiones de las potencias vecinas, y las rebeliones de sus súbditos; porque estos no podian menos de permanecer dóciles, cuando hallaban en la santa sede una garantía contra la injusticia y tiranía de los grandes. Este ejemplo fué imitado por los reyes de Rusia é Inglaterra, él elevó al duque de Croacia á rey de Dalmacia, emancipó la Polonia de los Teutónicos, excomulgó á Boleslau por haber asesinado un obispo al pié del altar, exhortó á la virtud al rey de Dinamarca, y por decirlo de una vez, si hubiera tenido la suerte de hallar reyes dignos, hubiera regenerado la Iglesia y el mundo, pero tuvo que luchar con ellos y esto le impidió hacer progresar la humanidad y la civilizacion hasta donde él hubiera querido y se habia propuesto; la culpa no es suya, sino de los seglares, del tiempo y de las circunstancias.

El trono de Germania estaba ocupado por Enrique, hombre de costumbres estragadas y feos vicios, por lo cual mereció las reprensiones de Gregorio, que fué instado á este paso por las súplicas de los grandes y del pueblo que veian en él el poder único represivo de todo cuanto era vicio y tiranía, así como el apoyo de todos cuantos querian reprimir los abusos. Como el emperador resistiera, Gregorio, con esa política que le distinguia, y con esa prudencia que era el alma de todos sus actos, antes de proceder con él á los me-

dios extremos, quiso herirle en sus hechuras, destituyó, pues, al arzobispo de Brema y á los obispos de Estrasburgo, Espira y Bamberg, convictos de simonía, y excomulgó á cinco de los consejeros de Enrique para en el caso de que no dieran satisfaccion á la santa sede en el tiempo que los fijó. A estos actos acompañó la intervencion de parientes y amigos del emperador, que cediendo por fin á las instancias de su madre Inés, prometió enmendarse y ayudar al pontífice á extirpar las herejías. Esta enmienda fué simulada, y así es que luego que venció, quiso que los obispos sajones fuesen degradados, y nombró obispo de Bamberg á uno de sus áulicos. Esto motivó las quejas del pontífice que pidió la libertad de los prelados á separarse de los excomulgados y á enmendar su vida, pero sin conseguir cosa alguna, hasta que al fin, á ruego de los príncipes sajones, que pedian que destituyera al emperador, le citó á que compareciera en Roma á justificarse ante un concilio.

A esto contestó con la mayor virulencia, prorumpiendo en amenazas y dieterios contra el pontífice; de este modo se encontraron frente á frente y en pugna estos dos poderes, amenazándose recíprocamente con destruirse: el pontífice tiene en su favor la opinion popular, el emperador la violencia, los dos se han apoyado en sus elementos, cada uno ha hecho uso de sus armas. La primera condicion á que están sometidos los reyes pa-

ra exigir fidelidad de los pueblos es á mantenerse ortodoxos, y es tan natural esto, que parte del principio de que el hombre todo lo debe posponer á su felicidad eterna, que no puede conseguir sin amar y obedecer á Dios; y como un príncipe que le desconoce, necesariamente ha de dictar preceptos que no sean arreglados á ley divina; de aquí que los súbditos no están obligados á obedecerlos, puesto que la verdadera fé reside en el seno de la Iglesia; el que era excluido de ella cesaba de tener derecho á la obediencia, y en este caso vino á encontrarse el emperador.

Nuestros padres, así como nosotros creemos, creían que solo era infalible aquel Pedro, con quien Cristo prometió habitar hasta el fin de los siglos; que á él tocaba velar sobre la conducta de los reyes, corregirlos si pecaban, reprimirlos si osaban rebelarse. Entonces el derecho civil de Alemania, así como el canónico, reconocían la supremacía pontificia, como puede verse en el *Espejo de Suavia* <sup>1</sup> y en Eichhorn, resúmen del derecho alemán de la edad média <sup>2</sup>; así, pues, la autoridad pontifical hacia entonces contrapeso á la autoridad real, y sostenía la libertad de los pueblos; de este principio procede la autoridad y tu-

<sup>1</sup> Apud. Senckenberg. Juris alemanici sen succisi prefamen.

<sup>2</sup> Deutsche Staats und Rechtsgeschichte. t. II. pág. 358.

tela que ejercía sobre los reyes; si se negaban á obedecer sus decretos tenían en su mano el arma terrible de la excomunion: ésta produjo, desde muy al principio del cristianismo, algunos efectos temporales, como era privar de algunos derechos civiles que procedían de la libre voluntad de los particulares <sup>1</sup>. En el cuarto siglo también produjo la penitencia pública la esclusion de los empleos, de la milicia y de los juicios, luego los códigos bárbaros prohiben al excomulgado asistir á los juicios, la Iglesia al mismo tiempo les prohíbe comunicarse y orar con los fieles, bendecirlos, orar, comer y cohabitar con ellos. Ya hemos visto lo sucedido con Luis el Benigno, y este respeto vino á producir un terror por las solemnidades con que se anunciaba la excomunion <sup>2</sup>.

Bien sé que nuestros enemigos tomarán acta del párrafo anterior para convertirle en capítulo de acusacion; pero si tal hicieren, nos probarán su crasa ignorancia y que no comprenden la historia, puesto que si pensasen un poco, no podrían menos de conocer que, cuanto dejamos espuesto contribuyó al bien de la humanidad y en beneficio de la civilizacion, esto es, el menos bien que causaron dejando á un lado cuanto pertenece á la reli-

<sup>1</sup> S. Pablo, Ep. 1 ad Corinth. c. 5, v. 11. Evang. de S. Juan, cap. II, v. 10. 11.

<sup>2</sup> Pruebas de la historia de la ciudad de Nimes.

gion y á la moral, á pesar de estar convencidos y ser una verdad innegable que sin estos elementos no hay cultura, ni libertad bien entendida, ni civilizacion, ni sociedad. Los que no sean capaces de imaginar cuántos y cuán saludables efectos producian para la humanidad estos castigos en siglos que tenian necesidad de fé y de culto para ilustrarse y contener los excesos del poder, ó han cerrado sus ojos á la verdad ó tienen la razon debilitada y enferma. Gregorio la esgrimió en favor de la civilizacion y de la humanidad, y no la economizó á los déspotas cuando el pueblo sufría, cuando el poder rebasaba su valla; allí estaba el pontífice para auxiliar á aquel y reprimir éste; allí estaba Gregorio armado con los rayos de la Iglesia, y cuanto bien produjeron en sus manos para la humanidad, para la civilizacion, lo dice más claramente que nuestras palabras el afan con que el pueblo le instaba para que los lanzase contra los abusos, y la verdad de que en todos los casos en que era oprimida por los reyes acudia al pontífice en busca de su remedio, y le hallaba y era el arma que le salvaba la excomunion, díganlo si no las que lanzó contra Boleslau de Polonia, contra Roberto Guiscardo de Sicilia y contra Cenicio. Era éste prefecto de Roma, intolerante, soberbio y estremadamente rico y arrojado á todos los desafueros, por lo cual le excomulgó el pontífice; pero muy lejos de humillarse, arrebatado de

cólera entra en el templo cuando Gregorio celebraba los oficios de Navidad, le arrebató del altar, y arrastrándole por los cabellos le conduce preso á su propio palacio. Entonces el pueblo en masa, corre á las armas, ataca la fortaleza, saca al pontífice de su cautiverio, le conduce en triunfo á la Iglesia, y Cenicio tiene que deber su vida al generoso corazon de Gregorio que le perdona. Así hizo conocer, y nos hace confesar, que era el hombre de la civilizacion, el campeón de la humanidad.

Tan heroico corazon nunca cede; el emperador le hace deponer en un conciliábulo celebrado en Worms, y á tan agresiva determinacion responde declarando depuesto al emperador, relevando á sus súbditos del juramento, prohibiéndoles obedecer como escluido de la comunión, suspendiendo los prelados que se habian reunido en Worms, y mandando emisarios disuadiendo á los pueblos y á los príncipes de la obediencia que le debian. Tan severas providencias eran en favor de los oprimidos y en bien de los pueblos, y así fueron acogidas con tal entusiasmo, que entre los sajones y turingios se adoptó por grito de guerra ¡S. Pedro! y se concertaron para deponer á Enrique, que á vista del peligro da libertad á los obispos que tan injustamente retenia, y se avino á negociar con el gefe del pueblo, con ese mismo pontífice que hoy se designa como su tirano, y que fué

elegido por el pueblo alemán para juez del emperador, llamándole así á espresar el voto de la justicia y de la nación <sup>1</sup>. El mismo Enrique reconoció su autoridad y no alegó incompetencia; conociendo la justicia resolvió por el contrario ir personalmente á pedir la absolucion y se presentó á las puertas de Canosa, donde á la sazón residia el pontífice despojado de las régias vestiduras y descalzo esperando el traje de los penitentes.

Queriendo Gregorio una reparacion ruidosa, como escandalosos fueron sus desmanes, á fin de asustar á los orgullosos y satisfacer á los débiles que la habian reclamado, mandó que el rey se presentase en el traje de penitente y le entregara la corona, confesándose indigno de llevarla. Entonces fué absuelto á condicion de presentarse en la asamblea de los príncipes alemanes, sometién-dose á la decision del papa, y que en el intervalo no disfrutara de las rentas, autoridad, ni de las insignias reales <sup>2</sup>. Luego que lo prometió y dió fianza, el papa tomó la hostia consagrada, apelando al juicio de Dios si realmente era culpable de los crímenes de que se le habia acusado, y despues de haber comido la mitad, presentó la otra media á Enrique para que la tomara si se

1 Los motivos de la deposicion se enumeran por el autor casi contemporáneo de la vida de Gregorio VII, ap. Muratori. *Rer. ital. script.* III, pág. 314.

2 Leo. *Italia, Gesch.* de lib. IV, cap. 4, pág. 5.

creia inocente. El poder de la conciencia prevaleció sobre los consejos de la política. Enrique retrocedió delante de la hostia, negándose así al juicio de Dios. Así esta reconciliacion fué como la anterior y las siguientes, y la hecha no solo duró mientras Gregorio y Enrique vivieron, sino que se propagó por muchos años entre los dos poderes.

Nosotros, sin embargo, hemos llegado á la mitad de nuestra carrera con la historia por guía, y creemos haber manifestado, que tanto el poder temporal de los papas como su supremacía y la division de los dos poderes, lejos de ser contrarias á la civilizacion, y opuestas y perjudiciales á la humanidad, le fueron tan necesarias y favorables, que los mismos pueblos, con ese instinto de su felicidad que jamas los engaña ni abandona, las proclamaron, y ellos fueron los que, tocando los buenos resultados de la soberanía pontificia, los buenos efectos de su paternal gobierno, y comparándolo con los otros, le prestaron sumision y asentimiento, obediencia y amor; ellos son los que, viendo que solo en aquel trono habia humanidad y virtud, le llamaron á fallar sobre sus reyes y le hicieron árbitro de sus coronas; ellos son los que, viendo que el báculo del anciano de Roma era el único que rompía sus cadenas, le prestaron su apoyo. ¿Es este el derecho divino, cuyo establecimiento se atribuye y censura á la Iglesia?



Que nos respondan de buena fé. ¿Es este Hildebrando el pontífice déspota y cruel que nos pintan? ¿Es el amigo ó el enemigo de la civilizacion y de la humanidad? La respuesta no es dudosa: ¡pobre humanidad y civilizacion si él no hubiera subido á la silla de S. Pedro!

Tenemos, pues, que Gregorio VII fué un hombre altamente civilizador y humanitario, que muy lejos de ser un hombre estacionario, era altamente progresivo, que su vasta capacidad estendió sus cuidados á reformar todos los ramos sociales, que prestó apoyo al oprimido; y que las preeminencias de la Iglesia fueron siempre el azote de los oprimidos, el consuelo de los que sufrían y el dique del despotismo, que con su influencia en la sociedad ganó siempre la civilizacion, y merced á ella se aumentó el poder de los pontífices y la representacion de la Iglesia, poder y representacion que han elevado al mundo, enaltecido la humanidad y estendido la civilizacion, poniéndola en la senda que habia de conducir hasta nosotros, y progresar hasta el día en que encuentre su dominio universal cuando todas las naciones, todos los pueblos, todos los hombres vengán á postrarse al pié de la cruz y á prometer obediencia, respeto y sumision al representante del príncipe de los apóstoles, al vicario de Jesucristo en la tierra.

No concluiremos este tomo sin aducir á nues-

tras razones el peso de la autoridad de Mr. Guizot respecto á Gregorio VII. Así habla de él<sup>1</sup>: “Estamos acostumbrados á representarnos á Gregorio VII como un hombre que ha querido hacer inmóviles todas las cosas, como á un enemigo del desarrollo intelectual, como una persona que pretendia retener al mundo en un sistema estacionario ó retrógrado. Nada mas falso, Gregorio VII era un reformador. . . . que quiso reformar la Iglesia por medio de la santa sede, é introducir en la sociedad temporal más moralidad, más justicia, más reglas. Al mismo tiempo procuraba someter el mundo á la Iglesia, y ésta á la dignidad pontificia con un objeto de reforma y de progreso, no estacionaria ni retrógradamente. Despues de esto no se nos negará que sus disposiciones fueron civilizadoras, que cuanto hizo resultó en bien de la sociedad, y por consiguiente, que ésta, la humanidad y la civilizacion, son máquinas cuyo primer y mas poderoso agente impulsivo, fué ese mismo Hildebrando que se acusa, y lo fué porque sabia que como gefe de la Iglesia era el padre de los mortales que en la senda de la civilizacion y de la humanidad debia marchar al frente para que no se estraviase la sociedad del recto camino, confundiendo lo útil con lo nocivo, el bien con el mal, y la libertad con la licencia.”

<sup>1</sup> Mr. Guizot, Historia de la civilizacion europea, p. 171, edicion de Mellado.



... de la civilización...  
... el progreso...  
... la humanidad...  
... el bien...  
... la fe...

### DEDUCCION.

Hemos llegado á la mitad de nuestro trabajo; y si bien en el epílogo dejamos compendiados los servicios prestados por el clero á la humanidad y á la civilización, réstanos presentar en un compendio algunos más que allí omitimos, y éste precisamente es el objeto de esta deducción, en la cual habremos de espresar los méritos que hacen acreedores á los monjes á la consideracion de la sociedad.

Nosotros hemos visto el desorden que envolvía y agitaba la Europa; hemos visto los males y vicios de que era víctima; hemos visto que en tan deshecha borrasca, uno fué el iris de felicidad, uno el puerto de refugio, uno su salvamento, la Igle-



sia: cuando todos los poderes sucumbian y todas las influencias se estrellaban, solo el clero hizo frente y opuso diques al torrente asolador; con su influjo hizo prosperar la agricultura, progresar la industria, y escudó el comercio; á su sombra estos alimentos vitales de los pueblos prosperaron, y por sus esfuerzos la Europa marchó á su regeneracion.

Los monacales, tan vituperados en nuestros dias, hermosearon é hicieron fructíferos, yermos poco antes incultos, bosques que prestaban albergue á feroces animales y asquerosos insectos, vírgenes á los trabajos y herramientas del labrador, en cuyo seno ni la podadora, ni el arado, habian penetrado; y merced á esto hoy los vemos convertidos en ricos viñedos, en amenos prados y en fructíferas vegas; allí se alzan poblaciones florecientes, y á la sombra de los monasterios no hay elemento de civilizacion y prosperidad, que no se haya desarrollado de una manera prodigiosa.

La Iglesia, encumbrando la sociedad y dando estabilidad á los pueblos y á los poderes, fijando las bases de buenos gobiernos, habia llevado á un grado de progreso inconcebible la civilizacion; y cuando más en bonanza navegaba, al embate de violentas pasiones, fué agitada horriblemente. Los emperadores, traspasando sus límites y asaltando sus derechos, violentando sus inmunidades y turbando su reposo, quieren gobernar la barquilla

del Pescador, y manejar con su despótico cetro la nave que debieran defender, y cuyo gobernalle confió el Señor á Pedro, y en él á todos sus sucesores, á quienes estableció sus vicarios en la tierra con el derecho de atar y desatar, de absolver y condenar, de dirigir las conciencias y reglar la moral del mundo; y de esto nacen las investiduras que, por espacio de más de un siglo, llenaron de escándalo el mundo, de males la sociedad y de luto la Iglesia. Para cortar estos males y poner término á tanta depravacion, la Iglesia acudió á su doctrina; y despues de muchos combates se escuda en la supremacia pontificia, y establece la division de los dos poderes: seria por demas enojoso, narrar uno por uno todos los hechos, todos los combates que, con este motivo, tuvieron lugar; y no siendo éste el sitio en que nos debemos ocupar de esta materia, estando en el cuerpo de la obra tratada, creemos inútil reproducirla, concretándonos solo á decir, que solo nos cumple en la presente deduccion hacer ver: que la supremacia pontificia se reconoció; que cada poder tuvo sus límites que no puede traspasar; que uno al otro se deben proteccion; que la agricultura, la industria y el comercio, como los demas ramos civilizados, son deudores al clero de su prosperidad; que solo él los elevó; porque solo él les dió su proteccion, se ocupó de ellos, se consagró á su prosperidad.

Quando contemplamos el modo como se deprimen los monacales, y el cinismo con que se les proclama holgazanes é inútiles, nos sentimos inclinados á creernos soñando, ó que un vértigo fatal ha trastornado todos los cerebros y preocupado todas las almas, pues á no ser así, no podemos concebir cómo se desconoce que ellos copiaron libros, secaron pantanos, desmontaron bosques, cruzaron el mundo, y convirtiéndole le civilizaron, y con su trabajo elevaron las artes, y con su industria florecieron las ciencias, y con su aplicacion la agricultura progresó, el comercio tuvo nuevas vías de comunicacion y nuevos mercados, los pueblos se comunicaron, se trataron, y el espíritu de guerra fué cediendo su imperio á la razon, al par que, por todos los medios ejerciendo la caridad, llegaron á hacer amados y respetados sus monasterios, venerados de todos, como siempre es venerada y amada del hombre la mano que le socorre, que enjuga sus lágrimas y derrama en su corazon oprimido el bálsamo del consuelo y el rocío de la felicidad.

Dejamos en esta primera parte de nuestro trabajo, manifestados los grandes beneficios prestados por el clero á la humanidad y á la civilizacion, dejamos anotado cuánto hizo progresar la sociedad y los grandes adelantos que en ella introdujo, y esta manifestacion es la prueba mas completa de sus inmensos servicios, es la apología mas con-

cluyente contra las calumnias con que sus enemigos pretenden denigrarle; y por esto creemos, si no haber llenado cumplidamente y como quisiéramos nuestra mision y los deseos nuestros y de las almas piadosas, al menos haber manifestado á nuestros enemigos, que aun tenemos energía para defendernos y poner de manifiesto nuestra inocencia y su injusticia; pero no podemos concluir esta deduccion sin hacer una salvedad, y es: en muchas de las materias que tratamos nos hemos propuesto indicar el origen de algunas de las utopias mas proclamadas por el siglo, sin que sea nuestro ánimo, ni menos nuestro deseo verlas realizadas; es sí la causa porque no se crea, si son adelantos, que los ignoró la Iglesia, debiendo siempre tener á la vista, que si no las planteó, fué, porque militaban en contrario razones de mas utilidad y conveniencia para la humanidad y para la civilizacion: y si bien es verdad que estos puntos tienen en su lugar oportunas salvedades, nos parece oportuno hacer aquí esta protesta diciendo: que nuestro ánimo al escribir, es sujetar nuestro escrito á las determinaciones de la Iglesia; que retractamos cuanto no sea conforme á su doctrina, y desde ahora protestamos, que solo en nuestra obra queremos lo que sea para su lustre y esplendor.

Tambien debemos advertir que no habiéndose hecho la impresion bajo nuestra inspeccion inme-

diata, tendrá defectos y yerros de imprenta inevitables, y que creemos disimularán nuestros ilustrados lectores; mas para salvar nuestra responsabilidad lo advertimos, y anotamos los siguientes por ser indispensables: En la pág. 159, lín. 2ª del tom. I, se lee: "*El Verbo, que no debía ser una misma cosa con Dios,*" lo cual es una herejía toda vez que en el Evangelio de S. Juan se lee lo contrario, y que el misterio de la Santísima Trinidad nos manda creer, que aunque Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres personas distintas, hay un solo Dios verdadero; así pues debe leerse: "*El Verbo, que debía ser una misma cosa con Dios.*" En la pág. 161, lín. 2ª del tom. I, se dice: "*pero ni el poder del uno (el príncipe) ni la acción del otro (el gobierno) pueden penetrar en la mente, ni en las conciencias.*" esto es un error toda vez que al obedecer, lo hacemos, porque en el alma penetra la idea del deber, y en la conciencia la de súbditos; pero lo que no tiene cabida ni en la mente ni en las conciencias, ni menos acción, es la violencia, porque la voluntad es libre, y así debe leerse: "*pero ni el poder del uno, ni la acción del otro, pueden violentar la mente, ni las conciencias.*"

Réstanos solo en esta deducción rectificar dos pasajes de nuestra obra, para acallar los rumores de los críticos: sea el primero, en la p. 52, l. 13 del tom. I, hablando de S. Pedro y S. Juan, dice: *Que fueron azotados en pública asamblea con edifi-*

*cación de la Iglesia.* Al escribir esto hemos tenido en cuenta la redondez del periodo; y así, para evitar que nadie dé á estas palabras un sentido que dista mucho de la verdad, manifestamos: Que la Iglesia, como buena madre, si bien siente y llora la muerte de sus hijos, también se gloria en sus triunfos, y se edifica con la resignación y constancia de sus mártires. El otro pasaje que rectificamos es, el de la pág. 56, lín. 12 del tom. I, donde se dice, *que en Atenas se amotinó el pueblo á instancias de los artistas de amuletos,* y debemos decir que fué en Éfeso, según los Hechos apostólicos, donde el platero Demetrio concitó la plebe contra el apóstol.

Tales son las observaciones que en esta deducción hemos creído conveniente hacer, para que nuestra obra sea de todos entendida y considerada en su verdadero punto de vista. En cuanto á su doctrina, protestamos de nuevo, que la sujetamos al fallo de nuestra madre la Iglesia católica, apostólica, romana: ¡quiera Dios que sea todo para honra y gloria suya y bien de las almas, que es nuestro deseo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACION

## INDICE

### DE LOS CAPITULOS DEL SEGUNDO TOMO.

	PAGS.
<i>Capítulo I.</i> —La religion y sus ministros son los defensores de la humanidad y los que han consignado sus derechos .....	5
<i>Capítulo II.</i> —Influencia civilizadora y humanitaria del sacerdocio en la legislacion.....	57
<i>Capítulo III.</i> —El cristianismo y la literatura.....	98
<i>Capítulo IV.</i> —Influencia del clero en las ciencias, bellas artes y costumbres.....	156
<i>EPILOGO.</i> .....	211
<i>Capítulo V.</i> —Beneficios que el clero ha prestado á la agricultura, á la industria y al comercio.....	233
<i>Capítulo VI.</i> —¿Qué debe la sociedad á los monacales... ..	277
<i>Capítulo VII.</i> —Soberanía y supremacía pontificia.—Division de los dos poderes.....	351
<i>DEDUCCION.</i> .....	455

NUEN  
IOTE